

Colección Jóvenes – 3

editada por el Consejo Pontificio para los Laicos

PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS

Los jóvenes y la universidad

dar testimonio de Cristo
en el ambiente universitario

VIII Fórum Internacional de Jóvenes
Rocca di Papa, 31 marzo – 4 de abril de 2004



CITTÀ DEL VATICANO
2005

© Copyright 2005 - Libreria Editrice Vaticana - 00120 Città del Vaticano
Tel. 06.6988.5003 - Fax 06.6988.4716
ISBN 88-209-7736-2

www.libreriaeditricevaticana.com

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	9
-------------------------------	---

I. LOS JÓVENES Y LA UNIVERSIDAD HOY

Miércoles 31 de marzo

1. Mensaje de Juan Pablo II con ocasión del VIII Forum Internacional de Jóvenes	15
2. Discurso de introducción (Mons. Stanisław Ryłko).	19
3. Conferencia: <i>La universidad de hoy: tiempo de grandes transformaciones</i> (Prof. René Rémond)	28
4. La universidad de hoy: <i>Intervenciones de jóvenes</i>	39
5. Los universitarios de hoy: <i>retrato de una generación en búsqueda</i> (Prof. Mary Ann Glendon)	51
6. Mesa redonda: <i>¿Cuál es la universidad para nuestro tiempo?</i>	63
El método de estudio: <i>del saber a la sabiduría</i> (Prof. Nikolaus Lobkowitz).	63
La figura del maestro y del discípulo hoy: <i>diálogo educativo</i> (Prof. Loreto Ballester Reventós).	73
<i>¿Se puede hablar de una “comunidad” universitaria?</i> (Prof. Willy Bongo-Pasi Moke Sangol).	86

II. LOS ESTUDIOS Y LA VIDA

Jueves 1 de abril

1. *Los años de la Universidad, tiempo de crecimiento humano integral*
(Prof. Giorgio Vittadini) 105
2. Mesa redonda: *Estudio y unidad de vida* 116
El deseo de relaciones humanas auténticas (Katie Pierce, USA) 116
La participación en la vida asociativa (Michela Scavone, Italia) 119
El compromiso en la sociedad (Jacques Jonathan Ravat, Mauricio) 121
Dar un sentido al estudio (Nigora Igamberdiyeva, Uzbekistán) 126
El ingreso en el mundo del trabajo (Angelo Storace, Perú) . . . 127

III. UNIVERSIDAD Y VERDAD

Viernes 2 de abril

1. *Universidad, verdad y libertad* (Prof. Alejandro Llano Cifuentes) 133
2. *Fe y razón* (Mons. Józef Życiński) 146
3. Mesa redonda: *Fe, ética y cultura* 157
El misterio del universo (Prof. Marco Bersanelli) 157
El desarrollo de la biogenética (Prof. Margarita Bosch) 163
La reflexión humanista (Prof. Marco Impagliazzo) 170
La revolución de las comunicaciones (Gregory Burke) 179
Un nuevo orden mundial (Prof. Dominique Vermersch) 183

IV. UNIVERSIDAD Y TESTIMONIO CRISTIANO

Sábado 3 de abril

1. <i>La presencia cristiana en el ambiente universitario</i> (Mons. Andrés Arteaga Manieu)	193
2. Mesa redonda: <i>Formas de testimonio y anuncio en el ambiente universitario</i>	206
<i>La pastoral universitaria</i> (Don Lorenzo Leuzzi).	206
<i>Movimientos, asociaciones y comunidades eclesiales</i> (P. Konstantin Spiegelfeld).	214
<i>El diálogo ecuménico</i> (Tanios Chahwan)	220
<i>El diálogo interreligioso</i> (Tity Antony).	225
<i>El diálogo con los no creyentes</i> (Prof. Alexey Youdine).	231
<i>Los desafíos en situaciones de conflicto</i> (Egide Irambona)	239
3. Discurso conclusivo (Mons. Stanisław Ryłko)	243

APÉNDICE

Países y territorios representados en el VIII Fórum Internacional de Jóvenes	253
Movimientos, Asociaciones y Comunidades representados	255

INTRODUCCIÓN

El Fórum Internacional de Jóvenes se realizó del 31 de marzo al 4 de abril de 2004 en Rocca di Papa, en las inmediaciones de Roma. Organizado por la Sección Jóvenes del Consejo Pontificio para los Laicos, el Fórum proponía una reflexión sobre un tema de candente actualidad: «*Los jóvenes y la universidad: testimoniar a Cristo en el ambiente universitario*». Los destinatarios y protagonistas de esta iniciativa eran un nutrido grupo de jóvenes delegados de las Conferencias Episcopales de todo el mundo, como también de los principales movimientos, asociaciones y comunidades eclesiales que trabajan en el ámbito universitario: alrededor de 250 participantes, entre los 20 y 26 años de edad, comprometidos concretamente con la Iglesia y la universidad, llegados de noventa países diferentes.

Los trabajos se dividieron, a lo largo de cuatro días, según un itinerario de profundización y con la ayuda de unos cincuenta huéspedes y ponentes provenientes de los cinco continentes. En el primer día se planteó la cuestión sobre las características de la universidad y de los jóvenes que la frecuentan en los diferentes países («Los jóvenes y la universidad hoy»), para captar el contexto político y cultural de las universidades en el mundo, preguntándose si éstas también han conseguido dar vida a «comunidades educativas» en las que el joven sea capaz de discernir con integridad los valores prioritarios de su vida; en el segundo día se intentó comprender el impacto que tienen las mismas universidades en la vida de los jóvenes como lugares de formación («Los estudios y la vida») y cómo los jóvenes viven concretamente el período de los estudios universitarios; en la tercera jornada («Universidad y verdad») se analizó el modo en que la universidad responde a las preguntas sobre el sentido de los jóvenes y cómo ésta tiene fe en su tarea de formar a los estudiantes en la búsqueda de la verdad; en el último día («Universidad y testimonio cristiano») la reflexión estuvo centrada en

el terreno de la evangelización y la pastoral universitaria, abriendo el diálogo sobre diferentes medios de evangelización que hay que desarrollar en el ambiente universitario.

Para llegar a esta meta, el programa del Fórum privilegió la interacción y la interdisciplinariedad, alternando las conferencias –que tenían la función de dar pistas para la reflexión– con diferentes momentos de intercambio plenario y de reflexión en los grupos de trabajo, con testimonios de algunos jóvenes y mesas redondas, que tenían como finalidad dar una idea concreta de la diversidad de la situación en el ámbito internacional.

Presentamos en este volumen los textos de las conferencias y los testimonios en las mesas redondas, dados por obispos y docentes, estudiantes y capellanes universitarios. La riqueza y la variedad de contenidos sin duda requería la publicación que merece una lectura minuciosa. Tenemos también el honor de publicar el Mensaje que Juan Pablo II dirigió a los participantes, documento de particular relevancia para todos aquellos que estudian y trabajan en el mundo universitario. Esperamos poder contribuir así a la reflexión apasionada que acompaña la acelerada evolución de la universidad y los profundos cambios de su papel en la sociedad y la Iglesia.

Uno de los objetivos del Fórum –que esperamos se haya conseguido– era ciertamente el de ofrecer a los jóvenes delegados instrumentos concretos para la reflexión y el crecimiento, para poder así desarrollar un papel de transmisión y formación en los respectivos países de proveniencia, dentro de las propias comunidades, asociaciones y movimientos. Publicamos este volumen también como apoyo a su misión, invitándoles al mismo tiempo a proponerlo a otros coetáneos.

Pero, sobre todo, el Fórum ha querido ser para los jóvenes participantes una fuerte experiencia de fe –que sin duda así lo fue. De hecho, todos han podido vivir la Iglesia en su dimensión universal y reconocer a Jesús en el rostro de los demás hermanos, tan diversos en cuanto a cultura y formación, pero tan vecinos en la fe. Los tiempos de trabajo,

encuentro y diversión han estado animados y motivados por tiempos de oración y celebración de una extraordinaria intensidad. Además, en el transcurso de la semana, los delegados tuvieron la gran alegría de encontrarse con Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro: en la tarde del jueves 1 de abril, junto con los jóvenes de la diócesis de Roma, y en la mañana del Domingo de Ramos, 4 de abril, para la celebración diocesana de la XIX Jornada Mundial de la Juventud.

Aunque esta publicación lamentablemente no pueda transmitir el clima de comunión e intercambio, sin duda es lo que permanecerá impreso en la memoria de los jóvenes, como también en la de los huéspedes y ponentes que tomaron parte en el Fórum. Esto será también un bagaje valioso para nosotros los «organizadores» que no dejamos de dar gracias al Señor por estos días y por el gran don de su presencia en medio de nosotros, reunidos una vez más en su nombre.

Mons. FRANCIS KOHN
Responsable de la Sección Jóvenes
Consejo Pontificio para los Laicos

I. LOS JÓVENES Y LA UNIVERSIDAD HOY

Miércoles 31 de marzo

1. Mensaje de Juan Pablo II con ocasión del VIII Fórum Internacional de Jóvenes

1. Deseo ante todo enviaros mi más cordial saludo a todos vosotros, queridos estudiantes, que os habéis reunido en estos días en Rocca di Papa para participar en el VIII «Fórum Internacional de Jóvenes» sobre el tema: «Los jóvenes y la universidad: dar testimonio de Cristo en el ambiente universitario». Vuestra presencia es para mí motivo de gran alegría, porque es un fúlgido testimonio del rostro universal y siempre joven de la Iglesia. De hecho procedéis de cinco continentes y representáis a más de 80 países y 30 Movimientos, Asociaciones y Comunidades internacionales.

Quisiera saludar a los Rectores y Docentes universitarios presentes en el Fórum, así como a los Obispos, sacerdotes y laicos comprometidos en la pastoral universitaria, que en estos días acompañarán a los jóvenes en sus reflexiones.

Deseo expresar mi más profunda estima a Mons. Stanisław Ryłko, Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos, y a todos sus colaboradores, por la realización de esta feliz iniciativa. Permanece vivo en mi memoria el recuerdo de las precedentes ediciones del Fórum, organizadas en concomitancia con las celebraciones internacionales de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Este año se decidió renovar la fórmula, confiriéndole un espacio más definido, acentuando la dimensión formativa con la elección de un tema específico, orientado a profundizar un aspecto concreto de la vida de los jóvenes. La temática de este encuentro es ciertamente de gran actualidad y responde a una necesidad real. Me alegro que tantos jóvenes, procedentes de culturas tan ricas y diversas, se hayan reunido en Rocca di Papa para reflexionar juntos, para compartir las propias experiencias, para infundirse mutuamente el valor de dar testimonio de Cristo en el ambiente universitario.

2. En nuestra época es importante volver a descubrir el vínculo que une la Iglesia y la Universidad. La Iglesia, de hecho, no sólo ha tenido un papel decisivo en la institución de las primeras universidades, sino que ha sido a lo largo de los siglos taller de cultura, y aun hoy se ocupa activamente en este sentido mediante las Universidades católicas y las diversas formas de presencia en el vasto mundo universitario. La Iglesia aprecia la Universidad como uno de esos «bancos de trabajo, en los que la vocación del hombre al conocimiento, de la misma manera que el lazo constitutivo de la humanidad con la verdad, como objetivo del conocimiento, se convierte en una realidad cotidiana» para tantos profesores, jóvenes investigadores y multitud de estudiantes (*Discurso a la UNESCO*, n. 19, *Ecclesia* n. 1986, 14.06.1980, p. 21).

Queridos estudiantes, en la Universidad no sólo sois los destinatarios de los servicios, sino que sois los verdaderos protagonistas de las actividades que ahí se desarrollan. No es casualidad que el período de los estudios universitarios constituya una fase fundamental de vuestra existencia, durante la cual os preparáis para asumir la responsabilidad de elecciones decisivas que orientarán todo vuestro futuro. Por este motivo es necesario que afrontéis la etapa universitaria con una actitud de búsqueda de las justas respuestas a las preguntas esenciales sobre el significado de la vida, la felicidad y la plena realización del hombre, sobre la belleza como esplendor de la verdad.

Afortunadamente, hoy se ha debilitado mucho la influencia de las ideologías y utopías fomentadas por aquel ateísmo mesiánico que tanto ha incidido en el pasado en muchos ambientes universitarios. Pero no faltan nuevas corrientes ideológicas que reducen la razón sólo al horizonte de la ciencia experimental y, por ende, al conocimiento técnico e instrumental, para encerrarla a veces en una visión escéptica y nihilista. Además de inútiles, estos intentos de huir de la pregunta del sentido profundo de la existencia pueden transformarse incluso en peligrosos.

3. Mediante el don de la fe hemos encontrado a Aquel que se nos presenta con aquellas palabras sorprendentes: «Yo soy la verdad» (*Jn* 14,6).

¡Jesús es la verdad del cosmos y de la historia, el sentido y el destino de la existencia humana, el fundamento de toda realidad! A vosotros, que habéis acogido esta Verdad como vocación y certeza de vuestra vida, os toca dar razón de vuestra fe también en el ambiente y en el trabajo universitario. Ahora se impone la pregunta: ¿cuánto incide la verdad de Cristo en vuestro estudio, en la búsqueda, en el conocimiento de la realidad, en la formación integral de la persona? Puede suceder, también entre aquellos que profesan ser cristianos, que algunos de hecho se comporten en la Universidad como si Dios no existiese. El cristianismo no es una simple preferencia religiosa subjetiva, finalmente irracional, relegada al ámbito de lo privado. Como cristianos tenemos el deber de testimoniar aquello que afirma el Concilio Vaticano II en la *Gaudium et spes*: «La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas» (n. 11). Debemos demostrar que la fe y la razón no son inconciliables, sino que «la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad» (cfr. *Fides et ratio*, Intr.).

4. ¡Jóvenes amigos! Vosotros sois los discípulos y los testigos de Cristo en la Universidad. Sea para todos vosotros el tiempo universitario un tiempo de gran maduración espiritual e intelectual, que os haga profundizar vuestra relación personal con Cristo. Pero si vuestra fe está unida simplemente a fragmentos de tradición, a buenos sentimientos o a una ideología genérica religiosa, entonces no estaréis en condiciones de resistir al impacto ambiental. Por lo tanto, intentad permanecer fieles a vuestra identidad cristiana y enraizados en la comunión eclesial. Para ello alimentaos de una constante oración. Elegid, cuando sea posible, buenos maestros universitarios. No os quedéis aislados en ambientes que a menudo son difíciles, sino participad activamente en la vida de las asociaciones, movimientos y comunidades eclesiales que actúan en el ámbito universitario. Acercáos a las parroquias universitarias y dejáos ayudar por

las capellanías. Hay que ser constructores de la Iglesia en la Universidad, o sea, de una comunidad visible que cree, que reza, que da testimonio de la esperanza y que acoge en la caridad toda huella del bien, de la verdad y de la belleza de la vida universitaria. Todo esto no sólo en el campus universitario sino donde viven y se encuentran los estudiantes. Estoy seguro que los Pastores no dejarán de preocuparse por dedicar un especial cuidado a los ambientes universitarios y destinarán a esta misión santos y competentes sacerdotes.

5. Queridos participantes en el VIII Fórum Internacional de Jóvenes, me alegro de saberlos presentes en la Plaza de San Pedro el próximo jueves en el encuentro con los jóvenes de la diócesis de Roma, y el domingo en la Misa del Domingo de Ramos, cuando celebremos juntos la XIX Jornada Mundial de la Juventud sobre el tema: «Queremos ver a Jesús» (*Jn* 12,21). Será la última etapa de preparación espiritual al gran encuentro de Colonia en el 2005. No basta «hablar» de Jesús a los jóvenes universitarios: también hay que hacerles «ver» a Cristo a través del testimonio elocuente de la vida (cfr. *Novo millennio ineunte*, 16). Os deseo que este encuentro en Roma contribuya a fortificar vuestro amor por la Iglesia universal y vuestro compromiso al servicio del mundo universitario. Cuento con cada uno y cada una de vosotros para transmitir a vuestras Iglesias locales y a vuestros grupos eclesiales la riqueza de los dones que en estas intensas jornadas recibís.

Al invocar en vuestro camino la protección de la Virgen María, Sede de la Sabiduría, imparto de corazón una especial Bendición Apostólica a vosotros y a todos los que junto a vosotros –estudiantes, rectores, profesores, capellanes y personal administrativo–, componen la grande “comunidad universitaria”.

Desde el Vaticano, 25 de marzo de 2004

2. Discurso de introducción

Mons. STANISŁAW RYŁKO

Arzobispo titular de Nóvica

Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos

«¡Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo!» (Flp 1,2)

1. Con estas palabras de san Pablo y en nombre del Consejo Pontificio para los Laicos, os saludo muy cordialmente a todos –queridos amigos– que en estos días participaréis en el octavo Fórum Internacional de Jóvenes sobre el tema: «Los jóvenes y la universidad: dar testimonio de Cristo en el ambiente universitario». Al daros una calurosa bienvenida, saludo especialmente y con gratitud a los obispos y sacerdotes, a los religiosos y religiosas, y a los docentes que nos acompañan. Habéis llegado procedentes de casi 90 países de todos los continentes. Entre vosotros hay representantes de unas treinta asociaciones y movimientos eclesiales internacionales que están presentes en el ámbito universitario. El grupo que formáis constituye, por lo tanto, una «muestra» particularmente cualificada del gran pueblo que llena el campus universitario y las aulas de los ateneos esparcidos por todo el mundo. Impresiona veros aquí reunidos, con tanta variedad de lenguas, culturas, razas, nacionalidades, y sin embargo tan unidos. Estáis aquí reunidos no sólo y no tanto por el hecho de ser todos universitarios, sino sobre todo por vuestra fe común en Jesucristo y la comunión con la Iglesia, madre y maestra de todos nosotros. Porque este Fórum, a diferencia de otros convenios y seminarios, tiene como objetivo ambicioso ser para nosotros una especie de laboratorio de investigación, un espacio para el crecimiento humano y cristiano, el lugar de una aventura espiritual fascinante.

2. El Fórum Internacional de Jóvenes, llegado a su octava edición, presenta dos novedades en las que quisiera detenerme brevemente. Esta iniciativa tiene su origen en la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Buenos Aires, Argentina, en el año 1987. Fueran los mismos jóvenes quienes han inventado el Fórum como momento de encuentro, de diálogo, de intercambio más directo y personal, en el contexto de aquel encuentro extraordinario de jóvenes en torno al Sucesor de Pedro. Desde entonces, por tantos años y para tantos jóvenes, el Fórum ha significado una experiencia de fe particularmente fuerte e incisiva. Con el caminar del tiempo la estructura y el programa de las Jornadas Mundiales han ido adquiriendo una envergadura educativa cada vez más densa y más vasta, y el Fórum –aun conservando todo su valor– se ha transformado en un acontecimiento casi paralelo, a la sombra de los encuentros mundiales. A nosotros, los organizadores, nos ha resultado claro que, para aprovechar al máximo su potencialidad formativa, era necesario cambiar la fórmula. Y así, sin mermar el vínculo ideal que une ambos eventos, hemos decidido ante todo tener el Fórum en una fecha diferente a la de la Jornada Mundial de la Juventud, para darle un espacio más definido, una visibilidad e importancia mayores. Además, teniendo en cuenta la gran diferenciación que caracteriza al mundo juvenil, se ha establecido centrar el Fórum sobre temáticas específicas y más concordes con determinadas categorías de los jóvenes. El octavo Fórum Internacional de Jóvenes señala, por lo tanto, una etapa nueva en el desarrollo de esta iniciativa al servicio de los jóvenes, y confiamos en que, con esta renovación, se convierta en un instrumento de evangelización aún más eficaz.

3. En el curso de este Fórum pondremos en el centro de nuestra reflexión la universidad, institución de gran importancia para la vida del hombre y de la sociedad. Porque universidad quiere decir cultura, y la cultura es un componente indispensable para una vida plenamente humana. Juan Pablo II afirma con fuerza que «el hombre vive una vida verdade-

ramente humana gracias a la cultura. La vida humana es cultura en este sentido también, pues el hombre se distingue y se diferencia por medio de ella de todo lo que existe por otra parte en el mundo visible: el hombre no puede pasarse sin la cultura. [...] La cultura es aquello por lo que el hombre, en tanto que hombre, es más hombre, “es” más, accede más al “ser”». ¹ Y las universidades son verdaderos «generadores» de cultura en sus variadas expresiones, son lugares de fuerte irradiación de la cultura. De ahí su función insustituible.

Nuestros tiempos registran en la cultura una crisis grave y difusa. Muchos hablan de una humanidad que se encuentra en una encrucijada y no faltan los análisis duros. Reproduzco aquí uno de ellos que me parece muy acertado: «[La humanidad de hoy] navega en el “pluralismo sin fronteras”, expuesta a todos los vientos, dispuesta a venderse a quien ofrece menos. “La diversidad nunca ha sido una culpa tan tremenda como en este tiempo de tolerancia” (Pasolini). De la fascinación del “futuro luminoso” a la atracción del vacío [...]. Después del caballo rojo de la revolución [marxista-comunista], seguido del caballo negro de la represión, triunfará el caballo gris del nihilismo. El círculo se ha cerrado. La revolución violenta ha dado sus frutos. La exaltación de la mentira ha revelado su verdadera cara. La utopía se ha convertido, como cada ideología, en lo opuesto. Pero también el tren ha concluido su trayecto en otro andén: el iluminismo se ha apagado y el racionalismo ha perdido la razón. Viajando en direcciones contrarias han llegado a la misma estación, el nihilismo».² Este es el retrato de una cultura vacía de valores, secularizada, que encierra al hombre herméticamente en la inmanencia y lo sofoca. Gabriel Marcel decía que sin el misterio la vida se convierte en irrespirable. Y esto lo experimentamos hoy de mil maneras. He aquí donde la crisis del hombre post-moderno ahonda las raíces. Por suerte, este

¹ JUAN PABLO II, *Discurso en la Unesco*, el 2 de junio de 1980, «Ecclesia» núm. 1.986, p. 17 (721) s.

² Cfr. *Editoriale*, «La Nuova Europa» 1 (2004), p. 2 (Tdt).

cuadro de sombras es mitigado por muchos signos que dejan entrever un renacimiento de valores espirituales en la cultura actual, y esto nos debe ayudar, sobre todo a nosotros los cristianos, a no dejarnos tentar por el pesimismo, a ser más que nunca portadores de esperanza.

4. La crisis de la cultura repercute necesaria y fuertemente en la universidad, que está viviendo un período de profundas transformaciones y que está en búsqueda de una «nueva» identidad –un proceso delicado y complejo que se espera desemboque en un crecimiento. En nuestro Fórum se hablará mucho de la crisis de la universidad. Muchos sostienen que «la crisis de la universidad no es primariamente de tipo organizativo e institucional, sino espiritual y cultural. En otros términos, la universidad está en crisis como institución educativa y de cultura, como lugar de producción del saber tanto teórico como práctico».³ Es un dato que de hecho tiene consecuencias concretas, bien conocidas por profesores y estudiantes. Una de ellas, en particular, suscita preocupación. En la universidad ya no se habla del hombre, no surge la pregunta sobre el hombre, ya no hay espacio para preguntarse críticamente sobre la identidad de la persona. Estamos ante una aceleración sin precedentes del progreso científico, ante la multiplicación de las especializaciones, la consiguiente fragmentación del saber, la parcialidad contradictoria de las respuestas ofrecidas por la ciencia moderna que genera una confusión existencial y cultural entre los jóvenes– y no sólo entre los jóvenes. El pensamiento débil, que cunde como mancha de aceite proclamando los dogmas de la duda, del escepticismo y del relativismo radical, genera personalidades débiles, hombres y mujeres que renuncian a la búsqueda de la verdad. El abismo entre ética e investigación científica se abre cada vez más, aumenta el riesgo de que la ciencia, aliada del hombre, se transforme en una amenaza para la humanidad entera. En la era de la globalización las leyes del mercado valen también para la universidad y, sobre todo, no

³ E. CORECCO, *La Chiesa e le sue università*, «Il Nuovo Arcopago» 4 (1988), pp. 27-28 (Tdt).

ahorran la investigación científica de la cual a menudo se convierten en un factor determinante. La universidad, productora del saber, está cada vez más condicionada por las exigencias del mercado y por las consecuencias que ello comporta. La primera de todas es la transformación del hombre de sujeto responsable a un objeto irrelevante de manipulación de todo tipo.

Los síntomas de la grave crisis en la cual se debate la universidad son evidentes. Pero, ¿cómo salir de ahí? Ésta es una pregunta que nos debemos hacer desde el momento en que no hemos venido aquí sólo para recriminar. Es opinión compartida que si hay una vía de salida, ésta consiste en el descubrimiento de la dimensión sapiencial del conocimiento y de la ciencia. Dice el Concilio Vaticano II: «Nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad de esta sabiduría para humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad. El destino futuro del mundo corre peligro si no forman hombres más instruidos en esta sabiduría».⁴ Por ello se necesitan tantos hombres, mujeres y jóvenes que tengan el valor de preguntarse sobre la verdad (¡también de la última y absoluta!) y sobre el sentido (¡también del último y absoluto!). Es necesario volver a descubrir la vocación original de la universidad como «diaconía del pensar», «diaconía de la verdad» y «diaconía de la sabiduría».

5. Después de haber ahondado en la situación actual de la universidad, que sólo he trazado a grandes rasgos, el Fórum procederá a un análisis de la condición de los jóvenes en el ambiente universitario. ¿Cómo se sitúan los jóvenes de los diferentes países en un mundo tan complejo? ¿Qué significa para ellos el tiempo de los estudios? ¿Qué sentido le dan, sobre todo como cristianos, a este importante período de la propia vida?

El punto de partida de este examen meticuloso debe ser el principio de que los estudiantes universitarios no se pueden considerar ni pueden

⁴ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, n. 15.

ser considerados como meros «consumidores» de conocimientos. Ellos son más bien parte activa, protagonistas creativos del proceso de la propia formación. El rostro de la universidad de hoy y de mañana depende en gran parte de ellos. No en vano, uno de los objetivos del Fórum es precisamente el de despertar en los jóvenes universitarios este sentido de responsabilidad, estimulándoles a vencer la tentación de refugiarse cómodamente en la propia intimidad para lograr una presencia y un compromiso eficaces.

El tiempo de los estudios universitarios, momento importantísimo de la vida, debería coincidir con el crecimiento y la maduración humana y cristiana de la persona. Porque el saber más no quiere decir “ser” más; el saber más, por sí solo, no basta para “ser” más. Hace unos años, hablando sobre esto a los jóvenes universitarios de Roma, el Papa decía: «A la formación científica [...] se le debe agregar una profunda formación moral y cristiana que se viva íntimamente y que realice una síntesis cada vez más armónica entre fe y razón, fe y cultura, fe y vida. Unir la dedicación a una investigación científica rigurosa con el testimonio de una auténtica vida cristiana: éste es el compromiso entusiasmante de cada estudiante universitario».⁵

La condición fundamental de este proceso educativo, y de cada proceso educativo, es la visión integral de la persona. Es una visión que no tiene nada que ver con las imágenes deformantes y reductivas que las ideologías de todo tiempo y color fabrican del hombre. Es una visión que es propia del cristianismo, de nuestra fe, y según la cual el misterio del hombre, su vocación y su destino se revelan plenamente sólo en Cristo. Hace veinticinco años escribía el Papa en la *Redemptor hominis*, primera encíclica programática de su pontificado: «El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo —no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes—, debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su

⁵ JUAN PABLO II, *Agli universitari romani*, “Insegnamenti di Giovanni Paolo II (1979), p. 807 (Tdt).

debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe “apropiarse” y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo».⁶

Otro objetivo prioritario en la vida de los estudiantes cristianos debe ser el restablecimiento de la armonía entre la propia fe y la propia razón. Fe y razón no son enemigas, sino dos grandes aliadas que corren juntas hacia la misma meta, como explica Juan Pablo II paso a paso en la *Fides et ratio*, vademécum en este sentido verdaderamente valioso. Dice un antiguo dicho: *fides quaerens intellectum et intellectus quaerens fidem* (la fe busca la razón y la razón busca la fe). El cardenal Joseph Ratzinger escribe que «la fe habla a nuestra razón porque da voz a la verdad. Desde este punto de vista una fe sin razón no es una auténtica fe cristiana».⁷ ¡Qué importante es en nuestros días recuperar la noción del criterio de la fe! ¡Cuánta audacia en la fe necesita nuestro mundo, qué necesaria es la audacia para una razón abierta al misterio!

El proceso educativo y autoeducativo dentro de la universidad es una de las puestas en juego más altas tanto para estudiantes como para docentes. El fenómeno de la despersonalización, típico de nuestra sociedad de masa, que genera anonimato, soledad y profundas frustraciones, concierne incluso a los ateneos en los que urge volver a evaluar la relación maestro-discípulo, aquella particular relación humana que siempre ha significado comunión de vida y camino privilegiado para la comunicación de valores –un paso indispensable en el proceso educativo.

6. La última temática para el estudio durante nuestro Fórum es también la más importante. Se trata de la presencia cristiana en el ambiente universitario: ser cristianos, es decir, ser testigos de Cristo en este grande areópago de nuestro tiempo. San Pablo, que hace dos mil años fue el pri-

⁶ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor hominis*, n. 10.

⁷ J. RATZINGER, *Dio e il mondo*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2001, p. 40.

mero que hizo la experiencia en el Areópago de Atenas (cfr. *Act* 17,22-34), también hoy nos puede enseñar mucho. La Iglesia siempre ha puesto mucha atención en la universidad, cuna de cultura por antonomasia, y la evangelización de la cultura es una de sus grandes prioridades pastorales. Tal como sucede con la relación entre fe y razón, la relación entre fe y cultura no es una tarea fácil, y menos en tiempos de radicales y rapidísimos cambios culturales, como son los que estamos viviendo. También aquí hay que encontrar una armonía, restablecer una alianza, superando prejuicios, oposiciones e incluso la hostilidad que lamentablemente continúan presentes en no pocos ambientes universitarios.

Sobre la relación fe-cultura Juan Pablo II ha hablado en términos que merecen una atenta y constante reflexión de nuestra parte y sobre todo en estos días. En 1982 el Papa decía: «Si [...] es verdad que la fe no se identifica con ninguna cultura y es independiente con respecto a todas las culturas, entonces es precisamente por esto que la fe está llamada a inspirar e impregnar toda cultura. Es todo el hombre el que, en lo concreto de su existencia cotidiana, ha sido salvado en Cristo y por eso es todo el hombre el que debe realizarse en Cristo. Una fe que no se hace cultura es una fe que no se acoge plenamente, que no se toma del todo en cuenta, que no se vive fielmente».⁸ Estas son palabras que contienen un programa preciso, extremadamente exigente, para todo docente y estudiante universitario.

Cristo necesita testigos valientes en las universidades de todo el mundo. Tenemos que apropiarnos las palabras de Pablo: «Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (*1 Cor* 9,16). No es una tarea fácil. La cultura dominante –impregnada de prejuicios con respecto a la fe, el cristianismo y la Iglesia– ejerce fuertes presiones sobre los creyentes para que se encierren con su propia fe en el ámbito de lo estrictamente privado, hasta hacerla “invisible”. También hoy se necesita valor para ser cristianos

⁸ JUAN PABLO II, *Al Congresso del Movimento ecclesiale di impegno culturale*, «La traccia» 1 (1982), p. 55.

coherentes. ¡A vosotros, gracias a Dios, no os falta este valor! Es el valor de ser uno mismo –discípulos de Cristo– y de no avergonzarse de ello. Porque nosotros, los cristianos, tenemos un tesoro inmenso que debemos compartir con los demás. Ahora hace falta liberarse de lo falso y del complejo de inferioridad totalmente injustificado que a menudo tenemos. Ciertamente, es difícil resistir a la presión de las corrientes ideológicas y de las tendencias culturales de moda y de ir solos contracorriente. Nos arriesgamos a desanimarnos, a perdersenos. Qué importantes son, por eso, en las universidades, las capellanías, las comunidades, los grupos cristianos, los guías espirituales y las compañías que dan fuerza y orientación. Por esto hace falta una pastoral universitaria de calidad, dinámica, creativa, en la cual los jóvenes universitarios tenéis y debéis tener un papel de primer plano. Tenéis, pues, aquí otro mensaje fuerte que partirá de este Fórum.

«En verdad considero que necesitamos una especie de revolución de la fe en un múltiple sentido. Ante todo tenemos que volver a encontrar el coraje de ir contra las opiniones generales [...]. Por ello tenemos que tener el coraje de ponernos en camino, incluso en contraposición de lo que se considera como la “normalidad” para un hombre de finales del siglo XX, y de volver a descubrir la fe en su sencillez».⁹ Haciendo más las palabras del cardenal Ratzinger, os deseo a todos, queridos amigos, que el octavo Fórum Internacional de Jóvenes sea la chispa que haga estallar esta revolución en nuestra vida y en la vida de muchos otros jóvenes con los que os encontraréis en el camino.

⁹ Cfr. J. RATZINGER, *Il sale della terra*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1997, pp. 40-41.

3. La universidad de hoy: tiempo de grandes transformaciones

Prof. RENÉ RÉMOND

Presidente de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, Francia

Queridos amigos, espero que me permitáis llamaros así a pesar de la diferencia de edad, porque sin duda soy uno de los mayores, si no el más viejo de esta asamblea (podría ser vuestro abuelo porque tenéis la edad de mis nietos). Pero al menos hay dos cosas que nos unen: compartimos la misma fe y también el mismo interés por la universidad a la que pertenecemos. Estoy contentísimo de encontrarme aquí, porque para un profesor es siempre una alegría encontrarse con los estudiantes; significa una alegría muy especial encontrarse con ellos fuera de la relación ordinaria y banal que suele existir entre docente y discípulo, para compartir preocupaciones, curiosidades y reflexiones.

Es un honor para mí ser el primero en intervenir. Si me pregunto qué me califica para poder dirigirme a vosotros esta mañana, encuentro la respuesta en tres experiencias diferentes y sucesivas. La primera, también por orden cronológico, es quizás la que me acerca más a todos vosotros, a pesar de la diferencia generacional: el hecho de haber sido, en tiempos ya remotos, responsable de un movimiento de la Acción Católica en el ambiente estudiantil. En los años cuarenta del siglo XX fui el responsable nacional francés de la rama universitaria de la *Jeunesse Étudiante Chrétienne* (JEC) [Juventud Estudiantil Cristiana] antes de ser responsable general. Es más, en el año 1947, junto con la JEC canadiense, fui el cofundador de la JEC internacional. Fue entonces cuando, reflexionando, llegué a algunos puntos irrenunciables –de los que pienso no haberme alejado jamás– sobre la responsabilidad de los estudiantes y de los deberes de los estudiantes cristianos en relación al ambiente universitario.

3. La universidad de hoy: tiempo de grandes transformaciones

Veinte años después (entretanto había cambiado de área) las circunstancias hicieron que me encontrara como Rector de una universidad muy conocida en aquella época, la de Nanterre. En esta función he contribuido a reconstruir en Francia una enseñanza superior basada, en parte, en los principios en los que había creído y por los que había luchado veinte años antes como estudiante responsable, concretamente el principio de la participación de los estudiantes, directa o indirectamente por medio de delegados elegidos, en la gestión de las universidades, en el poder decisorio, en el ejercicio de la responsabilidad. Por lo tanto, he tenido la fortuna, tan rara para un adulto, de poder poner en práctica los principios por los que había luchado como adolescente y estudiante.

La tercera experiencia todavía la estoy haciendo: desde hace algunos años soy presidente de la *Fondation nationale des Sciences Politiques* [Fundación nacional de Ciencias Políticas], una gran institución de enseñanza e investigación, que me permite observar la situación actual de la universidad y adelantar una reflexión sobre ella, visto que he acompañado la evolución durante medio siglo: soy, por lo tanto, una especie de testigo de las transformaciones, objeto de nuestras reflexiones de esta mañana.

No me explayaré en las transformaciones que conciernen la inspiración: lo que ha dicho Mons. Rylko es muy importante, a lo que me adhiero sin reservas, y vosotros tendréis la ocasión de volver a todo lo que atañe la respuesta fundamental sobre el sentido de la vida. Por lo tanto, me detendré sobre todo en las transformaciones que afectan la institución.

¿Se puede hablar de universidad en singular?

Existen universidades privadas y públicas, y entre las universidades estatales hay algunas regionales y otras municipales (que dependen del ayuntamiento). También su nivel de responsabilidad y autonomía es muy diverso: algunas no gozan de ninguna autonomía, mientras que otras son del todo independientes.

También hay diversidad en cuanto a la fecha de fundación: muchas han sido creadas en los últimos diez o veinte años, mientras que otras

pueden gloriarse de varios siglos de existencia. Estamos en Italia, país que vio nacer la primera universidad en Bolonia, hace nueve siglos.

Diversidad en sus referencias filosóficas: algunas se identifican remontándose a una convicción, una ideología, una filosofía, una fe. Hay universidades humanistas y liberales; universidades confesionales; universidades sin color ideológico.

Hay diferencias incluso en los objetivos: algunas únicamente se proponen preparar a los estudiantes para el ejercicio de una actividad y son por ello escuelas profesionales. Otras, en cambio, tienen una misión más variada, sosteniendo que tienen que tener responsabilidades respecto al conocimiento, el saber, la inteligencia.

Pero todas las universidades tienen tres cosas en común.

La primera cosa es su misión específica, o sea, el transmitir. Transmiten conocimiento, nociones, un saber, un patrimonio cultural, técnico, un saber hacer. Todas son depositarias de una experiencia que deben transmitir, por su misma razón de ser, a otra generación.

La segunda cosa o misión, es el hecho que aseguran la continuidad a través de la duración.

Y en tercer lugar, participan en la formación de los individuos, y sobre esto hablaremos en seguida, porque es una misión de capital importancia que hoy a veces corre el peligro de ser sacrificada sobre el altar de los objetivos más inmediatos.

Por otra parte, todas las universidades deben afrontar hoy los mismos problemas porque se encuentran con las mismas exigencias, debidas a las transformaciones arriba mencionadas. Por lo tanto, se trata de describir la situación actual, valorar las transformaciones, encuadrar los problemas planteados por éstas, someterlas a vuestra atención, porque de la resolución de estos problemas depende en gran parte el futuro no sólo de la universidad sino también de la sociedad misma. De hecho, existe un nexo entre la sociedad y la universidad. Por un lado, la universidad refleja el estado de la sociedad y sus solicitudes; por el otro puede contribuir en la evolución de la sociedad, en cuanto que es un modelo.

3. La universidad de hoy: tiempo de grandes transformaciones

Examinemos entonces la evolución de la universidad, sin perder de vista el hecho de que se trata de una institución muy antigua. Ya he hecho alusión a las primeras universidades: ¡es una institución casi milenaria! Al inicio de un Fórum de jóvenes consagrado a la reflexión sobre la relación entre fe y universidad, no es inútil recordar que ésta última es una invención de la Iglesia. La universidad fue creada por la Iglesia al inicio del segundo milenio para la formación de los clérigos. Hoy handisminuido los lazos con la Iglesia; la institución universitaria se ha emancipado, se ha hecho independiente. Pero no podemos olvidar que ha tenido ante todo estatuto pontificio, estatuto que le aseguraba la independencia de los soberanos, príncipes y señores feudales. Así las universidades de Bologna, Oxford o París (la Sorbona), gracias a que disfrutaban del estatuto pontificio, podían disfrutar de su autonomía. Por vuestra parte, junto a otros, debéis contribuir a custodiarla y defenderla de las pretensiones del poder y del dinero. Para mí éste es un punto muy importante.

Es verdad que desde hace un par de decenios las universidades y la sociedad, están viviendo un cambio profundo; de hecho existe entre ambas una interdependencia recíproca.

El primer cambio se refiere a la cantidad, al número. Las universidades se han multiplicado, han proliferado y se cuentan hoy por miles. En los últimos veinte años se han creado muchas más universidades que en los ocho o nueve siglos precedentes. Han surgido en países que no tenían universidades y se han multiplicado en aquéllos que ya las tenían. Ha habido una explosión del fenómeno. Hoy se cuentan por miles, casi por decenas de miles. Paralelamente ha crecido el número de los inscritos – siendo ambas cosas correlativas. Antes, en la mayor parte de las universidades, los estudiantes eran algunos centenares, raramente un millar; hoy no es raro que lleguen a ser 10.000, 50.000 o incluso 100.000. Existe pues un crecimiento exponencial. Creo que nadie puede calcular el número de estudiantes universitarios a nivel mundial, pero desde luego se calculan por decenas o quizás centenares de millones. Se trata, por lo tanto, de un

fenómeno de vastísimas proporciones. Ninguna institución puede vivir un crecimiento similar sin ser transformada profundamente, porque implica no sólo su funcionamiento ordinario, sino también la definición misma de sus objetivos. Antes las universidades acogían un número reducido de estudiantes, una élite y apuntaban a formar los cuadros dirigentes de la sociedad, de la administración pública o de las empresas; eran siempre pocos. Y estos pocos pertenecían ya a categorías cultas que necesitaban una licenciatura para encontrar una salida profesional. Hoy tenemos delante la universidad de masa y éste es precisamente el problema de la masificación que transforma de punta a cabo la situación de los ateneos. No me detengo en este punto, pero me limitaré a exponer sólo algunas consecuencias que derivan de esto.

Primero, la pedagogía: hoy ya no se pueden utilizar los mismos métodos que uno usaba antes al dirigirse a un número reducido de oyentes, compuesto de estudiantes que llegaban con un bagaje cultural ya formado, teniendo que acoger a oyentes pletóricos; es evidente que hay que emplear métodos diferentes, con notables consecuencias para la vida estudiantil y las relaciones sociales. Y todo esto os atañe directamente: antes todos los estudiantes se conocían, eran pocos y conseguían estrechar lazos entre ellos; la época de los estudios era la época de las amistades, de la sociabilidad. Hoy, desde el bachillerato, muchos jóvenes están perdidos en un universo anónimo, impersonal, y yo, por mi parte, veo que muchos en un año no han conseguido hacer ninguna amistad. Están perdidos y padecen la enfermedad de los grandes números. Surge así un problema de sociabilidad que hace frágil la población escolar: por lo tanto, creo que los movimientos, en particular aquéllos cristianos, tienen la gran responsabilidad de contribuir a crear un clima, promover relaciones fraternas, ser acogedores. Es un imperativo urgente que no debemos olvidar.

Pero ¿por qué tal explosión? Es el resultado de factores muy diferentes. Por una parte está la aspiración, una exigencia propia de la democracia: el derecho a los estudios superiores se reivindica hoy como

un derecho que deriva del principio de la igualdad. Todos tienen derecho, de forma que es condición indispensable para una promoción social. Por lo tanto, hay una demanda insistente, a la cual la sociedad debe dar una respuesta y que interpela al poder político. Por otro lado, hay una necesidad debida al progreso del conocimiento, a las crecientes exigencias de cualificación –tanto en la administración pública como en el mundo de las empresas– pues los que no consiguen un nivel de formación superior se verán marginados, encerrados en tareas subalternas o incluso corren el riesgo de no encontrar trabajo. Amenaza el desempleo. Por lo tanto, hay un conjunto de exigencias, aspiraciones e imperativos.

Todo esto al menos plantea tres problemas. En primer lugar, el de la gestión de los grandes números, de la acogida de las grandes masas. Los que aspiran a estudios superiores no siempre están preparados, ni están todos igualmente dotados. No está dicho que todos consigan hacer la licenciatura ni que ésta les dará acceso a un trabajo. Las salidas profesionales no siempre corresponden al número de los que han hecho estudios superiores. Por primera vez surge un problema a gran escala, tanto para los responsables universitarios como para los políticos, es decir, el adecuar la demanda a la oferta. ¿Cómo hay que gestionarlo? Es el problema de la selección: ¿Hay que acoger a todos con el riesgo de conducir a muchos al fracaso? ¿Con qué criterios hay que basar la admisión, teniendo en cuenta que no se pueden prever las necesidades de la economía, las capacidades de absorción o adaptación, dentro de treinta o cuarenta años?

Por otro lado, tenemos que reconocer que no tenemos criterios válidos para discernir las capacidades y actitudes de los jóvenes estudiantes: es un problema doloroso que hay que afrontar, con todas sus dificultades. Aquí tenemos el primer problema, cuya solución no es ni la admisión indiscriminada ni una selección demasiado drástica. Por lo tanto, hay que reflexionar sobre esta cuestión. También vosotros tenéis la oportunidad de proponer una solución.

El segundo problema es el de la definición misma de la finalidad de la universidad. ¿Para qué sirve la universidad? Cuando eran pocos los es-

tudiantes, esta pregunta no hacía falta hacérsela, pero hoy ya no se puede eludir. La universidad tiene muchas misiones: asegurar la transmisión del saber, el desarrollo de la investigación, la formación de la personalidad, preparar para un trabajo.

En otros tiempos, las universidades no se cuestionaban la preparación profesional, porque quien tenía una licenciatura siempre encontraba un puesto en la sociedad, hecho que hoy ya no sucede. Las universidades tendrán la culpa si no se preocupan del futuro profesional de los estudiantes, ya no pueden dejar de interesarse. Tienen que razonar en términos de preparación profesional e introducir de ésta una buena dosis en el curso de los estudios: es una concreta responsabilidad. ¿Pero cómo conciliar esta responsabilidad con la transmisión de un saber desinteresado y gratuito? Llegamos así a otro problema: la sociedad— los que dan trabajo y los políticos— tiende a privilegiar cada vez más la finalidad profesional y le piden a la universidad, que la doten de cuadros directivos, de mano de obra, en detrimento de su otra finalidad. La exigencia de la rentabilidad tiene una explicación, porque todo esto es cada vez más caro. Los contribuyentes que precisamente contribuyen con los impuestos que pagan, tienen el derecho de pedir a la universidad que justifiquen las sumas que le son atribuidas: si la universidad forma desocupados, entonces estas sumas están mal empleadas. Otro elemento para nuestra reflexión es el hecho de que también muchos estudiantes tienen hoy objetivos utilitarios (del todo legítimos), exigencias inmediatas. Si antes muchos frecuentaban la universidad para cultivarse, para completar la propia formación sin pretender que la universidad les proporcionara un pase para la sociedad, la mayoría accede hoy a ella para obtener la licenciatura que les proporcione después un trabajo. Los mismos estudiantes ejercen de este modo tal presión, que a veces se corre el riesgo de dar la espalda a la finalidad desinteresada de la transmisión de un saber enteramente gratuito. Aquí tenemos un argumento para la reflexión, un problema, que ninguna universidad y ninguna sociedad pueden eludir.

El tercer problema, al que acabo de hacer alusión, es el de los medios a utilizar, y este es un problema doble. A los estudiantes se les plantea so-

bre todo el problema de los costos del estudio; y aquí volvemos a encontrarnos en el punto preciso de la exigencia democrática. Si el acceso a la enseñanza superior es un derecho, ésta no puede privársela a nadie que sea incapaz de permitírsela. El principio de selección no debe ser el dinero; hay que hacerse cargo del problema de la justicia social, de los anticipos, de las becas, de establecer una solidaridad entre los estudiantes y la sociedad.

En segundo lugar, hay que dotar a las universidades de medios que las permitan desarrollarse, dado que aumenta el número de los estudiantes y la enseñanza se convierte cada vez más costosa. Antiguamente la universidad medieval no necesitaba grandes medios; se dice incluso que la enseñanza era sólo oral, que los estudiantes, sentados sobre fardos de heno, escuchaban al docente y tomaban apuntes. Hoy, ya sólo la dotación a nivel informático o de laboratorios científicos o lingüísticos exige inversiones costosísimas. La mayor parte de las universidades ve que una parte de los medios que han solicitado son rechazados. En muchos países las universidades padecen un empobrecimiento que repercute en la calidad de la enseñanza, que a su vez afecta la licenciatura, comprometiéndolo así el futuro del individuo. Es un problema social que se le plantea a toda la sociedad y que es consecuencia de su transformación, del crecimiento de la demanda y de las nuevas necesidades.

Otro cambio que plantea diferentes interrogantes es la apertura a la sociedad y al mundo. Es uno de los aspectos de la globalización: las universidades están volviendo a encontrar una de las que eran sus características, es decir, ser lugares de encuentro e intercambio. Los estudiantes, de hecho, iban de un país a otro y todas las universidades acogían sin limitación estudiantes de diferentes naciones. Después se identificaron con la propia nación, desempeñando un importante papel en la formación de la identidad nacional. El problema del que estamos hablando se plantea en un modo más evidente en los países más jóvenes, aquellos que hace poco han obtenido la independencia y aún están en búsqueda de la propia identidad. En esto las universidades tienen una gran responsabilidad: contribuir a la constitución de esta identidad. Por eso es

de esperar que conserven allí su élite, que la formen directamente, lo que no excluye que se abran al resto del mundo. En los países de larga tradición, cuya identidad no se pone en entredicho, el problema no es el mismo. Pero en ambos casos la universidad debe resolver el problema del equilibrio entre el apego a la singularidad de una cultura y la apertura al mundo. Recordemos la atención que Juan Pablo II da a la cultura, el nexo que establece entre identidad nacional y cultura. Las universidades tienen aquí una gran responsabilidad, siempre y cuando no se cultive el particularismo, el chauvinismo, la estrechez de miras. Es necesario encontrar el equilibrio entre el apego a la propia cultura y la apertura al mundo. El avance de la globalización también afecta a la universidad; las universidades compiten hoy entre sí, aspecto este también nuevo. De hecho, al inicio las universidades existían en el interior de una unidad nacional relativamente cerrado; hoy están en competencia y esto es positivo. Los estudiantes circulan de nuevo, y los profesores también, las universidades compiten entre sí. Pero esta competencia no debe realizarse con la exclusiva ventaja de las mejores en detrimento de las demás, produciendo así una hemorragia en las más pobres. Y tampoco debe hacerse con ventaja de una sola cultura, lo que produciría un empobrecimiento, un achataamiento del mundo. También para las universidades vale hoy el gran debate de la globalización. Hay que permitir a las naciones menos ricas que preserven la propia identidad, que tengan sus propios cuadros directivos y élites, sin que se encierren en sí mismas. Por otro lado, la competencia se desarrollará a la fuerza en base al criterio de la cualidad y la excelencia. Esto significa que debemos hacer lo posible por preservar o desarrollar la excelencia, debiendo ser muy exigentes en este punto tanto los estudiantes como los profesores. Porque lo único que las universidades pueden darles es la licenciatura, – nada más que esto. Si las universidades hacen que sus diplomas pierdan valor, empobrecen a los estudiantes; al conservar la calidad contra la demagogia, que a menudo impulsa a reducir la exigencias y a despreciar los criterios, no hacen otra cosa que salvaguardar el bien de los estudiantes.

3. La universidad de hoy: tiempo de grandes transformaciones

Termino volviendo al punto de partida: mis convicciones no han cambiado en medio siglo, más aún, gracias a la experiencia, se han reafirmado. ¿Cuál puede ser hoy en la universidad el papel de un joven estudiante cristiano y de los movimientos cristianos?

Sobre todo hace falta ser miembros activos de la universidad, comportándonos, tal como recientemente nos ha invitado Juan Pablo II, como ciudadanos responsables. Es, de hecho, en la universidad donde se aprende el ejercicio de la ciudadanía. Si esto no sucede, entonces hay pocas esperanzas de convertirse como adultos en verdaderos ciudadanos. Esto significa que el estudiante no se comporta sólo como oyente, consumidor o reivindicador de derechos. Creo que el modelo del sindicato que defiende los intereses de categoría no es apto para la universidad, ya que entre docentes y discípulos no existe una relación de fuerza o de lucha de clases. No hace falta transferir este esquema. Comportarse como miembros activos significa interesarse por la vida de la universidad, participar en ella cuando se dé la ocasión. Donde los estudiantes tengan la posibilidad de elegir los propios delegados, que la aprovechen: (por mi parte deploro que el nivel de participación sea tan escaso) esto significa que uno se interesa por los problemas, que se participa en los grupos de reflexión no sólo para defender los propios intereses inmediatos o los derechos de inscripción, sino los programas y los estatutos. En segundo lugar, ser guardianes de la excelencia, vigilando el nivel de las licenciaturas. En tercer lugar, hacer lo posible por respetar la finalidad misma de la universidad, que ciertamente es la preparación profesional, la preparación a la vida adulta, pero también la transmisión del saber y la formación de la personalidad. De hecho es en la universidad donde finaliza la formación de la personalidad. Esto significa defender la inteligencia. No insisto en este punto, porque ya ha sido desarrollado en modo excelente por Mons. Ryłko y puesto de relieve en el Mensaje que el Santo Padre nos ha enviado. Hoy, gracias a Dios, ya no hay incompatibilidad entre la fe y la razón: ya no estamos en la época de la contraposición: es la misma lucha que hay entre la fe y la inteligencia. Entre los que defien-

den el ejercicio de la razón, los cristianos tienen que estar en primera fila: el dono más hermoso que nos ha dado Dios es precisamente la razón. También por la fe hay que usar la inteligencia contra las ideologías, contra lo irracional. Pienso que es un deber defender la cultura y respetar la inteligencia.

No he dicho nada del sentido de la existencia y de la vida, pero seguramente surgirá el tema en los próximos días. Quisiera concluir diciendo, como universitario, como docente, como portavoz de los docentes, que la universidad os necesita y que tenéis deberes y responsabilidades con la universidad. Gracias.

4. La universidad de hoy: *intervenciones de jóvenes*

DAVID MPANGILE, *Tanzania*

Los países africanos generalmente tienen que enfrentarse en varios sectores a situaciones más o menos parecidas, incluido el de la enseñanza. Por ello, lo que voy a decir se corresponde con la realidad de Tanzania, pero también con la de otros muchos países africanos.

DESARROLLOS RECIENTES

Ha habido un incremento en el número de universidades, que ha ido a la par con la expansión y el aumento de las ofertas formativas. Sin embargo, este aumento ha sido insuficiente para satisfacer la demanda y las expectativas de la gente, puesto que aún son pocos los que tienen el privilegio de poder matricularse.

Hay otro problema relacionado con dicho aumento. En muchas universidades el cuerpo docente es insuficiente porque la capacidad de la enseñanza no está aún muy reconocida. Algunos profesores van a enseñar a otros países, sobre todo de América y Europa. Y los que se quedan en el propio país no están satisfechos con el sueldo universitario. Los profesores de Kenia y Zambia han hecho una huelga para exigir el aumento de sus salarios. En otros países el cuerpo docente no hace otra cosa que lamentarse o decide emplearse en una vasta gama de actividades para tener otros ingresos económicos, lo que en cierta medida repercute en la eficiencia de la enseñanza.

Ha habido un aumento del número de estudiantes que participan en los programas de intercambio. Esto permite a los estudiantes de una nación estudiar en otros países africanos y así promover de alguna manera la unidad del continente africano.

Respecto a la comunidad universitaria africana, otro notable desarrollo reciente es la implicación del sector privado en los centros de estudios superiores.

CARACTERÍSTICAS

En los últimos tiempos se han politizado la mayoría de las universidades africanas y como consecuencia muchos gobiernos consideran las universidades como lugares de sedición. Esta tendencia a menudo ha llevado el caos a las universidades africanas, donde no son infrecuentes los casos de enfrentamientos entre estudiantes y las fuerzas del orden. Esto ha causado graves heridas a los estudiantes, tanto a nivel físico como psicológico.

A pesar de ello, las universidades aún reflejan aquel espíritu comunitario que durante años ha prevalecido en la sociedad africana. Los estudiantes tienen buenas relaciones interpersonales y se ayudan mutuamente en el vida cotidiana.

En las universidades africanas domina el miedo a los exámenes y los estudiantes no están seguros de poder acabar los estudios, dado el número de estudiantes que las frecuentan en modo discontinuo o que tienen asignaturas pendientes. Esto obliga a los estudiantes a concentrarse mucho en la preparación de los exámenes y a rechazar la participación en otras actividades, sean sociales, culturales o, peor aún, religiosas.

La mayoría de las veces la prioridad principal no es la formación integral de los estudiantes: la calidad de la enseñanza se mide más bien en base a las calificaciones obtenidas. No hay espacio para el crecimiento de los talentos, que no es considerado parte importante de la educación. No es de extrañar que tantos talentos surgidos antes comiencen a estancarse con el ingreso en la universidad. La universidad se puede comparar con un terreno donde la gente entierra los propios talentos, tal como lo hizo el siervo mencionado en el Evangelio.

4. *La universidad de hoy*

En África la necesidad social ha sido la motivación principal para el nacimiento de las universidades. El objetivo era crear una élite para ayudar a la comunidad. Con el pasar del tiempo, este noble objetivo se ha distorsionado: nuestro desafío consiste ahora en renovarlo, para llegar a la meta que todos deseamos a fin de mejorar nuestra sociedad, para alabanza y gloria del Dios omnipotente. Amén.

* * *

JOSÉ DE JESÚS GARCÍA VALDIVIESO, *México*

¡Buenos días! Yo soy Pepe, de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí en México. Pretendo dar un panorama breve de la vida que llevamos los universitarios en México y en América Latina.

Para empezar, en los preuniversitarios, al terminar la escuela, se vive una necesidad de tener orientaciones de vocación, porque no se sabe hacia dónde se quiere perfilar uno, qué es lo que se quiere estudiar o qué es lo que se quiere hacer. Es para todos fuente de ansiedad realizar el examen de entrada a la universidad, porque como todos sabemos en los países tercermundistas –en casi toda la América Latina lo somos– hacen falta espacios para estudiar. La tendencia es estudiar carreras humanísticas, pero éstas están saturadas. Las ingenierías casi nadie las quiere estudiar; o algunas otras ciencias más difíciles, nadie las quiere estudiar. Pero el mercado y la globalización lo están exigiendo.

En los primeros años de universidad, en primero y segundo año, hay una desorientación muy fuerte en cuanto al modo de relacionarse entre los universitarios y en cuanto a la pérdida de sueños; hay una pérdida de valores construidos durante toda una vida. Empieza un bombardeo fatal hacia los universitarios y se llega a la pérdida de valores y a la pérdida de sueños; como digo, hay una desorientación. Lo que se va ganando es querer ser alguien en la vida, ser alguien importante, ser un líder, ser un político, pero ya sin el sentido ético y con ese espíritu de ayuda hacia los demás.

Para muchos universitarios su vida universitaria es de dos o tres años, pues hay un gran número de deserciones en las universidades. Es exagerado, sobre todo en las ingenierías, en medicina. Pocos son los que terminan su carrera. En mi propia experiencia, de las 200 personas que comenzamos la carrera, solamente acabamos dos o tres; incluso ha habido generaciones en las que no ha habido graduados. ¿Por qué? Por problemas familiares, falta de dinero, falta de apoyo, falta de interés, problemas de muchos tipos.

Posteriormente se llega a la parte final de la universidad, donde ya se sabe, después de cuatro años de estudiar, que uno va a terminar la carrera. Uno de los principales problemas es que no se encuentra trabajo o un espacio donde desenvolverse como universitario. Se maneja mucho lo que es la competencia. Es difícil obtener el título completamente. Hay mucha necesidad de trabajo, de lugares o espacios para desenvolverse, para seguir estudiando. Hay falta de oportunidades.

Bueno, en tres minutos les dije más o menos las necesidades de los universitarios a través del tiempo. Ahora paso a precisar cuatro dimensiones.

A nivel personal, los universitarios en todo ese tiempo sufren necesidades, viven la soledad, viven la competencia, la tristeza, viven desolación. Esto es lo que viven los universitarios. Esto lo refugian en alcoholismo, en drogadicción, en noviazgos no bien formados, en relaciones rápidas a nivel personal. Hay un gran problema en cuanto a orientación sexual entre los universitarios.

A nivel familiar, los universitarios son una esperanza para su casa, pero lejos de lo que piensan en su casa. En su casa pueden ser como el factor que cambia un modo de vivir. Pero no lo es tanto ni tan inmediato como lo esperan.

A nivel social la universidad sigue siendo una trinchera de donde siguen saliendo líderes, de donde sigue saliendo gente comprometida, de donde sigue saliendo gente que transforma este mundo, y donde seguirá por siempre sucediendo esto.

Y en la relación con Dios, en México, principalmente, hemos notado que se habla de una laicidad en la universidad, osea, cualquier religión se

4. *La universidad de hoy*

puede tener dentro del ser universitario. Pero esto ha llevado a que al hablar de la laicidad se hable también de prohibir hasta la religión y nadie pueda vivirla dentro de las universidades. Esta relación con Dios hace salirnos de la ética, salirnos de la moral, el no poder promover valores. Aquí está el reto. Estas son las dimensiones en las que hay que trabajar. Son problemas muy concretos que vive el universitario y que es lo que percibe desde su persona. Gracias.

* * *

AGNES LIN, *Taiwán*

Estimados Profesores, queridos colegas y amigos: A mi entender, actualmente el problema más serio en las universidades de Taiwán es el número cada vez mayor y la menor calidad de los estudiantes.

La República de la China Nacional, conocida también como Taiwán, está formada por una isla principal y otras islas más pequeñas, con un total de casi 40.000 km². En este territorio minúsculo, desde 1946 al día de hoy, el número de universidades ha aumentado de 4 a 151, poseyendo el 49,4% de los ciudadanos una licenciatura.

La divulgación de la enseñanza es un hecho positivo, pero la masificación de los estudios superiores puede obligar a los estudiantes, que no están verdaderamente interesados en la formación universitaria o que no son idóneos para ella, a matricularse en las universidades, empujados por la sociedad oriental tradicional. Esto se debe a que la mayor parte de nosotros considera los estudios superiores el modo más seguro para encontrar un buen trabajo, para subir en la escala social y vivir una vida mejor. En realidad, no es fácil encontrar ahora trabajo ni con una licenciatura. La gran cantidad de estudiantes universitarios puede hacer bajar su calidad y equiparar las universidades a los institutos de enseñanza media del pasado, no sólo por el creciente número de estudiantes sino también por la inmadurez de algunos.

El problema principal para los estudiantes de las universidades católicas es que a menudo se encuentran en la situación de tener que elegir entre su vida de fe y sus intereses. Por ejemplo, pueden preferir hacer deporte, ingresar en un club o desarrollar un trabajo a tiempo parcial antes que participar en actividades de la Iglesia y rezar. Además la mayor parte de ellos no logra encontrar su propia vocación cristiana, porque durante el período universitario están siempre llenos de compromisos.

Dado que el argumento de mi intervención eran los problemas de los estudiantes universitarios en Taiwán, sólo os he hablado de los aspectos negativos. Espero no haberos dado una mala impresión. Gracias.

* * *

SAM FLORES, *Nueva Zelanda*

Tēnā koutou katoa – ¡Saludos a todos!

Quisiera comenzar diciendo que, a pesar de tener que hablaros de las dificultades con las que los estudiantes se tienen que enfrentar en las universidades de Nueva Zelanda y Australia, el período universitario tiende, en general, a ser una fase muy divertida y positiva en la vida de una persona.

En todo caso, uno de los problemas principales de los estudiantes en Australia y Nueva Zelanda es el dinero. Las matrículas universitarias no son nada económicas... en Nueva Zelanda la mayoría de las carreras de licenciatura suelen costar anualmente por lo menos unos \$US 4.000, a menudo más, sin contar los libros y artículos de papelería. Muchos jóvenes tienen que vivir en este período por sus propios medios y no son mantenidos por sus padres, lo que significa tener que trabajar a tiempo parcial, además de estudiar. El resultado es que muchos estudiantes tienen menos tiempo y energía para dedicarse a los estudios.

Otra dificultad para los estudiantes es la incertidumbre de encontrar trabajo después de la licenciatura. No tenemos ninguna garantía de que el dinero que hemos gastado o pedido prestado nos proporcionará tra-

4. La universidad de hoy

bajo o una carrera. Los que hemos pedido préstamos para pagar la matrícula, los libros y lo necesario para vivir, nos encontramos ante la situación de tener que devolver grandes sumas de dinero. Pueden pasar años antes de poder liberarnos de las deudas. Esto no es justo, a nuestra edad no deberíamos tener que ver con préstamos tan altos.

Algunos diplomas son muy fáciles de conseguir. Para los que tenemos que trabajar duro, es un problema obtener buenas notas y conseguir el diploma; porque al final estamos todos al mismo nivel que los demás, que quizás no se han esforzado tanto. Puede ser frustrante cuando uno se presenta para un puesto de trabajo.

Desde el punto de vista emotivo, la universidad puede ser muy estresante, sobre todo en el primer año. Hay una gran diferencia con la enseñanza secundaria, pues tenemos que hacer muchas cosas solos y no es siempre fácil encontrar una ayuda válida. Tenemos que informar a los estudiantes que hay capellanes y mentores, personas que nos dan una mano, aunque sólo sea para hablar o asistirnos en los trámites de inscripción, que a veces pueden ser complicados.

Creo que una de las cosas más difíciles que los estudiantes tienen que enfrentar es la soledad y el aislamiento. Cuando en clase hay centenares de personas, es difícil conocer a alguno... ¡y cuando esto sucede, es difícil volver a encontrarse al día siguiente! Tendríamos que tener comunidades dispuestas a acoger a los estudiantes y a ayudarles a encontrar un grupo en el que se sientan a gusto.

Como católica, la cosa más difícil no es decir que lo soy, sino el hecho de que la respuesta de la gente tiende a ser relativista e indiferente. Es difícil hacer entender a la gente lo importante que es para mí la fe, porque normalmente se limitan a decir cosas como: “Bueno, esto es lo que tú crees”. Cada uno tiene su punto de vista; todo va bien mientras no intente imponerlo a los demás. Pero este es un mensaje contradictorio porque la gente tiene sed de la verdad, sobre todo los jóvenes.

Además es difícil mantener a Dios como punto de referencia cuando nuestra sociedad continúa diciéndonos que las cosas más importantes

son las notas que obtenemos y cuánto alcohol bebemos. También es difícil entender el proyecto que Dios tiene para nosotros, cuando los mensajes de la sociedad sólo nos empujan a preocuparnos de encontrar un buen trabajo con el que ganar un montón de dinero.

¿Qué pasa con la voluntad de Dios en nuestra vida, para nuestra vida? A veces no es fácil encontrar el tiempo y el lugar para sentarse a escuchar al Señor... y cuando lo hacemos, los mensajes de la sociedad continúan confundiéndonos.

Espero que el presentar esta realidad no nos empantanemos en los problemas. He hablado sobre éstos porque así tomamos conciencia de ellos y ojalá encontremos las soluciones para ayudar a los estudiantes en el futuro.

* * *

TANIOS CHAHWAN, *Líbano*

1. *Los árabes y su mundo:*

Después de los sucesos del 11 de septiembre y con el objetivo de una comprensión recíproca entre árabes y americanos, el Dr. James Zoghbi, americano de origen libanés, constata en la introducción de su libro *¿En qué piensan los árabes? ¿Y quiénes son?*,¹ que «los resultados de la encuesta dirigida por 8 países árabes muestran sin lugar a dudas que los árabes son humanos y que tienen prácticamente los mismos intereses que los americanos en todos los niveles»; una constatación caricatural que asume el drama antropológico que están padeciendo los árabes en sus países y en el extranjero.

El mundo árabe, que incluye las regiones del vecino oriente, la península arábiga y el Norte de África, está constituido por 21 países, todos ellos miembros de la Liga Árabe. Aunque todos estos países tienen una lengua común y, en un contexto más amplio, una religión común que es

¹ Publicación del instituto internacional de James Zoghbi, Washington, 2002.

4. *La universidad de hoy*

el Islam (religión a la que pertenece el 90% de la así llamada población árabe), como también un patrimonio cultural común, se diferencian mucho desde el punto de vista geográfico, demográfico y económico, como también en cuanto a las formas de gobierno y los sistemas educativos.

2. *Conflicto político y situación socioeconómica:*

El mundo árabe, que desde 1948 padece el conflicto arábigo-israelí y sus consecuencias, está atravesando ahora una crisis económica aguda. Según el informe de la ONU sobre el desarrollo del año 2002, el total de las poblaciones del mundo árabe estaba constituido por 280 millones de personas; dentro de 20 años serán 450 millones. La suma del producto interior bruto (PIB) de estos países es de 531 mil millones de dólares, siendo el de España de 595 mil millones de dólares, para una población que en 1998 no había superado los 39 millones de personas. En cuanto a los analfabetos el número es de 65 millones de adultos, siendo una tercera parte mujeres; además, 10 millones de niños no van a la escuela y el total de desempleados en estos países asciende a 40 millones.

3. *La enseñanza superior en el mundo árabe:*

En este contexto complejo y dramático, los centros de estudios superiores representan una de las nuevas formas de auténtico desarrollo. Si en el año 1950 no había más que 10 universidades repartidas por toda la región, hoy existen más de 200 centros de enseñanza superior. Como quiera que sea y a pesar del notable progreso en este campo, las solicitudes de reforma de los sistemas de enseñanza superior en el mundo árabe están al orden del día en las agendas de toda la región, indicando con claridad la incapacidad de estas universidades de responder a lo que piden los países: el desarrollo humano y social, así como la integración de los países árabes en el proceso de la rápida transformación en el mundo de hoy, a nivel de las necesidades del mercado laboral y de la sociedad donde funcionan estas universidades.

4. Crisis de calidad:

Según Mohamad Jawad Rida,² «la enseñanza en los países árabes a menudo no es creíble y es incapaz de modernizar la región, dada la dependencia de sus condiciones históricas y la complejidad de las interacciones entre lo sacro y lo profano impuesta por el Islam». Además, las materias de estudio ofrecidas en las universidades de la región se consideran predominantemente de naturaleza tradicional y de ámbito limitado: las ciencias humanas ocupan una posición privilegiada respecto a las ciencias naturales y tecnológicas.

5. Los desafíos de la reforma:

a) Problemas y éxitos:

En la región las carencias sustanciales de la enseñanza se manifiestan con la ausencia de sistemas y estructuras fiables que den una organización sólida y eficaz a la enseñanza en general y en particular a la enseñanza superior. Además los centros de estudios superiores no garantizan siempre la calidad, no aseguran la responsabilidad pedagógica y no emplean los criterios estandarizados para la realización de los programas y las competencias de los alumnos. Como dice la declaración de Beirut del año 2001, la enseñanza superior en el mundo árabe sufre tensiones considerables que impiden el alcance de sus objetivos. Los principales problemas identificados son los siguientes:

- crecimiento elevado de la población;
- recursos económicos inadecuados;
- organización rígida y descentralizada;
- la falta de diversificación de los centros y programas;

² Rector emérito de la Facultad de Ciencias Humanas de Kuwait y actual director del Centro de Estudios Educativos de Bahréin.

4. *La universidad de hoy*

- incapacidad de responder a las necesidades de los estudiantes;
- carencia de comunicación entre los centros de estudios superiores y aquéllos de enseñanza secundaria, como también con las comunidades locales y las exigencias de desarrollo social y humano.

La declaración de Beirut también ha identificado la necesidad de:

- nuevas competencias, métodos y procesos en la enseñanza y aprendizaje;
- inserción de nuevas tecnologías;
- promoción de competencias en la reflexión científica y analítica.

A estas necesidades se le añaden la necesidad de elevar los criterios de acceso a la enseñanza superior, de probar su pertenencia y diversidad, de intensificar la cooperación regional e internacional, y de desarrollar la aseguración de calidad y los estándares de acreditación además de la documentación y los datos de difusión. Además es urgente hacer una legislación, unas políticas y medidas de responsabilidad para los centros de estudios superiores públicos y privados, estableciendo los mecanismos de una reglamentación eficiente. Todo esto para asegurar la libertad académica y garantizar la independencia de la universidad en el campo de la investigación y el desarrollo, y para promover su implicación en el sector público y privado.

En cuanto a los resultados, el secretario general de la Federación de las Universidades Árabes opina que, «más allá de las carencias generales en las diferentes regiones, también hay ejemplos de excelencia, algunos éxitos y progresos obtenidos en algunos países que, además de problemas y dificultades, se caracterizan por grandes diferencias al interior del territorio nacional».³

³ Encuentro de países árabes sobre la enseñanza superior en el mundo árabe, Beirut, 17-20 febrero 2004.

b) *Las tendencias de la reforma:*

Las solicitudes de reformas de la enseñanza superior en los países árabes son de diversa índole y varían de una región a otra. Es importante tener también presente que los países de la región no tienen todos el mismo problema en el campo de la enseñanza y que los centros de estudios universitarios no tienen las mismas dificultades.

Según la oficina regional de la UNESCO para la educación en los países árabes, se pueden observar tres tendencias de reforma:

- la primera, que considera las necesidades de la sociedad árabe en el campo del desarrollo humano y social como punto de partida;
- la segunda, que pide la adopción de nuevos métodos de enseñanza además de programas basados en la nueva información y en la tecnología de la comunicación, como condición *sine qua non* para la transformación de la mentalidad árabe y, a partir de ahí, de los métodos de acercamiento a los problemas sociales y las correspondientes salidas;
- la tercera, que afirma que la reforma depende de la liberación de la enseñanza superior y sus instituciones de las trabas burocráticas, de los vínculos políticos y del control centralizado y autoritario a los que están sometidos.

6. *En vista de la transformación de la enseñanza superior:*

En la línea con la declaración de Beirut, la enseñanza superior en el mundo árabe debe orientarse hacia la formación de un pensar independiente, digno de confianza, cualificado y especializado; del mismo modo, debe asegurar la promoción de ciudadanos profesionales y competentes, capaces de enfrentar las necesidades sociales de todos los sectores y en todos los niveles y de intervenir con experiencia y espíritu ético en el campo del desarrollo social, de las ciencias y de la tecnología. Hay muchas solicitudes de plantillas universitarias para estudiar los problemas sociales y así contribuir a solucionarlos.

5. Los universitarios de hoy: retrato de una generación en búsqueda

Prof. MARY ANN GLENDON

Docente de Derecho, Harvard Law School, USA

Puesto que casi todos sois estudiantes, seguro que sabéis bien cómo se siente uno cuando le dan por tarea un argumento sobre el cual no es un experto. Por ello pienso que os podréis imaginar mi reacción cuando el Consejo Pontificio para los Laicos me pidió que diera una conferencia con el título: «Los universitarios de hoy: retrato de una generación en búsqueda». Me sentí honrada, pero también estaba un poco preocupada. Me preocupé aún más cuando me dijeron que en este retrato deberían estar incluidos tanto los países desarrollados como aquéllos en vías de desarrollo. Y cuando supe que se esperaba que yo tratase un argumento tan vasto en sólo treinta minutos, me sentí como Charlie Brown de los Peanuts, cuando su maestra repartió una hoja en clase pidiendo a los alumnos que escribieran una redacción sobre las causas de la Segunda Guerra Mundial. Al ver la expresión algo perpleja de Charlie Brown, la maestra agregó: «Podéis usar ambas caras».

I. ¿QUÉ DICEN LOS CIENTÍFICOS SOCIALES?

Comencé mi tarea como probablemente lo habríais hecho también vosotros. Fui a la biblioteca para ver qué dicen los estudiosos de las ciencias sociales. Allí descubrí que existe una vastísima bibliografía sobre los jóvenes nacidos al inicio de los años ochenta y que en el nuevo milenio han alcanzado la mayoría de edad y que por eso a veces se les da el sobrenombre de «Millennials». De hecho, ninguna otra generación ha

sido objeto de tantos estudios como ésta, conocida también como la Generación Y.

Los datos aportados por las ciencias sociales nos dicen que sois afortunados bajo diferentes aspectos. Al parecer sois la generación más instruida de la Historia. Hasta ahora nunca tantos jóvenes provenientes de ambientes tan diversos han podido frecuentar la universidad (aunque existe todavía un profundo abismo entre los países ricos y los países en desarrollo, y entre los jóvenes ricos y aquéllos pobres de los países más desarrollados). Las jóvenes, en concreto, nunca han podido desarrollar tanto su potencialidad como ahora.

Una circunstancia que ha dado una impronta decisiva a vuestra generación es que os habéis criado junto a la computadora personal. Las primeras computadoras IBM entraron en las casas, escuelas y oficinas en el año 1981; habéis adquirido un nivel de habilidad que sólo pocos adultos podrán alcanzar. Otra suerte que tenéis muchos de vosotros es que, respecto a las generaciones precedentes y gracias al aumento de la expectativa de vida, habéis tenido la posibilidad de pasar mucho más tiempo con vuestros abuelos.

En cuanto a otros aspectos, vuestra Generación Y ha tenido que cargar con pesos considerables. Probablemente nada marcó tan profundamente las esperanzas y miedos de vuestra generación como la revolución social acaecida a mediados de los años sesenta (cuando gran parte de vuestros padres tenía vuestra edad) y los años ochenta (cuando nació la mayoría de vosotros). A partir de los años sesenta cayó la tasa de natalidad y nupcialidad en los países ricos de Norteamérica y de Europa, en Japón y Australia. Contemporáneamente hubo un aumento de la tasa de divorcios, como también de las convivencias y de los nacimientos fuera del matrimonio. La importancia y rapidez de estos fenómenos no tienen precedentes, registrándose un incremento y un descenso superior al 50% en menos de veinte años. Cuando hacia fines de los años ochenta estas tasas terminaron por estabilizarse en sus nuevos niveles más altos, nos encontramos con un panorama social completamente diverso. Los princi-

pios tradicionales que por milenios habían regulado el comportamiento sexual no sólo terminaron por desatenderse sino que fueron abiertamente renegados.

A posteriori podemos ver que los cambios de comportamiento y opinión acaecidos en aquellos años no eran otra cosa que un experimento social de masa. Aunque sólo pocos en seguida se dieron cuenta, fue un experimento que principalmente se realizó a expensas de los niños. Ahora entendemos lo que desde el inicio tendría que haber sido obvio: que cuando cambia el comportamiento de los adultos, también cambia el ambiente en el que crecen los niños.

Dando prioridad a la búsqueda de la realización personal de los adultos, la sociedad ha cambiado completamente la experiencia de la infancia: nunca tantos niños han crecido en familias carentes de la figura paterna como ahora. Nunca tantos niños han sido confiados al cuidado de personas ajenas a sus padres a una edad tan temprana. Se ha reflexionado muy poco sobre el significado que estos cambios pudieran haber tenido para los niños o para el futuro de la sociedad en cuestión.

Algunos de vosotros quizás habéis leído las reflexiones al respecto del P. Tony Anatrella, el psicoanalista que habló durante el convenio del año pasado.¹ Según él el cambio de la experiencia de la infancia ha comprometido en muchos jóvenes la capacidad de tener fe en el prójimo e incluso en el futuro. La crítica que hizo de la generación que alcanzó la edad adulta en los años sesenta fue más bien dura. De hecho afirmó que mientras los padres de aquella época, como todos los padres, querían que sus propios hijos fueran felices, muchos no se preocuparon de transmitirles «las reglas fundamentales de la vida social, la riqueza que significa para un pueblo la tradición y la fe cristiana, fuente de tantas civilizaciones».

La historia de los países en vías de desarrollo es diferente, pero los cambios en la vida familiar han sido igualmente rápidos y profundos. La

¹ Convenio internacional “De Toronto a Colonia”, organizado por el Consejo Pontificio para los Laicos, del 10 al 13 de abril de 2003 (N.d.T.).

industrialización, urbanización y globalización han acelerado la decadencia de antiguas tradiciones y modelos familiares. En muchos países el proceso de la industrialización, que en Occidente había durado más de un siglo, se realizó en poco más de un decenio. En algunas partes del mundo, los niños han sido privados tanto de su infancia como de sus padres a causa de la devastación del SIDA o de violentos conflictos étnicos y políticos.

Este es el tipo de información en el que me he sumergido cuando buscaba información sobre qué dicen los científicos sociales sobre la Generación Y. Pero como docente universitaria, como madre y como abuela, sentía que faltaba algo. Quería saber más sobre lo que piensan los jóvenes respecto a su situación cuando se preparan para asumir puestos de responsabilidad en una época de cambios turbulentos producidos por la globalización, el conflicto y la creciente disgregación de la vida familiar. Además quería saber, en particular, más sobre el concepto que los estudiantes universitarios tienen de sí mismos.

II. ALGUNAS OPINIONES DE JÓVENES CATÓLICOS

Por ello, para hacerme una idea de vuestras esperanzas y temores por el futuro, pedí a algunos colegas y amigos que hicieran circular un cuestionario entre los jóvenes católicos con los que tienen que ver en la universidad y en las organizaciones juveniles. Estas son dos de las preguntas que había incluido en el cuestionario: ¿Cuáles son los progresos que esperas que se verifiquen en la sociedad en el curso de tu vida, y de cuáles tienes más miedo? ¿Qué desarrollos esperas que sucedan en tu vida personal, y de cuáles tienes más miedo?

Lo que más me impresionó de la respuestas que recibí de estudiantes católicos de todo el mundo fue su gran afinidad al expresar sus miedos y esperanzas. Desde Filipinas hasta Kenia, de Europa hasta América del Norte y del Sur, chicos y chicas hablaban de la esperanza principal-

mente en tres campos: esperanza de encontrar a la persona justa con la que casarse y con quien fundar una familia; esperanza de encontrar un trabajo satisfactorio y remunerativo; y esperanza de poder contribuir a cambiar positivamente la sociedad, cosa que muchos han definido como construir la civilización del amor. Las preocupaciones se referían esencialmente a su capacidad de realizar estas esperanzas. Un joven español escribía: «No veo la hora de llegar al matrimonio y de ver nacer a mis hijos, y espero poder encontrar el tipo de trabajo que me dé la posibilidad de mejorar la sociedad. Estas son las mismas cosas de las cuales tengo miedo, porque se trata de las decisiones más importantes de mi vida y temo equivocarme en la elección». En la misma línea escribía un estudiante alemán: «Espero tener una hermosa vida familiar y un trabajo que me permita restituir un poco lo que Dios me ha dado, pero tengo miedo de no encontrar la persona justa con la cual compartir mi vida».

Anna Halpine, una importante activista católica que hace cinco años, con poco más de veinte años, había fundado la World Youth Alliance, resumió así la reacción de sus colaboradores a mis preguntas: «Según nuestra experiencia, todos los jóvenes están en búsqueda del significado y de la finalidad de su vida. Sólo cuando lo han encontrado, sólo cuando reconocen la profunda dignidad que poseen, son capaces de transmitir todo esto a los demás. Mientras no pongan esta primera piedra angular, son incapaces de dar su contribución al mundo y un sentido a su propia vida».

El pasado año, la responsable de la rama europea de la World Youth Alliance, Gudrun Lang, en un discurso al Parlamento Europeo describió a sus coetáneos de la siguiente manera: «Mi generación es la primera en experimentar lo que significa vivir en un continente más o menos carente de valores. Somos nosotros los que nos encontramos en una sociedad donde la familia se disgrega; tenéis que saber bien lo que esto le implica a la persona como individuo, a los cónyuges, a los hijos y a todos aquellos que los rodean. Somos nosotros los que nos encontramos en una sociedad donde reina la conveniencia a toda costa: una sociedad que mata a los propios hijos antes de que nazcan, que mata a los familiares más

ancianos porque no está dispuesta a proporcionarles los cuidados, el tiempo y la amistad que necesitan». Y proseguía: «Muchos jóvenes con los que trabajo han tenido la experiencia directa de esta pérdida de respeto por la inviolable dignidad de cada miembro de la familia humana. Nuestras familias están separadas, nuestros familiares están solos, y muchos no encuentran el sentido de la propia vida». Pero al mismo tiempo, Gudrun veía emerger la determinación de mejorar las cosas. «Nuestra generación, decía, ha experimentado las ideologías de la segunda mitad del siglo pasado traducidas en leyes, de las que de ninguna manera está satisfecha».

III. LA BÚSQUEDA DEL SENTIDO DE LA VIDA EN LA UNIVERSIDAD POSTMODERNA

Lo que emerge de estos datos y de estas opiniones es, a mi entender, el retrato de una generación en búsqueda, una generación de jóvenes hombres y mujeres que quieren para sí y para los propios hijos una cosa mejor de lo que ellos han recibido; una generación que está explorando territorios desconocidos con muy poca ayuda por parte de los adultos. No nos extrañemos si para muchos miembros de la Generación Y la búsqueda del sentido de la vida se convierte particularmente urgente cuando llegan a la universidad, lugar tradicionalmente dedicado a la ilimitada búsqueda del saber y de la verdad.

Qué lugar mejor que la universidad para dedicarse a la búsqueda del sentido de la vida. Qué lugar mejor para aprender y dar juicios equilibrados y fiables. Qué puesto mejor para discernir qué cosa es dañina aunque tenga una apariencia atrayente, y qué es verdad aunque el defenderla conlleve impopularidad o lleve al martirio.

Pero si estas son vuestras esperanzas, estáis destinados a que muchas universidades de hoy os desilusionen. Porque parece que las mismas universidades han perdido el sentido de su meta y significado. Así una joven de los Estados Unidos escribía en respuesta al cuestionario: «Si

tuviera que resumir en una palabra lo que nos han inculcado en la mente de nuestra generación, la palabra sería “tolerancia”. Mientras que esto ha hecho de nosotros personas agradables, en mi opinión también ha producido una generación con un escaso conocimiento de la moral objetiva y de la verdad. Nos han dado pocas indicaciones para poder juzgar lo que es justo y lo que es equivocado». Una mujer joven que enseña en Kenia escribió que los jóvenes universitarios de allá «necesitan modelos de comportamiento, de cualquier cosa en que creer, y están buscándolos desesperadamente. Están en un permanente conflicto entre cómo les han educado sus padres y lo que la sociedad les ofrece». Es triste, parece que la universidad postmoderna esté perdiendo incluso la tan elogiada tolerancia hacia la diversidad de opiniones— al menos en lo que se refiere a las posturas morales basadas en la religión, en concreto en la cristiana.

Por eso nos encontramos en una curiosa situación, en la que muchas de las personas más cultas de nuestro tiempo tienen una formación religiosa que se queda en un nivel un tanto primitivo. ¿Os habéis fijado cuántos católicos con un alto nivel de formación parecen haberse quedado en un nivel de conocimiento de la fe de jardín de infancia? ¿Cuántos de nosotros, por ejemplo, han dedicado el mismo tiempo tanto al ahondamiento de la propia cultura religiosa como al aprendizaje del uso de la computadora? Debo admitir que cuando leo en las cartas del Santo Padre a los laicos que debemos «remar mar adentro» sin temor, pienso que debería haber una nota que explicara que «no tengáis miedo» no significa «no os preparéis». Cuando el Señor les dijo a los apóstoles que remaran mar adentro, ciertamente que no se esperaba de ellos que partieran con barcas llenas de defectos. ¡Cuando les dijo que echaran las redes, nadie esperaba que éstas estuvieran rotas!

Esto me lleva al punto más importante que hoy quiero subrayar. Quisiera que reflexionaraís sobre el hecho que *la escasa formación religiosa representa un grave peligro en una sociedad como la nuestra, en la que la instrucción en los demás sectores es tan elevada*. En la sociedad contemporánea, si la formación religiosa no alcanza el nivel general de la ins-

trucción secular, tendremos dificultad en defender nuestro credo, incluso frente a nosotros mismos. Nos sentiremos impotentes cuando debamos enfrentar el secularismo y el relativismo que se extienden en nuestra cultura y en la universidad. Permaneceremos mudos cuando nuestra fe sea atacada injustamente.

Cuando esto sucede, muchos jóvenes católicos se alejan de la fe. Hoy en día un gran número de jóvenes en la universidad ha tenido una experiencia comparable a la de Alexis de Tocqueville, gran teórico social, que hace doscientos años, en la cima de la Ilustración, perdió la fe. Durante toda su infancia, Tocqueville había tenido como profesor a un sacerdote anciano y muy piadoso, que había recibido su formación en una época más sencilla. Así, a la edad de dieciséis años, se encontró con las obras de Descartes, Rousseau y Voltaire. He aquí cómo muchos años después describió en una carta este encuentro a un amigo:

«No sé si te he contado un acontecimiento de mi juventud que me ha marcado para el resto de mi vida; cómo nació en mí una curiosidad insaciable, cuya única satisfacción disponible la encontré en una biblioteca llena de libros... Hasta ese momento, mi vida se había dejado engañar por una fe que no consentía el mínimo asomo de duda... Después, la duda... se abrió camino con una violencia increíble... De repente experimenté la sensación de la que hablan las personas que han tenido la experiencia de un terremoto, cuando la tierra tiembla bajo sus pies, cuando tiemblan los muros en torno a ellos, el techo por encima de sus cabezas, los muebles bajo sus manos, y toda la naturaleza ante sus ojos. Me invadió una enorme melancolía y un disgusto extremo por la vida, aunque no supiera nada de la vida. La agitación y el terror que me produjo el pensar en el camino que aún me quedaba por recorrer en este mundo casi me derrumbó».

Como le dijo al amigo, lo que le sacó de ese estado fueron los placeres mundanos a los que se entregó durante un cierto tiempo. Pero sus cartas testimonian que la tristeza y la incapacidad de creer lo acompañó durante toda su vida. Cuántos jóvenes han caído en la misma trampa

cuando han tenido que afrontar la difícil transición de la fe de la infancia a la madurez cristiana. Tocqueville por lo menos fue turbado por algunas de las mentes más brillantes de la tradición occidental. ¡Pero muchos de nuestros contemporáneos no tienen los recursos para afrontar siquiera las versiones más simples del relativismo y escepticismo!

Algunos jóvenes, como Tocqueville, pueden pasar toda una vida en una especie de tormento melancólico. Otros pueden empezar a vivir su vida espiritual tan sólo en lo privado, en un compartimento hermético, bien separado del resto de su existencia. Otros lo hacen como el camaleón, aquella especie de lagarto que cambia de color para confundirse con el ambiente circundante. Cuando algún aspecto de su cristianismo no se adapta al espíritu de la época, el camaleón sencillamente lo anula.

Me pregunto, ¿cuántos de estos jóvenes, que se han perdido por el camino, podrían haber vivido su fe católica con orgullo, si hubieran conocido la gran tradición intelectual de la Iglesia y la inagotable cantera de sus enseñanzas sociales? Hoy, en la era de Juan Pablo II, no hay excusas para ignorar este patrimonio intelectual del cual extraer los recursos para poder responder a los desafíos de la sociedad moderna. Ningún católico que tenga la lucidez de sacar de este patrimonio, podrá callar ante las presunciones de incompatibilidad entre fe y razón y entre religión y ciencia.

En la *Novo millennio ineunte*, el Santo Padre lanza un mensaje de gran relevancia para el tema de nuestro Fórum, «Dar testimonio de Cristo en la universidad». «Para la eficacia del testimonio cristiano, especialmente en estos campos delicados y controvertidos, escribe, es importante hacer un gran esfuerzo para explicar adecuadamente los motivos de las posiciones de la Iglesia, subrayando sobre todo que no se trata de imponer a los no creyentes una perspectiva de fe, sino de interpretar y defender los valores radicados en la naturaleza misma del ser humano» (n. 51).

Hay que destacar tres implicaciones en relación a estas sabias palabras.

En primer lugar, los que vivimos en una sociedad pluralista, debemos ser capaces de explicar las propias razones en términos comprensibles para todos los hombres y mujeres de buena voluntad, así como san Pablo, que debía hacerse «judío con los judíos y griego con los griegos». Por suerte, podemos encontrar las grandes pautas de comportamiento en la doctrina social de la Iglesia y en los escritos de Juan Pablo II.

En segundo lugar, los que desarrollamos el apostolado en el campo intelectual debemos adaptar nuestra tradición intelectual a las ciencias humanas y naturales más avanzadas de nuestra época, así como lo hacía en su tiempo santo Tomás de Aquino.

En tercer lugar, así como vivimos en un período en el que la Iglesia es constantemente atacada, debemos estar preparados para defenderla. Esto no significa que debamos reaccionar ante la mínima ofensa. Pero tenemos que aprender a demostrar una cierta dosis de orgullo por lo que somos.

No hay nada de malo en estar orgullosos de la tradición intelectual de nuestra Iglesia, tradición precedente y muy superior al secularismo ya superado, que está sofocando la ideología de muchas de las principales universidades. No hay nada de malo en estar orgullosos de la supremacía de nuestra Iglesia como voz institucional, que como ninguna otra se opone al control prepotente demográfico, al aborto, a la eutanasia y a las medidas draconianas contra los pobres e inmigrantes. *En una época y cultura en las que el cristianismo sufre los ataques de todas partes, los católicos cumplen una grave omisión cuando no contestan a la fábula según la cual el cristianismo en general y el catolicismo en particular serían una historia hecha por un sistema patriarcal, un poder temporal, por persecuciones o marginaciones de personas y opiniones.*

Como docente universitaria y como madre, soy perfectamente consciente de cuánto cuesta «dar testimonio de Cristo en la universidad». Por eso, me alegré mucho cuando leí el pasado mes de febrero que los obispos de París habían presentado la propuesta de promover escuelas de fe en las instituciones universitarias, propuesta que ha sido acogida ca-

lurosamente por el Santo Padre. ¿Por qué se debe interrumpir la formación religiosa precisamente en el momento en el que la fe debe afrontar los desafíos más complejos y justo cuando muchos jóvenes se encuentran por primera vez lejos de casa? En mi opinión la Iglesia debería acompañar a sus hijos también a la universidad. Debería encontrar el modo de acompañarles en el insidioso camino hacia la madurez cristiana. Habría varios modos de hacerlo. En muchas universidades grandes organizaciones laicales ya se han ofrecido a los estudiantes y han hecho un trabajo maravilloso, demostrando que la amistad y la formación caminan a la par. Pero se puede hacer aún mucho más en este sentido.

IV. CONCLUSIÓN: LA RESPUESTA A LA PREGUNTA PRESENTE EN CADA SER HUMANO

Resumiendo diría que la “Y” de la Generación Y podría estar por la palabra «yearning», indicando así una generación que alimenta aspiraciones, que interroga, que busca y que rechaza contentarse con respuestas fáciles. Nadie lo ha entendido mejor que el Papa Juan Pablo II, y esto es, a mi entender, uno de los motivos por el que los jóvenes lo aman tanto y porqué tantos han salido transformados por la experiencia de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Como escribió el Papa en la carta *Tertio millennio adveniente*: «Cristo escucha a los jóvenes... Los jóvenes, en cada situación, en cada región de la tierra no dejan de preguntar a Cristo; lo encuentran y lo buscan para interrogarlo a continuación. Si saben seguir el camino que Él indica, tendrán la alegría de aportar su propia contribución para su presencia en el próximo siglo y en los sucesivos, hasta la consumación de los tiempos. “Jesús es el mismo ayer, hoy y siempre”» (n. 58). Jesús es la respuesta a la pregunta presente en cada ser humano.

No me resta más que daros las gracias por la oportunidad de poder estar esta mañana junto a vosotros. ¡Verdaderamente vosotros, los universitarios católicos, seréis muy diferentes de los demás! Todavía no

sabemos cómo responderá cada uno a su llamada bautismal a la santidad y la evangelización. Pero sabemos que en la viña nunca faltará el trabajo. Hay familias que mantener, fronteras intelectuales que explorar, jóvenes mentes que educar, enfermos que asistir, pobres que levantar, y está la fe que hay que transmitir a las futuras generaciones. Mi deseo es que el Señor os pueda multiplicar, y que cada uno de vosotros pueda actuar en la vida de miles de personas.

6. Mesa redonda: *¿Cuál es la universidad para nuestro tiempo?*

El método de estudio: del saber a la sabiduría¹

Prof. NIKOLAUS LOBKOWICZ

*Director del Instituto de Estudios de Europa Central
y Europa del Este de Eichstätt, Alemania*

Si se hiciera un sondeo entre los rectores universitarios para saber si sus instituciones estimulan a los estudiantes a crecer en la madurez humana y cultural, uno recibiría cuatro tipos de respuestas. La primera: un seco «No, preparamos a las personas a una profesión y no las formamos, no debemos ni podemos sustituir a los padres». La segunda respuesta sonaría así: «Sí, por supuesto. El *studium generale* forma parte integrante de nuestro programa desde hace muchos años». La tercera respuesta sería del tipo: «Es un tema que estamos discutiendo desde hace tiempo sin haber encontrado aún una solución satisfactoria». Finalmente, la cuarta respuesta precisaría: «He hablado al respecto con el *dies academicus* y naturalmente he citado la *Idea of a University* de John Henry Newman».

Cada una de estas respuestas es en cierto modo falsa o, por decir un eufemismo, no reúne el verdadero sentido de la expresión «del saber a la sabiduría». Comencemos por la cuarta respuesta. Es natural que en los momentos conmemorativos, el rector o su representante a menudo recurra a una idea de la universidad que incluye la formación e implícita-

¹ El argumento tratado por el Prof. Lobkowitz en la presente ponencia ha sido después comentado brevemente por Sonia Callisaya, estudiante boliviana, cuyo testimonio publicamos a continuación.

mente la formación a la sabiduría. Yo mismo lo he hecho muchas veces. Sin embargo, ironía de la suerte, cuanto más impacto produce la conferencia conmemorativa tanto más se aleja de la realidad. Es fácil recordar a los oyentes un ideal, pero este tipo de conferencias no tiene que ser de por sí realista. Sin embargo, por muy hermoso que sea el texto del Cardenal Newman, ya se acabaron los tiempos en los que el objetivo de una universidad era formar buenos católicos.

En cambio, la primera respuesta revela una ceguera al límite de lo ideológico, porque da a entender que la transmisión de un saber y una formación profesional no contribuyen a la formación en el sentido más amplio. Presupone entonces que el lenguaje sea en sí neutro, tal vez algo posible para las fórmulas matemáticas, pero absurda para el lenguaje corriente que ningún docente puede darse el lujo de usar. Además esta respuesta no tiene en cuenta el hecho de que los estudiantes son normalmente jóvenes, aún en búsqueda de lo verdadero y lo falso, de lo justo y lo errado. Un docente, sobre todo un buen docente, lo quiera o no, es un formador. Excluyendo todo lo que es relevante desde el punto de vista existencial, sugiere implícitamente a sus estudiantes que la única cosa que cuenta es la ciencia y/o el saber, ciertamente junto a la formación profesional. Haciendo esto, transmite la opinión de Max Weber, según el cual existe por un lado el reino de los hechos y de las leyes, sobre el único que podemos tener un verdadero conocimiento objetivo, y por otro lado el de las religiones, de las ideas universales, de los valores, un reino que puede ser importante para el individuo, pero del cual es imposible discutir racionalmente.

La segunda respuesta, la que hace referencia a un tipo especial de programa, abierto, incluso impuesto a los estudiantes en algunas universidades, es ciertamente más honesta, aunque hay que hacer aquí una distinción. La realidad es que, en muchos ateneos, el *studium generale* no es otra cosa que un intento de ir más allá de la especialización escogida por el estudiante y en este sentido contribuye a su madurez cultural; sin embargo, rara vez fomenta el crecimiento en la madurez *humana*. Además,

a la gran mayoría de los estudiantes les interesa poco este tipo de lecciones de orden general, porque cada profesor hablará sólo de su materia y así nunca se dará una síntesis.

Nos queda la tercera respuesta, la del rector que afirma que, junto al cuerpo docente, busca un *modus operandi*, pero sin haber encontrado todavía uno que satisfaga. Seguramente es la respuesta más honesta, pero se olvida de un punto crucial. Desde el final de la segunda guerra mundial, de hecho, las universidades se han convertido en un sistema de distribución para muchas profesiones solicitadas por una sociedad fundada en el saber, o si se quiere, en la ciencia. Naturalmente no transmiten sólo el saber, sino que dan también una preparación profesional, cultivando las que se podrían denominar las «virtudes profesionales»: la disponibilidad a trabajar duramente, la conciencia del peligro del actuar sin pensar primero, la tolerancia de ideas no compartidas, la exactitud, la escrupulosidad, etc. Muchas veces los profesores subrayan precisamente la importancia de la búsqueda de la verdad, poniendo en guardia contra las ideologías. Pero, como dije, también esta respuesta normalmente se olvida de un elemento crucial. Las universidades, de hecho, reflejan inevitablemente el ambiente social en el que están insertas, ambiente que, en la sociedad moderna, se ha convertido enormemente pluralista. Algunos estudiantes pueden ser así cristianos devotos, o hebreos o musulmanes devotos. Pero en nuestros países superdesarrollados la mayoría, o no está para nada interesada en la religión, o se ha inventado uno de aquellos numerosos cócteles intelectuales producidos por la sociedad moderna. Todo esto crea para el docente una situación que hace difícil comunicar o incluso mencionar las convicciones personales, por no hablar de las posibilidades de insertarlas en la misma enseñanza. Además la tolerancia, tal como se la entiende hoy, en muchos casos ha causado un extraño malentendido según el cual es mejor no tener ninguna convicción sólida. Como consecuencia en muchas universidades reina una atmósfera cargada de agnosticismo, de un vago escepticismo, de indiferencia, al menos respecto a las cuestiones relevantes desde el punto de vista existencial.

Antes no era así en las universidades católicas. Pero la invitación del Concilio Vaticano II a entablar un diálogo con el mundo contemporáneo ha tenido como consecuencia en muchas de ellas – si no en todas – una adaptación al espíritu de las universidades «laicas». En los años sesenta del siglo pasado, cuando yo enseñaba en la Universidad de Notre Dame en los EE.UU., cada año se nos recordaba (teniendo que firmar una declaración en la que hacíamos constancia de tenerlo bien presente) que si enseñábamos algo que se contrapusiera a la doctrina de la Iglesia o si teníamos en público un comportamiento censurado por la Iglesia, nos arriesgábamos a ser despedidos sin previo aviso. Casi ninguna universidad osa continuar con este sistema, también porque, de continuar así, perdería la causa. De hecho, en muchas universidades católicas el problema es aún más grave. Una de las consecuencias inesperadas de la apertura mental del Concilio ha sido –y continúa siéndolo – el hecho de que la mentalidad del mundo «secular» se ha infiltrado en la Iglesia: hoy por hoy, no hay ningún problema en la universidad laica del cual no tenga que lamentarse también el rector de una universidad católica. Sin duda esto ha ayudado a las universidades católicas a salir de su aislamiento, pero del punto de vista de la Iglesia el precio es tan alto que a veces hay que preguntarse si no sería mejor que los católicos se buscaran trabajo, o que frecuntaran la universidad laica. Por mi parte no encuentro exagerado afirmar que la gran mayoría de fieles, los intelectuales en particular, no estaban lo suficientemente preparados para el paso que el Concilio les invitaba a dar. No habían entendido lo que Hans Urs von Balthasar, que antes del Concilio había luchado por lo que él mismo definía *Die Schleifung der Bastionen*, el derribo de los bastiones, había escrito pocos meses antes de que finalizara el Concilio. Según von Balthasar, la apertura al mundo, el *aggiornamento*,² el ampliarse del horizonte, la traducción de lo que es cristiano en un pensamiento/lenguaje comprensible para todos, era sólo un aspecto de la tarea. De hecho, había otro igual-

² En italiano en el texto original (N.d.T.).

mente importante para él, o sea una reflexión sobre el espíritu cristiano, su purificación y su ahondamiento, que nos habría permitido representarlo fielmente, irradiarlo y traducirlo. Quien quiera actuar en un modo más incisivo –proseguía von Balthasar– debe contemplar más; quien quiera formar más tiene que rezar y escuchar más intensamente; quien quiera tener éxito tiene que haber comprendido el total desinterés del Amor Eterno en Cristo y en consecuencia de todo amor cristiano.³

Intentaré explicar ahora qué significa en una universidad ir del saber a la sabiduría. Es evidente que la sabiduría intelectual no excluye el saber y la competencia profesional, es más, la incluye. Tengo que subrayar por qué las máximas pías, unidas a la incompetencia, sólo pueden hacernos caer en el descrédito. En este sentido Max Weber ciertamente que tenía razón: fuera de la capilla universitaria, la universidad no es el lugar adaptado para los homilías. En efecto, una de las razones del relativismo weberiano deriva del hecho de que, según él, demasiados profesores se sirven de la enseñanza para transmitir los propios juicios de valor. Pero el saber, aunque esté sustentado por una fuerte base cultural, todavía no es en sí sabiduría. A nivel cultural uno puede ser maduro y contemporáneamente una absoluta nulidad en cuanto a madurez humana.

Es verdad que no es fácil definir lo que se entiende por el término «sabiduría», palabra de antigua tradición y por lo tanto, como a menudo sucede en estos casos, se usa con múltiples acepciones: desde la astucia a la madurez ilustrada basada en escepticismo sereno, a la conciencia de las cuestiones cruciales que el hombre tiene que afrontar. Quizás el modo más simple y directo de definir lo que deben hacer las universidades para conducir a sus estudiantes a la sabiduría, más allá de la ciencia y de la formación profesional, está en decir que deben presentarles los problemas verdaderamente importantes y profundamente existenciales. Quizás recordaréis las famosas preguntas con las que Immanuel Kant iniciaba sus clases: *¿Qué puedo saber?* *¿Qué debo hacer?* *¿Qué puedo espe-*

³ Cfr. H. U. v. BALTHASAR, *Zu seinem Werk*, Einsiedeln, 2000, 44s.

rar? ¿Qué es el hombre?.⁴ Guiar a la sabiduría significa, a fin de cuentas, animar a los propios oyentes a preguntarse cuál es el fin del hombre, qué estilo de vida deben elegir y qué consecuencias tiene la respuesta para su vida aquí y ahora.

Podríais objetar que estas son preguntas que por una parte sólo las ponen los teólogos y filósofos y que por otra parte pueden tener muchas respuestas erróneas y muy pocas correctas. Es verdad que las preguntas citadas se discuten o sólo se deberían discutir a un alto nivel por teólogos y filósofos, sin embargo, como escribió Aristóteles en uno de sus primeros diálogos, no se puede evitar el filosofar. O se filosofa o hay que explicar por qué no se quiere filosofar; en ambos casos se hace filosofía. Las preguntas a las que nos referimos nos dejan perplejos precisamente porque somos lo que somos, o sea, seres humanos. Y nos dejan perplejos, más aún, nos angustian por la repercusión que las respuestas tienen en nuestra vida cotidiana. Cierto, podemos evitarlas burlándonos de ellas, respondiendo con un encogimiento de hombros, volviendo a nuestros asuntos frenéticos cotidianos. El problema principal de nuestro tiempo es, de hecho, la incapacidad de confrontarnos con nosotros mismos y de afrontar las cuestiones que verdaderamente cuentan.

Por eso, no creo que puedan existir muchas respuestas a las preguntas existenciales fundamentales. Si hicierais un sondeo de cómo debería comportarse una persona sabia, un hombre o una mujer, en una determinada situación, sin duda recibiríais muchísimas respuestas diferentes, porque los sondeos sólo sirven para recoger opiniones. Pero si alguien os pide que os hagáis la misma pregunta, pero lo más radicalmente posible, las respuestas verdaderas serían muy pocas: o nada tiene sentido y por lo tanto podéis suicidaros tranquilamente, o tenemos una meta que nos trasciende, que trasciende toda la humanidad y su historia, y nos invita a lo que Luigi Giussani ha definido «el sentido religioso».⁵

⁴ I. KANT, *Vorlesungen über die Metaphysik*, Erfurt 1821, reedición Darmstadt 1964, 5 s.

⁵ L. GIUSSANI, *Il senso religioso*, traducido en diferentes lenguas.

La universidad –aunque pueda resultar problemático enseñar allí un género preciso de sabiduría– es ciertamente el lugar donde emergen preguntas como estas. Cualquier poesía hermosa, buen libro, obra de arte, película importante es una invitación a hacérselas. Y pueden repetirse en cada materia. Supongamos que estudio química. ¿Por qué? Porque un químico encuentra fácilmente un trabajo bien pagado. ¿Pero por qué es importante tener tanto dinero? ¿No existen valores más importantes que el dinero? Está bien, quiero convertirme en químico para ayudar a la humanidad. ¿Pero, por qué debo ayudar a la humanidad, y cuál es el mejor modo de hacerlo? ¿Qué es lo más importante en la vida, y qué es lo que a fin de cuentas no vale nada? ¿y cuál es el sentido de todo eso?

Aquí tenemos verdaderas preguntas que se pueden responder de diversa forma. Pero cuanto más radicalmente se hagan, más en profundidad nos hacen reflexionar. Un profesor universitario que se interese por la verdadera sabiduría, debe empujar a los propios estudiantes a hacerse tales preguntas. En la universidad no faltan las ocasiones: un debate público, un problema moral suscitado por una investigación, una dificultad personal, un hermoso día, el título cretino de un periódico, una respuesta inteligente...

Con otras palabras, la vía que lleva del saber a la sabiduría no es ante todo un conocimiento más vasto y profundo, no son las doctrinas, sino las preguntas que nos debemos hacer a nosotros mismos, indagaciones existenciales sobre mí mismo. En la *Gaudium et spes* se encuentra un pasaje interesante que indirectamente hace alusión a cuanto estamos tratando. Tradicionalmente el hombre era definido como *zoon logon echton*, el *animal rationale*, el ser viviente dotado de razón. La constitución pastoral no niega este modo de ver, pero lo relega a un segundo plano, afirmando más bien que el núcleo más secreto y el sagrario del hombre es la conciencia.⁶ La vía que conduce del saber a la sabiduría es en la práctica una invitación a afrontar y seguir la propia conciencia. Pero no aquel

⁶ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 16.

género de conciencia al que recurrimos tan fácilmente cuando intentamos justificar y minimizar los errores cometidos, sino la verdadera conciencia, la que nos hace temblar cada vez que nos ponemos al descubierto ante ella.

Permitidme concluir con la siguiente observación. Si la fe cristiana no fuera la respuesta a nuestras aspiraciones más profundas, si fuera cualquier cosa que nos viniera de afuera como un mensaje extraño, no valdría mucho y no sería otra cosa que una ideología entre muchas otras. San Pablo lo sabía muy bien y es por esto que su apostolado dio tan buenos resultados. Sin embargo nuestra situación actual es en cierto sentido mucho más difícil. A nuestras espaldas tenemos una historia secular del cristianismo y de la Iglesia, historia a la que debemos gratitud e interés, más aún, un sincero apego, aunque no podamos dejar de lado el hecho de que precisamente constituye una carga pesada. De hecho todos saben en que creen los cristianos y que consideran verdadera sabiduría, y esto les aburre, como también aburre a tantos creyentes, porque aparece sin desafíos, cerrado a lo nuevo, repetitivo. En esta situación se ha hecho muy difícil enseñar la sabiduría cristiana, aunque todavía sea fácil animar a las personas a hacerse preguntas que las conduzcan a la sabiduría, porque son una invitación a abrirse, a comprometerse: esto es un experimento espiritual que no puede quedarse en un nivel de hipótesis, puesto que nos incumbe en modo radical. El saber se hace sabiduría al convertirse en algo importante en el plano personal, existencial. Y es por esto que no se necesitan conocimientos o habilidades especiales, y tampoco existe materia alguna, científica o humanística en la que la sabiduría no se pueda desarrollar.

Quizás sea tarea de vuestra generación introducir en nuestras universidades este modo de ver. Vuestros padres y abuelos, como también muchos de vuestros maestros, en efecto, se han empeñado tanto en adaptarse a un mundo, a una Iglesia en transformación, que no han tenido la serenidad de espíritu necesaria para realizar aquella síntesis, tanto teórica como práctica, en la que consiste la sabiduría. Algunos de vosotros

llegaréis a ser profesores universitarios, pero, como bien sabéis, podéis emprender este camino ya como estudiantes. Provocad en modo respetuoso a vuestros profesores; tarde o temprano muchos de ellos estarán a vuestro lado para ayudaros.

* * *

SONIA CALLISAYA, *Bolivia*

Buenas tardes, hermanos y hermanas en Cristo:

Vengo de la Universidad Mayor de San Andrés de la Carrera de Victoria. Como todos ustedes también yo sigo estudios universitarios – o mejor dicho la “carrera” universitaria, como se dice en español, expresión más apropiada porque lo que nos sostiene hoy en los cinco años de estudios en la universidad es la competencia, y ganan los que tienen mayores posibilidades.

En mi universidad el método de estudio no ha cambiado en los últimos años. Los docentes siguen impartiendo su enseñanza magistral, pero no hay una relación más directa entre docente y estudiante, porque somo tantísimos. En los últimos años han ingresado en cada facultad entre cinco y seis mil estudiantes, por eso no puede haber una relación más personal. Tampoco existe investigación o desarrollo. Al final de la carrera los universitarios están más preocupados por el ambiente laboral. Necesitan perseguir un camino y ser coherentes con las propias ideas. Hay una alteración en la transmisión de los valores, porque se siguen valores negativos o simplemente el egoísmo personal. Ahora los estudios se han convertido para nosotros los jóvenes en una herramienta para conformarnos con la lógica del mercado –es decir para ser más competitivos y nada más– o para conseguir una ganancia de la que depende el futuro de todos nosotros.

En general percibo entre los estudiantes de mi universidad una gran apatía e indiferencia. Hay respuestas y situaciones sociales provocadas

por ejemplo por el hecho de que se alimenta una visión crítica del futuro, también por el ambiente laboral incierto y la pérdida de credibilidad de las instituciones que deberían contratarnos al terminar nuestros estudios.

Respecto al saber y la sabiduría, pienso que la vocación de hoy en día, tanto en el campo espiritual como en el profesional, ha tomado rumbos diferentes. En la universidad que frecuento no hay un interés particular por la Iglesia católica, puesto que es una universidad pública. La Iglesia hace todo lo que puede, pero la elección de la religión depende de las personas y de su interés. Está claro que en la universidad somos libres de elegir una religión, pero también es verdad que tenemos poco tiempo a disposición.

Como se ha dicho antes, el hecho de que muchos estudiantes trabajen no es por una decisión personal, sino por necesidad. No sólo hay que trabajar para poder continuar los estudios, sino también para sobrevivir. Quizás este no sea el sistema mejor, pero es el único que nos permite frecuentar la universidad de donde provengo. Gracias.

La figura del maestro y del discípulo hoy: diálogo educativo¹

Prof. LORETO BALLESTER REVENTÓS

*Docente de Química Inorgánica
Universidad Complutense de Madrid, España*

Mis primeras palabras son de agradecimiento al Consejo Pontificio para los Laicos. Lo son también de agradecimiento a la Sección de Jóvenes, por la excelente elección de la temática para este Foro. La aportación a esta mesa redonda quiere destacar las posibilidades que ofrece la vida universitaria para *vivir y comunicar* un modo de entendernos como personas, un modo de entender nuestro mundo, a la luz del designio de Dios. Y una oportunidad también de *dar razón de nuestra esperanza* y de comunicar quién es *el Maestro* del que todos nos sabemos discípulos.

La Universidad, para estudiantes y profesores que nos reconocemos discípulos de Jesús, es *lugar* al que estamos enviados para «*alcanzar y transformar mediante la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con su Plan de Salvación*». ² Para todos es

¹ El argumento tratado por la Prof. Ballester en la presente ponencia ha sido comentado brevemente por Bipul Gonsalvez, estudiante de Bangladesh, cuyo testimonio publicamos a continuación.

² PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* n. 18, cit. en JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* n. 44. Esta preocupación de la Iglesia por la evangelización que tiene que impregnar la vida, la cultura, con la fuerza del Evangelio está constantemente presente, como se ve en algunos ejemplos JUAN PABLO II: en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* n. 51, o en el documento del Consejo Pontificio para la Cultura *Para una pastoral de la Cultura* (1999).

*la viña del Señor*³ a la que la Iglesia envía hoy de nuevo a cada uno de vosotros, y a mí también.

Para el estudiante, la etapa de estudios universitarios es una etapa decisiva, como dice S.S. Juan Pablo II al dirigirse a la juventud, para la *personalización de la vida humana y de la comunión*,⁴ de ser-con-otros, de desarrollo de una conciencia de responsabilidad.

Para el profesor, en su tarea docente e investigadora –porque ambas tareas son inseparables en la Universidad y en los Centros de Educación Superior– la Universidad es el lugar donde está enviado y llamado a vivir su fe, a hacerla crecer y a comunicarla en el contacto con las ciencias que enseña e investiga, en la interacción con los alumnos, con los componentes de los equipos de investigación que crea y anima, con la sociedad a la que la Universidad debe servir. Su trabajo no sólo es tarea sino *vocación*.

La Universidad, para profesores y estudiantes que nos sabemos *discípulos de Jesús*, es este «lugar en el que les es dirigida la llamada de Dios: “Allí son llamados por Dios”».⁵ Lugar propio de nuestra vocación laical, realidad «no sólo antropológica y sociológica, sino también realidad teológica y eclesial» donde la Iglesia nos alienta a «*hacer comprensible a todos el íntimo vínculo que existe entre la fe y la ciencia, entre el Evangelio y la cultura humana*».⁶

³ «Id también vosotros a mi viña» Mt 20,6-7, citado en Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* n. 3.

⁴ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Editorial Plaza&Janés, Barcelona, 2ª Ed. 1994, p. 132. Título original *Varcare la soglia della speranza*, Mondadori Ed., Milán 1994.

⁵ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* n. 15, 1988.

⁶ «Todos aquellos fieles laicos, hombres y mujeres, que con espíritu cívico y cristiano desarrollan una tarea educativa, maestros y profesores de las diversas escuelas católicas o no, verdaderos testigos del Evangelio, mediante el ejemplo de su vida, la competencia y rectitud profesional, la inspiración cristiana de la enseñanza, salvando siempre como es evidente, la autonomía de las diversas ciencias y disciplinas [...] Es de particular importancia que la investigación científica y técnica llevada a cabo por fieles laicos esté regida por el criterio de servicio al hombre en la totalidad de sus valores y de sus exigencias» *Christifideles Laici* n. 62.

Para los jóvenes que en su vida no han descubierto a Cristo, la Universidad es *lugar de encuentro*, de crecimiento humano, con capacidad para facilitar la apertura a una dimensión nueva de la vida y al encuentro con Dios.

Escuchamos de la Iglesia, en referencia a la Universidad, las palabras: *experiencia, crecimiento, compromiso, vínculo entre el Evangelio y la cultura humana*. En estos años de compromiso universitario me ha fortalecido el saberme enviada a llevar conmigo, a hacer presente la Iglesia en la enseñanza universitaria y en la investigación, en distintos países del mundo. Me ha fortalecido mi vocación laical vivida en la inspiración del Espíritu a San Pedro Poveda, encarnada en la Institución Teresiana,⁷ que me ha aportado formación específica, grupos de reflexión y contraste.

Voy a enunciar algunos puntos de reflexión que nos puedan servir también para el diálogo; que nos hablan de *posibilidades de una relación formativa y también de cómo buscar las condiciones para que lo sea en verdad*.

Acudiendo a mi propia experiencia, y sin entrar en definiciones, me he preguntado: ¿qué significa para mí *maestro*? He encontrado rápidamente algunos elementos para la respuesta: alguien que *enseña a vivir, y que comunica su propia persona*. Alguien con quien has tenido *un encuentro* y del que reconoces que *algo de su ser quedó dentro de ti y permanece, te configura*.

Ser maestro tiene que ver con comunicar el sentido de la vida. Todos tenemos un recuerdo especial de algunas personas que han intervenido en nuestra educación, desde cuando éramos niños hasta la Universidad,

⁷ Iniciada en España en 1911. Propone una espiritualidad que se apoya en los primeros cristianos. Su escudo tiene la leyenda “Dios, Señor de las ciencias” y en él se representan un libro y la cruz, símbolos de la unión entre la fe y la ciencia, entre la oración y el estudio, como claves para la transformación del mundo, con la educación como mediación.

de aquellos que no sólo nos enseñaron sino que nos ayudaron a *constituírnos como personas*.⁸

1. LA CAPACIDAD FORMADORA DEL ENCUENTRO, DE LA RELACIÓN INTERPERSONAL

Entre profesor y alumno podemos vivir la experiencia *del encuentro*, que da posibilidades a la persona en formación para desarrollarse como sujeto ético. Es en esa dinámica donde emerge la conciencia de autonomía y responsabilidad y donde se va configurando el sentido de la dignidad propia y ajena. Donde se reconocen y personalizan sistemas de valores.

El marco de la relación es una institución, en este caso la Universidad, con sus espacios, normas, usos, etc. Y el ámbito de la relación maestro-discípulo son las distintas actividades que hace posible la vida académica: clases, trabajos prácticos, tutorías, experiencias de investigación. Hay factores que facilitan o hacen difícil esta interacción personal cuando el profesor imparte una materia y por otra parte es una gran oportunidad de poder transmitir enfoques, valores, actitudes.

Al mismo tiempo, el profesor en la universidad tiene otras muchas posibilidades de interacción con los estudiantes en proyectos y actividades culturales, en apoyo a organizaciones de estudiantes o de profesores, en la colaboración con otras instituciones, cooperación en redes académicas transnacionales. En todas ellas el profesor puede ser *maestro*. Son

⁸ «El Padre Poveda me hizo persona». Estas palabras son de un gitano de las cuevas de Guadix (España), donde San Pedro Poveda joven sacerdote inició su acción evangelizadora a través de la educación y en la búsqueda de condiciones que hicieran posible vivir a aquella población marginada, la dignidad de ser hijos de Dios. Y en un reciente encuentro con un grupo de estudiantes del Foyer du Dôme de París donde hay jóvenes de 10 nacionalidades, al compartir con ellas la preparación para este Foro, reconocieron desde disciplinas muy distintas cómo el modo de ser del profesor (la pasión por su tarea, la capacidad de transmitirles su experiencia que le realiza, de respeto y responsabilidad, de gratuidad, de confianza en su capacidad, al tiempo que criterios de valoración de las personas, de la tarea profesional, y criterios éticos, etc.) les permitía reconocer auténticos *maestros*.

espacios privilegiados para colaborar a desarrollar relaciones con estudiantes –a veces no son sus alumnos –, que les abren a horizontes de otro modo inéditos. Son espacios de relación donde pueden desarrollarse dimensiones humanas que capacitan a los jóvenes para el ejercicio no sólo de una vida profesional.

Aún con otras características, no podemos dejar de considerar las posibilidades de las nuevas tecnologías. Para algunos estudiantes puede ser la posibilidad única de acceder a una formación universitaria. Para otros, un complemento. También en ellas se puede dar una relación formativa maestro-discípulo.

Situándonos de nuevo en el ámbito de la Universidad presencial, podemos preguntarnos en primer lugar de qué manera y en qué aspectos la relación con el maestro, mediada por esa pertenencia al grupo de condiscípulos, es una relación formativa. El profesor puede poner medios que generen una relación no sólo profesor-alumno sino también maestro-discípulo donde las componentes mencionadas por Juan Pablo II: la dimensión personal del alumno y su capacidad para la comunión, se vean potenciadas. El profesor es también mediador de la relación de los alumnos entre sí, desarrollando de este modo la enorme potencialidad de la interacción entre iguales en el contexto del aula y fuera de ella.

El profesor puede buscar las condiciones de transformar el ambiente de la clase, de un grupo de estudio, en un *ecosistema* (podemos utilizar esta palabra, hoy que estamos familiarizados con la ecología y el medio ambiente). Puede contribuir a que exista un ambiente que posibilite desarrollar las capacidades humanas.⁹ Valen aquí, con sus matices, las cuatro componentes articuladas en su día en el Informe Delors: *aprender a conocer, aprender a ser, aprender a hacer y aprender a convivir*.

⁹ En un encuentro de hace sólo unos meses con maestros jóvenes, estudiantes de psicopedagogía en el Liceo Pedro Poveda de Buenos Aires, estos jóvenes reconocían la transcendencia para su formación de un clima que transmite la formación en una clave de «fortaleza y amor». Como el aire contaminado o limpio que respiramos, el ambiente educativo, aun de un modo casi imperceptible, transmite un sistema de valores y facilita su interiorización.

Para nosotros, creyentes en la Universidad, esta conciencia es fuerte. Sabemos que *nuestro ser*, el modo como vivimos nuestra tarea, es transmisor de una vida impregnada por el Evangelio. Y además tenemos la intencionalidad de hacerlo así. Queremos que nuestra vida sea interpelante y busquemos los medios de *dar razón de nuestra esperanza*.

En el caso del profesor universitario, es especialmente importante la primera dimensión: poner al alumno en las mejores condiciones de formarse, condiciones que han de capacitarle para familiarizarse con el estado de conocimientos en una determinada área. En el contexto universitario actual predomina una conciencia de la responsabilidad que comporta ser profesor, que reduce la tarea formativa a la excelencia de esta primera dimensión.

2. ¿CÓMO HACER ESTO?

Entramos en el terreno del arte, del arte de educar, de formar. El arte de formar surge cuando la motivación logra combinar la reflexión sobre la propia experiencia y el uso de técnicas que facilitan la comunicación. La motivación, cuando es fuerte, proporciona la capacidad para modular la acción formativa del profesor universitario. Los cristianos tenemos, de partida, una posición privilegiada, porque creemos que el Misterio de la Encarnación nos proporciona un referente para ver en el desarrollo de las potencialidades humanas, la presencia actuante del Dios que entró en la Historia.

La reflexión sobre la propia experiencia, cuando se orienta a potenciar la capacidad formadora del profesor, pasa necesariamente por una transformación de actitudes, comportamientos y estrategias de éste en la relación con los alumnos, en el aula y fuera de ella.

Señalo en primer lugar, y a modo de ejemplo, algunas exigencias que nacen de la reflexión sobre la práctica en relación al modo de enseñar:

En el orden cognitivo

- Impartir los conocimientos con autoridad, pero sin arrogancia, comunicando competencia en la materia y colocando al alumno en condiciones de acceder a un conocimiento que le capacite para comprender y resolver los problemas actuales propios de la disciplina.

- Concebir la construcción del conocimiento desde una perspectiva compleja que pone de manifiesto un enorme desafío intelectual: favorecer la necesaria articulación entre conocimiento y saber o, dicho de otro modo, entre conocimiento y camino hacia la sabiduría.

- Primar el proceso de aprendizaje: el alumno puede aprender de sus propios errores y de las búsquedas. En la práctica, significa que las preguntas y cuestiones se acogen corrigiendo los errores pero mostrando a la vez la potencialidad que esconden.

- Hacer explícitos críticamente los supuestos epistemológicos, y en su caso los éticos, que subyacen a las teorías que se presentan o se cuestionan. Con la epistemología que elija puede comunicar rechazo al relativismo, al dogmatismo, respeto por la realidad... Con su posición ética definida, puede también comunicar su compromiso a favor de la vida, de la transformación social hacia una mayor justicia...

- Comunicar convicciones acerca de la búsqueda de la verdad como inherente a la investigación científica y también acerca de la no neutralidad axiológica de la ciencia, su vinculación con programas políticos y sociales, su potencialidad para estar al servicio de la vida o de la destrucción o de intereses particulares. Es decir, presentar una ciencia que, además de la búsqueda del conocimiento, persigue la transformación de la naturaleza y de la cultura según fines que los seres humanos elegimos.

- Comunicar respeto hacia otras formas de conocimiento no científico, como el que proporcionan el arte, la religión o la literatura. Las posiciones neopositivistas, hoy en desuso, están sin embargo latentes en

algunos ambientes que reconocen en el lenguaje de la ciencia el único que habla de las cosas con sentido.

En el orden del ser y del convivir

El profesor, en el ejercicio de su trabajo, puede comunicar valores en el modo de enseñar y evaluar.

- Mostrarse con una vida que le llene, como persona a quien la tarea de enseñar e investigar está apoyada en un sentido hondo; persona amable, que no busca el poder.
- Presentar los resultados de la ciencia sin dogmatismos, desmontando indirectamente cualquier pretensión de fundamentalismo.
- Mostrar los resultados de la ciencia con el rigor metodológico que le sea propio, desmontando indirectamente cualquier pretensión de arbitrariedad.
- Confrontar al alumno con el ejercicio de la responsabilidad, y como persona por quien se interesa, no sólo en cuanto al rendimiento académico. Ayudar a asumir las consecuencias de acciones u omisiones.
- El aula, el trabajo orientado en grupo, es un laboratorio para el ejercicio de la tolerancia y el respeto. Más aún, las múltiples interacciones que se dan en ella pueden llegar a ser una oportunidad de experimentar el camino desde la tolerancia al entendimiento. Las metodologías contribuyen a preparar profesionales capacitados para idear objetivos que favorezcan la convivencia humana.
- Desarrollar en los programas y equipos de investigación modos de actuar éticos, que no pactan con planteamientos de poder, sino de servicio.

En el orden del hacer

Cada vez más los años de universidad son aprovechados por los alumnos, bien para realizar prácticas requeridas por el propio currículo,

bien para llevar a cabo experiencias de trabajo remunerado o voluntario que les aproxima no sólo a las condiciones de vida ordinaria de la gente, sino también les introduce en los modos de hacer propios de profesiones, a veces en continuidad con su preparación académica, a veces distante de ella.

En cualquier caso, estas experiencias capacitan al estudiante para el quehacer profesional. En particular, las experiencias de voluntariado en países distintos del propio o entre colectivos marginados del propio entorno, capacitan a los jóvenes para introducirse en el mundo de la profesión con una visión de las necesidades humanas más compleja, y es por ello muy deseable.

Un profesor tiene siempre la posibilidad de animar, sugerir, aludir, facilitar conexiones con ONGs...

Más allá del ambiente académico o de la Universidad

La Universidad prepara para el trabajo, pero también debe formar para la acción en el sentido que le da Hanna Arendt en su libro *La Condición Humana*. En él distingue entre labor, trabajo y acción. La primera corresponde a las tareas propias de la reproducción y cuidado de la vida, la segunda a la producción del trabajo y la tercera a la creación y la acción política en el más amplio espectro. Y el profesor que llega a ser maestro ha de realizar las dos funciones, y debe dar un conocimiento de las realidades más significativas de nuestro mundo en relación con el desarrollo, con la justicia.

Aún cuando la Universidad es importante y tiene muchas posibilidades, la vida de los jóvenes se construye hoy muchas veces como un mosaico en el que experiencias diversas tienen una contribución específica. Una identidad como la que estamos describiendo para el profesor universitario no está vinculada a un lugar de trabajo. Es algo que constituye nuestro ser. Por ello, un encuentro con jóvenes universitarios, seguramente muchos de los cuales no son nuestros alumnos, en ambientes de iniciativa de la Iglesia, en los cuales el modo de relación no está determinado por la cualificación profesional ante una materia, sino en el reco-

nocemos mutuamente identificados desde la fe en Jesús, abre a nuevas oportunidades de comunicación, de encuentro.

FORMARNOS A LA VEZ QUE DESEAMOS FORMAR, SER DISCÍPULOS DEL ÚNICO MAESTRO

En esta aportación he querido reconocer la importancia de los años de estudiante universitario, en los que el joven y la joven trabajan en una tarea ardua: construir su identidad. En una perspectiva dinámica de identidad, resultado del cruce de referencias múltiples.

En esta etapa difícil y fascinante, los jóvenes necesitan modelos de referencia. El profesor que logra ser maestro, es un referente significativo. Este modelo de referencia lo es por su vida, no solamente por su saber. Por ello la elección del género de vida por parte del profesor, sus implicaciones en la vida pública, su integridad personal, sus adscripciones religiosas o políticas, cobran una significación formativa al hacer germinar posibilidades inéditas en el horizonte de vida de los discípulos. Es una dimensión no cuantificable de la contribución del profesor/maestro a la formación de personas.

Es también interpelación constante a buscar las ocasiones que hacen posible comunicar, especialmente en la relación interpersonal con los alumnos y con los investigadores jóvenes, cómo en su vida se da la integración entre el quehacer científico y la experiencia de Dios. *Cómo la experiencia de la fe da sentido y es fuente de energía interior para la tarea.* Cómo la experiencia de una tarea humana: la búsqueda de la verdad, nos lleva a una cercanía de Dios.

Aunque pueda parecer sorprendente, enseñar, investigar tiene mucho que ver con la contemplación, con la experiencia de un Dios que está en cada alumno, en cada búsqueda para descubrir el rastro de Dios en la realidad humana que estudiamos y ponerla al servicio de la plenitud que, para cada persona y para nuestro mundo, está en el designio de Dios.

Haciendo un paralelismo con Santa Teresa, podemos decir que también está Dios en los microscopios electrónicos y en los tubos de ensayo.¹⁰ Expresar esta integración personal, construye sentido y es transmisión de una interacción fecunda vivida en el profesor, entre la fe y la ciencia. Es también responsabilidad, que interpela al profesor, al maestro, en un aprendizaje continuo del que forma parte su relación con los estudiantes.

Una palabra de agradecimiento

Lo que yo soy ahora, y con ello lo que puedo aportar a este mundo, se ha ido configurando en encuentros personales con quienes he reconocido como maestros y con quienes reconozco como discípulos. Son ellos quienes al mirarme a mí de este modo, me han enseñando también a descubrir la maravilla del Dios que actúa en los más jóvenes. Desde mi experiencia quisiera animar a todos los que sientan la invitación a ser profesores, maestros en la Universidad, a entrar por este camino fascinante.

* * *

BIPUL GONSALVES, *Bangladesh*

Cuando aún no había sido admitido en la universidad, fui a mi campus; había un problema con mi admisión, de modo que busqué a un profesor que me pudiera ayudar. Entré en la sala de profesores, encontré a uno y le pregunté por mi admisión. Él estaba muy ocupado y me dijo que volviera la semana siguiente. A la semana busqué al mismo profesor pidiéndole que me aconsejara sobre mi admisión, pero aún estaba muy

¹⁰ La expresión de Santa Teresa de Jesús “también entre los pucheros anda Dios”, tiene expresiones de tono muy vital y experiencias muy intensas en la vida de un profesor y de un científico.

ocupado y me dijo que volviera la próxima semana. Cada vez que iba donde ese profesor, salía con una excusa y no me ayudaba. No sabía cuándo iba a llegar esa «semana después».

En mi opinión, un maestro no es sólo el que explica un punto del libro de texto: es aquel que propone el planteamiento filosófico de toda la cuestión. Es un filósofo, y el discípulo formula el propio pensamiento filosófico en base a su enseñanza. La relación entre maestro y discípulo se aprende. Un maestro enseña a su discípulo por medio de un estilo de vida en cualquier ámbito. Un maestro guía a su discípulo en la vía del éxito y lo ayuda a que alcance sus objetivos.

Por el otro lado, el discípulo es un seguidor de su maestro, sigue todas sus órdenes e instrucciones. Va donde el maestro para aprender tantas cosas y decidir su futuro. Aprende el estilo de vida de su maestro, sus enseñanzas y sus valores. Un discípulo está ansioso de aprender y descubrir nuevas cosas y nuevas ideas. Por eso, la relación entre maestro y discípulo es tan profunda, es una relación basada en la fe, confianza y amor. Enseñar es un buen ejercicio de amor.

Pero la sociedad no es siempre la misma: cambia por motivos sociales, económicos, culturales y de otro tipo. Estos cambios se observan también en la relación entre maestro y discípulo. Hoy en día el maestro no se ocupa de la moral, sólo se preocupa del resultado. La estructura educativa se parece hoy más bien a un centro comercial. Maestro y discípulo no están unidos por una relación, sino por el dinero y el deseo de obtener buenos resultados. El éxito de un estudiante depende de cuánto dinero se ha invertido. Hay mucha corrupción en nuestro sistema educativo.

Muchos de los maestros no tienen una relación personal con sus discípulos fuera de la clase y de los estudios. La sociedad de hoy está perdiendo las normas morales porque nuestros futuros ciudadanos no reciben una educación moral en la escuela o universidad. Así los discípulos no tienen respeto por sus maestros. Esta es la situación en Bangladesh, que es un país pobre, en el que los profesores universitarios tienen un sueldo muy exiguo. No hay directivas adecuadas en el sector de la ense-

ñanza, no existe una política precisa; por eso los profesores tienen que pensar en otros medios para ganarse la vida. El resultado es que la enseñanza en clase es casi inexistente y los profesores recomiendan a los estudiantes que se limiten a repetir para obtener buenos resultados. De hecho falta una relación entre maestro y discípulo.

Son diversos los motivos de esta situación:

1. El consumismo ha penetrado en todos los aspectos de la vida. El humanismo ha sido reemplazado por el materialismo. Día tras día aumentan nuestras necesidades para responder a las necesidades materiales del mundo actual. Para satisfacer estas necesidades excesivas, todos necesitan más dinero y buscan los medios para ganar más.
2. Responsable de esta situación es también la falta de planes por parte del gobierno. Nuestro gobierno está ocupado en buscar modos para prolongar su mandato no teniendo tiempo para pensar en el desarrollo social del país. Ni siquiera el partido de la oposición desempeña un papel constructivo.
3. Otra causa de esta situación es la pobreza. Bangladesh es un país pobre que forma parte del tercer mundo. Casi toda la población es pobre. Hay poquísimas oportunidades de trabajo o de meterse en negocios. La vida es muy dura y competitiva, así la corrupción se va extendiendo por todo el país.

¿Se puede hablar de una «comunidad» universitaria?¹

Prof. WILLY BONGO-PASI MOKE SANGOL
Decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas
Universidad de Kinshasa, Rep. Dem. del Congo

Se puede hablar de una «comunidad» universitaria? Esta pregunta está al centro de la presente ponencia, que trata de las relaciones existentes entre las diferentes personas presentes cada día en la universidad, o sea, profesores, estudiantes, miembros del personal administrativo, técnico, médico, operario, etc. Intentaré demostrar a la luz de mi experiencia universitaria de Kinshasa –experiencia que vale, *mutatis mutandis*, para cada universidad– de cómo las relaciones entre los diferentes miembros de una universidad no sólo son funcionales, sino también capaces de crear un clima de comunión, de colaboración y de diálogo, característico de una verdadera comunidad de personas. Siempre me he preguntado cómo pueden nacer comunidades en los ambientes universitarios, que pasan hoy por ambientes refractarios a cualquier relación interpersonal; se trata de comunidades que no tienen nada que ver con una masa que carece de identidad, de ideales y estructuras.

Mi ponencia se articula en tres puntos. Los dos primeros exponen los fundamentos propios de una comunidad universitaria, mientras que el tercer punto propone el ejemplo de la comunidad universitaria de Kinshasa, mi universidad de procedencia.

¹ El argumento tratado por el Prof. Bongo-Pasi en la presente ponencia ha sido comentado después brevemente por Katarzyna Ryznen, estudiante polaca, cuyo testimonio publicamos a continuación.

1. ¿ES LA UNIVERSIDAD UNA COMUNIDAD?

En esta ponencia, la primera de las expresiones clave es la de la universidad misma, que es, por su naturaleza, una comunidad. Para darse cuenta hay que entender el significado exacto de dos términos: *universidad* y *comunidad*. De hecho, la etimología del término *universidad* nos conduce a la *comunidad* y a un *cuerpo* de docentes encargados de la enseñanza superior de varios grados. Hablar por lo tanto de *Comunidad universitaria* es casi una tautología.

1.1. El sustantivo *comunidad*, que deriva del adjetivo «común», tiene varios significados. De hecho, se refiere a todo lo que se aplica a diferentes personas (o cosas), a todo lo que se hace juntos y al conjunto mismo.

Partiendo de estos significados, se puede entender la «Comunidad» como un grupo social cuyos miembros viven juntos, poseen bienes e intereses comunes, persiguen los mismos objetivos y comparten los mismos gustos, las mismas costumbres y un mismo punto de vista sobre problemas ajenos a la comunidad.

1.2. «*Universidad*» viene de la abreviación de la expresión latina *universitas magistrorum et scholarium*, o sea, “Asociación” o unión de profesores y estudiantes, formada por colegios, o sea, por grupos de estudiantes que se reúnen para compartir las estructuras y residencias universitarias. El ente público (o privado) de la enseñanza superior, que comprende una o más Facultades y entidades descentralizadas, tiene la facultad de otorgar diplomas de licenciatura.

La universidad siempre ha estado organizada para dotar a sus miembros de ventajas recíprocas y para asegurarles la tutela jurídica, también en el caso, hoy difuso, de la universidad virtual o de la enseñanza a distancia. El significado de la palabra universidad como la conocemos y utilizamos hoy, viene del latín clásico, en uso hasta la mitad del siglo XVIII. *Universitas* deriva de *universus*, es decir totalidad, y *universus* a su vez deriva de *unus*, que quiere decir uno o unidad. Podemos concluir por lo tanto desde la etimología, que la universidad es una *comunidad*.

1.3. En todos los países, la universidad es considerada una *Alma Mater*, o sea, una madre que da a luz y que nutre, como cuna de la cultura. La universidad, así lo afirma S.E. Mons. Giovanni d'Aniello, Nuncio Apostólico en la República Democrática del Congo, tiene una finalidad pedagógica, «*cuya finalidad no es sólo la enseñanza, sino también la formación de las nuevas generaciones. Educar... es un fenómeno esencialmente humano, porque sólo el hombre puede y debe educarse. A través de la educación encuentra la propia individualidad en los diferentes sectores de la existencia y se convierte así en una persona tanto a nivel psicológico como ontológico*».²

Debemos, por lo tanto, concebir la universidad como un *conjunto* constitutivo por la unidad por formación e investigación, por institutos, por centros y laboratorios, que pueden ser públicos o privados, confesionales o laicos. Para retomar las palabras del Nuncio Apostólico, también yo pienso que la Universidad deba empujar a los propios miembros «*a amar, a buscar, a cultivar, a profundizar y enseñar la verdad para que crezcan interiormente y hagan crecer a sus discípulos en la cultura de la verdad*».³

En efecto, la universidad se distingue por la excelencia (del latín *excellētia*, *excellere*, que significa precisamente sobresalir, distinguirse) de los propios miembros y servicios, como indica la mayor parte de los lemas de las universidades, como: *Lumen requirunt, Duc in altum, Sedes sapientiae, Scientia spendet et conscientia, Lumen in flumen...* La universidad mira siempre hacia lo alto, a las cumbres y cimas. Este término, que viene del latín *altus*, derivado del verbo *alere*, da la idea de subir, idea que, unida a aquella de hacer crecer o de alimentar, es típica de las personas o cosas que alcanzan un alto grado de perfección. Desterrada toda mediocridad, la universidad forma un *cuerpo de élite*, o sea, un conjunto de per-

² Cfr. Homilía de S.E. Mons. Giovanni d'Aniello para el cincuentenario de la Universidad de Kinshasa, ex Lovanium, 15 de enero de 2004.

³ *Ibid.*

sonas que son consideradas las mejores en un grupo o en una comunidad, donde ocupan el primer puesto gracias a su formación y cultura.

1.4. Todas las acepciones conocidas del término *Universidad* nos llevan a la comunidad. De hecho, una universidad es una *comunidad*, una *corporación*, una *colectividad* y una *agrupación* de individuos, que forman una élite intelectual, o sea, un *conjunto* de personas agrupadas *socialmente* y *naturalmente* para ejercer el mismo trabajo de formadores, profesores, investigadores, educadores, instructores, trabajo caracterizado por la excelencia. Se trata, por lo tanto, de un grupo social, cuyos miembros, unidos por un fin determinado y común, viven juntos y tienen lazos e intereses comunes: la educación, la instrucción y la formación. El ambiente universitario comprende, a mi entender, a personas elegidas, un poco como en la escena de la transfiguración. Para participar en la transfiguración, hay que ser elegidos, pero también hay que hacer un esfuerzo para escalar la montaña. Sin embargo no se abandona el mundo, sino que se queda en él, pero transformados. Es una comunidad humana, pero una comunidad particular.

Para S.E. Mons. Giovanni d'Aniello, antes citado, «*la universidad, desde el principio ha sido concebida como una institución universal, abierta a todos sin distinciones y que se empeña en cultivar todas las formas del saber y estudiar la verdad en cada una de sus expresiones. La universidad... tiene como tarea fundamental el estudio de la verdad, y sólo partiendo del conocimiento de la verdad puede sacar los criterios necesarios para organizar y dar sentido a los estudios en los diversos sectores*».⁴ Entonces la verdad es adecuar la idea a lo que es. Es la opinión recta que se diferencia de la *doxa*, de las voces, del error y de la mentira.⁵

1.5. Llevando adelante esta tradición, la universidad desarrolla un papel profético y misionero, más aún, es ella misma una función epistemológi-

⁴ *Ibid.* El texto resaltado es del autor de la ponencia.

⁵ Cfr. PLATÓN, *Teeteto*.

ca y una catarsis que apunta a la excelencia como un polo de atracción no sólo durante la formación, sino también en la vida activa. En cuanto polo de atracción, la excelencia abarca tres esferas que se compenetran: el saber, el saber hacer y el saber ser, los cuales crean un estilo de vida que es capaz de promover el desarrollo. La universidad desempeña esencialmente *una cuádruple misión*, es decir:

1. Asegurar la formación de los marcos conceptuales en los distintos sectores de la existencia. Por esto, confiere *una enseñanza* según un programa preciso, favoreciendo el origen de nuevas ideas y el desarrollo de actitudes profesionales.
2. Organizar *la investigación científica* fundamental y aplicada, teniendo en cuenta la evolución de la ciencia, de la técnica y de la tecnología a nivel mundial. A menudo la investigación está orientada hacia la solución de problemas específicos del país y es aquí que la universidad interviene en el desarrollo de las naciones y de los pueblos.
3. *Conferir grados académicos* según la normativa vigente: diploma, licenciatura, máster, doctorado o libre docencia.
4. *Estar al servicio* de la población.

Partiendo de los conceptos de «comunidad» y «universidad» llegamos ahora a la noción de «comunidad universitaria», o sea, de aquel *conjunto de personas que frecuentan regularmente la universidad y que participan en la realización de sus objetivos*. Se trata de un grupo concreto de personas que comprende individuos muy concretos, que asumen funciones o desarrollan actividades claramente definidas en estructuras u organismos determinados y tienen entre ellas relaciones funcionales que, en nombre de la eficacia, estrechan relaciones interpersonales de colaboración y de diálogo permanente. *Diálogo*, en la acepción platónica y hegeliana del

término, es una dialéctica, un intercambio provechoso y una discusión abierta. La *colaboración* que deriva del diálogo consiste en trabajar juntos para conseguir beneficios.⁶

2. DE LA COMUNIDAD FUNCIONAL A LA COMUNIDAD RELACIONAL

La comunidad universitaria, aunque sea también funcional, es ante todo una comunidad relacional. La universidad, con sus profesores, estudiantes, personal administrativo, médico, para-médico, para-académico, técnico y obrero, es una verdadera y auténtica comunidad que aspira a la realización de su triple misión de la enseñanza, la investigación y el servicio a la nación. Para cumplir tal misión, basada en la educación, la instrucción y la formación, la universidad se ha dotado de una administración, es decir, de una organización estructurada, no sólo funcional, sino también relacional. Una verdadera comunidad de personas de este tipo se caracteriza por un clima de colaboración, de diálogo y de inter-subjetividad. En la universidad, de hecho, el otro es el que me ayuda a realizarme; no es un obstáculo, ni una maldición, sino que se comunica conmigo.⁷

2.1. *La comunidad universitaria es una comunidad funcional*

Para conseguir los resultados esperados, la universidad tiene que hacerse funcional y por ello tiene que dotarse de un organigrama, que vaya del vértice a la base y que prevea un poder organizativo, un consejo de administración, un consejo académico, un comité de gestión o rectorado, un consejo de facultad o de centro de investigación, un consejo de departamento y servicios varios. También existen movimientos asociativos formales o informales, científicos y culturales, religiosos o ideológicos.

⁶ Cfr. J. RAWLS. *El derecho de los pueblos*.

⁷ Cfr. J.-P. SARTRE, *El ser y el nada*.

Todos estos órganos oficiales o privados están creados para desarrollar una función práctica en vista del desarrollo de un cometido. Los miembros de la comunidad universitaria se mantienen unidos por medio de diferentes vínculos de dependencia, de interdependencia y de influencia recíproca; vínculos que hacen de la comunidad una especie de faja y generan redes complejas y relaciones muy diversas. Podemos advertir entre estas relaciones muchas de tipo funcional, vertical u horizontal, internas o externas.

Las relaciones funcionales se establecen entre personas que ejercen funciones complementarias en la comunidad, están cerca unos de otros, se encuentran y se frecuentan. Estas relaciones pueden ser verticales u horizontales, internas y externas.

Las relaciones verticales internas se estrechan entre el jefe jerárquico y sus subalternos: por ejemplo entre el rector de la universidad y los demás miembros de la comunidad universitaria; entre el párroco y sus fieles en la parroquia; entre el decano o el jefe de departamento y los estudiantes; entre el decano y los demás miembros de la facultad; entre el director del servicio y los miembros de la dirección, etc.

Estas mismas relaciones pueden ser *verticales externas*, o sea pueden existir entre un jefe jerárquico y los subalternos de un colega suyo: por ejemplo entre el decano de una facultad y los miembros de otra facultad, exceptuando el decano; entre un director y los componentes de otras direcciones, etc.

Las relaciones horizontales internas se crean entre las personas de un mismo nivel de un servicio o de un órgano: por ejemplo entre el secretario general académico y el administrativo; entre los jefes de departamento de una misma facultad, los decanos de la universidad, etc.

Después están *las relaciones horizontales externas*, o sea entre los de un mismo grado de servicios diferentes: por ejemplo entre los jefes de departamento de una determinada facultad y los jefes de departamento de otras facultades; entre los asistentes de una determinada facultad y aquellos de otras facultades; entre los profesores y los estudiantes de diferentes facultades.

En la universidad encontramos también *relaciones profesionales* que unen a los que ejercen la misma función académica o administrativa o la misma actividad científica. Este tipo de relaciones es en el ámbito de la comunidad universitaria frecuente y variado y a veces coinciden con las relaciones funcionales cuando algunos servicios que se desenvuelven en la universidad se consideran una verdadera profesión. Es el caso por ejemplo de todos los profesores ordinarios, del personal que trabaja en los laboratorios, de los médicos, los informáticos, los electricistas, los dentistas, los asistentes.

2.2. La comunidad universitaria es una comunidad relacional

Todas estas relaciones son funcionales, pero pronto se convierten en impersonales, haciendo de la comunidad universitaria una comunidad relacional e inter-subjetiva. Se puede establecer una relación sólo entre personas que se llaman, atraen, o que incluso se excluyen mutuamente. Según Martin Buber, la inter-subjetividad del “Yo y tú” crea hombres nuevos que tienen una recíproca confianza y estima. La inter-subjetividad supera los límites impuestos por las funciones y profesiones para ir hacia la reciprocidad de las conciencias.⁸ Este tipo de relaciones puede existir entre personas del mismo nivel, entre maestros y discípulos, y también entre superiores y subalternos fuera de las obligaciones profesionales. Estos vínculos, duraderos y permanentes, pueden subsistir también después de los estudios o al concluir un servicio.

Son relaciones que se convierten en relaciones de amistad, de fraternidad y de camaradería. Las relaciones de amistad son las que se estrechan entre personas que se quieren y se tienen un mutuo afecto. Habitualmente surgen sólo entre dos personas, raramente entre muchas. Pueden existir entre dos hermanos o hermanas, dos colegas, un superior y un subalterno, un profesor y el estudiante al que acompaña en la tesis, etc.

⁸ Cfr. G. MADINIER, *La conscience morale*.

Las relaciones de fraternidad se encuentran más fácilmente entre miembros de asociaciones religiosas que se consideran «hermanos e hijos de Dios» «los cuales no nacieron de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nacieron de Dios» (Jn 1,13). Estas relaciones, fundadas en el amor de Dios manifestado en Jesucristo, animan a los cristianos y nada consigue debilitarlas. Los cristianos de hecho permanecen firmemente unidos porque, mediante Cristo, están unidos a Dios (cfr. *Rom* 8, 38-39). Mientras se mantenga intacta la fe en Cristo y en Dios, unas relaciones así son eternas.

En la universidad, este tipo de relaciones son una verdadera y sagrada unión. Los profesores se consideran colegas, los médicos cohermanos. La base de la relación es de hecho enteramente pedagógica y antropológica, tal como lo afirma Marcel Jousse en *La manducation de la parole*. En el acto de la enseñanza, el maestro y la lección son literalmente «comidos» por el discípulo. La «manducación» de la lección del maestro vivo por parte del que aprende hace que la presencia del profesor en la universidad sea indispensable. Es una verdadera comunión, casi como una celebración eucarística en la que la palabra y el cuerpo de Cristo son «comidos» para una vida abundante.

Las relaciones de camaradería son las que se estrechan por la familiaridad entre las personas que desempeñan alguna ocupación en común, como aquélla entre los estudiantes o entre los miembros de una delegación sindical o de las asociaciones profesionales universitarias.

Existen además relaciones interpersonales de solidaridad, fundadas en la responsabilidad y colaboración recíproca de los miembros hacia la comunidad local o nacional, o hacia el propio grupo y el propio porvenir. Tales relaciones suponen una cierta toma de conciencia ante una amenaza, un peligro que planea sobre el grupo. Por ejemplo, los estudiantes estrechan vínculos de solidaridad durante las sesiones de examen, las manifestaciones públicas o las insurrecciones, mientras que los profesores lo hacen para proteger sus intereses comunes y para asegurar el porvenir del cuerpo docente o del propio orden. Todo lo dicho puede ser ilustrado con un ejemplo: la comunidad universitaria de Kinshasa.

3. UNIVERSIDAD DE KINSHASA. ¿EJEMPLO DE UNA COMUNIDAD UNIVERSITARIA?

Todas las características antes mencionadas no siempre se presentan en nuestras universidades y a veces ya no existen. Las diferentes personas que circulan en torno a la Universidad a menudo son egoístas o tienden a defender el propio rango, de modo que no se pueden dar verdaderas relaciones interpersonales, cosa que no es imposible: basta quererlo. Esto es lo que se ha encontrado en verdaderos casos en la parroquia universitaria de Kinshasa.

La Universidad de Kinshasa es la institución más grande de enseñanza e investigación de la República Democrática del Congo y de África Central, y está bajo la tutela del Ministerio de Educación Superior y Universitaria. Fundada en 1954, la Universidad de Kinshasa, antiguamente llamada Universidad Lovanium, cuenta con más de 25.000 estudiantes, de los cuales un tercio lo componen mujeres y una décima parte está compuesta por extranjeros de aproximadamente 12 nacionalidades diferentes. Son acompañados por un cuerpo de enseñanza de unos 2.000 miembros: 10 doctores honoris causa, 17 profesores eméritos, 217 profesores ordinarios, 175 profesores, 2773 profesores asociados, 457 jefes de departamento, 588 asistentes, 22 encargados. La Universidad de Kinshasa cuenta con más de 2.000 personas entre el personal administrativo, técnico, médico, para-médico, operario y para-académico.

Su historia cubre tres grandes períodos, que son concretamente:

1. Período de la Universidad Lovanium de Leopoldville (o de Kinshasa), universidad católica con el lema: *Lumen requirunt* (1954-1971);
2. Período de la Universidad Nacional del Zaire (UNAZA), Campus de Kinshasa, universidad estatal con el lema: *Scientia splendet et conscientia* (1971-1982);
3. Período de la Universidad de Kinshasa (UNIKIN), universidad estatal con el lema: *Scientia splendet et conscientia* (de 1982 hasta nuestros días).

La Universidad de Kinshasa se encuentra sobre la colina del Monte Amba, llamada «colina inspirada», que domina la ciudad desde el oeste. Ocupa una superficie de unas 5 hectáreas y diariamente es frecuentada por más de 40.000 personas: autoridades académicas, profesores, personal administrativo, personal técnico, personal médico y paramédico, estudiantes, enfermos y más de 600 familias del personal de la Universidad habitan en el complejo de Residentes.

Muchos estudiantes se alojan en las residencias universitarias, denominadas *home* (home I-VIII, home X, home XX, home XXX, home Vatican II, home 150 y home 80); viven también estudiantes casados. Durante el año académico, la universidad organiza diferentes actividades culturales y deportivas: conferencias, teatro, cine, música, atletismo, gimnasia, natación (en la piscina olímpica), tenis, balonvolea, fútbol, balonmano, boxeo, judo, lucha, kárate...

La universidad cuenta con 58 departamentos y centros de investigación, reagrupados en diez facultades: Derecho; Letras y Ciencias humanas; Psicología y Ciencias de la Educación; Agronomía; Ciencias económicas; Ciencias sociales, administrativas y políticas; Ciencias exactas y naturales. Dispone de 64 aulas en siete grandes edificios, de un aula magna con 800 puestos (Sala de promoción Mons. Luc Gillon) y un anfiteatro al aire libre (P. León de Saint Moulin), con más de 6.000 puestos, y de una sala para el Senado académico (Mons. Maurice Plevoets).

La Universidad de Kinshasa cuenta con 2 escuelas regionales de tercer nivel; 2 cátedras Unesco, 57 laboratorios; clínicas universitarias (hospitales de tercer nivel); un centro neuro-psico-patológico (hospital de tercer nivel), un centro sanitario (hospital de segundo nivel), un centro de salud (primer nivel); museos universitarios; un servicio de construcciones; un ciclo escolástico completo (escuela infantil, primaria y secundaria con las secciones: literaria, comercial, científico-matemático-física y bioquímica, pedagógica); un instituto de técnica médica (nivel A2); una biblioteca central y las 10 bibliotecas de las facultades; una librería y una imprenta universitarias, como también un centro de investigación

conectado a Internet. Estas estructuras no se podrían utilizar si sus animadores no vivieran en una atmósfera de fraternidad.

Fuera de las estructuras oficiales establecidas por la ley, existen otras muchas estructuras para-académicas que participan en la vida de la comunidad universitaria. Así las asociaciones socio-profesionales (APUKIN, ACS, APAT) y sindicales, los grupos religiosos y las capellanías (católica, protestante, kimbagüista, islámica, salutista...), los movimientos asociativos estudiantiles, las ONG de todo tipo y las demás asociaciones sin fines de lucro, promueven el desarrollo de la conciencia para que cada uno se preocupe y cada miembro prospere y progrese.

Tal amalgama de personas forma una bella comunidad humana en la «colina inspirada». También los miembros externos de la comunidad universitaria participan activamente en todas sus actividades, transformando así las relaciones sólo funcionales en auténticas relaciones.

Recordemos que la Universidad de Kinshasa fue creada como universidad católica, llamada «Universidad Lovanium». Una iglesia imponente, puesta en el centro del complejo universitario, acoge las celebraciones eucarísticas y otras ceremonias religiosas. Pero con su nacionalización, en el año 1971, se convirtió en un ateneo laico y abrió las puertas a todas las confesiones religiosas, de las que las más dinámicas están intentando erigir ahí sus lugares de culto para sus propios fieles. Entre ellas cito la capellanía protestante, la kimbagüista y la salutista (Ejército de Salvación) y la islámica.

La parroquia universitaria «Notre Dame de la Sagesse», NODASA (Nuestra Señora de la Sabiduría) existe desde enero de 1954, fecha de la fundación de la Universidad Lovanium, siendo erigida canónicamente en el 1957. Tanto territorial como personalmente depende de la archidiócesis de Kinshasa y de la Conferencia episcopal del Congo. Su misión, además de la universidad, se dirige también a los miembros externos de la comunidad universitaria, comprendiendo a más de 40.000 personas.

El apostolado en el ambiente universitario está organizado según los

dictámenes del Derecho Canónico y del gobierno pastoral de la Iglesia de Kinshasa, por medio y gracias a diferentes grupos y comisiones: MIEC-Movimiento internacional de estudiantes católicos; MPC-Movimiento de profesores católicos; BYM-Bilenge ya Mwinda (Jóvenes de luz); Renovación carismática; Grupo KA-Kizito Anuarite; la Legión de María; las comisiones de la Iglesia católica, en particular la comisión para la pastoral estudiantil, para la pastoral familiar, Justicia y paz, la comisión litúrgica con sus subcomisiones del acolitado, la música sacra (los coros), las Comunidades eclesiales de base (CEVB)...

No es raro encontrar en la misma comisión un profesor, un estudiante y una madre, mujeres de profesores. Los profesores y estudiantes están comprometidos en diferentes actividades de la parroquia donde desarrollan múltiples funciones. Los matrimonios son a menudo multiétnicos y multi- raciales. Personalmente me ha sido muy difícil aceptar a un joven estudiante como vice en un proyecto financiado por el Fondo de las Naciones Unidas para la Población (PNUAP) sobre la salud reproductiva en el ambiente universitario, pero era una condición para el financiamiento del proyecto, justificada por el hecho de que había que incluir a los jóvenes y enseñarles a desempeñar tareas directivas. La comunidad universitaria está compuesta por personas muy diversas: hombres y mujeres, profesores, funcionarios, estudiantes, escolares, jóvenes y viejos, congolese y extranjeros, laicos, religiosos y sacerdotes, procedentes de todos los horizontes, de todas las regiones y tribus de la República Democrática del Congo y del mundo.

La parroquia Nuestra Señora de la Sabiduría es un ejemplo notable de una comunidad humana, de una Iglesia viva y de una familia de Dios según el querer de Nuestro Señor Jesucristo. Se distingue de cualquier otro grupo, étnico, religioso, político o cultural porque es:

1. La familia de Dios. Dios no pertenece a ningún pueblo y sin embargo hace de nosotros una raza elegida, un sacerdocio real y una nación santa. Uno no se hace miembro de esta familia por el nacimiento físico, sino por

el nacimiento de lo alto, mediante el bautismo del agua y del Espíritu y mediante la fe en Jesucristo.

2. Un pueblo mesiánico, la sal de la tierra y la luz del mundo. Jesucristo, el Ungido del Señor, el Mesías, el Jefe, o sea la Cabeza (*Caput*) de esta familia extiende sobre nosotros su misma unción haciéndonos libres y obedientes al mandamiento nuevo del amor y de la caridad (cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*).

CONCLUSIÓN

Termino esta ponencia con un convencimiento. Todas las comunidades universitarias dignas de este nombre son, o deberían ser, fundamentalmente relacionales y humanas. De hecho se basan en una metafísica cristiana, que afirma que Dios es uno y trino: Dios es relacional y comunitario cuando dice: «*Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra*» (Gén 1,26). Dios es la verdad que busca la universidad. La verdad es una, pero es percibida de muchos modos, tal como piensa Husserl.

Al final de esta reflexión podemos concluir diciendo que la comunidad universitaria es una comunión caracterizada por relaciones de todo tipo que existen entre las diferentes personas presentes a diario en el lugar universitario: profesores, personal administrativo, técnico y operario, médico y paramédico, estudiantes, autoridades académicas... En el ámbito universitario se crean muchas relaciones por medio de sus estructuras oficiales, formales e informales. Existe por lo tanto una verdadera comunidad universitaria y una comunidad humana fundada en relaciones que, a pesar de ser funcionales, son también y sobre todo interpersonales. Gracias a diferentes elementos de colaboración y de diálogo, tales relaciones pueden ser profesionales o fraternales.

Se puede crear una verdadera comunidad universitaria según su definición basilar. Todo este conjunto de relaciones existentes en el

ámbito de la universidad, de hecho puede hacer de ella una comunidad viva, una comunidad de vida espiritual, una comunidad de vida pastoral, una comunidad de vida estudiantil, una comunidad de vida eclesial, una comunidad de vida nacional e internacional y, a fin de cuentas, una comunidad de vida universal y una comunidad de vida humana. Así la Comunidad del Magnificat, a la que pertenezco, comprende profesores, estudiantes y personal administrativo que viven juntos la fe cristiana y juntos intentan cristianizar el ambiente universitario. El Movimiento de Profesores Católicos (MPC) debería hacer que la universidad se convierta en una comunidad viva, compuesta por todos los que viven en su ámbito.

Y finalmente, en la época de la globalización, en la que todos los pueblos están en búsqueda de una nueva forma de humanidad más fraterna y solidaria, es importante subrayar el papel motriz de la universidad.

Como enseña la experiencia particular de la Universidad de Kinshasa, tal como la acabamos de describir, la universidad es actualmente uno de los lugares privilegiados en el que mejor se mezclan la mentalidad y los valores humanos para hacer emerger un tipo de hombre nuevo, abierto y sensible a los sufrimientos y a las aspiraciones del otro y de los demás pueblos. Es el crisol por excelencia en el que se forja hoy el nuevo ciudadano del mundo capaz de hacer suyo el célebre dicho de un escritor latino: «*Homo sum et nihil humani a me alienum puto*».⁹

Gracias por vuestra atención.

⁹ El dicho es del escritor latino Terencio, y se puede traducir de la siguiente manera: «Soy un hombre y en mí no considero nada extraño lo humano» (N.d.T.).

KATARZYNA RYZNEN, *Polonia*

Me llamo Katarzyna Ryznen, soy polaca y frecuento el tercer año de Filología inglesa en la Universidad de Varsovia.

Según mi experiencia de la vida universitaria del mundo actual, parece ser que uno de los principales problemas sea la falta de comprensión recíproca entre el personal académico y los estudiantes. En efecto, la relación entre los diferentes individuos en el campus universitario se ha limitado a contactos puramente funcionales. Puedo decir que no existe nada comparable a una «comunidad universitaria». En vez de ayuda y apoyo, de un clima de comprensión, colaboración y diálogo entre profesores y estudiantes, hay una sensación de alienación, soledad e impersonalidad. No hay solidaridad.

A los estudiantes no se les trata como personas, son más bien vistos como objetos, consumidores de información que van a la universidad para adquirir nociones, leer libros e ir a clase. Non son tratados como individuos que tienen un gran deseo de buscar, que quieren encontrar respuestas a tantas preguntas de su edad, quieren encontrarse a sí mismos y la propia vocación, quieren aprender a ser responsables para prepararse así a la vida adulta.

A veces es incluso difícil hablar de «comunidad universitaria» entre los mismos estudiantes. Se ven durante las clases y los seminarios, y esto es todo. Hacen amistades y pasan el tiempo juntos, pero sólo con un pequeño círculo de personas, mientras que los demás son tratados como si no existieran.

En mi opinión, gran parte de la responsabilidad de cambiar esta situación depende de nosotros los estudiantes. No podemos permanecer indiferentes y pasivos frente a este problema. No quiero decir que sea una tarea fácil, pero debemos intentarlo. Podemos conseguirlo si estamos profundamente arraigados en la Iglesia, si desarrollamos un papel activo

en las estructuras de la pastoral y en los movimientos cristianos y después compartimos nuestra experiencia y colaboramos con otras personas en la universidad. Como ha dicho Juan Pablo II, debemos ser constructores de la Iglesia en la universidad. Creo profundamente que si demostramos nuestra fe en la vida cotidiana y somos testigos de Cristo entre nuestros coetáneos, llegaremos a establecer un clima de comunión.

II. LOS ESTUDIOS Y LA VIDA

Jueves 1 de abril

1. Los años de la universidad, tiempo de crecimiento humano integral

Prof. GIORGIO VITTADINI

Docente de Estadística Metodológica

Universidad Estatal de Milán Bicocca, Italia

Cuando inicié la universidad ya era cristiano, pero fue en la universidad donde tuve el encuentro que me ha hecho descubrirme hombre. Del mismo modo que hace 2.000 años alguien vio el grupo de los Apóstoles, así yo me percaté de un grupo de amigos. A pesar de encontrarme en la Universidad Católica, no era fácil encontrar amigos, porque la gente de la universidad por lo general está sola. En cambio, yo veía amigos, personas que se encontraban bien juntas durante los cursos, personas contentas, como sólo puede ocurrir entre amigos. El Prof. Lobkowitz dijo algunos años atrás que la amistad es una virtud, o sea que no es instintiva; una auténtica amistad lo es cuando uno de veras te quiere, cuando le interesa tu destino. Aquel grupo de personas se me acercó, se interesó por mí, por lo que yo era; así nos hicimos amigos. Yo me preguntaba por qué se interesaban por un extraño. De hecho, es fácil que la gente se interese por ti, pero casi siempre es por un motivo interesado. Pero esto yo no lo podía decir de aquellas personas, por lo que continuaba preguntándome el por qué querían ser mis amigos, por qué querían saber de donde venía y qué hacía, por qué me invitaban a comer con ellos, por qué compartían su tiempo conmigo. Esto fue el inicio, y en aquella amistad había algo extraño, algo misteriosamente humano que atraía, un secreto que tenía que descubrir. No era una amistad sentimental, pero era profunda y seria. Movidio por su amistad, comencé a frecuentarlos y descubrí el primer secreto: para ellos, la lección más importante era una clase que normalmente los estudiantes no seguían muy

atentos, y era la de moral, cuyo profesor era monseñor Luigi Giussani. También yo me apunté a esa clase y descubrí que durante las lecciones se hablaba de cosas extrañas, extrañas también para una universidad católica. Se hablaba del deseo de felicidad, del hecho que cada uno puede conocer la verdad, que el hombre está hecho de exigencias originarias que lo mueven hacia el sentido de la vida, que el hombre no siempre consigue seguir lo positivo para lo cual ha sido creado. En una palabra, en aquel curso se hablaba de lo que yo era. Siguiendo ese curso me sentía interpretado, porque también yo, en el primer año de universidad, anhelaba algo grande que todavía no conocía, algo de la vida, algo que se iba a realizar. Había consultado a tanta gente sobre mi deseo, pero me habían contestado más o menos así: “Tú tienes este deseo, pero eso no cuenta; porque eres joven piensas que es importante; cuando seas mayor verás las cosas que de verdad cuentan, la vida, las leyes de la economía, la dureza de las relaciones. ¡No pierdas el tiempo!”. En cambio, en este curso tomaban en serio mi deseo del bien, de la belleza, de la amistad, de amor; me explicaban también por qué era tan duro vivirlo. Lo humano de mí estaba al centro de aquellas lecciones. Esto me chocaba, me fascinaba. Aquellos jóvenes no se acontentaban con esto; una vez por semana, en el claustro de la Católica, se encontraban para discutir de todo aquello que les interesaba. Eran jóvenes como los demás, apasionados por la vida; de lo que discutían era sobre la vida, confrontando todo con las exigencias de su corazón. Cuando comencé a frecuentarlos buscaba algo nuevo que había escuchado en la iglesia durante la celebración de la misa; a menudo había escuchado que Jesús hablaba de estas cosas, de la felicidad, de la verdad, de la caridad, pero siempre me había parecido imposible vivirlo; las palabras de Jesús habían permanecido relegadas a la santa misa.

La primera cosa fue entonces esta amistad llena de preguntas, de verdad, que se tradujo inmediatamente en la vida.

Muchos de los estudiantes con los que me había encontrado eran pobres, venían del sur y no tenían suficientes medios para costearse los es-

tudios, por lo que también tenían que trabajar. Por ello comenzamos a ayudar a aquellos que lo necesitaban. Para ayudar al que necesitaba con urgencia un apartamento barato, nos lanzábamos las calles de Milán para intentar alquilar un apartamento. Para ayudar en los estudios al que tenía necesidad de trabajar, tomábamos apuntes en las clases, los pasábamos a máquina y se los entregábamos. Además nos juntábamos para comprar libros más económicos. Poco después se constituyó la Cooperativa universitaria de estudio y trabajo: la CUSL (*Cooperativa universitaria di studio e lavoro*). Hoy tiene cien mil socios en Italia, pero se constituyó para ayudar a aquel grupo de amigos con necesidades. De este modo descubrí que caridad significa que, cuando eres feliz no puedes detenerte ahí, sino que debes ayudar a los demás. Poco a poco, esta cooperativa asumió un papel de protagonista en la vida de la universidad: quien necesitaba algo iba allí, no sólo para encontrar una respuesta a sus necesidades materiales, sino también para ser ayudado para poder afrontar el estudio. De hecho, comenzamos a organizar grupos de estudio para ayudar a los demás a afrontar los contenidos de los cursos universitarios. Sucedió una cosa extraña: a quien le costaba estudiar o no tenía ganas, pronto aprendió a hacerlo, y además con resultados positivos. También hoy que soy profesor, considero que lo mejor es no estar solos frente al estudio; cuando se estudia, cuando se trabajan los argumentos, es importante tener a una persona que te escuche, que te ayude a entender, que te corrija. Se inventó así un modo de estudiar juntos, de ayudarse, de seguir los cursos partiendo del que estaba más atrasado.

Aquellos eran años difíciles. A finales de 1968 se estaba desarrollando el terrorismo, y en la universidad asesinaban a profesores y en la calle a periodistas. Dentro de esta situación tan dramática surgió de modo natural la pregunta: ¿cuál es el origen de esta amistad? Ayudados por mons. Giussani, comenzamos a entender que aquello que vivíamos no era sólo una amistad natural, sino una comunidad cristiana, o sea una amistad que vivía porque Cristo estaba presente en ella. Entonces se comenzó a hablar de Jesús, no como de una cosa lejana, sino como el Dios que se

hizo carne, que vivía en medio de nosotros. Jesús se convirtió así en el centro de nuestra amistad, nos apasionamos por Él, vivíamos por Él la caridad, por Él nos ayudábamos en el estudio.

La amistad se convirtió cada vez más decisiva para cada uno de nosotros, y surgió otra pregunta: ¿cómo se puede vivir la comunidad cristiana y no juzgar todo en modo diverso?

Por un lado, los terroristas decían que la sociedad era mala, que era violencia y poder; por otro lado, había quien quería la represión de éstos. La violencia de la ideología, de un mal pensado bien (que ahora observamos en todo el mundo) ya estaba presente entonces. Hablando con Don Giussani y discutiendo entre nosotros nos preguntamos: ¿Cómo juzgamos lo que ocurre en el mundo? Entonces entendimos, gracias a la lectura de las Cartas de San Pablo, que debíamos analizar cada cosa y quedarnos con el valor, que no debíamos juzgar según la mentalidad del mundo, sino que teníamos que encontrar a través de nuestra experiencia los criterios en virtud de los cuales poder afrontar la realidad. Surgió así la idea de escribir papeles volantes y carteles, en los cuales el juicio que venía de la vida de la comunidad cristiana se convirtiera en juicio sobre todo. Recuerdo uno extremadamente significativo titulado: “Terrorista no se nace, se llega a ser”. Un hombre dispara cuando primero alguien le ha dicho que es justo disparar, cuando la vida del hombre ya no cuenta, sea porque falta la caridad, sea porque piensa que a la necesidad se le contesta cambiando el poder.

Comenzamos a distribuir papeles volantes que nacían de nuestra experiencia, a fijarlos en la entrada de la universidad, y comenzó algo que en mi vida nunca ha cesado: el intento de juzgar todo a partir de Cristo. También ahora intento escribir en los periódicos, juzgar la vida, la realidad, el mundo, partiendo de la experiencia cristiana que hago, según la idea de que el hombre está hecho para la vida, pero que busca la muerte. El hombre desea el bien, pero no lo consigue; si se deja de lado esta pregunta del bien, se deja de lado el encuentro con Dios que se hace hombre, y se abraza la violencia. Lo que aquel movimiento estudiantil

buscaba sin saberlo, tanto que se trastornó convirtiéndose en terrorismo, es una respuesta que vivimos nosotros: «venid y veréis» decíamos a los que encontrábamos en la universidad, «comenzad en seguida a vivir de nuevo». La liberación estaba en la vida cristiana y nosotros se la ofrecíamos a todos. Comenzamos a actuar en la universidad, aunque fuera difícil –en la estatal no se podían hacer asambleas públicas, porque echaban a los que ideológicamente no fueran de izquierdas–, y comenzamos a vender periódicos, a difundir nuestros juicios en todas las maneras posibles. Mostramos las posiciones del Papa, y nos fascinó que se pudiera hablar de la injusticia del Sur del mundo en modo diverso sin tener que recurrir a criterios interpretativos del capitalismo o del marxismo, sino poniendo énfasis en que se debería comenzar por el amor, que lo decisivo era el cambio del hombre. Fundamos un periódico, después una radioemisora, y poco a poco se pudo constatar esta presencia en el mundo universitario. Había muchos grupos pequeños que hablaban de todo en los cursos; hasta se hablaba de los estudios, porque paulatinamente se descubría que la cosa más interesante era releer las cosas que se decían cuando se preguntaba a los profesores su significado, realizando así lo que ellos mismos pedían: una presencia activa durante las lecciones.

Yo estudiaba economía y a partir de aquella experiencia de juicio, comencé a preguntarme si la economía era sólo una cuestión de las leyes que había que estudiar. Pero ¿qué quiere decir la gente con lo que está detrás de las leyes? Así empecé a descubrir que también en Italia existía una tradición de posturas ideales dentro de la vida de la economía. Del mundo católico y del movimiento obrero nacieron –y aún existen– bancos populares, cajas rurales, cajas de ahorro; era la gente que había hecho estas empresas para ganar dinero, pero también para hacer el bien. En la economía había y hay gente que como empresario tiene una posición ideal, como Michelin, uno de los más grandes empresarios mundiales en el campo de los neumáticos, que explica su historia de empresario como hombre de fe.

Tampoco en la Católica era fácil discutir de estas cosas y buscar un

modo ideal de ver la economía. Concretamente después afronté una materia que trataba de la financiación de la universidad e hice una tesis con el Prof. Mazzocchi de política económica sobre cómo financiar la universidad para que los estudiantes pudieran participar en ello. Esta idea surgió después de haber notado que muchos estudiantes tenían que trabajar y por ello no podían estar presentes en la universidad. Tomé este problema en serio y me pregunté si no se podían distribuir los recursos de otra forma para poder ayudar a los estudiantes en dificultad. Así nació en nuestra amistad la pasión por el estudio, la pasión por afrontarlo críticamente.

Poco a poco y afrontando cada aspecto de la realidad, la compañía de personas que había encontrado estaba construyendo mi yo, un yo hecho por la pregunta sobre la verdad, del descubrimiento de la fe, la amistad, el amor, el interés por los demás, por los más pobres.

Otra cosa que comenzamos a hacer los sábados por la tarde fue lo que llamamos «caritativa». Cada uno de nosotros frecuentaba libremente una parroquia en la provincia de Milán donde había gente pobre. Yo iba a Borgo Lombardo, un pueblo en el sur de Milán, habitado mayoritariamente por inmigrantes; allí había familias que se deshacían y chicos que a los 15 años se convertían en delincuentes. Durante mis estudios universitarios iba todos los sábados por la tarde al Borgo Lombardo para ayudar al párroco, para estar con esos jóvenes, aprendiendo de ese modo que la vida es gratuidad, y como tú has recibido la vida de Dios, la inteligencia, la salud, la amistad, deseas dar a otro todo esto.

No sólo la caridad, sino también la cultura formaba parte de las dimensiones de nuestra experiencia. En aquellos años, leyendo el *Corriere della Sera*, encontramos a un hombre de teatro italiano muy famoso, Giovanni Testori, que hasta ese momento había sido un anticlerical desenfrenado, pero que hablaba de forma humana. Le telefoneamos, lo conocimos. Él se estaba convirtiendo al cristianismo; conoció incluso a Giussani y decidió escribir nuevas piezas teatrales partiendo de este encuentro. Así nos hicimos amigos de un grandísimo hombre de teatro, uno

de los más importantes de la historia italiana de teatro, y nos entusiasmos con su iniciativa. Algunos de nosotros nos hicimos actores. Una vez en la estación central de Milán puso en escena un drama en el que se representaba el fin de la vida de un drogadicto; lo puso en escena como un drama real, en el mismo lugar donde éste ocurría.

Con estos ejemplos estoy describiendo una vida desbordante, un encuentro cristiano que poco a poco me ha convertido en hombre, haciendo que me apasionara por todas las cosas de la realidad. Cuando leímos en los Hechos de los Apóstoles el versículo que habla del Pórtico de Salomón para indicar la unidad visible de los cristianos –tan visible que todos lo señalaban (cfr. *Hch* 5,12-13)– descubrimos que era lo mismo que vivíamos en la universidad.

También nos señalaban a nosotros, la gente nos veía con simpatía porque vivíamos en las clases con una alegría y un positivismo desbordante que no eran nuestros. Viviendo aquella experiencia de amistad, aceptando el desafío de la realidad, comenzamos a entender qué significaba encontrar a Jesús, que te cambia. Nos hacíamos adultos y mientras tanto nuestros estudios universitarios llegaban a su fin. Comenzamos a trabajar, había quien se comprometía para después casarse: estábamos iniciando la edad adulta. Yo personalmente, terminando la universidad, por tantos acontecimientos – entre ellos la enfermedad de una persona muy cercana – comencé a percibir con fuerza la pregunta por el significado de la vida. Frente a la enfermedad y a la sensación de impotencia, me di cuenta que o es todo absurdo o hay alguien que explique todo esto, y éste sólo puede ser Dios. De aquella dramática experiencia nació mi vocación a la virginidad en el mundo, el deseo de vivir el significado de la vida con el Único que pudiera explicar la alegría y el dolor. Contemporáneamente decidí intentar dedicarme a la profesión universitaria. Amigos mayores que yo me aconsejaron que me dedicara a la Estadística porque allí enseñaba un profesor que yo conocía y que me habría ofrecido una oportunidad para comenzar. Yo había estudiado Estadística, pero no era mi materia fundamental por lo que debía comenzar desde el principio. Entre otras

cosas estuve durante tres años como interino en la universidad antes de comenzar con el doctorado. En aquellos años di otro paso decisivo para mi vida. A menudo me preguntaba qué hacía yo en ese instituto oscuro con un libro de estadística en inglés, con las fórmulas, mientras fuera resplandecía el sol. Amaba los estudios humanísticos y entre las manos tenía cosas áridas. Recuerdo que iba a comer y me decía: «¡Yo no quiero estar aquí, basta! Tengo que hacer otra cosa, necesito espacios abiertos y no cerrados». Un día me dijo mons. Giussani: «¿Qué es la utilidad de la vida para ti? ¿Crees acaso que fue diverso para Jesús, que para millones de cristianos sea diferente, que la obediencia a la realidad sea elegir aquello que se quiere? ¿Crees que fue diferente para la Virgen? Tú todavía no has dicho sí». En aquel momento entendí que el punto de inicio, también el de una carrera universitaria es un sí, el sí a una diversidad, a aquellas fórmulas, porque el Jesús que había visto en acción en la comunidad debía ir más allá de aquellas horas, debía doblarse a aquella forma. Muchos años después comprendí que esto vale para todos: de hecho cada uno debe aceptar una realidad que es diferente a como se la imaginaba. La vida, por lo tanto, es decir sí por la fe o escapar, buscar siempre otra mujer, cualquier cosa mejor que en realidad no existe.

Fue gracias a aquella provocación que comprendí, que sólo ofreciendo aquellas horas aparentemente áridas podrían ser útiles para el mundo. Es lo que caracteriza la personalidad de Santa Teresita del Niño Jesús, que es la Patrona de las misiones, sin haber salido jamás del Carmelo: la razón es que ofrecía a Cristo su vida cotidiana, de este modo se hizo útil para el mundo. Así nació mi carrera universitaria, diciendo sí a la fórmula del teorema de Bayes o mirando la distribución no normal como objeto de piedad. Poco a poco comencé a apasionarme por aquellas cosas según las tres características de las que consta ahora mi trabajo universitario:

– La primera coincide con la idea que las fórmulas, de las que consta mi trabajo, son un modo con las que me introduzco en el misterio de la realidad. Pienso que los grandes científicos no han tenido otra cosa

que yo no tenga. Han percibido que su grande descubrimiento es un modo de introducirse en el secreto de la realidad. Me siento como nuevo por tener que doblegarme cada mañana a hacer el pasaje infinitésimo, a entender cómo se resuelve aquella fórmula. Esta es la primera característica de mi trabajo: la certeza de que el deseo de lo verdadero puede vivir frente a una fórmula matemática. Lo mío es fe porque sé que en aquella fórmula está el Misterio. Nunca sabré el modo, pero sé que está ahí y por eso mi trabajo es descubrir el Misterio en aquella fórmula.

– La segunda característica se puede comparar con lo que una madre hace cada día que, cuidando a su hijo o lavando los platos, se humilla a una forma que no ha elegido. También el científico debe doblegarse hacia una cosa que no es suya para llegar a descubrir algo grande y hermoso. Yo soy de las personas más desordenadas del mundo, pero debo doblegarme cada día a la humillación de escribir cada letra en un cierto modo, porque si el acento va hacia el otro lado entonces está mal; tengo que repasar un trabajo 150 veces para encontrar los errores que he hecho, debo doblegarme a una cosa que no es mía. Es ésta la obediencia a la realidad de mi trabajo, y la creatividad mana de esta obediencia, como una madre que cuida de sus propios hijos, como una persona que trabaja en las minas, como uno que hace un trabajo que inmediatamente puede ser difícil. La segunda característica de mi trabajo es, por lo tanto, la obediencia a la realidad. Es a partir de ahí que he comprendido qué quería decir Jesús cuando hablaba de obedecer al Padre, de vivir según se nos presenta la realidad. De hecho, toda mi creatividad nace del decir sí a cada circunstancia que se me presenta.

– La tercera característica de mi trabajo consiste en llevar adentro de la vida universitaria la pasión por lo humano que nace de la vida cristiana. En la universidad he encontrado tanta gente con la que trabajo ahora. Al inicio de tantos trabajos no había ninguna hipótesis científica, pero sí una relación humana. Por ejemplo, una vez me encontré en el instituto con un profesor, de los más grandes en el campo huma-

no. Mientras muchos lo miraban con recelo, yo fui a escucharlo porque era hermoso lo que decía y hacía. Le caí simpático a aquel profesor, me hizo trabajar con él hasta hacerme firmar sus trabajos con él. Otro ejemplo se refiere a un profesor alemán cuya manera de trabajar me fascinó: también aquí está el gran recurso que la amistad se convierte en amistad científica, pero que al inicio es una sintonía humana. Tengo en mí una tenacidad que me impulsa a ver en los intersticios de las fórmulas un punto de fuga por el que introducirme. Esta tenacidad es el realismo que mete dentro la Fe.

Concluyo diciendo que en la segunda parte de mi vida, en base a esta experiencia de fe cristiana, he comenzado a interesarme por el trabajo, por cuidar las obras de mis amigos, a juntarlas, a estudiar la vida económica y social de Italia, a crear puestos en los que se busca trabajo. Hemos fundado esta realidad que se llama Compañía de las Obras de la que hoy son socios treinta mil empresas, que creen que la misma cosa que viven en la comunidad cristiana y en la universidad no sólo puede ser un pensamiento sobre la economía, sino un modo de hacer empresa. Aquello que al principio parecía un sueño se ha hecho realidad. La Compañía de las Obras consiste de tantas empresas que intentan vivir el cristianismo: lo hacen recogiendo alimentos para los pobres, como el Banco Alimenticio, haciendo obras de cooperación en el tercer mundo, como el Avsi, formando pequeñas empresas que den trabajo a la gente, creando centros de formación profesional, dando juicios sobre la realidad. Una de las «batallas culturales» que ha tenido un éxito positivo ha llevado a la introducción del principio de subsidiariedad horizontal (principio sacado de la Doctrina Social de la Iglesia) en la Constitución italiana. Esta laboriosidad no es algo distinto de la experiencia inicial en la universidad, es la misma experiencia que crece. En la universidad he encontrado la comunidad cristiana que se ha fijado en mí yo, que lo ha encendido, que me ha hecho encontrar a Jesús como una presencia real. El resto sólo es una explosión de aquella vida: cuando la dinámica es la de una vida que lleva dentro el

destino del hombre, entonces sólo puede suceder lo que les pasó a los Apóstoles, a San Francisco Javier que ha ido por todo el mundo, a San Francisco, a San Vicente, a San Juan Bosco, a todos los que han hecho obras cristianas, a todos aquellos que simplemente las han hecho por el gusto de la vida nueva que está en el corazón. Este es el principio que señaló el Papa cuando fue al Meeting en 1982 —«haced las obras partiendo del gusto de la vida nueva»— y este es el principio que ha caracterizado toda mi vida.

2. Mesa redonda: *Estudio y unidad de vida*¹

El deseo de relaciones humanas auténticas

KATIE PIERCE, USA

Al llegar a este Fórum estaba yo muy tensa. Nunca había estado en Europa o fuera de América del Norte. Me sentía muy honrada de haber sido elegida delegada para este Fórum. Durante el vuelo aéreo estaba preocupada porque no conseguía dormirme, y yo de verdad necesito dormir. Después estuve rondando por el aeropuerto de París, pidiéndole al Señor que me ayudase a llegar a Roma. Había oído decir que todos los caminos llevan a Roma, pero en ese momento rezaba que esto valiera también para los aviones. Una vez en Roma me inquieté de nuevo por el viaje en coche hasta la sede del Fórum. ¡Ha sido espantoso! Una simpática joven inglesa me dijo que los italianos son famosos por este modo de conducir un poco loco, pero me quedé con el miedo dentro... Había coches por todas partes y de verdad pensé que iba a morir en la calle, nunca había visto coches tan pequeños y tal cantidad de callejuelas tan estrechas... Pero llegamos sanos y salvos. Cuando bajé del coche, tambaleante y agotada, de nuevo me invadió el ansia: había muchísimas personas que hablaban lenguas de todo tipo, pero ninguna que yo entendiera. Me pregunté: ¿qué haré para comunicarme con esta gente? Gracias a Dios me dieron en seguida mi habitación y conseguí relajarme un poco; esto me ha ayudado a abrir la mente y el corazón para afrontar el Fórum con el estado de ánimo justo.

¹ Testimonios de algunos estudiantes presentes en el Fórum.

Una cosa de este Fórum que ahora tengo clara es que las tensiones y preocupaciones que me oprimían antes de llegar eran infundadas. He entendido que todos nosotros, a pesar de venir de culturas y contextos diferentes, somos muy parecidos. Es lo que continuamente hemos escuchado durante la jornada de ayer: estamos todos en búsqueda; todos estamos luchando contra las presiones del mundo secular; de algún modo todos estamos viviendo la marginación y la soledad; pero el lado positivo es que todos somos estudiantes y, mejor aún..., todos somos cristianos. Es nuestra herencia cristiana que nos aproxima y une. Ayer durante la misa encontré extraordinario que aunque sólo la mitad de nosotros entendió exactamente el significado de las palabras, todos sabíamos lo que estaba sucediendo. Todos éramos conscientes de la importancia de lo que se estaba realizando. Nosotros y nuestros coetáneos de verdad tenemos que construir relaciones humanas auténticas en base a nuestra fe cristiana; de Dios hemos recibido la llamada a ser sus apóstoles los unos para los otros.

Lo que respecta al contexto norteamericano, creo que la falta de relaciones humanas profundas se deba a la escasa autoestima y al continuo compararse con los demás. En Norteamérica se le da mucha importancia a las apariencias y a lo que se posee. Tenemos que tener lo mejor en todo, no porque lo necesitemos, sino porque intentamos satisfacer nuestro deseo de estar bien con las cosas materiales y de sentirnos realizados. No es sólo nuestro patrimonio cristiano que nos dice que este no es el modo de vivir, sino el sentido común también nos debería decir que no podemos poner nuestra confianza en las cosas terrenas, porque no es el dinero el que da la felicidad. Las cosas materiales y el consumismo determinan en cierto modo cómo nos sentimos. Nos formamos una idea negativa de nosotros mismos cuando creemos ser personas incompletas si no tenemos ciertas cosas. Trátese de vestidos, coches, casas, belleza física (o lo que se entienda por ella), o de cualquier cosa que otros tengan y que, según la sociedad, deberíamos tener también nosotros; el continuo compararnos con los demás hará que aumente nuestra inseguridad.

Todos hacen comparaciones e intentan emerger a costa de los demás. Este comportamiento es muy evidente y al final sólo sirve para hacer que nos sintamos peor. Si una persona vive comparando, tendrá una consideración más baja de sí misma, porque siempre habrá alguno con más éxito a nivel material o social. Siempre habrá alguno que posea más. Este modo de vivir tiene un efecto devastador sobre la capacidad de relacionarse con los demás de una forma sincera y perdurable.

Muchos viven haciendo comparaciones en el débil intento de aumentar la autoestima, pero al mismo tiempo se escabullen. Nunca revelan su verdadera personalidad a los demás o a los amigos potenciales, porque tienen miedo o incluso están convencidos de no valer lo suficiente. Son seres humanos, creados por Dios, y sin embargo no se sienten dignos de una verdadera amistad, porque creen que siendo como en realidad son, no gustarán a nadie. Como sabéis, esto tiene un efecto destructivo sobre las personas. Estoy segura de que todos habéis visto este fenómeno en vuestro país, porque lamentablemente esto forma parte de la naturaleza humana.

Queridos amigos, ¿cómo podemos combatir esto? Tenemos que amarnos a nosotros mismos de todo corazón, tenemos que intentar crecer espiritualmente y adquirir la plena conciencia de la persona que Dios, al crearnos, quiso que fuéramos. Tenemos que terminar de comparándonos con los demás e intentar recuperar a todos nuestros amigos que son esclavos de esta manera de vivir. Tenemos que ayudar a cada uno de ellos a descubrir los propios talentos para poder convertirnos en discípulos de Cristo. La pura y simple verdad es que hemos sido creados para relacionarnos. El Señor nos ha dado la capacidad de amar, que es el atributo humano esencial. Dios quiere que nos amemos a nosotros mismos y que cultivemos nuestros talentos. Jesús nos recuerda que necesitamos a los demás. Somos seres interdependientes, llamados a una revisión crítica de nuestra vida, pero llamados también a la comunión con los demás. Por medio del amor de Cristo encontramos relaciones humanas auténticas. El único modo de comenzar a tener estas relaciones es empezar amándonos

a nosotros mismos y a todos los que nos rodea, tal como Cristo nos ama. Deberíamos tener a Cristo en el centro del estudio y de nuestra vida, porque de ahí nace la verdadera felicidad. No hay ninguna suma de dinero o bien material que pueda traer a nuestra vida la aceptación de sí mismo y el deseo de la belleza: sólo Dios nos la puede conseguir.

Haced de vuestra vida un ejemplo del amor, de la alegría y la paz en vuestro trato con los demás. Compartid vuestros talentos y ayudad a los demás a realizar los suyos. De este modo creceréis en vuestra maduración cristiana y estaréis más en consonancia con lo que Dios espera de vosotros. Para concluir os deseo que Dios os bendiga y que este Fórum dé muchos frutos; que los aspectos que nos unen como estudiantes cristianos nos acerquen aún más y nos ayuden a crecer espiritualmente.

* * *

La participación en la vida asociativa

MICHELA SCAVONE, *Italia*

Buenas tardes a todos, me llamo Michela y pertenezco a la Acción Católica Italiana. En mi ciudad (Potenza, en la Italia meridional) me ocupo principalmente del Movimiento estudiantil de la Acción Católica, además de organizar, junto a un equipo de jóvenes, la vida asociativa del sector juvenil. Tengo, por lo tanto, una actividad asociativa bastante intensa y a veces es muy difícil conciliar estas dos tareas con las tareas universitarias. A veces me siento agobiada por las cosas que tengo que hacer y quisiera elegir y establecer prioridades. Otras veces pienso que me tendría que adaptar a una doble vida, pero después me pregunto: ¿Es posible? ¿Es posible tener separados dos aspectos de la propia vida?

Y entonces me digo: pertenezco a una asociación de laicos que justamente se empeña en promover el cristianismo en los lugares de la vida diaria, en la escuela, en la universidad, en el puesto de trabajo.

Pero, al vivir la realidad que nos rodea, lamentablemente me doy cuenta de que las mayores dificultades se encuentran precisamente en la universidad, precisamente donde el joven tendría que poder construir su propia conciencia civil y moral.

Ayer el Prof. Rémond nos decía que en la universidad «hay que formar buenos ciudadanos». Pero en mi opinión esto sólo se puede realizar por medio de la participación activa de cada uno en la vida académica.

Es un error vivir la propia vida universitaria cerrándose en una torre de marfil, alejándose de la dimensión social que nos rodea. Para evitar este error, las asociaciones y los movimientos eclesiales pueden sernos de ayuda gracias a su característica fundamental: la continua comunión con quien vive nuestra misma experiencia de vida.

Hay muchos jóvenes que justo en los años universitarios se alejan del ambiente eclesial, quizás porque, atraídos por nuevos intereses, pierden de vista el propio ser cristiano y todo lo que éste conlleva.

Es precisamente en este contexto donde, en mi opinión, debe intervenir en mayor modo la Iglesia, por medio de una pastoral universitaria que sea incisiva y que actúe dentro de la universidad a través de las asociaciones y los movimientos. Hacen falta una pastoral universitaria, pero también asociaciones y movimientos, que vuelvan a traer la palabra de Dios a las aulas universitarias, promoviendo un redescubrimiento de aquella «verdad del cosmos y de la historia, fundamento de toda realidad», de la que nos habla el Santo Padre en la carta escrita con ocasión de nuestro Fórum.

Pero las asociaciones y los movimientos, y diría también que las universidades, necesitan a los jóvenes, necesitan nuestras opciones conscientes y a veces valientes.

La invitación que os dirijo a todos vosotros, pero en primer lugar a mí misma, es que acojamos formalmente la exhortación del Santo Padre

y que la transmitamos a los que no han vivido con nosotros esta importante ocasión de encuentro, pero que comparten con nosotros la realidad cotidiana: «Elegid, cuando sea posible, buenos maestros universitarios. No os quedéis aislados en ambientes que a menudo son difíciles, sino participad activamente en la vida de las asociaciones, movimientos y comunidades eclesiales que actúan en el ámbito universitario... Hay que ser constructores de la Iglesia en la Universidad».

* * *

El compromiso en la sociedad

JACQUES JONATHAN RAVAT, *Mauricio*

Buenos días a todos. Para comenzar, permitidme presentarme. Soy Jonathan Ravat, tengo 23 años y estoy en el último año de Derecho y Economía en la Universidad de Mauricio. Soy el hijo mayor y mi hermano estudia en la misma universidad. Durante el bachillerato frecuenté una escuela católica, el Colegio del Espíritu Santo: después de este tipo de formación, centrada en el hombre y en su desarrollo integral, comencé a comprometerme con el voluntariado y lo social, empezando a formar parte de grupos juveniles, profundizando mi formación humana, social y cristiana, organizando la recogida de fondos y varias obras sociales, hasta convertirme en el presidente de una organización diocesana, llamada «Jóvenes para la Solidaridad y la Justicia» (JSJ), y de dos grupos informales llamados «Grupo Adolescente Solidario y Altruista» (GASA, fundado por mí) y «Génesis». También soy voluntario en una «Escuela complementaria» –nacida para promover el desarrollo social en una ciudad, por así decir, pobre– miembro de la Comisión Social de mi diócesis, como también de un nuevo grupo de

jóvenes universitarios cristianos (bautizado ELIE, «Equipo Ligado Instantáneamente al Emmanuel») y de una ONG que se llama «Solidaridad Unidad Desarrollo». Para finalizar, estoy cercano a una comunidad de laicos católicos, la Comunidad Fiat, y he tenido la gracia inmensa de haber sido elegido el pasado octubre presidente de la Unión Estudiantil de la Universidad de Mauricio.

Paralelamente a estas actividades, también he tenido la ocasión de profundizar mi formación y sobre todo de trabajar sobre mí mismo –humana y cristianamente– frecuentando en el transcurso de los años la espiritualidad de la Comunidad Fiat, apenas mencionada. Tomando el nombre del *Fiat voluntas tua*, pronunciado por la Virgen en la Anunciación, la Comunidad Fiat tiene como objetivo reunir a los laicos y formarlos, para que sean hombres y mujeres movidos cada día por la Voluntad de Dios. Para conocer esta Voluntad, intentamos estar atentos a los acontecimientos cotidianos, de «leer los signos del tiempo», de dejarnos modelar y transformar por lo que nos sucede concretamente en la vida y que es fuente de autoformación, de regreso a los orígenes, de acción, de conversión, de confirmación, etc. Esta es la técnica de los «Acontecimientos del Día», que es el centro de la Espiritualidad Fiat.

Es necesario especificarlo porque he preferido desarrollar mi intervención precisamente a partir de los acontecimientos de mi vida, no sólo para testimoniar esta espiritualidad, sino también para demostrar cómo todo nuestro compromiso en la sociedad puede estar motivado por los hechos concretos que han sucedido en nuestra vida. Pero por los límites del tiempo, he elegido dos hechos que han suscitado y reafirmado mi compromiso.

El primer hecho sucedió en el año 2000. En aquella época, en el marco del proyecto «Escuela Complementaria», yo daba clases gratuitas en una clase de siete niños de unos diez años, que el año siguiente tenían que concluir el ciclo primario. Así, un martes por la tarde, a finales de agosto, estaba yo dando clases a estos niños, contándoles la experiencia vivi-

da unos días antes en la Jornada Mundial de la Juventud en Roma. Después de haberles contado todo, les di como tarea para la próxima vez que escribieran lo que ellos habían hecho durante el mes de agosto (que es el mes de vacaciones).

A la semana, pedí a los niños que me enseñaran sus deberes. Se miraron unos a otros, alguno incluso sonrió contestando: «¿Deberes? ¿Qué deberes?», o «No teníamos deberes, señor». Yo no podía esperar eso de ellos. En realidad yo no podía pretender inculcarles inmediatamente el sentido de la disciplina y la responsabilidad, sobre todo sabiendo que algunos vivían en condiciones muy pobres, incluso miserables, en situaciones difíciles donde la droga, el alcohol, la prostitución, el desempleo, la frustración, los robos, etc. estaban al orden del día.

Sólo un niño, lo llamaremos Gabriel, se levantó y dijo: «¡Yo, señor! ¡Yo he hecho los deberes!» Sorprendido pero satisfecho, le pregunté si quería que se los corrigiera. «¡Sí, señor, sí, señor!» y se acercó al púlpito. Tomé su cuaderno y leí: «e estado en codan, en port luis, e visitado el mulin de la concorde, e tomado el barco» (que tenía que leerse como «He ido a Caudan, a Port-Louis. He visitado los Moulins de la Concorde. He ido en barco»). Miré a Gabriel y vi en sus ojos la determinación, la convicción de haber hecho su deber y la satisfacción por lo que había escrito, sobre todo siendo el único en haberlo hecho. Estaba tan contento, tan orgulloso. Entonces le pregunté si me podía quedar con su trabajo. «¡Sí, señor, claro, señor!» El hecho de que me quedara con su trabajo, significaba que yo estaba contento con lo que él había hecho, que yo estaba satisfecho: ¡por lo tanto, había hecho algo bueno, él, un niño de una ciudad obrera, marginada del proceso de desarrollo económico del país!

¡A partir de ese momento, mi fe en la persona humana, mi voluntad de ponerme al servicio de los demás y mi decisión de actuar (se reafirmaron), para ayudar a los menos afortunados de nuestra sociedad! He recibido mucho y gratuitamente –de Dios, de mis padres, de mi educación, de la sociedad–, he tenido la suerte de tener una buena salud, de

tener tantos amigos y de crecer en un ambiente con personas que me aman y que se ocupan de mí, de haber podido ir al colegio, al instituto y ahora a la universidad, de poder expresar mis valores y convicciones sin temor a represalias: no puedo y no quiero permanecer indiferente a la suerte de los que me rodean, por respeto a todo aquello que he recibido y de todas las personas que han tenido mi misma suerte, y por todos aquellos que sufren y son víctimas de la injusticia que degrada, que mata, que sofoca... Gabriel ha reafirmado mis ideales, ha cambiado mi vida.

El segundo acontecimiento tuvo lugar el miércoles 25 de junio de 2003. Aquel día una amiga mía, estudiante de la Universidad de Mauricio y ex-miembro de la GSG, murió de una forma atroz, a 500 metros de su casa. Regresaba de clase y había tomado el autobús como siempre. Después de haber hablado con su novio con el móvil, descendió del autobús dirigiéndose a su casa... adonde nunca llegó. Encontraron su cuerpo el día siguiente cerca de su casa, a pesar de la búsqueda efectuada por sus familiares y demás amigos, que habían constatado su ausencia la noche anterior. Había sufrido un estupro, se podían evidenciar mordiscos por todo el cuerpo, tenía los dientes rotos.

Nosotros estudiantes quedamos profundamente impresionados por su muerte inesperada. Tres días después, por medio de una amiga, obtuvimos una cita con el supervisor de la Universidad, que nos alentó plenamente a organizar varias iniciativas para reaccionar a lo que había ocurrido. Así organizamos una pequeña marcha dentro del campus, una rueda de prensa, una marcha nacional de universitarios y estudiantes de enseñanza media y una oración interreligiosa por la paz. Paralelamente a ello nació un nuevo equipo de estudiantes de todas las religiones, culturas y facultades, de todas las edades y ambientes sociales, que al principio no se conocían. Este equipo, unido por las mismas convicciones en el compromiso social, de unidad y solidaridad, se presentó a las elecciones de la Unión de los Estudiantes de la Universidad y... las ganaron contra toda expectativa. Se trataba de un equipo compuesto por estudiantes de diversos ambientes, pero que había superado las tensiones racistas den-

tro del campus, discretas, aisladas, pero en todo caso presentes. La unidad había desbancado el racismo para dejar el lugar al diálogo interreligioso, al respeto por la persona humana, al amor al prójimo sea quien sea. Se había escrito una nueva página en la historia de la Universidad. Gracias a aquella experiencia, desde entonces puedo escuchar, ayudar y trabajar con estudiantes de todas las religiones y culturas de mi país (¡hay que saber que la isla de Mauricio es un pequeño país de menos de 2.000 km², pero en el cual están presentes 7 de las grandes religiones del mundo, sin contar las diferentes sub-denominaciones y confesiones!); gracias a aquel acontecimiento, puedo hacer la experiencia de una unidad más real y vivir un diálogo interreligioso excepcional en mi vida cotidiana. Se ha confirmado en mí aquel deseo fuerte de diálogo interreligioso que sentía desde hacía tanto tiempo, y tengo además la posibilidad de vivir una dimensión que hace parte de este diálogo: dar testimonio, con mi modo de vivir, de la pedagogía del amor, misión última del cristiano.

Naturalmente hay otros acontecimientos que han sucedido y que tendrían que ser tomados en consideración. Pero he elegido éstos, porque han tenido un impacto considerable en mi vida. Me han tocado profundamente y me han impulsado hacia aquellos que actualmente son los dos polos principales de mi actividad social, por muy sencillo que parezca ser: el desarrollo integrado e integral de la persona humana y el diálogo interreligioso y a través de las religiones. Es así cómo la espiritualidad de la Atención y de la Voluntad de Dios por medio de los acontecimientos concretos, propuesta por la comunidad Fiat, ha sabido afinar en mí la fe en la persona humana (en toda la persona y en todas las personas), y lo que en mí y en cada uno de nosotros existe de noble, verdadero y profundo, de modo que cualquier empeño en la sociedad sirva a una sola cosa y sólo para una cosa, que es el Amor.

Dar un sentido al estudio

NIGORA IGAMBERDIYEVA, *Uzbekistán*

Mi historia no está al mismo nivel de las precedentes, sino que habla de cómo las circunstancias banales de la vida cotidiana pueden llevar al ser humano por el camino de la fe.

Mi primer contacto con la Iglesia se realizó por motivos del todo utilitaristas, cuando el Instituto de Estudios Orientales nos pidió a nosotros, estudiantes, hacer un año de trabajo de voluntariado. Decidí así intentar buscar algo en el ámbito de la Iglesia, porque para mí la palabra «voluntario» estaba siempre asociada a la fe y a la religión. En el primer encuentro con el Superior de la Misión católica de Uzbekistán, P. Cristóbal Kukulka, estaba yo muy nerviosa y aterrorizada, porque esperaba encontrarme con un funcionario brusco y austero. Pero tuve una grata sorpresa cuando me encontré con el rostro sonriente de una persona completamente normal, que me demostró un sincero interés y me ofreció un verdadero trabajo: ahora puedo decir que este trabajo me ha ayudado a crecer no sólo desde el punto de vista académico sino también espiritual. Me ofreció traducir los documentos de la historia y de las enseñanzas sociales de la Iglesia en rusco y uzbeko, mis lenguas maternas.

Por medio del trabajo comencé a entender y después a ser absorbida por el cristianismo y por los valores propuestos por el Catecismo y la Biblia.

Aunque aún soy más bien «pagana», tal como le gusta subrayar en broma al P. Cristóbal ya ha habido cambios radicales en muchos aspectos de mi vida, sobre todo en mis estudios. Mis ambiciones de convertirme en una profesional en el sector, de llegar al más alto nivel de la carrera diplomática, han cedido al profundo deseo de convertirme en una persona humana en el sentido cristiano: una persona abierta, cariñosa y

respetuosa de la dignidad del prójimo. Estas son las cualidades más importantes de una persona, cualquiera que sea su ocupación. Y esta no es sólo mi opinión. También vosotros estudiantes, que estáis sentados aquí en la sala, podéis confirmar que preferimos tener que ver con un profesor que respete nuestra personalidad, que se nos muestre abierto y que se interese por nosotros; preferimos este profesor al clásico profesor huraño, aunque sea un genio.

Podemos enfadarnos con aquella visión utilitarista que dice usar nuestros conocimientos sólo para nuestra ventaja: alcanzar una buena posición social, tener un buen trabajo, poseer todo tipo de lujo y comodidades, etc. Pero por otra parte, la razón nos dice que el conocimiento no sirve sólo para conseguir estos objetivos: sirve también para formarnos como personas maduras, personas cuya vocación primaria es la de respetar la dignidad de los demás, de buscar la verdad, de amar a Dios y de seguir a Cristo. La única cosa justa para nosotros es escuchar esta voz de la razón, de la fe que asume su papel de intérprete e intermediario entre nosotros y la razón.

Para concluir diré que nuestro conocimiento debería enriquecer en primer lugar nuestra vida espiritual, contribuyendo así a que podamos cumplir con nuestra tarea principal.

* * *

El ingreso en el mundo del trabajo

ANGELO STORACE, *Perú*

Para todo universitario la meta de conseguir un trabajo remunerativo es, sin duda, una de las principales preocupaciones durante la vida universitaria. En nuestro país tendríamos primero que evaluar nuestra realidad que es, por cierto, un componente esencial del asunto en cuestión.

Básicamente, el joven peruano, la mayoría de la veces, debe compaginar el estudio con el trabajo. Por ello, el ingreso en el mundo laboral se da desde muy temprano, ya que el joven necesita trabajar para cubrir distintas necesidades que, esencialmente, se orientan en colaborar con la economía familiar. Ésta es, por cierto, una realidad que se da tanto en las universidades públicas como en las privadas.

Cabe recalcar que los trabajos a los que los jóvenes peruanos acceden tempranamente son, en la mayoría de los casos, trabajos que no les permiten desarrollarse profesionalmente, pues son trabajos temporales en restaurantes de comidas rápidas, cines, discotecas, etc., que difieren del ámbito profesional al que se dedican en la universidad.

En el país se puede observar un gran número de empleados y un reducido grupo de empleadores. Esto genera, por lo tanto, una alta competitividad que muchas veces no termina por elegir al mejor capacitado o a la mejor preparada. Esto constituye la realidad inmediata con la que el joven profesional se topa al momento de salir de su centro de estudios.

Esta realidad exige de nosotros que la formación humana en las universidades se inicie desde temprano, atendiendo al ingreso rápido del joven en el trabajo, aunque éste no esté necesariamente relacionado con su carrera, sino más bien acomodado a sus imperiosas necesidades.

¿Pero cómo intentan las universidades peruanas ofrecer una buena formación humana a los estudiantes y una intensa motivación a la práctica de los valores humanos, que nos permitan el desarrollo deseado en el futuro?

En lo personal he podido recoger distintos criterios, y las conclusiones son casi similares:

- Las universidades peruanas tienen una gran preocupación por la formación profesional, buscando ofrecer a un mercado altamente competitivo los profesionales más capacitados, para que así ingresen con éxito y rápidamente en el mundo del trabajo una vez terminados sus estudios.

– Como consecuencia, la formación humana se ve muchas veces descuidada, y en otros casos es consumida por la rutina o la monotonía sin alcanzar el objetivo deseado, que es la formación humana del joven, desde su personalidad y la perspectiva de vida con la que mira su futuro profesional.

Ahondando en el segundo punto, personalmente creo que el hecho de plantear en los currículos de las diversas carreras que se dan en las universidades peruanas –cursos humanistas, como filosofía, psicología, sociología o la misma realidad nacional– no son herramientas suficientes para ofrecer al estudiante la formación humana necesaria. Estos programas pertenecen, en la mayoría de las carreras, a las ciencias básicas que se estudian en los dos primeros años, ocupando los últimos años con cursos mucho más «relacionados» con la profesión.

El estudiante peruano necesita que paralelamente al desarrollo como profesional, en la universidad exista una preocupación por formar una cultura de valores humanos, necesarios en un país como el Perú, para hacer de las profesiones una vocación al servicio de los demás y de uno mismo.

Personalmente, veo con gusto cómo las universidades peruanas se preocupan por darle al joven estudiante la mejor preparación profesional. Esto es algo que no lo podemos negar, al contrario, lo afirmamos con orgullo.

Sin embargo, nosotros los jóvenes estudiantes necesitamos prepararnos, no para entrar en un mercado altamente competitivo, sino para entrar en una sociedad que exige de nosotros el mejor de los aportes, para forjar entre todos el desarrollo del país.

Y esa es mi expectativa como futuro profesional: ser útil para mi país, ofreciendo mi carrera al servicio de mis compatriotas, con un criterio lo suficientemente humanista que me permita entender el principio de recíproca necesidad que debe existir en cada integrante de una sociedad.

Como futuro profesional no dudo que la formación técnica de mi carrera sea una de las mejores, pero siento que la formación en el ámbito humano está en cierto modo siendo opacada por la primera. Veo como imperiosa la necesidad de que las universidades peruanas unifiquen la

iniciativa de dar una mejor formación humana a los estudiantes, basado en una cultura de valores humanos y cristianos que permitan el desarrollo de la vocación integral de cada joven dentro de su temprana incursión en el mundo del trabajo, aunque esta temprana incursión no sea necesariamente dentro de su campo profesional, y que en algunos de los lamentables casos nunca lo llegará a ser.

¿Y de qué manera creemos los jóvenes que podemos lograr esto?

Pues, es necesario no limitarse al estudio de cursos «humanistas» en los primeros años de la carrera, sino por ejemplo darle mayor importancia a los mismos durante el desarrollo de todos los años de estudio. Por ejemplo, las facultades de Medicina deberían presentar con énfasis un bien estructurado curso de Bioética que acompañe al estudiante durante el desarrollo de su carrera.

En general se podrían plantear actividades culturales de distinta índole, por ejemplo, foros universitarios que permitan evaluar entre todos la realidad nacional, buscando la formación de criterios que estén sensibilizados a las necesidades de nuestra sociedad. Otras de las alternativas que recogí son las de buscar la temprana intervención del joven en el mundo que le rodea, desde su proyección como futuro profesional.

Creo, finalmente, que la intervención de la Iglesia Católica, utilizando la pastoral universitaria como medio de evangelización de los jóvenes, es imprescindible, para que así, animados por el Espíritu Santo, cada joven descubra en la persona de Jesucristo un modelo a seguir, como líder fiel a los propios principios y perfecto en su misión.

III. UNIVERSIDAD Y VERDAD

Viernes 2 de abril

1. Universidad, verdad y libertad

Prof. ALEJANDRO LLANO CIFUENTES

Docente de Metafísica, Universidad de Navarra, España

Por utilizar una expresión del mexicano Octavio Paz, Premio Nobel de Literatura, podríamos decir que el clima en el que se mueve la institución universitaria en este comienzo de siglo es el típico de un «tiempo nublado». Las luces y las sombras se alternan en un panorama cultural donde, por una parte, el saber ha llegado a constituir la mercancía más preciada en la llamada *sociedad del conocimiento* y, por otra, casi nadie parece interesado en investigar la naturaleza íntima de las cosas y llegar a verdades firmes acerca de lo real.

Al parecer, se valora ahora más que nunca el conocimiento y la información, lo cual se traduce en una insólita proliferación de universidades en todos los rincones del mundo. No hay región, provincia o comarca que no reivindique su condición de sede de estudios superiores. Pero toda esta agitación localista y superficial recuerda demasiado el lúgubre diagnóstico que Ortega y Gasset hizo de la universidad española en la tercera década del siglo pasado: «cosa triste, inerte, opaca, casi sin vida».

La ambigüedad de la situación se explica, a mi juicio, si se advierte que la Universidad está siendo brutalmente *instrumentalizada*, y que son muy pocos los que, dentro o fuera de ella, hacen esfuerzos para que recupere una *autonomía* que no sea meramente administrativa. La autosuficiencia auténtica, no es otra que la propia de la vida. Un ser vivo, dijeron los pensadores clásicos, es el que se mueve por sí mismo y es capaz de nacer, crecer, reproducirse y morir. Pero cuando una institución se limita a *sobrevivir*, ya no cabe en ella distinguir entre la agilidad vital y los estertores de la agonía.

Las instancias que instrumentalizan hoy a la Universidad son el

Estado, el mercado y los medios de manipulación ideológica, que en ella buscan un instrumento eficaz para lograr poder, dinero o influencia. A su vez, los responsables de buena parte de las universidades se preocupan sobre todo de la prosperidad económica, de la eficiente organización material, de la abundancia y sofisticación de los aparatos que deberían servir a las nuevas tecnologías, de la altura profesional que logran escalar sus ex-alumnos... y sobre todo de mantenerse ellos mismos –sus partidos, sus empresas, sus equipos– en el vértice de tan problemáticas empresas.

Lo que brilla por su ausencia, y contribuye a provocar la náusea del vacío, es el olvido de la educación, que constituye el alma de la Universidad y no debe estar regida por los parámetros de la *eficacia* sino por los de la *fecundidad*. Al estudiante se le considera casi siempre como un cliente que paga su matrícula, engrosa las cifras de las estadísticas oficiales y recorre año tras año el laberinto de planes de estudio cambiantes y siempre cambiados por disposiciones regionales, estatales o internacionales. A su vez, la investigación viene a ser sobre todo una magnitud cuantificable y cuantificada según procedimientos arcanos, inspirados habitualmente en las ciencias experimentales. Al profesor que se dedica plenamente a la enseñanza y a la libre indagación de la verdad se le mira con cierta conmisericordia: no es capaz de hacer otra cosa. Mientras que al alumno que se preocupa más por crecer en conocimiento que por prepararse un futuro profesional brillante se le tiende a considerar como un ser extraño. «Es un chico –una chica– interesante, pero un poco raro», se dice.

Pues bien, la más urgente tarea de la Universidad en estos primeros pasos del nuevo siglo consiste en que el inminente peligro de trivialidad y sometimiento que acecha a la institución académica se convierta en una oportunidad única de replantear sus fundamentos, sacar partido de la primacía del conocimiento sobre la producción en la nueva cultura post-industrial, y poner las nuevas tecnologías al servicio del florecimiento de la condición humana. Arduo cometido éste de conseguir que la Universidad reencuentre su alma en una sociedad tan compleja y fragmentada como la nuestra.

El nuevo cometido de la Universidad estriba en centrarse en el factor decisivo de una renovada vitalidad: en las personas que piensan, que estudian, que enseñan, que aprenden, que investigan, que descubren. Si la Universidad es la institución que encauzó el progreso del saber en la cultura occidental, es precisamente porque en ella se advirtió lúcidamente que la persona representa la única fuente de innovaciones que acontecen en el mundo de la inteligencia. El lema materialista «la fuerza viene de abajo» presenta un leve inconveniente: es falso. Lo más poderoso de este mundo no es el dinero, ni la presión social, ni las expectativas de éxito, ni las amenazas de marginación: ni siquiera la capacidad destructiva de los armamentos. (En estos últimos meses estamos comprobando una vez más la astucia del viejo Talleyrand cuando –en el tránsito del siglo XVIII al XIX– decía que «con las bayonetas se puede hacer todo menos sentarse encima de ellas»). Lo más digno, lo más valioso, lo más potente, es –junto con el amor– el pensamiento. «Esforcémonos, por tanto, en pensar bien», concluía Pascal. Pero confesémoslo: si hoy día existe algo *políticamente incorrecto*, es precisamente el pensar por cuenta propia. Y si hay algo que resulte peligroso es expresar en público lo que libremente se ha pensado. Pensar está mal visto. Ahora bien –guste o no– la función de la Universidad es proporcionar una tierra natal al pensamiento, ofrecerle un suelo feraz, un ambiente propicio para que el duro y gozoso ejercicio de pensar nos conduzca a ese valor tan alto que es la verdad.

La fuerza de una Universidad no procede de sus recursos económicos ni de sus apoyos políticos. El origen de su potencia se halla en la capacidad que sus miembros tengan de pensar con originalidad, con libertad, con energía creadora. Ciertamente, el fomento de tal disposición requiere unos imprescindibles medios materiales y un contexto favorable. Pero exige, sobre todo, que las personas que trabajan en la institución académica, o la apoyan con su ayuda y aliento, pongan en juego su capacidad de reflexión.

En la línea apuntada recientemente por el sociólogo italiano Pierpaolo Donati, se trata de que cada Universidad entienda a fondo cuál

es su especificidad, el valor añadido que puede aportar a la sociedad en la que vive, gracias a esos principios inspiradores que orientan a las diferentes empresas de indagación y de transmisión del saber. Porque un peligro muy frecuente en todas las organizaciones es precisamente la falta de capacidad de reflexión, la pobreza que supone «hacer cosas» sin saber exactamente lo que se hace, o por qué se hace de ese modo concreto, sin evaluar su fecundidad, sin analizar consecuencias y posibles métodos de mejora. Si en una Universidad se sabe quién soy y cuál es mi misión en el ámbito de la investigación y de la enseñanza, y se establecen sistemas para valorar si lo que se está haciendo realmente se ajusta a la misión, entonces es fácil aclarar qué se debe hacer y cómo se puede hacer mejor. El proceso (no burocrático ni tecnocrático) de evaluación lleva a conclusiones que pueden ser aplicadas inmediatamente: se trata de reintroducir continuamente el valor añadido que supone lo específico, para mejorar la propia actividad.

Nos acercamos así hacia universidades diferenciadas, cada una de las cuales ha de poseer su propio carácter, su tradición investigadora y su *cultura* inconfundible. Lo cual en modo alguno está reñido con la libertad académica de cada uno de los profesores o investigadores. Con lo que la valoración de lo específico resulta incompatible es más bien con la presunta «neutralidad» de las universidades, que conduce a una desertización intelectual en la que no florece nada. Pretender que todas las universidades estén cortadas por el mismo patrón equivale a relegar el pluralismo exigido por la configuración democrática de la sociedad, y constituye un modelo escasamente apto para el fomento de la capacidad de innovación que toda institución académica ha de aplicar también a su propia configuración vital.

Éste es un temple, un *ethos*, que resulta incompatible con el pragmatismo, con el utilitarismo a ultranza que ha invadido muchas universidades viejas y nuevas. Yo penetro en un hondo estado depresivo cuando visito algunas de esas prestigiosas universidades con la ilusión de encontrar en ellas un foco de dedicación al cultivo desinteresado del saber y un

remanso de libertad académica. Se ha empequeñecido allí la amplitud del panorama, que ha dejado de ser universal para convertirse en localista o, todo lo más, cosmopolita. Ya no creen en la búsqueda de la verdad ni en la educación de los jóvenes estudiosos. En vez de hallar estos clásicos ideales universitarios, con lo que quizá se tropieza uno es con el activismo y la banalidad de unas personas insignificantes, preocupadas exclusivamente de sus afanes de poder, de sus intereses económicos, de sus mínimas prepotencias y de su patético prestigio. Son escuelas profesionales de cuarto grado, sin libros y sin lectores, que ya no cuidan sus bibliotecas, con la falsa excusa de que ahora «todo está en la Red». (Cuando lo cierto es que en la famosa Red no se encuentra ni la milésima parte de aquello a lo que se puede acceder en una buena biblioteca). Son dependencias de la Administración pública, empresas de entrenamiento profesional, clubs deportivos, lugares para el fomento de las relaciones sociales, en los que la vieja alegoría del *árbol de las ciencias* no pasa de ser una metáfora vacía de sentido. Estamos ante la ignorancia organizada eficientemente, tecnocráticamente orquestada y, por supuesto, digitalizada y multilingüe.

Volvamos a la alta valoración humanista y cristiana de todas y cada una de las *personas*, de donde toda innovación surge y a donde toda innovación retorna. Procuremos facilitarles sosiego, tiempo, motivación y medios para que se pongan a pensar, para que se paren a pensar, para que no se atengan cansinamente a las cosas tal como les vienen dadas, para que no se agosten en la trivialidad de los estereotipos, sino que consideren otros mundos posibles y miren la realidad desde perspectivas inéditas. Se trata de fomentar ámbitos estimulantes, en los que el estudio y la reflexión no vayan a contrapelo, como sucede casi siempre en aquellos ambientes donde se intenta evitar, por muy diversos medios, que se contemple la realidad y se medite sobre nuestra propia condición. En las puertas de las Universidades debe figurar una clara prohibición de que entre en ellas cualquier intento de sectarismo, de relativismo, de politización, de pragmatismo de cortos vuelos, de presión desconsiderada, de

autoritarismo, de actividades corruptoras por medio del poder, del dinero o de la fama. Lo que está en juego –aquello que se busca y que se arriesga– no es una especie de angelismo puritano sino la pura y simple libertad.

La acusación de ingenuidad que estas consideraciones suelen merecer se vuelve contra los cínicos que la formulan.

Lo que necesita este tiempo indigente no es echar más leña al fuego del positivismo desencantado, de las tecnologías agresoras del medioambiente, de unas ciencias sociales empeñadas en justificar desigualdades económicas que claman al cielo. Este tiempo nuestro anhela en silencio encaminar toda la vida hacia la verdad y abrir caminos a la práctica de la justicia. Lo cual demanda, a su vez, una exigente educación en las virtudes y valores que confieren nobleza a las mujeres y los hombres que estén decididos a buscar una excelencia no egoísta.

En la sociedad de la información y del conocimiento, el valor por antonomasia debería ser la verdad. Y por eso lo más inquietante de una configuración social en la que el saber debería constituir su misma médula estriba en que la cuestión de la verdad se ha trivializado. Lo más grave no es que se mienta con demasiada frecuencia, sino que en cierto modo se viva de la mentira. Se da por supuesto que lo que se dice y se mantiene como cierto no es precisamente lo verdadero, sino lo plausible, lo conveniente, lo adecuado, lo admitido, lo correcto... La pretensión de orientar toda la vida hacia la verdad –zarandeada en su momento por Nietzsche– se considera utópica e, incluso, perjudicial. Porque mantenerla conduciría a posturas peligrosas, arrogantes, totalitarias e incluso fundamentalistas. La verdad resulta arriesgada: es preciso sustituirla por variantes más ligeras y menos comprometidas. En la medida en que tal actitud prevalezca, los nuevos universitarios responderían a la descripción del escritor italiano Claudio Magris: «Emancipados con respecto a toda exigencia de valor y significado, son igualmente magnánimos en su indiferencia soberana, en su condición de objetos consumibles; *son libres e imbéciles*, sin exigencias ni malestar, grandiosamente exentos de resen-

timientos y prejuicios. La equivalencia y permutabilidad de los valores determinan una imbecilidad generalizada, el vaciamiento de todos los gestos y acontecimientos».

La relativización de todos los valores –el relativismo ético– se presenta como la única posibilidad de superar ese mal radical que (según creen algunos) implican las convicciones morales incondicionadas, la única forma de abandonar la conciencia de culpa que acompaña a toda actuación seria, para alcanzar así una pretendida «nueva inocencia». Pero del relativismo no se sigue nada: el relativismo no conduce a parte alguna. Quien se acoge al relativismo ético sólo puede dar un nuevo paso: el que conduce al puro y simple nihilismo.

Una situación de esta traza nos sitúa a los cristianos ante una tarea en cierto sentido previa a la *nueva evangelización* que nos viene pidiendo Juan Pablo II, con especial intensidad al comienzo de este nuevo milenio. Es el empeño por elaborar y difundir una cultura humanista, en la que se afirme la primacía del espíritu sobre la materia, del hombre sobre las cosas, de la ética sobre la técnica. Y ésta constituye una tarea ineludible de toda Universidad que pretenda mantenerse fiel a esas raíces cristianas que ahora se intentan sustraer de la identidad europea como por arte de prestidigitación. Porque pretender articular una visión cristiana de la persona y una concepción no relativista de la cultura sobre un enfoque economicista y pragmático de la sociedad constituye un notable ejercicio de incoherencia, al que personalmente no estoy dispuesto a contribuir en modo alguno.

Recordemos las palabras con las que, hace diez años, comenzaba Juan Pablo II su Encíclica *Veritatis splendor*: “El esplendor de la verdad brilla en todas las obras del Creador y, de modo particular, en el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, pues la verdad ilumina la inteligencia y modela la libertad del hombre, que de esta manera es ayudado a conocer y amar al Señor”. Este es el clima, sereno y firme, de la nueva narrativa, de la nueva historia de la Universidad. Para comprender esta historia –proyectada hacia el futuro– que nosotros mismos hemos de im-

pulsar, es preciso vivir una vida dominada por el amor a la verdad. Pero, hoy por hoy, casi nadie parece entender lo que esto —el «amor a la verdad»— quiere decir.

No somos nosotros los que poseemos la verdad, es la verdad la que nos posee. La verdad no admite sustituto válido. Es la única necesidad constitutiva del hombre, su alimento imprescindible, su atmósfera incondicional. Esta verdad necesaria no nos encadena: nos libera del irrespirable ambiente del subjetivismo, del consumismo, de la esclavitud a las opiniones dominantes, que representan obstáculos decisivos para un diálogo seriamente humano.

«La verdad os hará libres» leemos en el Evangelio (Jn 8,32). La fuerza liberadora de la verdad es un valor humanista y cristiano. La fe no ha de ser nunca constricción o barrera, sino acicate para la investigación y apertura de posibilidades inaccesibles para esa razón menguada, esa razón utilitarista y relativizada, que sólo busca satisfacciones inmediatas y, más a la larga, aumento del poder.

Muchos tienen miedo a la verdad. Temen que su descubrimiento ponga a descubierto las ilusiones de una vida ficticia y egoísta. No están dispuestos a correr el riesgo de hacer vulnerable su mezquina concepción de la vida. La búsqueda de la verdad, en cambio, se lanza hacia el encuentro de la plenitud de la realidad. No teme encontrar un tesoro cuya adquisición exija entregarlo todo a cambio. Quien busca la verdad no pretende seguridades. Todo lo contrario: intenta hacer vulnerable lo ya sabido, porque aspira siempre a saber más y mejor. Y, paradójicamente, es esta apertura al riesgo la que hace, en cierto modo, invulnerables a la mujer y al hombre, porque ya no están en juego sus menudos intereses, sino la paciencia de la realidad.

La aventura de la verdad no es una tarea fría y neutral. Posee un inseparable sentido ético. La propia virtud es el crecimiento antropológico que acontece cuando la persona, en su actuación, *obedece a la verdad*. La virtud es la ganancia en libertad que se obtiene cuando se orienta toda la vida hacia la verdad, que constituye el ideal universitario por excelencia.

La virtud es el rastro, el poso, que deja en nosotros la fuerza liberadora de la verdad.

La universidad es un descubrimiento cristiano, una invención histórica de los discípulos de Jesús de Nazaret. En ella se debe tratar de hacer realidad el lema de San Pablo que nos invita a hacer la verdad en el amor (cfr. *Ef* 4,15). En un libre clima de convivencia culta, profesores, empleados y estudiantes, se ayudan unos a otros con generosidad, para alcanzar la finalidad de la vida buena, de la vida lograda, de la vida auténtica y verdadera. Esta verdad vivida, *práctica*, central en la ética de inspiración clásica, sólo es posible si la libertad no se contrapone a la verdad. La oposición de la libertad a la verdad es un error superficial, propio de la inmadurez y la frivolidad que la *sociedad como espectáculo* alimenta a través de subproductos televisivos y, cada vez más, de las seducciones que pueblan gran parte del espacio digital.

Es conveniente –y posible– «hacer la verdad en el amor». La verdad que se hace, que se opera libremente, es en efecto la verdad práctica, la verdad moral o ética. Y el amor es mucho más que la mera atracción física o el deseo psicológico: es la tendencia racional que busca un verdadero bien, un bien que responda a la naturaleza profunda del que actúa y, en definitiva, al ser de las cosas. Actuar según la verdad implica potenciar la libertad, intensificar la propia vida: autorrealizarse.

La Universidad ha de ser un espacio de libertad en el que se enseñe que el campo de actuación de los hombres y mujeres no es una especie de gelatina amorfa, sino que está estructurado por leyes morales, que expresan lo que es conveniente y lo que es inconveniente para la persona. Por ejemplo, mantener relaciones sexuales prematrimoniales hace un serio daño a quienes las llevan a la práctica. «No hacemos daño a nadie», dicen algunos y algunas. No, no es cierto: os herís a vosotros mismos, y perjudicáis a muchos, a quienes dais mal ejemplo. Una Universidad en la que ya nadie tiene la valentía de decir: «esto es bueno» o –todavía menos– «esto es malo», se ha convertido en una institución corrompida y corruptora, que con su dictadura de la *corrección política* cancela la li-

bertad moral de sus miembros. Y hace de los jóvenes dóciles consumidores incapaces de denunciar las injusticias de una sociedad en la que los pobres, los que no tienen nada o casi nada, están cada vez más sometidos a los poderosos. No es extraño, entonces, que en una configuración social de este tipo proliferen la violencia y suframos el azote del terrorismo.

Sabemos desde antiguo que hay un conflicto entre *ethos* y *kratos*, entre la moral y el poder. Una manera de resolverlo es la eliminación del *ethos*, la resignación ante una política tecnocrática que sacraliza los procedimientos e ignora a las personas y su inalienable libertad. En la medida en que triunfa esta tendencia, se impone un modelo de *colonización* descendente, de penetración de la Administración pública y del mercado en todos los ámbitos de la vida social y privada. Si, en cambio, se entiende que el poder surge de la libertad concertada de los ciudadanos, entonces se abre paso un modelo de *participación* ascendente, en el que la ética tiene primacía sobre la mecánica política y económica, y las solidaridades básicas –entre las que la Universidad se encuentra– recuperan su origen protagonista.

El individualismo posesivo –típico de nuestras sociedades satisfechas– es pretotalitario, porque los individuos aislados y presuntamente saciados por el consumo son instrumentos dóciles en manos de la tecnestructura, es decir, de la emulsión entre Estado, mercado y *mass media*. El individualismo ético es una ficción, y esa ficción se ha tornado inhabitable. En el individualismo insolidario se malentiende el carácter único e intransferible de la conciencia personal, que primero se absolutiza y luego se disuelve. Pero, sobre todo, se ignora que la vida ética sólo es posible en comunidad, porque –como muestra el pensador escocés Alastair MacIntyre– únicamente en el seno de una comunidad abarcable (como es la Universidad) se puede uno embarcar en prácticas susceptibles de aprendizaje, rectificación y perfeccionamiento, es decir, en prácticas éticamente relevantes. La inviabilidad ética y social del individualismo se traduce en ese difundido modelo que se podría llamar «totalitarismo permisivo», el cual implica una especie de división del territorio, según

la cual los poderes tecnoestructurales dominan todo el campo de lo público, en el que se subsume lo social, mientras que –a modo de compensación– se tolera que el individualismo se disperse en la veleidad de los placeres privados. Se entra así en los que el filósofo italiano Vittorio Mathieu ha llamado «sociedad de responsabilidad ilimitada».

El advenimiento de la sociedad de la información y del conocimiento ha vuelto a situar en primer término la importancia del cultivo de las Humanidades: historia, filosofía, literatura o lenguas clásicas. Porque el olvido de los saberes humanísticos conduce a la incomunicación, la incomunicación lleva al aislamiento, y el aislamiento al autismo social y a la *docilidad* que, al parecer, es de lo que se trata. La mejor manera de que nadie piense algo inquietante para los poderes establecidos –por ejemplo, que hay que tratar a los inmigrantes como seres humanos, y no ser racistas ni xenófobos– es sencillamente que no se piense. Y así tendremos la paz de los cementerios y de las cárceles.

A mi juicio, resulta lamentable que una buena parte de las familias actuales de algunos países –tan permisivas en casi todo– prohíban de hecho a sus hijos que lo desean el estudio de carreras humanísticas o de ciencias puramente teóricas, porque temen que su futuro económico sea inferior al de los que siguen profesiones técnicas y administrativas. Parece que no le faltaba visión de futuro al pensador irlandés Edmund Burke cuando anunció hace dos siglos que el dinero se iba a convertir en «el sustituto técnico de Dios».

La apasionante tarea que tiene ante sí la Universidad actual es la de pensar, articular, proyectar y transmitir una nueva visión del hombre y del mundo que responda a la dignidad de la persona, que se abra al designio salvador de Dios, y que sea adecuada para encaminar una sociedad crecientemente mundializada hacia planteamientos más equilibrados y justos. Es una labor de largo aliento, que exige la colaboración interdisciplinar de miles de investigadores y la educación esmerada de nuevas generaciones de jóvenes dispuestos a poner su talento al servicio de un objetivo que trascienda las reducidas metas del provecho individual. Se

trata, indudablemente, de un empeño de alcance internacional que demanda una creciente comunicación entre equipos de estudiantes y estudiosos de los cinco continentes. Intercambio que hoy es posible gracias precisamente a la operatividad de las nuevas tecnologías de la información y del conocimiento. Sin olvidar que el impulso creativo, el progreso científico, lo logra originariamente el investigador en solitario, con gran esfuerzo. Los equipos estimulan, organizan, coordinan o divulgan, suman lo que los investigadores aportan uno a uno. Ahora bien, sin el trabajo personal no hay investigación. Ojalá que entre los estudiantes cristianos, y entre tantos otros jóvenes que buscan ansiosamente la verdad, surjan vocaciones para la vida universitaria, para dedicar todo el esfuerzo a alumbrar una ciencia que esté a la altura de la dignidad de la persona humana. A la Iglesia y la sociedad no les basta hoy con el entusiasmo de chicos y chicas de buena voluntad, sino que necesitan también personas que se preparen con seriedad –y alcancen un prestigio internacional– en el campo de las Ciencias Teóricas y de las Humanidades, para hacer desde dentro una defensa de la Fe, en la que se dé razón de nuestra esperanza, y se demuestre que la verdad sobre el ser humano exige un comportamiento ético respetuoso con el carácter sagrado de la vida humana.

Ciertamente, la preparación profesional es uno de los objetivos de la Universidad, pero no el único, ni siquiera el más importante. Además, una eficaz formación profesional sólo es posible en un ámbito en el que simultáneamente se cultiven los saberes sin proyección operativa inmediata. Porque únicamente así los profesionales que surjan de tales escuelas serán creativos, innovadores, capaces de trascender los hechos y salirse fuera de los supuestos.

Resulta, al cabo, que la nueva tarea de la Universidad está esencialmente vinculada con el cometido que tradicionalmente le compete, al mismo tiempo que ha de hacerse cargo de los nuevos retos y posibilidades que hoy se le presentan. Quizá el éxito histórico de la Universidad como institución responde a que en ella ha acontecido una síntesis entre tradición y progreso que le ha permitido avanzar sin perder lo ganado.

La Universidad, con todas sus crisis y altibajos, ha acertado a conferir articulación comunitaria a la génesis y a la transmisión del saber, que ha sido y seguirá siendo su nueva y vieja tarea.

No esperemos que esta revitalización de la Universidad proceda de políticos, empresarios o autoridades educativas. Son los protagonistas natos del drama universitario –los estudiantes y los profesores– quienes hemos de cargar con la responsabilidad de reinventar la Universidad en un tiempo de profundos cambios, siendo fieles a su inspiración genuina. Un pequeño grupo de personas puede dar el vuelco a toda una corporación académica. Es mucho lo que cada uno de nosotros puede hacer si cultivamos en nuestro interior la fuerza transformadora –cristiana y humanista– del fermento universitario.

2. Fe y razón: *Ciencia y fe en una cultura en evolución*

Mons. JÓZEF ŻYCIŃSKI

Arzobispo Metropolitano de Lublino, Polonia

Las profundas transformaciones sucedidas en tiempos recientes en la relación entre las ciencias y la fe católica se han debido en gran parte a la Encíclica de Juan Pablo II *Fides et Ratio* y también a su *Carta a P. George Coyne*, director del Observatorio Vaticano. Ambos documentos postulan de hecho una más estrecha colaboración entre ciencia y fe en la búsqueda de la verdad sobre el universo y sobre la persona humana. Así la participación de tantos científicos eminentes en las celebraciones jubilares para el mundo de la ciencia, que tuvo lugar en Roma en el año 2000, puede verse como un signo del nuevo clima de colaboración instaurada entre los ambientes científicos y eclesiales. Uno de los participantes, John Searle, californiano agnóstico, especialista en el campo de la inteligencia artificial y dedicado al estudio de las diferencias entre el pensamiento humano y el proceso de información computerizada, me expresó lo que le había impresionado del encuentro de Roma en los siguientes términos: «Hasta aquel encuentro estaba convencido de que existía un viejo antagonismo entre el mundo de la ciencia y el eclesial. Siempre había visto a Galileo como el símbolo de su trágica incomprensión. Pero durante las celebraciones jubilares me he dado cuenta de que todo eso pertenece al pasado. La situación actual es, de hecho, totalmente diversa de como la pensaba. Me han impresionado muchos signos de cooperación y de diálogo que he descubierto».

EL DIÁLOGO Y LAS DIFERENCIAS DEL LENGUAJE

De lo que he dicho hasta aquí no se deduce que las reservas de los científicos hacia la religión pertenezcan al pasado. Las reservas persisten no sólo como resultado de principios científicos, sino también de las diferencias del lenguaje y de los métodos usados en el acercamiento científico, filosófico y religioso a la realidad. Esta diversidad en el lenguaje queda muy bien ilustrada en la siguiente anécdota de los tres viajeros que están recorriendo Escocia en tren que, mirando por la ventana, ven una oveja negra paciendo en un campo. El primero en hablar es el filósofo, siempre en búsqueda de la verdad universal. Como nunca había estado en Escocia, dice: «En Escocia todas las ovejas son negras». En el mismo compartimento viaja un científico que se expresa con mayor cautela, afirmando: «En Escocia hay algunas ovejas negras». El más cauto de los tres es un matemático, que precisa: «En Escocia como mínimo hay un campo en el que al menos hay una oveja, que por lo menos de un lado es negra».

Este chiste suscita espontáneamente simpatía hacia el matemático. No se puede negar que el uso del lenguaje matemático y lógico ha llevado a descubrimientos importantes en muchos sectores científicos; sin embargo existen también sectores de la cultura y de la vida humana en los que, sirviéndonos de las fórmulas matemáticas, podemos decir bien poco. De hecho ¿cómo se puede expresar en el lenguaje matemático el arrobamiento que se experimenta ante los sonetos de Shakespeare o una puesta de sol otoñal en un páramo escocés? ¿o la experiencia del dolor humano, la soledad, la amistad y el amor? A veces ocurre que los estudiantes de primer año de matemáticas intentan definir el amor afirmando que es la relación entre afecto y razón, cuando la razón desciende a cero...

Igualmente se podría intentar expresar la realidad de los cuartetos de cuerda de Haydn, definiendo la intensidad de la fuerza del arco cuando toca las cuerdas, pero tal descripción nunca podrá evocar el sentido del asombro y el encanto que experimentamos cuando regresamos a casa después de un concierto. Hay una verdad sobre la vida humana que no se

puede definir con fórmulas matemáticas, pero que sólo se puede descubrir por medio de la búsqueda filosófica, la reflexión teológica, la admiración y la contemplación de la vida misma. Newton y Einstein sin duda han dado un gran aporte a la ciencia. Hemos podido profundizar nuestra conciencia del mundo gracias a la obra de Euclides, Gauss y Kurt Gödel; pero esta conciencia sería incompleta y muy inferior sin la contribución filosófica de Platón y Santo Tomás de Aquino, sin las obras teológicas de San Agustín y Karl Rahner, sin la experiencia mística de San Juan de la Cruz y las reflexiones sobre la espiritualidad de Thomas Merton. Si se eliminaran todos estos elementos de la cultura humana, no quedaría más que una cultura profundamente confusa y unidimensional. En el pasado no han faltado los intentos de provocar una mutilación similar de la cultura: baste pensar en el leninismo que llevó a la eliminación de grandes clásicos de las bibliotecas sólo porque la ortodoxia marxista disentía de ellos. Pero la historia ha condenado claramente tales prácticas ideológicas.

Al inicio del siglo XX, Arthur Eddington puso en guardia a sus colegas sobre el hecho de que, si un físico considerara a su mujer sólo como un objeto físico y la describiera con el lenguaje de la física, correría el riesgo de ver cambiar de golpe su situación matrimonial. La misma señora puede ser descrita por un físico como un conjunto de electrones en órbita; por un biólogo como perteneciente a la especie *Homo sapiens* y por un teólogo como una hija de Dios, capaz de disfrutar de la vida eterna. Estos dos puntos de vista no se excluyen mutuamente sino que se complementan. Por ello no deberían crearse conflictos artificiosos: en cambio hay que ir más allá de la perspectiva limitada de cada una de estas disciplinas para llegar a la plenitud total de la verdad con respecto a la realidad.

EL COSMOS – ¿UN LUGAR EXTRAÑO O LA MORADA DEL HOMBRE?

No todos están convencidos de que la Iglesia ha cambiado su postura en relación con la ciencia. Hace poco, expresando los temores de muchos humanistas, Czesław Miłosz escribió: «No entiendo cómo el Vaticano

pueda aceptar la teoría de la evolución, porque las ciencias biológicas representan la cima de la Ilustración y crean dificultades, casi infranqueables, al confundir la línea que separa a los seres humanos de las demás criaturas vivientes».¹ La afirmación de Miłosz es una típica expresión de la oposición humanística frente a los intentos que buscan reducir el contenido de la cultura humana al nivel de las nociones científicas de la física y la biología, que ignoran el Rubicón cultural que separa al hombre del resto del mundo animal. En consecuencia, en vez de ignorar el Rubicón cultural, hay que buscar la verdad plena, fundamental tanto para los científicos como para los humanistas.

Otro factor que provoca la oposición humanista a la visión evolutiva de la naturaleza y de la humanidad, es la necesidad de abandonar la noción de un universo «acogedor», visto como una casa familiar muy conocida. Los contemporáneos de Darwin han intentado sostener que el universo no tiene más de 6.000 años; y hasta el mismo Darwin no diferenciaba entre lo que está escrito en el Antiguo Testamento y los cálculos ingenuos del arzobispo anglicano James Ussher, recogidos en los «*Annales Veteris et Novi Testamenti*», según el cual el cosmos habría sido creado el 28 de octubre de 4004 a.C.. Hoy sabemos que el universo, tal como es, tiene alrededor de 15 mil millones de años. Esto significa que en los años transcurridos desde la muerte de Darwin la edad del universo se ha tenido que multiplicar por 2,5 millones. Los paleontólogos contemporáneos de Darwin se habían dado cuenta de que las estimaciones del arzobispo Ussher eran falsas, pero pensaron que bastaba multiplicarlas más o menos por 100. En aquella época habría sido inconcebible este descubrimiento, que la evolución cósmica se está realizando desde hace miles de millones de años. Pero Dios nos ha dado a los seres humanos el valor de imaginar y la capacidad de reflexionar, para capacitarnos a descubrir la verdad plena sobre la obra de la creación, en la que está impreso el sello de la sabiduría divina.

¹ CZESŁAW MIŁOŚZ, “Polskie zcemymania”, in *Znak*, 53 (2001, n. 557) 25.

LA PERSONA HUMANA Y LA EVOLUCIÓN

Los filósofos no están de acuerdo en la interpretación de la teoría biológica de la evolución. Por un lado, en su discurso a la Academia Pontificia de las Ciencias, del 26 de octubre de 1996, Juan Pablo II expresó públicamente y claramente su aceptación de la teoría evolutiva de Darwin, teoría aceptada en el ambiente cristiano por autoridades académicas, como Arthur Peacocke, John Haught, Michael Heller, William R. Stoeger, S.J. Por el otro lado, sin embargo, los fundamentalistas bíblicos que quieren demostrar la verdad literal de las Sagradas Escrituras, y los humanistas laicos que siempre han considerado la fe como enemiga de la ciencia de la creación, no hacen otra cosa que atacar esta teoría. Philip E. Johnson, que se considera un defensor de la ciencia de la creación, se ha convertido en una indiscutible autoridad en el mundo de la crítica fundamentalista de la teoría de la evolución. El problema está en que Johnson, de profesión docente de derecho, no es competente ni en biología ni en filosofía cristiana. Su crítica de las teorías científicas sólo se podría justificar como respuesta a los comentarios ideológicos de Richard Dawkins, que a menudo parece asumir el papel de adversario personal del mismo Dios, mientras que, respecto a las teorías evolutivas actuales sobre la naturaleza, su crítica está totalmente infundada. Sin embargo, esto termina por crear un clima en el que el choque inevitable entre fe y ciencia impide que se realice la metáfora con la que el Papa describe la fe y la razón, o sea, las dos alas que nos permiten alcanzar un mayor conocimiento de la realidad.

En su teoría de las *rationes seminales* (principios seminales), San Agustín ya había demostrado de qué forma era posible conciliar la visión cristiana con la evolutiva sobre la creación de la naturaleza y de la humanidad. Según esta noción, Dios Creador ha dotado la materia humana de ciertas predisposiciones para su desarrollo futuro, definiendo además las leyes de este desarrollo. Refiriéndose a esto, los escritores cristianos admiten que el universo se desarrolló en su forma actual en

el curso de los últimos 10 mil millones de años, según el plan descrito de la teoría cosmológica contemporánea. En la evolución de nuestro planeta ha habido un giro con la aparición de formas de vida proteica hace más de tres mil millones de años. Pero aún más importante ha sido, hace doscientos mil años, el emerger de la conciencia humana con su capacidad de crear cultura, y la venida de Cristo, hace dos mil años, con su misión redentora que revela la profunda solidaridad de Dios con la humanidad.

La persona humana, creada por Dios según las leyes naturales de la evolución, supera con mucho el resto de la naturaleza gracias a su capacidad de reflexión que da acceso a las riquezas del mundo espiritual. Superando la lucha biológica por la vida y la supervivencia, el hombre ha desarrollado una sensibilidad ética. Contrariamente a los animales inferiores, el hombre de hecho ha desarrollado la capacidad de una reflexión metafísica que no conlleva un resultado inmediato. Gracias a la autoconciencia, ha dado vida a un riquísimo mundo espiritual, en el que la experiencia estética y religiosa desarrolla un papel importante. Sólo el hombre, gracias al soplo de inmortalidad del que Dios le ha dotado, ha creado la ciencia contemporánea y ha dado importancia al rol del altruismo en nuestra cultura. A pesar de permanecer un elemento de la realidad creada y estar sujeto a las leyes de la biología y de la física a causa de su naturaleza física, el hombre ha llegado a producir un mundo rico de valores espirituales, como el arte, la belleza, la poesía. Pero los seres humanos también han creado los campos de concentración, han acusado a sus propios semejantes de ser «enemigos de la clase obrera», y han querido dar una «solución final al problema hebreo», intentando eliminarlos. El proceso evolutivo continúa. Hoy por hoy éste se desarrolla sobre todo a nivel de la psique humana, de la espiritualidad y de valores que forman nuestro ambiente natural. Dependerá de nosotros si nuestro mundo estará dominado por la búsqueda del éxito y del placer, o si nuestros valores principales serán el respeto de la dignidad humana, la simpatía y la solidaridad hacia los demás.

El futuro del proceso evolutivo no está en determinismos cósmicos, sino que depende en gran medida de la calidad de cooperación de nuestras acciones con la influencia del Creador divino. De ella dependerá también la forma futura de la cultura humana, el estado de conciencia de las próximas generaciones de *Homo sapiens* y la existencia de una civilización llena de sentido, más fuerte que el mal. Estamos seguros de que el proceso evolutivo, que sólo en tiempos relativamente recientes ha creado la conciencia y la cultura, nos sorprenderá por la riqueza de las formas que revelarán la belleza de la vida humana, sólo si nos unimos en la búsqueda de esta belleza.

LA CREACIÓN Y EL MUNDO SEGÚN HAWKING

No todos los científicos naturalistas, que intentan describir el desarrollo del universo, están interesados en Dios o en la riqueza de la psique humana. Algunos de ellos se limitan, de hecho, a la descripción de los mecanismos físicos de la creación. Tampoco Stephen Hawking, el famoso cosmólogo inventor de la física de los agujeros negros, ha conseguido sustraerse a esta tentación. Utilizando métodos científicos y cálculos de la cosmología cuántica, junto a James Hartle, ha adelantado la idea de un universo creado por sí solo, sosteniendo que ha salido de la nada según los principios matemáticos generalmente aceptados. Hawking está tan orgulloso de sus descubrimientos, que los ha expuesto en presencia de Juan Pablo II durante un encuentro académico en el Vaticano. Por lo que después comentó en varias ocasiones, se esperaba una condena, como Galileo algunos siglos antes; pero Juan Pablo II lo decepcionó porque, sin decir una sola palabra de condena, escuchó su versión de la creación del universo, que no contiene la mínima mención del Dios creador.

Algún tiempo después, hablando con el Santo Padre durante un encuentro académico en Castel Gandolfo, le dije que Hawking se había decepcionado por no haber recibido ninguna condena papal. Juan Pablo II, sonriendo, respondió: «¿Por qué tendría que haberme

puesto a discutir con él? Un físico no debe hablar de un Dios creador: eso es tarea de los teólogos. Pero un físico no debe impedir que un teólogo haga preguntas del tipo: ¿por qué existen leyes que gobiernan el universo y por qué se puede usar un lenguaje matemático?. No creo que Hawking se oponga a tales preguntas. Es por eso que no veo motivo alguno para un conflicto». La sabiduría de tales palabras se ha confirmado por el hecho de que muchos teólogos han escrito textos en los que desarrollan la teología de la creación sirviéndose del esquema de Hawking. La armonía y la cooperación creativa están floreciendo justo ahí donde el autor del esquema ha pretendido suscitar un conflicto.

LA EVOLUCIÓN, EL SUFRIMIENTO Y EL SENTIDO DE LA VIDA

Ningún científico serio osaría hoy afirmar que existe un contraste entre la fe cristiana y la teoría de la evolución. Una pregunta fundamental que surge en este ámbito concierne el problema del sufrimiento, que el ser humano percibe en modo mucho más intenso que cualquier otro ser viviente en el universo. ¿Cómo se explica el hecho que la persona humana, dotada de conciencia, deba experimentar tan fuertemente el dolor de la vida, que por otro lado es tan importante para el desarrollo de nuestra cultura? ¿Por qué los miembros más sensibles de la especie *Homo sapiens* sufren más que aquellos que se refugian en la aridez mental o en las drogas? Estas son preguntas importantísimas si pensamos que no estamos hablando sólo del dolor físico, atributo también de los grados inferiores de la evolución. La respuesta al mal, en sus múltiples formas –absurdidad, injusticia, violencia e impotencia– es una experiencia típicamente humana. Se podría hipotetizar la posibilidad de que si el proceso evolutivo hubiera tomado otro rumbo y si la persona humana hubiera resultado más perfecta o menos sensible podríamos haber evitado el problema del mal y del sufrimiento. ¿Tenemos acaso que enfadarnos con Dios porque no ha establecido leyes evolutivas, gracias a las cuales habrían emer-

gido seres en forma de hombre, que jamás habrían hecho la experiencia de la lucha con el sufrimiento?

EL MAL CÓSMICO Y UNA EVOLUCIÓN ALTERNATIVA

En nuestros intentos de buscar una respuesta a las preguntas enunciadas más arriba, emerge un punto que parece de vital importancia. ¿Qué precio tendríamos que haber pagado para otra versión del proceso evolutivo, versión en la que la persona humana no tendría que haber experimentado el sufrimiento? ¿Nos fascinaría todavía una posibilidad similar, cuando nos damos cuenta, que un proceso evolutivo de ese tipo habría llevado a la aparición de seres con reacciones similares a las de los personajes televisivos, inventados para un público que se traga todo? ¿Habría sido mejor un mundo hecho de seres mediocres de plástico que, a pesar de reaccionar a estímulos físicos, estuvieran privados de la sensibilidad humana y del mínimo remordimiento de conciencia? Si nos encontráramos por casualidad en un mundo así, ¿no aspiraríamos quizás a una forma diversa de evolución de la cultura, a una forma en la cual fuera posible sufrir, demostrar solidaridad, crear obras de arte y buscar un sentido en un universo caracterizado por la lucha con el sufrimiento? ¿Queríamos de verdad una forma alternativa de evolución, en la que los seres humanos, como una especie de enfermos de Alzheimer, no experimentasen el dolor? ¿Queremos de verdad una forma de evolución en la que el hombre no tenga que experimentar los dolores del joven Werther, para que a nivel del desarrollo puramente pragmático no se hicieran preguntas sobre la fidelidad, la solidaridad y el heroísmo, ya que sus ambiciones serían satisfechas por experiencias de placer creadas artificialmente en una sociedad tecnocrática con sólo pulsar un botón?

Cuando nos enfadamos con Dios, terminamos por identificarlo con un soberano omnipotente para el que todo, absolutamente todo es posible. No pocas veces nuestra generación quisiera un proceso evolutivo que acabe bien, tal como los apóstoles esperaban el restablecimiento del

reino de Israel. Pero haciéndose solidario con el hombre, el Dios de la evolución influye en nuestra cultura y al mismo tiempo espera nuestra cooperación. De hecho, a nivel del desarrollo cultural debemos utilizar todas las predisposiciones de las que estamos dotados, conforme a nuestra evolución biológica. Sin embargo, en vez de cooperar con Dios con espíritu de corresponsabilidad por la obra de la creación, es más fácil refugiarse en el mundo sencillo de nuestra infancia o en una interpretación literal de la Sagrada Escritura, como cuando se describe el jardín del Edén. La nostalgia del paraíso perdido, nos puede llevar a rechazar tanto la descripción bíblica como la científica sobre el origen de la humanidad, de modo que, en vez de hacer un estudio paleontológico serio sobre nuestros antepasados de hace millones de años, terminaremos por contar la historia de Adán y de la manzana para defender la ingenua narración con la que se quería explicar el origen del mal y del pecado. Fíjense que en la Biblia no se habla de la manzana, sino de un fruto, que es una metáfora de los valores que el hombre quería poseer, ignorando el plan creativo de Dios. La Pontificia Comisión Bíblica ha subrayado que los católicos no están obligados a aceptar la interpretación literal de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, nuestra tarea consiste en cuidar la divina ecología expresada en la belleza y bondad del universo creado.

ECOLOGÍA HUMANA

Esta paradoja es aún más dolorosa porque «no sólo la tierra ha sido dada por Dios al hombre, el cual debe usarla, respetando la intención originaria de que es un bien, según la cual le ha sido dada; sino que el hombre es para sí mismo un don de Dios y, por tanto, debe respetar la estructura natural y moral de la que ha sido dotado».² Según esta óptica, el mundo es una « realidad sagrada, que se nos confía para que la custo-

² JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Centesimus annus*, 38.

diemos con sentido de responsabilidad y la llevemos a perfección en el amor y en el don de nosotros mismos a Dios y a los hermanos».³

La base del interés del Papa por la ecología humana es una antropología cristiana, por la que el hombre es un ser que no se alimenta sólo del pan, sino de los valores transcendentales. Para desarrollarse plenamente, la persona humana necesita no sólo pan, aire y sueño, sino también sentido, belleza y bondad. Nuestra respuesta a las tendencias nihilistas presentes en la sociedad contemporánea tiene que ser el mensaje evangélico de la esperanza, que nos permite edificar un mundo humano, afirmando la verdad fundamental del Hijo encarnado de Dios.

El pontificado de Juan Pablo II está marcado por una preocupación constante por la presencia del Evangelio en las transformaciones culturales de nuestro tiempo; es expresión de la respuesta cristiana a las encrucijadas evolutivas que aún nos esperan. Es lo que, entre otros, ha dicho Florian Znaniecki, que escribió que o desarrollamos una civilización que englobe a todos los pueblos o conoceremos el vacío y el derrumbe de las culturas nacionales. El diálogo con el mundo contemporáneo, en el que Juan Pablo II desempeña un papel decisivo, es expresión de un intento claro de superar el vacío en la búsqueda de la comunidad axiológica fundamental para los próximos estados del desarrollo de la cultura. Las enseñanzas del Papa repiten a menudo la noción de ser para los demás, como alternativa a las formas extremas del individualismo contemporáneo. Vivir en plenitud el mensaje del Cenáculo significa vivir de modo que seamos un don para los demás, que edifiquemos una cultura de la vida gracias a la que nos hacemos aún más hombres, que construyamos la unidad tanto en la vida social como en la espiritual, considerando la propia existencia como el camino de la Iglesia hacia el Padre.

³ JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium vitae*, 2.

3. Mesa redonda: *Fe, ética y cultura*

El misterio del universo

Prof. MARCO BERSANELLI

Docente de Astrofísica,

Universidad de los Estudios de Milán, Italia

Tengo la suerte de realizar un trabajo con el que siempre he soñado. Ya desde pequeño me fascinaba la grandeza de la realidad, el «misterio del universo». Hoy me dedico a la investigación científica en el campo de la Astrofísica, en particular de la Cosmología, es decir, del estudio del universo en su conjunto. Estudiamos aquello que técnicamente se llama *cosmic microwave background*, la luz fósil que nos llega desde los extremos confines del universo observable, y que nos da una imagen directa del cosmos apenas nacido hace 14 mil millones de años.

El progreso científico ha llevado al hombre a tomar conciencia en un modo dramático e imprevisto de la estructura y la vastedad de nuestro ambiente cósmico, como también de nuestra vertiginosa pequeñez. Primero la Tierra fue quitada del centro de todo: después el Sol fue reconocido como una de las 200 mil millones de estrellas que forman nuestra Galaxia. Hoy con nuestros instrumentos escrutamos un espacio cuya profundidad se mide en millares de millones de años luz, poblado por millares de millones de galaxias. A partir de la introducción del telescopio, las dimensiones medidas del universo han aumentado más de 15 veces en cuanto a su orden de magnitud, es decir, un millón de miles de millones de veces.

Algunos desarrollos recientes acentúan aún más la sensación de nuestra marginalidad en el cosmos. Observaciones de supernovae lejanas y en el fondo cósmico indican que todas las formas conocidas de materia y energía (la materia y la energía que forman las estrellas, las galaxias, a

nosotros mismos y toda cosa conocida) constituyen sólo una pequeña fracción (alrededor del 4%) del contenido global del universo. Con otras palabras, el 96% del universo está hecho de cualquier cosa desconocida, radicalmente diferente de todo lo que nosotros conocemos.

Somos como un nada en el cosmos, cuya vastedad y variedad superan con creces nuestra imaginación.

Pero mucho antes de la llegada de la cosmología científica y de los instrumentos de alta precisión, la mirada al firmamento del antiguo pueblo judío ha expresado con una maravillosa síntesis la cuestión central: «*Al ver tu cielo, hechura de tus dedos, la luna y las estrellas, que fijaste tú, ¿qué es el hombre para que de él te acuerdes, el hijo de Adán para que de él te cuides?*».¹ Después de tres mil años, la ciencia moderna nos obliga a hacernos la misma pregunta con una conciencia nueva, con un lenguaje diferente, quizás con una fuerza dramática aún mayor. ¿Qué es el hombre en esta inmensidad? En nuestro pequeño planeta nos sentimos perdidos en un espacio inmenso y aparentemente inútil: ¿cuál es la finalidad de este enorme abismo ahí fuera? Estamos hechos con materiales que resultan marginales en el *budget* complejo de la naturaleza: ¿por qué «tanta realidad», aparentemente superflua y extraña a nuestra vida?

Pero el salmo continúa abriendo inmediatamente a otro aspecto de la paradoja: «*Apenas inferior a un dios le hiciste, coronándole de gloria y de esplendor*».² En verdad, los hombres son criaturas del todo especiales. El yo de cada individuo –cuyo cuerpo es un fragmento ínfimo del universo físico– es un punto en el que la naturaleza asume propiedades inauditas: la autoconciencia y la libertad. El individuo tiene necesidad de un significado para sí mismo y para cada cosa.³ En cada individuo se refleja el universo entero. Con las palabras de Santo Tomás de Aquino, «*Anima est quodammodo omnia*»,⁴ el espíritu del hombre es en cualquier modo todo.

¹ *Sal* 8,4-5.

² *Sal* 8,6.

³ Cfr. L. GIUSSANI, «Il Senso Religioso», Rizzoli, Milano 1997.

⁴ TOMÁS DE AQUINO, «De Veritate», en *Summa Theologiae*, I, q. 14, art. 1; I q. 16, art. 3.

Numerosos científicos de cada época han expresado en modo brillante su estupor por la enigmática y vertiginosa condición del hombre en la naturaleza.⁵ El gran Blaise Pascal, por ejemplo, dice: «*El hombre es sólo una caña, la más frágil de la naturaleza. No hace falta que todo el universo se arme para exterminarla; un vapor, una gota de agua, bastan para matarlo. Pero aunque el universo lo aplastara, el hombre siempre sería más noble que aquello que lo mata*».⁶ O como expresa María Mitchel: «*Estos inmensos espacios de la creación no pueden ser medidos por nuestro limitado poder; [...] pero la misma vibración de las palabras que gritamos llena todo el espacio, y su temblor atraviesa todos los tiempos*».⁷

Incluso la fila infinita de los mundos infinitos, como los postulados en algunas recientes especulaciones cosmológicas, sería totalmente insuficiente para colmar la extensión del deseo humano y de su aspiración. El *Infinito* que anhela el corazón humano se encuentra en un nivel bastante más profundo que cualquier medida inconmensurable de espacio, tiempo, materia o de cualquier otra medida física. El poeta italiano Giacomo Leopardi ha expresado esta situación con gran intensidad: *El no poder ser satisfecho por ninguna cosa terrena ni, por así decirlo, por la tierra entera; considerar la amplitud inestimable del espacio, el número y la mole vertiginosa de los mundos, y descubrir que todo es poco y diminuto para la capacidad del propio ánimo; imaginarse el número de los mundos infinitos, y sentir que nuestro ánimo y deseo, convertidos en un universo, son aún mayores; experimentar las cosas como una insuficiencia y nulidad, y sufrir carencia y vacío y tedio, todo esto me parece el mayor signo de grandeza y nobleza que pueda verse en la naturaleza humana*.⁸

Es extraño que la criatura humana, tan profundamente marcada por

⁵ Cfr. M. BERSANELLI - M. GARGANTINI, «Solo lo stupore conosce», BUR, Milano 2003.

⁶ B. PASCAL, «Pensieri», Guaraldi/Gu.Fo. Rimini 1995, p. 193.

⁷ M. MITCHEL, cit. en LIVIO, «The Accelerating Universe», John & Wiley Sons, Inc., New York 2000, p. 256.

⁸ G. LEOPARDI, «Pensieri» LXVIII, en *Poesie e prose*, Mondadori, Milán 1980, vol. 2, p. 321.

la necesidad de abrazar la totalidad de las cosas, parezca tan insignificante a nivel cósmico. Pero en los últimos decenios el progreso científico ha incorporado nuevos e inesperados elementos al respecto. Los físicos nucleares han descubierto que los elementos pesados necesarios para la bioquímica (como el carbono y el oxígeno) son el resultado de procesos termonucleares muy delicados que se realizaron en el interior de estrellas ahora extintas. Con otras palabras, somos literalmente «hijos de las estrellas». Además muchos parámetros que están en la base de la estructura del universo físico están sintonizados en modo preciso para permitir que la complejidad y la vida puedan emerger, así como sucede con la intensidad de las cuatro fuerzas fundamentales, la masa y la carga de las partículas elementares, el ritmo de las expansiones en el universo primitivo, el número de las dimensiones espaciales y temporales.

En todas las escalas observables, desde los núcleos atómicos hasta la inmensidad de las galaxias, resulta que la naturaleza está mucho más implicada y participa en nuestra vida de un modo mucho más activo de lo que jamás hubiéramos pensado antes de la llegada de la ciencia. Todos los campesinos de hace mil años sabían que debían su vida al sol, a la lluvia, a la periodicidad de las estaciones –y tenían razón. Pero hoy también sabemos que tampoco podríamos existir sin la expansión cósmica, la materia oscura, las fluctuaciones primordiales, las explosiones de las supernovae, la tectónica de placas, los neutrinos– y la lista es aún más larga.

Así, inesperadamente, el mismo universo que prácticamente se había convertido ajeno a nosotros, hoy parece recobrar su unidad como ambiente capaz de acoger la vida, hasta poder acoger a seres dotados de conciencia y libertad. En el Antiguo Testamento la percepción del cosmos como morada que acoge y sostiene la vida está expresada en modo admirable: «Él expande los cielos como un tul, y los ha desplegado como una tienda que se habita».⁹

⁹ Is 40,22.

La cosmología que intenta sondear el misterio del universo, el misterio de la «totalidad de aquello que existe como ser experimentalmente observable, como ha afirmado Su Santidad Juan Pablo II, conduce espontáneamente a la pregunta sobre la totalidad misma, pregunta que no encuentra respuesta alguna en el interior de tal totalidad».¹⁰

El conocimiento científico, a mi juicio, no está equipado para dar respuesta a las últimas y fundamentales preguntas del hombre, a su sentido religioso; sin embargo permite un acercamiento a la realidad según un ángulo particular y reducido, pero extraordinario, desde el cual podemos admirar más de cerca la belleza y grandeza de la creación. Y es de nuevo Juan Pablo II quien subraya cómo «la razón científica después de un largo camino nos hace volver a descubrir las cosas con un maravillarse nuevo; nos induce a poner de nuevo con una intensidad renovada algunas de las grandes preguntas de todos los tiempos: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?».¹¹

En nuestras universidades y centros de investigación, la necesidad más grande es la de encontrar hombres y mujeres que sean «educadores», que introduzcan en la realidad con todos sus factores, despertando y manteniendo vivos todos aquellos «grandes interrogantes de todos los tiempos» que alimentan toda dinámica humana. En particular, se ha pretendido durante mucho tiempo –e injustamente– que la investigación científica pudiera prescindir de aquellos grandes interrogantes. Pero creo que la apertura al sentido y al destino sea, a la larga, necesaria para la supervivencia misma de la ciencia, para preservar su fascinación y para mantener su credibilidad y perspectiva.

Nosotros, los cristianos, que hemos conocido el nombre y el rostro de Aquel que responde a la inextinguible exigencia humana, Cristo presente, tenemos en esta educación una responsabilidad excepcional y una tarea fascinante.

¹⁰ JUAN PABLO II, 28 de septiembre de 1979, a los participantes en la conferencia sobre «El problema del cosmo», promovido por el Instituto de la Enciclopedia Italiana con ocasión del centenario del nacimiento de Einstein.

¹¹ JUAN PABLO II, *Ibid.*

Personalmente, la pasión que me sostiene en el trabajo de investigación, y por lo tanto la fuente principal de mi empeño en él, es la experiencia –aunque sea inicial– de entrever en la belleza y majestuosidad del universo y en la delicadeza de su cambio, la señal de la mano del Creador que en cada instante hace nuevas todas las cosas. Me sostiene la esperanza que mi trabajo y el de mis colaboradores y estudiantes pueda ser un modo particular que se nos ha dado para rendir homenaje al Misterio Infinito, al Señor del cielo y de la tierra, para repetir con emoción y con plena conciencia la antigua exclamación del salmista: «*¡Cuán numerosas tus obras, Yabveh! Todas las has hecho con sabiduría*». ¹²

¹² *Sal* 104,24.

El desarrollo de la biogenética

Prof. MARGARITA BOSCH

Docente e investigadora de Biogenética

Pontificia Universidad Católica de Argentina

Quisiera primero agradecer muy sinceramente esta invitación. Me he sentido de alguna manera muy identificada con la experiencia de todos Uds. Por momentos me dio la impresión que esto era una especie de Tabor, un lugar donde se experimenta la presencia tangible del Señor y de los demás, un lugar donde fulgura la gloria de Dios, toda una realidad que nos habla también de nosotros mismos. Pero el valor del Tabor no es quedarse en el Tabor, sino el envío.

Me pidieron una relación para tratar en diez minutos un argumento que normalmente desarrollo en seis meses con mis alumnos. Una vez que la envié por e-mail la contestación fue: Necesitamos un testimonio de su experiencia en la vida de la ciencia. Aunque a Uds. les parezca mentira y siendo argentina, me cuesta mucho hablar de mi propia experiencia. Pero me insistieron bastante. Así que, acá tengo el desarrollo de la biogenética y acá tengo mi experiencia. Trataré de armar algo que sea más práctico y que intente responder algunas de las preguntas que Uds. hicieron aquí durante estos días.

Sobre el desarrollo de la biogenética intentaré puntualizar los hitos y su significación de la experiencia durante el siglo XX, y voy a utilizar para esto muy poco tiempo.

Los experimentos de Gregorio Mendel demostraron que los caracteres hereditarios son entes, funcionan como entes y se heredan independientemente. Sus observaciones siguen siendo válidas. Mendel era religioso, agustino, y trabajó solo en el jardín de la abadía, asistido por su gran intelecto y su deseo de verdad.

La primera mitad del siglo XX da cuenta del esfuerzo humano con los elementos de la bioquímica, que en esos momentos estaba en gran desarrollo. Se van a describir cuáles son estos elementos que se heredan. Desde las hipótesis hasta las confirmaciones es una historia muy graciosa, que tiene que ver con el hecho de que la búsqueda de la verdad suele llevarnos a los sitios menos aparentes de lo que nuestro pensamiento en un principio podría haber imaginado. Y esto es algo que a mis alumnos les gusta mucho, porque lo que vale es la honestidad y la verdad, conocida a través de los datos de la realidad. El real y verdadero y sincero deseo de encontrar exactamente esta verdad, lo que las cosas son y su significado.

El descubrimiento que el ADN era base de la herencia, lo hizo Avery alrededor de 1940, y fue algo muy explosivo, porque la comunidad científica tenía todas sus esperanzas puestas en las proteínas, que parecían las moléculas más importantes de la bioquímica celular, y hasta hoy muestran su relevancia.

Sobre la estructura del ADN, ya todos sabemos, se cumplieron 50 años de la proposición del modelo de la doble hélice en abril del 2003. A partir de ahí se lanza toda una carrera maravillosa e impresionante para ver cómo estos elementos que se heredan, se expresan y se manifiestan en las características que se observan.

Toda la parte de la expresión genética, de comprender los genomas y comprender cómo los genomas funcionan, derivó muy corto tiempo después en su uso práctico. Surge lo que se llamó después Ingeniería genética. Y esto es algo que yo había subrayado bastante en el texto: el hecho de conocer nos da la posibilidad de manejar. Conocer puede llevar a confundir con el derecho de apropiarnos. Vamos a ver cómo se conoce, cómo funciona el ADN y cómo se expresa, es lo primero que hacen los científicos. Tratando de desarrollar esos experimentos, de preguntarse y contrapreguntar a la materia lo que se logra operativamente es manipular este ADN. En el laboratorio nosotros lo llamábamos «corte y confección»: uno toma una hebra de ADN, la corta apropiadamente, la pega como le sirve adicionando a genes conocidos secuencias de regulación de

la transcripción, sitios para que actúen represores y estimuladores y arma un cromosoma artificial nuevo. Si este cromosoma posee secuencias de inserción en un genoma nuevo, junto a la información para una determinada característica, es posible ahora introducir una característica nueva en un organismo preexistente.

O como sucedió a mediados de los 80, fabricaron organismos nuevos. Uds. Saben que las bacterias y los microorganismos, son en el ecosistema capaces de hacer una cantidad de operaciones; pero no había ninguna capaz de degradar los hidrocarburos. Bueno, la primera bacteria patentada, el primer organismo patentado fue una bacteria digestora de hidrocarburos que se desarrolló en la petrolera Exxon. Y el que la desarrolló fue un investigador hindi, Chakravarti. Esa primera patente subrayó otra actitud del ser humano: conoce, manipula, se apropia.

El patentar seres vivos y el patentar secuencias de ADN es algo que en los últimos tiempos generó muchos conflictos, pero aún así se siguió adelante. Entonces en este camino, la curiosidad por conocer, por conocer la verdad produce desconocimiento –estoy utilizando a propósito estas palabras. Apropiarse del conocimiento, apropiarse de las secuencias genéticas, apropiarse de los organismos que portan las secuencias genéticas parece un continuo en una ciencia que no se pregunta demasiado si lo que hace está bien o está mal. Hoy las ciencias experimentales y los científicos que la desarrollan consideran que en la libertad de la investigación científica reside el progreso de la humanidad. Lamentablemente muchos ejemplos estos últimos años muestran que esto no siempre es así.

De todo lo expuesto vemos que a partir de los desarrollos de la genética, a partir de la enorme potencialidad que estos desarrollos le han dado al ser humano y a partir de las actitudes que resulta de ello, es claro el peligro de una ciencia sin una ética. Hoy no es posible que los científicos sean los únicos que tienen permiso para trabajar fuera de un marco ético, o que éste pueda limitar su trabajo y por tanto el progreso de la humanidad. Sino más bien todo lo contrario, que progreso es trabajar en la línea de lo que hace bien al hombre. Que la manipulación o la apro-

piación, o la modificación de la naturaleza de una manera tan sensible, desde la genética solo pueden ser positivos si están asociados al bien intrínseco del hombre y al sentido que su entorno tiene.

Voy a tomar otros cinco minutos para hablar de mi experiencia.

Cómo se llega a estudiar en la Universidad de Ciencias exactas y naturales. Bueno, pues por un caprichoso interés por la naturaleza. ¿Qué hace falta para la ciencia? Hace falta la indomable curiosidad, hace falta un enorme deseo de saber. Los seres vivos todavía hoy me producen una enorme fascinación. La curiosidad es algo importante para cualquier investigador, es un motor.

La elección de carrera fue en mi caso algo bastante difícil. En mi familia creían que si una mujer estudiaba, iba a perder su condición de maternidad. Seguramente no se iba a casar y otras cosas peores, considerando que en las ciencias exactas la gente era sólo racional. Hay gente que se ríe, pero digo, uno no sale de la coliflor, sale de una familia, y una familia también tiene una tradición.

La universidad fue un paso muy importante, porque de verdad me abrió a una serie de circunstancias nuevas. El encuentro con personas de las ciencias exactas me desafió en muchos sentidos. Pero también durante los dos o tres primeros años, yo de alguna manera, perdí mi religiosidad. Y después me di cuenta porqué: se contraponía absolutamente a la serie de verdades que yo iba aprendiendo con el método científico en la facultad.

¿Cómo se vuelve a la fe? Bueno, a través del ejemplo personal de un compañero de estudios, un laico consagrado. A través de la manera en la que él vivía, entendía y hasta hacía las cosas más pequeñas, me hizo ver que su vida tenía algo especial. Y eso, de alguna manera, me llevó de nuevo a la Iglesia. En esa vuelta yo me di cuenta que había madurado mucho. Pero de alguna manera, el temor de volver a perder la fe –porque uno se vuelve demasiado racional– puede tener su fundamento, pero implica un crecimiento importante.

Quisiera subrayar, que a través de la actitud de ciertas personas que uno encuentra algo especial. Porque muchas veces me han preguntado,

cómo hacer para llevar la fe a los ambientes en donde la Iglesia no llega. Lo único que se me ocurre decir es, un cristiano que vive su fe la lleva a todos lados y marca unas diferencias sin proponérselo. Muestra entonces cosas que otros ven y llamará la atención por contraste; y creo que esto es muy efectivo.

Después de la universidad había tenido la posibilidad de dejar de estudiar, pero yo ya estaba muy involucrada en esto de la investigación científica. Así que empecé mi tesis doctoral en una institución que en aquel momento dirigía un premio Nobel la fundación Campomar. A mí me interesaba la biología celular porque ya estaba trabajando en microbiología. Pase 6 años allí estudiando y trabajando y tuve experiencias muy llamativas, que les voy a comentar.

Hay que pensar que en la Argentina el 90% de las personas está bautizada. Y una cosa curiosa es que de mis colegas yo recibía como en secreto, en lugares donde nadie más podía escuchar, preguntas acerca de la existencia de Dios, preguntas acerca de la vida, cuestiones importantes acerca de si abortar o no abortar. Y básicamente me lo preguntaban a mí, no se lo preguntaban a otras personas. Me hizo sentir que era como un referente; una situación que yo no buscaba porque no estaba bien visto que un científico fuera católico o que alguien que va a misa tuviera un lugar en algunas instituciones. Uno suele ocultar su condición como para hacer más natural el intercambio diario. En esas circunstancias es en las que mucha gente calla lo que siente, pero necesita este referente para encontrar una respuesta a las cuestiones más difíciles de su vida. En todos esos años de doctorado, que fueron sumamente intensos, me di cuenta y comprendí que en un ambiente básicamente laico –pero además voluntariamente agnóstico, impositivamente agnóstico– faltaba algo. No se vive bien sin la fe. Las respuestas que la ciencia pueda darnos son insuficientes. Las personas se siguen preguntando sobre la hondura y la profundidad de sus vidas en cada circunstancia. No hay explicación racional para el sufrimiento humano, pero el sufrimiento es parte de la vida. Así que, tal como se busca una respuesta científica también la gente sigue

buscando la luz, y entonces la buscan como pueden. El espíritu humano es un incansable buscador, es un buscador de profundidades. Recuerdo mucho esa frase, que «Mi alma tiene sed de ti, Señor, y sólo descansará cuando te encuentre».

Años más tarde se vio la posibilidad de hacer una investigación en la Universidad Católica. Yo hasta esos momentos me había desempeñado en la Universidad estatal. Era en los tiempos de la FIV y en la Argentina se quería intentar hacer una legislación. Había que definir con la mayor claridad posible el momento de la concepción, desde qué momento del desarrollo embrionario se podía hablar de persona. Bueno, eso fue un poco la vuelta. La situación era exactamente a la inversa, a veces en los ambientes religiosos es difícil hablar científicamente. También coincidió con la formación del Instituto de Bioética y ahí se genera toda esta necesidad en el método triangular, en el método personalista, de dejar un buen espacio a la explicación del hecho, científicamente hablando.

Una de las cosas que aprendí fue que las personas, a causa de los intereses, son capaces de sostener y hacer unas piruetas intelectuales para justificar lo que les conviene en las reuniones sobre la FIV. Científicos y colegas que yo había conocido en la universidad y que me merecían mucho respeto desde lo profesional, eran capaces de decir cualquier cosa— y lo son todavía—, disparates absolutos, porque tenían una intencionalidad, un interés regularmente económico. Entonces uno se da cuenta, que aún el científico, el científico puro, el que busca la verdad, en el momento de la opción no respeta esa verdad respecto a su propio interés. Ahí se hizo muy evidente el hecho de que la ética en la investigación es algo que tiene que empezar a desarrollarse. Que así como se enseña ética en la carrera de medicina hay que enseñar ética en las carreras científicas, que no existe una actividad humana libre del control moral, porque los seres humanos somos seres morales. La ética de la investigación lo reclama en hechos como el Proyecto del Genoma Humano y la Fertilización in vitro.

El progreso será tal, siempre y cuando involucre valores y se adecue a la realidad de lo que el hombre es. No podremos hablar de progresos

científicos si no incorporamos el concepto antropológico, si no nos damos cuenta quién es el hombre y lo que es bueno para él.

Por tanto, sea por el desarrollo de la Biogenética sea por mi propia experiencia, es evidente que el mundo de hoy necesita, reclama a gritos valores. El solo hecho del desarrollo de la Bioética es un modo de decir a la sociedad: Busquemos un marco ético para efectuar muchas actividades. Es un marco que obviamente sólo puede ser enriquecido por una antropología cristiana, porque la antropología cristiana ve al hombre tal y como es, el hombre en su realidad.

Quería solamente mencionar alguna otra cosa que escuché acá. Escuché a los estudiantes hablar de la soledad. Creo que la soledad es algo que es parte de la vida. Creo cuando uno, frente a muchas circunstancias se puede encontrar solo, incluso frente a grandes desafíos. Pero la soledad puede ser vista de muchas maneras. Puede ser vista como una gran oportunidad de crecimiento interior; puede ser vista como la del ermitaño que en soledad encuentra una cantidad de realidades y las vive. Puede ser vista como nos cuenta Mamerto Menapace en una historia muy bonita: nos dice que cuando una persona muere el Señor la recibe y dice, vamos a ver tu vida. Ambos miran el trayecto de esta persona que dice: Señor, siempre he visto dos pares de huellas, de pisadas, pero cuando más sufría había sólo un par; me dejaste solo. Y Dios le dice: No, hijo, te sostenían mis brazos.

Cien años atrás, un presidente argentino, Julio Roca, escribía a un amigo: «Se está muy solo cuando se tiene poder. En las grandes cumbres soplan fuertes vientos. Tú estás en el llano, amigo». Y creo que las personalidades y las personalidades grandes en muchos momentos sentirán esa soledad. Pero esa soledad es el signo de que han sido llamados a grandes cosas. Por supuesto, la soledad no se busca, se lleva adelante encontrando a esas personas que marcan la vida con las cuales uno comparte algunas de las riquezas que Dios le ha dado, maestros, de compañeros de ruta.

La reflexión humanista

Prof. MARCO IMPAGLIAZZO

Docente de Historia contemporánea,

Universidad para Extranjeros de Perugia, Italia

En la prestigiosa sede de la Unesco, lugar simbólico para la promoción y el desarrollo de la cultura en el mundo, en el año 1980, Juan Pablo II afrontó, en un discurso decisivo, la relación entre el hombre y la cultura:

«... En el campo cultural, el hombre siempre es el hecho primero: el hombre es el hecho primordial y fundamental de la cultura... el hombre en su integridad, el hombre que vive al mismo tiempo en la esfera de los valores materiales y en la de los valores espirituales... Para crear la cultura, es necesario considerar, hasta sus últimas consecuencias y totalmente, al hombre como un valor particular y autónomo, como el sujeto portador de la transcendencia de la persona».¹

Desde siempre, el mensaje cristiano se refiere directamente al hombre porque es a él a quien se dirige entrando en relación con su cultura. El Evangelio, como levadura en la masa, la transforma interiormente. Es aquella que Karl Rahner definió «la estructura incarnatoria» del mensaje evangélico. Esta «estructura» se renueva en diversas estaciones de la historia del cristianismo. Aunque la fe no se agota en ninguna cultura, en cada viraje de la historia retoma su camino misionero entre las culturas del mundo. Por lo tanto, la fe no está añadida a la cultura como lo están un apéndice o una realidad aparte, pero dentro de ésta hace que emerjan valores y elementos nuevos, sobre todo la centralidad del hombre y de su libertad. En todos los siglos, en la perspectiva cristiana, ha sido funda-

¹ JUAN PABLO II, *Discurso en la UNESCO*, 2.6.1980, n. 8 y 10.

mental la centralidad del hombre, aunque fuera el más humilde de todos. El hombre no es sólo el sujeto, sino el límite, el fin y la medida de toda cultura.

En realidad, la relación entre fe y cultura está presente desde el inicio de la predicación apostólica. Esta confrontación, de hecho, la han vivido ya las primeras generaciones cristianas en contacto con el mundo grecorromano. El apóstol Pablo invita a los destinatarios de sus cartas al discernimiento de la cultura en la que vivían las primeras comunidades: «Examinadlo todo y quedaos con lo bueno»² —así enseñaba a los cristianos de Tesalónica. ¿Pero, es hoy en día aún válida esta relación entre fe y cultura o pertenece ya a tiempos remotos?

Estoy convencido de que esta relación está también en la base de mis enseñanzas universitarias como docente de Historia contemporánea, pero al mismo tiempo como cristiano comprometido en un movimiento eclesial, la Comunidad de San Egidio. La pregunta que a menudo me hago es, cómo hacer para que la fe no sea un hecho privado, sino una levadura en la cultura humanística que me es más cercana.

El pasado es rico en ejemplos de hombres y mujeres de fe, de santos, de mártires, cuya fe ha tenido influencia en la cultura de su tiempo. Aquí hay muchos jóvenes que vienen de la que tiempo atrás se definía como la Europa oriental. Quisiera citar el ejemplo de los santos Cirilo y Metodio, que Juan Pablo II designó como compatronos de Europa. En su viaje a Bulgaria, recordando la obra de los santos hermanos Cirilo y Metodio, Juan Pablo II recordó cómo introdujeron el Evangelio en la cultura peculiar de los pueblos por ellos evangelizados, de modo que no sólo son considerados como los patronos de los eslavos, sino también «los padres de su cultura».

En aquella ocasión, el Papa ejemplificó su convicción de que la fe debe hacerse cultura con una metáfora: «Cultura y fe no sólo no están en oposición, sino que mantienen entre ellos una relación, similar a la que

² 1 Tes 5,21.

tiene el fruto con el árbol». ³ El patrimonio cultural que Cirilo y Metodio han dejado a los pueblos eslavos es –como dice el Papa– el fruto del árbol de su fe. Si se mira la cultura occidental y a Europa, es fácil reconocer las raíces cristianas. Pero también otras culturas, a lo largo de los siglos, han tenido la influencia de la comunicación del Evangelio y la siguen teniendo hasta en nuestros días. «El anuncio de la fe cristiana –afirmó el Papa en Bulgaria– no ha mortificado, sino que ha integrado y exaltado los auténticos valores humanos y culturales del genio de los países evangelizados». ⁴

La relación entre fe y cultura es por otro lado central en la doctrina del Concilio Vaticano II, que llamó a la Iglesia al diálogo con el mundo contemporáneo, recordando las intuiciones paleocristianas de las «semillas del Verbo» y de la «preparación evangélica». Refiriéndose además al patrimonio espiritual de los pueblos, invitó a discernir, a asumir e iluminar a la luz del Evangelio los valores espirituales y morales presentes en las diferentes culturas, tal como se manifiesta en las declaraciones conciliares de la *Lumen gentium* y la *Gaudium et spes*.

Pero, ¿qué significa hoy para nosotros, que frecuentamos el ambiente universitario, vivir la propia identidad cristiana entrando en contacto con la cultura actual, en un tiempo agitado y secularizado y fragmentado por tantas culturas? En torno a mí veo a tantos estudiantes o docentes universitarios que dicen ser cristianos, pero que se sienten acorralados por este mundo y que viven refugiados en la defensa de sus posiciones o puntos de vista. Esto es un gran problema con el que nos toca vivir. El Papa nos lo ha recordado en el Mensaje que nos ha enviado a este VIII Fórum Internacional de Jóvenes: «Puede suceder, también entre aquellos que profesan ser cristianos, que algunos de hecho se comporten en la Universidad como si Dios no existiese. El cristianismo no es una simple

³ Viaje apostólico de Juan Pablo II a Bulgaria, *Discurso a los representantes del mundo de la cultura, de la ciencia y del arte*, 24 de mayo de 2002, n. 4.

⁴ *Ibidem*, n. 5.

preferencia religiosa subjetiva, finalmente irracional, relegada al ámbito de lo privado».

Debemos agradecer al Papa estas palabras, porque son como un empujón también para nuestro vivir cristiano «demasiado privado» en el mundo universitario, sin aquella serenidad de quien comunica a la persona con quien se encuentra la propia fe con amistad, simpatía y amor.

Me vienen a la mente las palabras de un obispo auxiliar de Roma, mons. Pietro Rossano, que murió hace algunos años, publicadas en 1985 en un hermoso libro con el título *Evangelio y cultura*, que decía: «Una fe que aceptara encerrarse en lo privado o esconderse en lo secreto del corazón sin socializarse, sin reaccionar a las expresiones externas del hombre o a las formas de su promoción individual y comunitaria, no respondería más a las implicaciones vitales del mensaje cristiano ni al dinamismo interior que le es propio. Se confirmaría entonces la palabra de la Carta de Santiago: “La fe sin las obras está muerta (St 2,26)”».

Estas palabras nos recuerdan la invitación del apóstol: «Dad razón de la esperanza que está en vosotros».⁵ Es una invitación a la que los cristianos intentan responder mientras viven inmersos en la sociedad actual, en su cultura, en su rapidísimo devenir, en sus múltiples ramas y especializaciones. ¿Cómo es posible vivir la fe no en lo privado, sino actuando en las expresiones externas del hombre y las formas de su promoción individual y comunitaria? ¿Es posible vivir la fe en la cultura contemporánea? ¿Es posible superar aquella ruptura entre Evangelio y cultura que – como escribió Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi* – es «el drama de nuestra época, como lo fue también de otras»?⁶

Son preguntas que se hacen no en modo académico o escolar, sino viviendo el día a día entre la gente, encontrándonos con tantos, descubriendo problemas y dramas, intentando responder a las preguntas, a las

⁵ Cfr. 1 Pe 3,15.

⁶ Cfr. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 20.

necesidades humanas, existenciales y religiosas de tantos. En mi experiencia, como docente universitario, he encontrado las respuestas en el Evangelio. Algunos aspectos fundamentales de la cultura cristiana aparecen hoy más abiertamente que en el pasado: el de la solidaridad, la defensa de la vida y de la dignidad del hombre, el diálogo. Son aspectos que componen el gran cuadro de la reconciliación entre el Evangelio y la cultura. Le fe en Cristo y en su Palabra nos empuja a amar este mundo, sus culturas, conocimiento y comprensión profunda de tantas realidades humanas cercanas y distantes. Para hacer esto, la fe se tiene que convertir en búsqueda, estudio, pensamiento y amor por el conocimiento. El amor por el otro, la búsqueda del encuentro con su cultura hace que se amplíen los espacios culturales de nuestra existencia. La Iglesia, en cualquiera de sus expresiones, debe convertirse en el ámbito universitario cada vez más en un lugar de debate, de encuentro, de estudio de tantos temas que nos interesan y que están «fermentados» por la fe.

También tenemos que constatar que existe una ruptura entre el Evangelio y la cultura que provoca dramas y genera divisiones en la vida del hombre y en su relación con los demás: el egoísmo, el amor a sí mismo, la violencia, la indiferencia y la resignación están entre los males con los que nos enfrentamos a diario. Además, se ha hecho evidente, sobre todo en estos últimos años, que no existe una única cultura sino tantas. La Universidad se presenta cada vez más fragmentada (sobre todo después del fin de las ideologías) y es difícil impregnarla de valores cristianos. Por estos motivos no es fácil ser cristianos. Quizás los marcos sociales y religiosos del pasado eran más tranquilos para los cristianos, al menos en Italia. Es cierto, que mirando fuera de Europa descubrimos tantas realidades de dolor, dificultad, problemas mayores que los nuestros (en tantas zonas pobres de África y América Latina). Por esto los cristianos europeos tienen que sentir más la gracia y la responsabilidad de vivir como cristianos en el mundo occidental. Quien es cristiano en Occidente tiene una responsabilidad, pues es ahí donde se plasman los modelos que hacen escuela.

Frente a este panorama nada tranquilizador, la comunicación del Evangelio –en lo que Juan Pablo II ha insistido tanto durante su pontificado– representa una fuerza que en otras partes no se encuentra. El Evangelio permite vivir con gran libertad el encuentro con el hombre y la mujer contemporáneos y con su cultura. La primera libertad está representada por el amor con el que se vive cada día el encuentro con el otro. Es un amor que lleva a los cristianos más allá de cualquier tipo de ensimismamiento, que los hace extrovertidos y atentos. Luego está la libertad evangélica que genera serenidad en el trato humano y espiritual con tanta gente. El trabajo pastoral, que para muchos cristianos es el lugar de origen de la cultura, se manifiesta en el seguir y acompañar a la gente, en una lucha dulce, comprensiva, capaz de anunciar y testimoniar, pero con la conciencia de que es siempre una lucha. Pero una lucha serena.

Quisiera además añadir aquí que es necesario hacerle descubrir al humanismo del futuro la profunda unión que hay entre libertad y santidad. El amor de Dios es el espacio de libertad del hombre que se libera del egoísmo y de la resignación. El Concilio Vaticano II ha redactado un documento sobre la libertad de conciencia. Juan Pablo II ha reanudado el discurso diciendo: «La libertad de conciencia es esencial para la libertad de cada ser humano. Ninguna autoridad humana tiene el derecho de intervenir en la conciencia de ningún hombre».⁷ Y añade: «Una seria amenaza de la paz la constituye la intolerancia que se manifiesta en el rechazo de la libertad de conciencia de los demás. En los acontecimientos de la Historia hemos visto con dolor hacia qué excesos puede conducir esto».⁸

Este no es el lugar para tratar el tema de la libertad cristiana, pero el tema de la libertad es, sin duda, un tema muy escuchado por las jóvenes generaciones y por la cultura actual que a menudo la interpreta mal, sosteniendo la radical incompatibilidad entre la autoridad y la autonomía personal en el cristianismo. Obviamente, no quieren negar las desviacio-

⁷ JUAN PABLO II, *Mensaje para la XXIV Jornada Mundial de la Paz*, 1 de enero de 1991, I.

⁸ *Ibidem*, IV.

nes que presenta la Historia, pero es evidente que se debe al cristianismo el hecho de que la libertad todavía sea hoy considerada el punto esencial de referencia de la cultura occidental. Aun cuando se hable de autonomía y de libertad en la tradición cristiana, estos dos términos se entienden dentro de un horizonte espiritual propio que conlleva además una desigualdad irreductible con el pensar laico contemporáneo.

En todo caso, todo esto no encierra a los cristianos en un ghetto cultural, por el contrario, los impulsa a un diálogo más estrecho con la cultura laica. En todo caso, el pensar cristiano debe saber mostrar qué quiere decir estar poseídos por el Espíritu de Dios y en qué sentido pueden concordar de hecho la libertad con la obediencia y la autonomía con la dependencia.

En la reflexión bíblica, la libertad cristiana se caracteriza, además de por su relación dramática con el pecado, sobre todo por su estrecha unión con Cristo, que haciéndose «obediente hasta la muerte y muerte de cruz»⁹ cerró definitivamente el tiempo de la esclavitud abriendo el de la obediencia. En tal sentido, la suprema obediencia de Cristo es la cima de la libertad del cristiano. Por ello, no hay contradicción entre el Evangelio y la obediencia a él, porque esta palabra, como dice el Concilio Vaticano II, «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre».¹⁰ Para el creyente la «subjetividad», o sea la conciencia, es determinante porque es el lugar donde se realiza la relación directa con el Evangelio.

Son significativas las palabras del Deuteronomio: «Porque estos mandamientos que yo te prescribo hoy no son superiores a tus fuerzas, ni están fuera de tu alcance. No están en el cielo, para que hayas de decir: ¿Quién subirá por nosotros al cielo a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica? Ni están al otro lado del mar, para que hayas de decir: ¿Quién irá por nosotros al otro lado del mar a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica? Sino que la palabra está

⁹ Flp 2,8.

¹⁰ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, n. 22.

bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica». ¹¹ San Agustín quizás tenía presente este pasaje de la Sagrada Escritura cuando escribía que «*in interiore homine habitat veritas*», ¹² es dentro del hombre donde habita la verdad.

La religión se revela, no como un enemigo que hay que abatir, o un legado negativo del pasado que hay que abandonar, sino más bien como una de las fuerzas más eficaces que dan sentido a la vida. Sin duda hay millones de creyentes que han atravesado estos últimos siglos –mientras se desencadenaba el ateísmo– y han mantenido la historia con su adhesión a Dios y a la vida, a pesar de todas las contradicciones. Ellos nos permiten ahora cosechar frutos buenos de este árbol para todos, también para aquellos que en el pasado no fueron ciertamente benévolos hacia la dimensión religiosa de la vida; recuperar positivamente la fuerza de la religión no quiere decir, como sostienen hoy no pocos laicos, creer necesariamente en un Dios personal y transcendente. En síntesis dicen: «Religión sí, Dios no» y presuponen una especie de ateísmo religioso o, si se quiere, de una religión sin Dios, de una transcendencia dentro del mundo. La ética se convierte en el nuevo ámbito en el cual se vierte el valor y el peso de la religión, obviamente vaciada de su contenido «teológico». Aquí debería abrir el capítulo sobre el riesgo –presente también en corrientes católicas– de reducir la religión (en modo particular el cristianismo) a la ética. Es fácil constatar la presencia de un moralismo obstinado que intenta a toda costa constreñir el Evangelio sólo al compromiso en el mundo o a reducirlo a un comportamiento honesto, mandando al trastero la dimensión teológica de la experiencia cristiana.

Las vicisitudes de tantos cristianos de los primeros siglos como de aquéllos del siglo XX (definido como el siglo más secularizado de la historia), que han dado la vida por el Evangelio, los «nuevos mártires» como los ha definido el Papa durante el Jubileo de 2000, han demostrado

¹¹ Dt 30,11-14.

¹² SAN AGUSTÍN, *De vera religione*, XXXIX, 72.

que la fe puede pedir un acto de obediencia a Dios que va contra la evidencia de la norma ética general, como cuando le fue pedido a Abrahán que sacrificara a su hijo Isaac. Ésa está bajo la supremacía total de la relación con el Absoluto y no se puede regular por una norma general, abstracta, que aparte al creyente de la exigencia de tener que obedecer siempre y sobre todo a Dios. El cristiano nunca debe cesar de amar a su Señor y a sus hermanos.

Sin embargo, tenemos que constatar que las cuestiones éticas se han puesto de repente en primer plano y muchos laicos se preguntan, con razón, dónde poder encontrar un fundamento sólido para la larga lista de compromisos morales necesarios para la vida personal y asociada en este nuevo milenio. Por poner un ejemplo: se va desde la necesidad de la moralización de la vida económica y política a la lucha contra todo racismo, de la preocupación urgente por la defensa del ambiente a las normas fundamentales para la bioética, de la lucha por la protección de las minorías a la de sostener los países del tercer mundo, y en general al crecimiento exorbitante de un espíritu egoísta que arriesga con arrollar la vida del individuo y de la comunidad. Con otras palabras, también la ética necesita la fe, alguno podría incluso decir, el misterio. Para los creyentes el misterio tiene un nombre, que es el Señor. En esta perspectiva, creer en Dios es aquella dimensión que permite en un mundo evidente el reconocimiento de la común filiación de todos los hombres con el único Dios, fundando así aquella dignidad inalienable que garantiza a todos la supremacía del hombre.

La revolución de las comunicaciones

GREGORY BURKE

*Corresponsal en Roma de la
Fox News, USA*

El aspecto más agradable de no ser de los primeros que tienen que hablar, consiste en el hecho de poder aprovechar lo que ya se ha dicho. Esto es precisamente lo que hacen los periodistas que no tienen ideas propias y que se limitan a repetir la misma información de los demás.

Cuando hace algunos meses acepté la invitación del P. Kohn, no tenía la seguridad de poder intervenir: de hecho hasta ayer por la tarde me encontraba en Kosovo. No obstante estoy muy contento de habérmelas arreglado para poder estar aquí con vosotros, donde me siento como si estuviera en la ONU. Ya habéis escuchado a todas las personas serias, profesores e investigadores, y ahora tenéis conmigo la televisión, que no es otra cosa que el mundo del espectáculo. No creo que mi intervención supere los 12 minutos porque estoy acostumbrado a hablar un minuto y 45 segundos. Cuando hablo en directo, llevo un pequeño auricular invisible y después de exactamente un minuto y 45 segundos una voz me ordena «¡concluye!». Si quieren que termine inmediatamente, la orden es «¡stop!» Y así no me queda otra cosa que decir «gracias, adiós».

Quisiera ahora presentaros tres puntos:

- la revolución de las comunicaciones
- la profesión como vocación
- el compartir la alegría.

1. LA REVOLUCIÓN DE LAS COMUNICACIONES

No soy un «teórico», sino un práctico. En el periodismo, de hecho, no hay mucho espacio para las teorías: se «hace» y basta. Sin embargo, también yo advierto que hay una revolución en curso. Personalmente, estoy a un paso de la autonomía total. Me explico: cuando sucede algo que da que hablar, como lo es un terremoto en Turquía, me mandan a ese lugar con un video-teléfono. Se trata de un teléfono satelitar que está conectado a otro teléfono que tiene una telecámara incorporada, y, con una batería o un coche suficientemente potente a disposición, se puede transmitir en directo desde cualquier parte del mundo. Es muy probable que en el futuro este equipo, que entra en dos grandes maletas (¡a veces motivo de problemas en los aeropuertos!), será sustituido por un palmar. En todo caso, los video-telefonos son cada vez más pequeños, y esto ya es una pequeña revolución. Otra revolución es el Internet que, en mi opinión, es positiva (¡no todas las revoluciones son positivas!). Una de las Encíclicas sociales del Papa habla de la necesidad de abrir el mercado al mundo en vías de desarrollo, y en este punto todavía hay que recorrer un largo camino. No obstante, el mercado de las ideas ya se ha abierto, y esta es una buena noticia para los cristianos y para los que tienen buenas ideas. Es cierto que en Internet hay mucha basura: no en vano es un mercado libre. Hoy en día las organizaciones, las actividades comerciales, las parroquias y diferentes entes sin una propia página web se cuentan con los dedos de la mano. Queramos o no, hay que aprender a comunicar, o si no te quedas aislado del mercado. En Kosovo, por ejemplo, las cosas aún no funcionan bien, pero mi hotel ofrecía un servicio Internet gratuito –siempre y cuando hubiera corriente eléctrica. Esta es una revolución positiva. He encontrado muchas páginas web sobre la Jornada Mundial de la Juventud: es así cómo se difunde un mensaje a lo largo y a lo ancho.

2. LA PROFESIÓN COMO VOCACIÓN

Los que trabajáis en el campo del periodismo, de las comunicaciones o en cualquier otro campo, aprended a hacer bien vuestro trabajo. No hay que infravalorar este aspecto: nosotros, los cristianos, deberíamos ser un ejemplo en el ejercicio de las virtudes humanas. Si sabemos hacer bien nuestro trabajo y somos competentes en nuestro campo, daremos un hermoso testimonio. La falta de competencia, por el contrario, puede tener consecuencias de grandes repercusiones, como he podido constatar personalmente durante una emisión en directo para la Fox News. Estaba delante de la cámara de televisión con el auricular puesto, esperando que desde el estudio dijeran: «pasamos ahora la línea a nuestro corresponsal en Roma», pero lo único que escuchaba era un ruido. Alguna cosa no funcionaba como debía, ¿pero qué? ¡Alguien se había olvidado de cambiar una batería de 9 voltios! Se trata de una de las tareas insignificantes pero esenciales que se tiene que hacer al inicio de cada jornada laboral. Por lo general la competencia atrae el respeto de los demás. Otras maneras de revelar una presencia cristiana en el puesto de trabajo son una actitud amistosa y el buen ejemplo.

En el periodismo, como en cualquier otra profesión, hay que afrontar cuestiones éticas, como es la honestidad que a menudo se da. En una conversación reciente, un colega me contó que con el uso de la mentira conseguía obtener ciertas informaciones. Esto no es justo. Otra cuestión importante para nosotros es la del respeto de las personas y de su privacidad. Nunca debemos alimentar el mal o la violencia. A veces parece que en nuestra profesión hacemos sólo lo que produce dinero. En diversas ocasiones he intentado disuadir a mis jefes de ascender a personas moralmente reprobables en el ejercicio de su profesión.

3. EL COMPARTIR LA ALEGRÍA

En los últimos meses se ha hablado mucho sobre la película *The Passion*. Si todos nosotros tenemos de vez en cuando la necesidad de ser invita-

dos a reflexionar sobre el significado del sufrimiento, también tendremos necesidad de ser empujados a pensar sobre la alegría que viene de nuestra fe. A una colega, que me confesó que había dejado de ir a misa porque el sacerdote la hacía sentirse culpable, le pregunté si alguna vez había oído hablar del hijo pródigo. Tenemos que ayudar a los demás a ver este aspecto de nuestra fe. Es un tema que se presenta cuando los padres deben decidir si bautizan o no a sus hijos, o cuando hay un dolor en la familia. En estas ocasiones tenemos que acordarnos de ofrecer una palabra de alegría.

¡Con toda la alegría que percibo en esta sala, está claro que tenemos mucho que compartir!

Un nuevo orden mundial

Prof. DOMINIQUE VERMERSCH

Docente de Economía Política y Ética

Agrocampus de Rennes, Francia

Para precisar lo que se entiende bajo «un nuevo orden mundial» pongamos ante todo en evidencia, al menos sintéticamente, *los aspectos contrastantes* de los tres términos de una expresión que nos remite a la globalización, o sea al vasto fenómeno de internacionalización de las economías y de la sociedad. Se trata de un movimiento inducido por la extensión de la geografía y del área de los intercambios, desde las mercancías hasta los intercambios culturales, pasando por el capital, la mano de obra, la propiedad intelectual...

I. ¿Se trata de una «*nueva*» globalización? ¿O es más bien una nueva etapa de un fenómeno, iniciado en el siglo XVI con las primeras conquistas coloniales y el desarrollo del comercio marítimo? Por cierto, cada etapa fue provocada por un particular progreso técnico, y hoy lo es por el progreso de las comunicaciones informáticas. La actual ampliación del intercambio se ha unido además a la ampliación de la democracia, sobre todo después del derrumbe del bloque soviético.

II. ¿Se trata verdaderamente de un real y específico «*orden*» en la medida en que la economía (en su pretensión de autonomía), la política (en su ambición democrática) y la ética (en sus dictámenes como en sus renunciaciones) se pelean, a menudo violentamente, por la suerte del destino humano?

III. ¿Se trata, en fin, de un nuevo orden «*mundial*» cuando la globalización sólo es accesible a una minoría de los habitantes del planeta? En el momento actual, alrededor de 2,5 mil millones de personas viven

todavía con menos de 2 euros al día, en condiciones de vida y de desarrollo (educación, atención médica, infraestructuras...) que hieren la dignidad humana.

CONJUGAR LA FE Y RAZÓN: MIS PRIMEROS PASOS

En forma diversa, estas preguntas me las hacía hace una veintena de años, al final de mis estudios universitarios: nuevo orden internacional, persistencia de un «tercer mundo», controversias sociales en relación a algunas innovaciones tecnológicas... Estas preguntas, y mi deseo de contribuir a darles una respuesta, seguramente han orientado mis decisiones: el hacerme ingeniero agrónomo, el hacer el servicio social sustitutorio yendo por dos años como cooperante a África y preparar un doctorado en ciencias económicas. Movido por una mezcla de entusiasmo y de convicciones profundas, sentía la necesidad de tomar una postura crítica frente a una ciencia económica demasiado normativa, creyendo en la posibilidad de un compromiso laico y cristiano en estos campos. En aquella época tuve una fuerte experiencia espiritual después de la lectura de la parábola de los talentos,¹ parábola que evidencia la vocación y misión de los laicos en el mundo. Dejando que me pasara de la mente al corazón, el Señor me llamó a un servicio más generoso en la Iglesia, a dar un «cariz más misionero» a mi carrera profesional apenas iniciada.

Mi disponibilidad de corazón fue rápidamente premiada. Poco después de mi matrimonio con Brigitte y poco antes de nuestra partida a la Costa de Marfil, decidí participar en unas oposiciones para la admisión en el INRA (Institut National de la Recherche Agronomique)² en el sector de la economía agrícola, disciplina aún —estamos hablando de inicios de los años 80 del siglo pasado— ampliamente impregnada del marxismo,

¹ Mt 25,14-30.

² Instituto Nacional de Investigación Agrónoma (N.d.T).

que sin embargo estaba cediendo poco a poco a la ideología liberal, a una especie de determinismo económico que asimilaba, en un modo a menudo grosero, la ley natural y del mercado. Mientras preparaba las oposiciones, estudiaba la doctrina social de la Iglesia, donde aprendía que las cuestiones relativas al desarrollo de los pueblos o a la agricultura remiten a exigencias de justicia social: *una crisis económica es ante todo una crisis de justicia desatendida*.³ El economista «en ciernes», como yo lo era entonces, descubrió poco a poco que su vocación tenía que expresarse en la promoción de la justicia económica. El examen oral de las oposiciones consistía en la presentación de mis primeros trabajos: en la bibliografía incorporé las referencias al magisterio eclesial (*Gaudium et spes*; *Laborem exercens*) para informar a los examinadores sobre la naturaleza del material a examinar. Después de una larga discusión aprobé las oposiciones. ¿Enchufe del Espíritu Santo?

Durante el primer encuentro con mi nuevo director, éste me dio el siguiente consejo: «¡lo esencial de la investigación es creer en ello!». En cierto sentido y sin faltar a mi deber, me invitaba con ello a integrar en la tarea del investigador y profesor el diálogo fructuoso entre razón, racionalidad humana y nuestra fe. Todo esto requiere naturalmente una fidelidad vivida día a día. Mis estudiantes me recuerdan hoy mi primera profesión de fe y el hecho de que la ciencia económica está llamada a hacer causa común con el interrogante ético. Sus ideales generosamente vividos, su ansia de justicia, su idea de lo justo y del bien, resumiendo, todo cuestionamiento ético participa en su edificación como hombres y mujeres. Y para mí es una alegría acompañarles en este camino.

ÉTICA Y ECONOMÍA: DIFÍCILES DE CONJUGAR

Sin embargo la ética y la economía no se mezclan. La ciencia económica es una ciencia positiva que analiza el aspecto exterior y visible de las ac-

³ Cfr. H. HUDE, *Ethique et Politique*, Ed. Universitaires, 1992.

ciones humanas, descubriendo así el determinismo individual y social que hay que tener en cuenta en la construcción del juicio ético. Mientras la ética, como ciencia de la moral, considera los actos personales a partir de su interioridad dinámica: la intención, la libre elección, la preocupación por los demás, el comportamiento personal en relación al deber, la verdad, el bien... las mismas categorías que ninguna ciencia humana puede abarcar en su totalidad.

Los intentos de colaboración entre la economía y la ética encuentra en la práctica grandes obstáculos. Entre éstas dos existe en efecto una tensión histórica debido al hecho de que ambas aspiran al universalismo y a la normatividad. Hoy la globalización y la financiación acelerada de la economía se presentan como una manifestación concreta del carácter universal del orden económico. La pretensión normativa de la ciencia económica funda teóricamente la autonomía moral y observable del orden económico. Por otro lado, si los imperativos éticos tienen igualmente un alcance universal, no pueden sin embargo alcanzarlo de buenas a primeras. La conciencia ética necesita en efecto mediaciones, sobre todo políticas y jurídicas, que le consienten existir en una ética situacional, llamada a tomar progresivamente un alcance universal.⁴

¿ES AÚN POSIBLE EL UNIVERSALISMO MORAL?

La ambición ética está hoy puesta en tela de juicio, vista sobre todo nuestra incapacidad de controlar a los neo-maltusianismos mediante la globalización económica. Sería hoy hipócrita aducir un universalismo moral, visto cómo se desarrollan los hechos: «la economía globalizada hace una “selección” entre los privilegiados que tienen derecho al universalismo y los pobres que –aunque sea sólo por razones económicas– son elimina-

⁴ Cfr. en relación a esto J. LADRIÈRE, *L'éthique dans l'univers de la rationalité*, Artel-Fides, 1997.

dos, relegados al margen de un sistema que –a pesar de rehacerse hoy los valores universales– está cada vez más marcado por la desigualdad». ⁵ Todo esto deja el campo abierto al relativismo ético –que niega la posibilidad de una universalidad moral racional– y, mediante sucesivas dimensiones, al utilitarismo sacrificial: el interés de la mayoría, a costa de sacrificar a «los últimos» y quitarle al hombre su propia dignidad.

A falta de un imperativo moral, el orden económico es el criterio universal de referencia, cuya expresión es la globalización de una economía desenfrenada. Por un lado este universalismo choca con la exigencia de una justicia social, que constituye la dignidad de la persona humana, y por otro lado, con la escasez de recursos naturales que impiden la universalización del modelo del consumo occidental, por muy loable que sea la conciencia ecológica. Estos escollos de la racionalidad humana son bien conocidos por nuestros contemporáneos, como dice Jean-Pierre Dupuy: «la modernidad tiene que elegir aquello que es verdaderamente esencial: la exigencia ética de igualdad que desemboca en principios de universalización, o sea el modelo de desarrollo que se ha dado. O se aísla el mundo actualmente desarrollado, que significaría tener que proteger con escudos de todo tipo contra las agresiones siempre más crueles y horribles que el resentimiento de los marginados pueda concebir, o se inventaría otro modo de relacionarse con el mundo, la naturaleza, a las cosas y a los seres humanos, de modo que pueda ser universalizado a medida de la humanidad». ⁶

LAS «FISURAS» DE LA MODERNIDAD: CAMPO MISIONERO DEL JOVEN LAICO

El joven cristiano está llamado a hacer suyas estas preocupaciones: *«Vivan los fieles en muy estrecha unión con los demás hombres de su tiem-*

⁵ R. RORTY, *Universalisme moral e tri économique*, Futuribles, 1997, 29-38.

⁶ DUPUY J-P, *La Cité-Machine*, Working paper, GRISE, 2002.

po y esfuércense por comprender su manera de pensar y de sentir, cuya expresión es la cultura». ⁷ Sólo tomando en serio nuestra relación con el mundo, con un diálogo renovado entre fe y cultura, surgirán nuevas intuiciones misioneras. De ahí la idea de considerar los escollos de la racionalidad humana como «fisuras culturales» por las que un día podrá infiltrarse la luz de Dios. El término «fisura» fue utilizado por Mons. Ancel con respecto a las dificultades aparentemente infranqueables del empeño de evangelización de los misioneros en el Japón: se trataba de buscar «las fisuras en el muro opaco del paganismo materialista y ateo: un día la luz de Dios se filtrará en estas fisuras». ⁸

Si consideramos lo dicho en relación a nuestro contexto cultural, le toca a la razón humana rechazar un tipo de racionalidad que no hace otra cosa que imitarla mal; la razón tiene que dar prueba de una mayor audacia hasta que las fisuras culturales se conviertan en «fisuras apologéticas», o sea nuevas vías de diálogo entre fe y razón. *Es aquí*, en las fisuras mismas de la modernidad, donde el joven laico está llamado a situarse, para acompañar humildemente la búsqueda de la verdad de sus coetáneos.

Buscar la verdad significa buscar a Dios, como nos recuerda Edith Stein. Todo sucede como si la razón humana, no cerrándose inmediatamente a la transcendencia, llegara hasta ahí de modo natural. Se trata de hacer uso de la razón con más audacia, de proponer –sin imponerla– también nuestra fe en el Dios creador, salvador y redentor... una fe que está por encima de lo racional y aceptable, porque en el corazón de cada hombre se encuentran los puntos predispuestos a acoger aquella luz que es la fe. Todo esto representa un formidable estímulo para la evangelización, porque todo ocurre hoy como si la audacia de la fe se confirmara y sostuviera por la audacia de la razón humana. Sí, el justo ejercicio de la razón humana se abre a la esperanza: una esperanza cier-

⁷ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 62.

⁸ Citado por Mons. DE BERANGER, *Alfred Ancel: un homme pour l'Évangile*, Paris, Le Centurion 1988, pp. 269-275.

tamente frágil e incierta, pero que sigue siendo una fisura para la luz inscrita en la razón.

La puesta en juego es *eclesial* desde un doble punto de vista. Por un lado, la Iglesia sólo triunfará permaneciendo fiel a su vocación misionera, ofreciendo los espacios propios para el diálogo entre Dios y el hombre. Por otro lado, la humanidad experimenta, de una manera más o menos consciente, la nostalgia de un *ethos*, o sea de una comunidad que comparta valores y convicciones, que hoy en día se han echado a perder por el relativismo ético. Como sugiere la etimología del término ético, quedarse en un actuar libre y justo presupone una «morada». La Iglesia es para nosotros en definitiva el verdadero *ethos*, la morada del Padre, que llama a todos sus hijos a la verdadera libertad de los hijos de Dios.⁹ La Iglesia será reconocida como tal en la medida en que, una vez llegados a su puerta los hombres de buena voluntad serán tocados por el amor fraternal y el testimonio de vida, sostenidos por la gracia del Resucitado.

⁹ Jn 8,34.

IV. UNIVERSIDAD Y TESTIMONIO CRISTIANO

Sábado 3 de abril

1. La presencia cristiana en el ambiente universitario

Mons. ANDRÉS ARTEAGA MANIEU

Obispo auxiliar de Santiago de Chile

Vice Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral Universitaria

Agradezco la atenta invitación del Consejo Pontificio para los Laicos, en particular de su Presidente, S.E. Mons. Stanisław Rylko, a participar en este Foro Internacional de Jóvenes. Vengo de Santiago de Chile, desde las lejanas tierras australes más allá de los Andes, tierra de desiertos y de hielos junto al océano Pacífico en el extremo del continente americano, donde también ha llegado el Evangelio. Vengo a compartir aquí en comunión con la Iglesia universal, cerca de Roma junto al Santo Padre y sus colaboradores, nuestra sencilla experiencia, de dar testimonio de Cristo en el «ambiente» y la «cultura» universitaria. Desde hace algo más de dos años que sirvo en la Arquidiócesis como Obispo Auxiliar, con especial encargo de atender a las asociaciones laicales, la evangelización de la cultura y como Vice Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile.¹ Mi experiencia está caracterizada por la realidad universitaria y eclesial de la Arquidiócesis, de mi nación y de América Latina donde hay una dilatada tradición de compromiso laical y juvenil. Pero esa experiencia está marcada por el luminoso magisterio de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II y la palabra clara, profética y

¹ En la Arquidiócesis hay desde hace años una activa *Vicaría Pastoral Universitaria*, en el país una *Comisión Nacional de Pastoral Universitaria* de la Conferencia Episcopal; y en el CELAM un *Sector de Pastoral Universitaria* en el Departamento de Educación, que realizó en el año 2003, el V Encuentro de Pastoral Universitaria de América Latina y del Caribe. Para apreciar el itinerario de la pastoral universitaria en el continente americano, se puede consultar el número de marzo de 2001 de la revista Medellín del ITEPAL del CELAM, en especial el artículo de Leónidas ORTIZ, *Pastoral Universitaria. Antecedentes históricos*, Medellín 27 (2001) 5-32.

autorizada del Santo Padre Juan Pablo II, quien ha tenido una especial predilección por la cultura y el mundo universitario durante estos 25 años. Él nos ha invitado a ir mar adentro, a abrir las puertas a Jesucristo sin temor, como «centinelas de la aurora». Podemos hoy escuchar en nuestro ambiente concreto, como le dijo Jesús a la hija de Jairo: «¡Contigo hablo, levántate!» (cfr. Mc 5,41).

En la aurora de una nueva época redescubrimos la importancia que tiene la universidad para la Iglesia y la sociedad. Se trata de una «realidad de importancia decisiva», de una cuestión «vital», «desconcertante», con «problemas inéditos» y «desafiante» como lo recordaba hace ya un decenio el documento interdicasterial *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la Cultura Universitaria*.² Con razón ya se indicaba allí mismo que la emergencia, novedad y agudeza de las nuevas situaciones planteadas en el ambiente universitario «toman desprevenidos a los responsables, hacen a menudo inoperantes los métodos tradicionales de la pastoral y desalientan el celo más generoso».³

No terminaremos de calcular lo que le debe la cultura a la universidad. No podemos ni pensar que está «fuera de juego» en el inicio del tercer milenio, sobre todo en una sociedad contemporánea caracterizada por la globalización, el riesgo y por el conocimiento. Si bien la institución universitaria ha enfrentado cambios considerables en el siglo pasado (un hito es lo que sucedió el año 1968), tiene más que nunca mucho que decir en el estado presente de la historia y en el futuro. A pesar de las múltiples amenazas que se ciernen sobre ella y que a veces la debilitan

² Publicado en Pentecostés de 1994, es una obra de la Congregación para la Educación Católica, el Consejo Pontificio para los Laicos y el Consejo Pontificio para la Cultura. Comienza con las siguientes palabras: “La universidad y, de modo más amplio, la cultura universitaria constituyen una realidad de importancia decisiva. En su ámbito se juegan cuestiones vitales, profundas transformaciones culturales de consecuencias desconcertantes, suscitan nuevos desafíos. La Iglesia no puede dejar de considerarlos en su misión de anunciar el Evangelio”.

³ *Ibidem*.

como un lugar donde maestros y discípulos se esfuerzan por buscar la verdad, se puede apreciar el surgimiento de un «nuevo impulso pastoral» que exige con urgencia ser fortalecido.⁴ El programa pastoral de *Novo millennio ineunte* debe encontrar unas creativas realizaciones concretas en el ambiente universitario: contemplar el rostro de Cristo, vivir la comunión eclesial, dar testimonio de la caridad que suscita el Espíritu al acoger el Evangelio. La consigna de ir ¡Mar adentro! en el proceloso mar de la cultura universitaria, viviendo la prioridad de la gracia y en búsqueda de la santidad, es una consigna totalmente vigente y necesaria.⁵

Hoy, en esta etapa de la historia de una modernidad 'líquida' y tardía, se necesita quien nos ayude a buscar la verdad con «pasión», a contrapesar las fuerzas avasalladoras y globalizantes del mercado, a superar la tentación de convertir y reducir las instituciones de educación superior en bolsas de trabajo o puros centros de capacitación laboral o de especialización tecnológica. Se necesita examinar a fondo la realidad mediante la integración del saber, pasar del fenómeno al fundamento y convertir la ciencia en sabiduría, en las categorías de la carta apostólica *Ex Corde Ecclesiae* y la encíclica *Fides et Ratio*. La Iglesia tiene una experiencia muy valiosa, la universidad ha nacido de su corazón, pues «es, en su mismo origen, una de las expresiones más significativas de la solicitud

⁴ El Documento arriba citado tiene un importante acápite dedicado a la *Situación de la Universidad*, entre las actuales dificultades se mencionan la 'pérdida de prestigio', el 'positivismo', 'escepticismo' e 'indiferencia' entre otras. También hay situaciones positivas, que son esperanzas y oportunidades para acción pastoral. «La presencia de los católicos en la universidad constituye de por sí un motivo de interrogación y de esperanza para la Iglesia. En numerosos países, esta presencia es en efecto a la vez imponente por el número, pero de alcance relativamente modesto; esto es debido al hecho de que demasiados profesores y estudiantes consideran su fe como un asunto estrictamente privado, o no perciben el impacto de su vida universitaria en su existencia cristiana. Algunos, incluso sacerdotes o religiosos, llegan a abstenerse, en nombre de la autonomía universitaria, de testimoniar explícitamente su fe" (*Ibidem*).

⁵ No puedo dejar de mencionar la importancia que ha significado tener entre nuestros alumnos y académicos de la Pontificia Universidad Católica de Chile, un hombre marcado por la fe y la caridad, que ha permitido la presencia fecunda de Cristo en el ambiente universitario, el beato Alberto Hurtado C., S.J. (1901-1952).

pastoral de la Iglesia... Efectivamente, la presencia de la Iglesia en la universidad no es en modo alguno una tarea ajena a la misión de anunciar la fe». ⁶ Ahora bien, la intervención de la Iglesia en la universidad no es otra que una «presencia» marcada por «ofrecer la posibilidad efectiva de un encuentro con Jesucristo» y no será sólo una aportación cultural y científica. Ésta es una convicción central y previa para todo trabajo pastoral en el ambiente universitario.

No necesitamos otro programa, «El programa ya existe –nos recuerda el Santo Padre– es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz». ⁷ La solución a la crisis de la cultura en general y de la cultura universitaria en particular no vendrá del mercado (regulaciones económicas), o del Estado (regulaciones legales), sino de la misma institución universitaria y de la reconquista de su más profunda identidad, como lo ha recordado el profesor Alejandro Llano. ⁸

Para esto es necesario superar aporías que muchas veces paralizan o debilitan la presencia de los cristianos en la universidad. Evidentemente que no es lo mismo el trabajo según las diferentes circunstancias y lugares. Este foro internacional es un testimonio de la variedad de experiencias y situaciones en las que nos encontramos y aquí esperamos haber compartido. Hay diferencias en el trabajo en las universidades católicas

⁶ Congregación para la Educación Católica, el Consejo Pontificio para los Laicos y el Consejo Pontificio para la Cultura, *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria*.

⁷ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 29.

⁸ Cfr. A. LLANO, *Repensar la Universidad*, *Humanitas* 33 (2004), 33-41. Un extracto de una conferencia del autor del libro *Repensar la Universidad. La Universidad ante lo nuevo*, Eunsa, Madrid 2003.

y en las estatales o privadas, pero hay una identidad común a toda institución superior de educación, de «buscar la verdad». No se pueden oponer en esta tarea eclesial los aspectos subjetivos, de evangelización de las personas (alumnos, académicos y personal directivo y administrativo), con los aspectos objetivos del diálogo fe y cultura; tampoco se oponen los acentos de entender la tarea como «pastoral de la cultura» o como «pastoral juvenil especializada». Se trata de un lugar privilegiado para la esperada «sinergia» entre clérigos, religiosos y laicos, entre lo territorial y lo ambiental entre los movimientos y nuevas comunidades y la iglesia local. Una tarea que debe cuidar la *identidad*, la *apertura* con el adecuado *discernimiento*; la formación de las personas, el acompañamiento espiritual y la proyección social y política de la pastoral universitaria. Ante la amplitud de la materia y el marco de tiempo para esta exposición, me limitaré a proponer algunas reflexiones sobre estas cuestiones que puedan dar luces para un renovado compromiso pastoral de los cristianos en el ambiente universitario. Que podamos superar cualquier forma de desaliento, inoperancia o desprevisión. Se escucha hoy como nunca entre los jóvenes universitarios, el llamado de Jesús, «¡Contigo hablo, levántate!».

1. LA IDENTIDAD UNIVERSITARIA Y LA IDENTIDAD CRISTIANA

La presencia de la Iglesia y de los cristianos en el ambiente universitario debe estar orientada a destacar la *identidad* de la universidad en medio de la cultura y la sociedad, hoy por varios lados amenazada. No es una presencia pasiva sino especialmente cualificada, como lo hicieron los primeros cristianos en su cultura, y tantos testigos de la fe a lo largo de la historia. Los discípulos de Jesucristo, que es Camino, Verdad y Vida no pueden ceder a la desesperanza en la búsqueda de la verdad sobre la realidad, el mundo y la persona humana, necesaria para el desarrollo de la cultura. Hoy debemos ser los primeros, con humildad y audacia, en dar

testimonio de la capacidad de la razón y de la orientación última de la libertad humana. Y esas convicciones acerca de la persona, la sociedad y la actividad humana, provienen del *encuentro* con Jesucristo vivo, quien manifiesta en toda su verdad y plenitud, la grandeza de la vocación humana.⁹ El encuentro con Jesucristo vivo, es fuente de conversión de comunión y de solidaridad, como lo ha recordado la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America*. La institución universitaria de alguna manera es una caja de resonancia de lo que sucede en la sociedad, incluso muchas veces se adelanta en los campus lo que sucederá luego en la vida social. Es por tanto, un lugar privilegiado para la predicación, la acogida y el testimonio del Evangelio. Es un «laboratorio cultural», allí se ayuda a gestar la cultura de los nuevos tiempos,¹⁰ no podemos dejar de estar allí presentes, con la calidad propia del testimonio cristiano.

Toda actividad pastoral puede poner de relieve la meta de la vida universitaria, la «pasión y gozo por la verdad», que pueda ayudar a construir un mundo mejor, pues la universidad es un «centro incomparable» de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad. En este sentido la universidad tiene una proyección social innegable de la «diaconía de la verdad». La universidad católica, como bien lo ha señalado el Santo Padre en la constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, puede aportar de manera única a mantener esa búsqueda, sobre todo por el diálogo de la razón con la fe. Si bien el sistema de educación superior le recuerda permanentemente a la universidad católica que debe tener el rigor y calidad académica, las instituciones de la

⁹ Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.

¹⁰ Como hace 15 años lo recordaba el documento de Puebla, *La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, Conclusiones de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. La Iglesia escuela de forjadores de historia: “Para los mismos cristianos, la Iglesia debería convertirse en el lugar donde aprenden a vivir la fe experimentándola y descubriéndola encarnada en otros. Del modo más urgente, debería ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino” (274).

Iglesia le recuerdan a toda universidad su amplitud en la búsqueda de la verdad, su «catolicidad».

En el ámbito pastoral el trabajo en universidades estatales y privadas, muchas veces no es obstaculizado sino permitido e incluso alentado por muchas autoridades. El ambiente universitario no puede ser dejado de lado por los cristianos para testimoniar su fe. Ni por los alumnos que están en formación, obligados a madurar su fe en un momento importante de sus vidas con toda su vitalidad, audacia y energía; ni por los académicos con su noble trabajo de buscar, enseñar y difundir el saber en sus diversas expresiones caracterizado por la ponderación y la serenidad; ni por el personal directivo y administrativo que con su acción permite el ambiente favorable para el desarrollo de la vida universitaria.

Se necesitan hoy más que nunca *testigos* y *maestros*, verdaderos *discípulos* que en la misma vida universitaria superen el «dogmatismo de la ciencia» cuando se reduce a la única forma de acceder a lo real, sin plantearse las preguntas y buscar las respuestas últimas; que validen la «libertad de la fe» que nunca se cansa de buscar y entender. Pero el primer testimonio de los cristianos debe ser *kerygmático*, es decir de acuerdo a la «propia» identidad, debe hablar *de Cristo* y *desde Cristo*, con la esperanza que su palabra siga alumbrando en este nuevo siglo. Otro punto de partida haría perder el tiempo. La relevancia social de la universidad no vendrá sino por la *identidad*, el aporte de los cristianos a la identidad universitaria es la transparencia fiel de la misma identidad cristiana. Hoy, como ayer hay muchos que nos piden «ver a Jesús» (cfr. *Jn* 12,21).

Como lo ha recordado el profesor Pedro Morandé en el Jubileo de las universidades, la posibilidad de un nuevo humanismo pasa por la santidad de la vida intelectual y universitaria. Debemos preguntarnos si ella ha logrado penetrar en las universidades a partir del oficio mismo del profesor y del estudiante, si la santificación como finalidad de la vida ha logrado entrar en las aulas, a los laboratorios, a las bibliotecas y a los currícula o ha permanecido más bien en los patios, en las actividades extraprogramáticas. Pareciera –prosigue Morandé– que en los claustros se

ha encontrado un sustituto para la santidad en el concepto de «excelencia académica», que suele definirse operacionalmente por la aceptación social, por el prestigio, por la acreditación de terceros o por la propia autoevaluación. No deja lugar para la acción de la gracia, sino sólo para el autoesfuerzo.¹¹ Qué luminosas han sido en este sentido las permanentes insistencias del Santo Padre en este último tiempo, sobre la oración y la primacía de la gracia en nuestra programación pastoral.¹² Es Jesucristo el que toma la iniciativa y nos invita a colaborar con su tarea, «¡Contigo hablo, levántate!» (cfr. Mc 5,41).

2. HACIA LA SUPERACIÓN DE LAS APORÍAS

No podemos oponer personas, estructuras o perspectivas de acercamiento. Se puede en este trabajo atender a los universitarios y a la vez realizar una pastoral auténticamente «universitaria» en el sentido de la evangelización de la cultura. Pero no basta una pastoral «de universitarios», que convierte la atención pastoral de algunos pocos en algo marginal e irrelevante. Un trabajo defensivo, carente de ímpetu misionero. Como el Buen Pastor hay que salir a buscar a la oveja (a veces a las 99) que se ha perdido, salir en misión. Por eso el ambiente universitario es tierra de misión, es un «nuevo areópago». La universidad necesita de una misión *interna* y también salir en misión *hacia fuera*, hacia los amplios márgenes de la Iglesia y la sociedad. El testimonio cristiano no sólo ayuda a la *identidad* propia de la universidad sino a cumplir más eficazmente su rol social. Y ese testimonio debe llegar desde la oración comunitaria, la celebración y la liturgia hasta los proyectos de investigación de diálogo, fe y cultura. Sin *creatividad* eso no funciona, sin audacia tampoco.

¹¹ Cfr. PEDRO MORANDÉ, *Un nuevo humanismo para la vida de la universidad*, en Congreso de Docentes Universitarios, Jubileo, 9 de Septiembre de 2000, Ciudad del Vaticano. Jubileo de las universidades, *La universidad para un nuevo humanismo*.

¹² Cfr. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 38.

Pero una creatividad y audacia que suponen una fuerte *identidad*. Para eso es necesario agentes bien formados en la vida cristiana y en la evangelización de la cultura. También el acompañamiento espiritual de todas las iniciativas creativas y audaces.

En cuanto a actividades, las más importantes son aquellas que fortalecen la identidad cristiana, también las que la transparentan en la acción hacia los demás, en particular en la solidaridad y voluntariado. Y no se pueden olvidar aquellas específicamente universitarias, de evangelizar la investigación, la docencia y la extensión. Parece que habría que atender con mayor solicitud las actividades que Dios hace surgir entre los mismos jóvenes. Los jóvenes tienen que ser los primeros apóstoles de los jóvenes. «Contigo hablo, levántate».¹³

3. EL PROTAGONISMO DEL ESPÍRITU

Toda universidad, y con mayor razón en las instituciones de la Iglesia, son lugares privilegiados para el apostolado de los *laicos*, tan propio de nuestro tiempo. Más que hablar de «protagonismo laical» habría que hablar en una eclesiología de comunión, de «protagonismo del Espíritu». Alumnos, profesores y administrativos son todos, según su condición actores y agentes. También los sacerdotes, religiosos y laicos según su aporte específico en la vida de la Iglesia; pues los pastores y los fieles se necesitan mutuamente.¹⁴ Hay una «reciprocidad», «corresponsabilidad» y «circularidad» entre el aporte de unos y otros. «Puesto que la comunión expresa la esencia de la Iglesia, es normal que la espiritualidad de comunión tienda a manifestarse tanto en el ámbito personal como comunitario, suscitando siempre nuevas formas de participación y corresponsabi-

¹³ «Si a los jóvenes se les presenta a Cristo con su verdadero rostro, ellos lo experimentan como una respuesta convincente y son capaces de acoger el mensaje, incluso si es exigente y marcado por la cruz» (*Ibidem*, n. 9).

¹⁴ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 32).

lidad en las diversas categorías de fieles». ¹⁵ Los sacerdotes pueden superar en el trabajo común muchos vestigios de clericalismo y los laicos redescubrir que el ministerio de los presbíteros es irremplazable. La tarea de los capellanes es clave para la formación y acompañamiento espiritual de maestros y estudiantes, que mientras más se integren a la vida universitaria y no la sirvan desde afuera, podrán realizar una tarea más fecunda y duradera. Los tiempos exigen del sacerdote un acompañamiento cercano y específico, mucho más que una simple «capellanía». A ellos, como a los apóstoles, les llega en primer lugar la demanda de muchos: «¡Queremos ver a Jesús!» (Jn 12,21).

Lo que se pueda hacer en la universidad como en un laboratorio, servirá para proyectarlo a la sociedad entera. En esta colaboración orgánica entre laicos, religiosos y presbíteros, puede ayudar mucho la experiencia de las nuevas comunidades y movimientos eclesiales. Esto sólo será posible si el Espíritu Santo tiene un lugar más importante en la acción pastoral, pues en algunas oportunidades se advierte un clamoroso déficit del Espíritu. ¹⁶ Junto a la clara *identidad* de la presencia de los cristianos es necesario la *apertura*, la audacia y creatividad que regala como don el Espíritu. Aunque se trata de una responsabilidad de todos, hay una tarea privilegiada de los profesores, que deberán ser maestros, que con su «calidad y generosidad pueden incluso suplir en ciertos casos las deficiencias de las estructuras». ¹⁷ Hoy necesitamos auténticos «maestros» y «testigos».

¹⁵ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Pastores Gregis*, n. 44. «La Iglesia es una comunión orgánica que se realiza coordinando los diversos carismas, ministerios y servicios para la consecución del fin común que es la salvación» (*Ibidem*). Ver también n. 10.

¹⁶ Cfr. ROBERTO CALVO, *El déficit pneumatológico de las prácticas pastorales*, *Lumen* 49 (2000), 375-408; IDEM, *La pastoral, 'acción y fuerza' del Espíritu*, *Estudios Trinitarios* 36 (2001), 325-371.

¹⁷ «El testimonio del profesor católico no consiste ciertamente en introducir temáticas confesionales en las disciplinas que enseña, sino en abrir el horizonte a las inquietudes últimas y fundamentales, en la generosidad estimulante de una presencia activa ante las preguntas, a menudo no formuladas, de esos espíritus jóvenes que andan a la búsqueda de referencias y certezas, de orientación y de metas». *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la Cultura Universitaria*, cit., cap. III, n. 2.

4. HACIA LA SINERGIA DE LA COMUNIÓN ECLESIAL

Para articular *identidad y apertura* es necesario el *discernimiento*, y contar con algunas «estructuras» básicas y necesarias de pastoral. Sobre todo que puedan integrar la tarea de muchos y diversos. De la iglesia local, de las parroquias, de las nuevas comunidades y movimientos eclesiales, de los diversos ambientes, incluso fuera de los campus donde se realiza la vida universitaria, como es el caso de los colegios mayores y residencias universitarias. Las comisiones nacionales y diocesanas de pastoral universitaria, pueden ayudar al Obispo a lograr concretamente la sinergia de la comunión eclesial, es una de sus tareas fundamentales y su servicio más cualificado a la tarea pastoral. Y recoger las iniciativas en acto, proponer otras nuevas para ir donde los estudiantes y maestros se encuentran. Esta comunión eclesial en la vida universitaria es el mejor camino para el servicio al bien común en la vida social, clave para el ejercicio profesional de los alumnos que egresan de los centros universitarios y meta de la investigación y extensión universitaria.

Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son un regalo de Dios, como lo recordó el Santo Padre Juan Pablo II en Pentecostés de 1998, «son la respuesta, suscitada por el Espíritu Santo, a este dramático desafío del fin del milenio».¹⁸ Su vitalidad será fecunda en la medida

¹⁸ Un excelente comentario al tema se puede ver en el texto de Germán DOIG, *Juan Pablo II y los movimientos eclesiales. Don del Espíritu*, Vida y Espiritualidad, Lima 1988. Allí se pueden apreciar algunas de sus características, su aporte y novedad, los importantes 'criterios de eclesialidad' de *Christifideles Laici*, 30. Cf. Cardenal SCHÖNBORN, *Le défi du christianisme*, Cerf, Paris, 2003, 53. Señala allí que los movimientos eclesiales y comunidades se caracterizan por ser fenómenos nuevos pero que redescubren la tradición eclesial superando las categorías de conservador o progresista; son a menudo internacionales garantizando la universalidad de la Iglesia, su catolicidad universal; manifiestan nuevas formas de colaboración entre laicos y sacerdotes, revelan nuevos espacios para la mujer en la Iglesia; y finalmente, que el futuro reconocerá su profunda influencia en la sociedad. A pesar de estos aportes hay también peligros, de considerarse como únicos caminos o respuestas únicas, que se puede superar mediante su complementación y colaboración, poniéndose al servicio de la Iglesia local.

que se integren a la sinergia de la comunión eclesial. No son *la Iglesia* sino *en la Iglesia*, si le recuerdan a la Iglesia local la vitalidad, la Iglesia local le recuerda su eclesialidad. La cooperación en este campo es insustituible. «El apostolado personal de los laicos católicos es “el principio y la condición de todo apostolado seglar, incluso del asociado, y nada puede sustituirlo” *Apostolicam Actuositatem*, n. 16. Sin embargo, resta necesario y urgente que los católicos presentes en la universidad den un testimonio de comunión y de unidad».¹⁹

Identidad, apertura y discernimiento, son criterios básicos para la tarea de los cristianos en la universidad. Los recogemos de nuestra experiencia y de las sabias palabras que pronunciara el Santo Padre en nuestra Pontificia Universidad Católica de Chile hace ya algunos años dirigiéndose al mundo de la cultura: «Por otra parte, queda fuera de toda duda que en su servicio a la cultura han de mantenerse claramente algunos principios: la identidad de la fe sin adulteraciones, la apertura generosa a cuantas fuentes exteriores de conocimiento puedan enriquecerla y el discernimiento crítico de esas fuentes conforme a aquella identidad».²⁰ Desde lo que somos, discípulos de Jesucristo, con la creatividad y apertura que los tiempos y circunstancias exigen y con el discernimiento que da el Espíritu, podremos dar un adecuado testimonio de Cristo en el ambiente universitario en la Iglesia, con la Iglesia. Preocupados de la formación, el acompañamiento espiritual y la proyección social de la tarea universitaria.

Que la Santísima Virgen María, *Sedes Sapientiae*, nos permita dar los pasos de acercamiento a Jesucristo, de fidelidad a la comunión ecle-

¹⁹ *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria*, cit., cap. III, n. 2.

²⁰ «Sin la identidad inamovible de la fe cristiana, los préstamos se convierten en fáciles y transitorios sincretismos que el tiempo disipa. Sin la necesaria apertura a esas fuentes tan variadas y ricas en nuestra época, el pensamiento cristiano se angosta y queda atrás. Y sin el indispensable discernimiento crítico, se producen síntesis aparentes, ruinosas, que tanto dañan hoy mismo la conciencia de los fieles» (JUAN PABLO II, *Discurso al mundo de la cultura y constructores de la sociedad*, Pontificia Universidad Católica de Chile, 3.IV.1987).

sial, para dar frutos de testimonio de la caridad en nuestras respectivas naciones, en los lugares en que se desarrolla nuestra misión. Ella supo acoger, guardar en el corazón y hacer vida la Palabra de su Hijo. Para la vida del mundo, pues el servicio de la universidad a la verdad está orientado para la vida del mundo. No podemos dejar de oír con la urgencia de los tiempos, la llamada de Jesús: «¡Contigo hablo, levántate!» (cfr. Mc 5,41).

2. Mesa redonda: *Formas de testimonio y anuncio en el ambiente universitario*

La pastoral universitaria

Don LORENZO LEUZZI

*Director del Departamento de Pastoral Universitaria
de la Diócesis de Roma, Italia*

A. EL MAGISTERIO DEL PAPA

- Discurso del Papa al Clero de Roma, 8 de marzo de 1982.
- Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*, n. 59, 28 de junio de 2003.

B. LA PROFUNDA UNIÓN ENTRE UNIVERSIDAD E IGLESIA

a) *¿Por qué la Iglesia necesita de la universidad?*

La razón de tal necesidad radica en la misión misma de la Iglesia. De hecho, la fe que la Iglesia anuncia es una *fides quaerens intellectum*, es decir, una fe que pide penetrar en la inteligencia del hombre, ser pensada a partir de la inteligencia del hombre y encontrar en ésta un lugar de argumentación persuasiva (pero permaneciendo a la vez un don gratuito).

Uno de los lugares privilegiados en los que este encuentro debe realizarse es la universidad, porque, por institución y desde sus orígenes, la universidad tiene como función la consecución de un conocimiento científico de la verdad, de toda la verdad: «La ausencia de la Iglesia del mundo de la universidad constituye un gravísimo daño para la suerte de la religión en el mundo contemporáneo».¹

¹ JUAN PABLO II *Al clero de Roma*, 8 de marzo de 1982.

La Iglesia, por lo tanto, necesita de la universidad, porque la fe no sólo necesita estar pensada desde dentro, sino que necesita encontrar los caminos de aquellos que, desde todas partes y de todos los modos, consciente o inconscientemente, buscan a Dios: *intellectus quaerens fide*.

b) *¿Por qué la universidad necesita a la Iglesia?*

La Iglesia anuncia y da testimonio del significado último de la vida, Cristo, en cuyo misterio se esclarece completamente el misterio de la persona humana y de toda realidad.²

«Sin una unión profunda entre Iglesia y Universidad la persona humana es perjudicada: ni la fe genera cultura ni la cultura será humanizada plenamente. Dentro de la civilización no se reconstruirá aquella alianza con la Sabiduría creadora, de la que todos advierten –consciente o inconscientemente– que la necesitan urgentemente. Así no se caminará hacia una civilización de la Sabiduría y del Amor».³

C. LA IGLESIA LOCAL Y LA PASTORAL UNIVERSITARIA

«Convencido de la importancia de las instituciones académicas, pido también que en las diversas Iglesias particulares se promueva una pastoral universitaria apropiada, favoreciendo así una respuesta a las actuales necesidades culturales».⁴

Juan Pablo II encomienda a la pastoral universitaria la tarea de enfrentar un desafío de gran magnitud, es decir, reanudar la unión entre Iglesia y universidad.

¿De qué forma?

² Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.

³ JUAN PABLO II, Cfr. *Al clero di Roma*, 8 de marzo de 1982.

⁴ JUAN PABLO II, Carta Apostólica Postsinodal *Ecclesia in Europa*, n. 59.

Promoviendo una nueva presencia significativa de los fieles en la universidad:

- para que ésta aparezca como la luz del Evangelio, que abre los horizontes auténticos de la investigación cualificándola humanísticamente;
- para que la cultura universitaria, orientada y animada cristianamente, se muestre como modelo del saber y matriz de la civilización.

La pastoral universitaria, en esta nueva perspectiva, no se agota en la formación de los universitarios, sino que en la diversidad y pluralidad de las experiencias y presencias; estimula la elaboración de una cultura capaz de incidir positivamente en la vida de la comunidad eclesial y de la sociedad.

En este sentido la pastoral universitaria constituye un camino privilegiado para testimoniar la fecundidad histórica del Evangelio y para dar un impulso creativo a la nueva evangelización.

a) Propuestas para un camino de pastoral universitaria

1. Conocer la realidad universitaria en la Diócesis:

- Universidades estatales;
- Universidades privadas;
- Universidades católicas.

2. Conocer las universidades frecuentadas por los jóvenes de grupos eclesiales.

3. Sensibilizar a la Iglesia local a que sea interlocutora de la institución universitaria.

4. Iniciar –sobre todo en los grupos parroquiales juveniles– itinerarios formativos idóneos para formar universitarios capaces de ser testigos en la universidad.

5. Implicar las realidades eclesiales comprometidas con los universitarios: colegios mayores o residencias universitarias, centros culturales, movimientos, asociaciones, grupos eclesiales y nuevas comunidades.

6. Promover la elaboración de un programa diocesano de pastoral universitaria para los sujetos de la vida universitaria: estudiantes, docentes, personal técnico administrativo.

b) *Los protagonistas de la pastoral universitaria*

Los protagonistas son todos los universitarios, pero en el sentido más institucional son:

- La capilla universitaria (centros de pastoral universitaria, parroquias universitarias...);
- Los colegios universitarios;
- Las asociaciones, movimientos, grupos eclesiales y nuevas comunidades;
- Los grupos juveniles universitarios parroquiales.

c) *Puntos irrenunciables y prioridades pastorales*

- La implicación de la Iglesia local y del obispo.
- La comunión.
- La misión.
- La competencia académica.

d) *El corazón de la pastoral universitaria: la capellanía universitaria*

La capellanía universitaria (parroquia universitaria, centro de pastoral universitaria) es el lugar de encuentro y de diálogo espiritual, ambiente de formación personal y de grupo, centro propulsor de animación cultural cristianamente cualificada. En la época de una sociedad multicultural su servicio no disminuye, sino que se dilata hacia horizontes más amplios:

En modo específico, la capellanía universitaria se empeña en:

- Ayudar a la universidad a realizar la propia vocación específica en el plano cultural y social.

- Ser signo visible y eficaz de la evangelización, un auténtico servicio eclesial, superando la tendencia hacia la privatización de la fe.

- Ser lugar de acogida y servicio a todos los católicos, individuos y asociados, en su testimonio de unidad y en su relación ecuménica y de caridad, hacia todos los componentes de la comunidad universitaria. Al mantener un diálogo intenso con los diversos componentes de la universidad y al ser una experta en el cuidado espiritual personalizado, la capilla responde así a la exigencia de mantener vivos culturalmente –según la apreciación académica y la pastoral de las comunidades cristianas– los caminos en la búsqueda de Dios y el testimonio de la fe.

- Favorecer una pedagogía catequética de carácter comunitario, articulada en propuestas e itinerarios diferenciados; una pedagogía de acompañamiento, consistente en acogimiento, disponibilidad y amistad, atenta al discernimiento evangélico; una pedagogía de la vida espiritual que tiene su raíz en la Palabra de Dios, profundizada y compartida en la vida sacramental y litúrgica.

«La Capilla –cada Capilla universitaria– continúa así su camino pastoral intensificando la dedicación apostólica que desde siempre la ha caracterizado: ésa es *lugar del espíritu*, donde se detienen en la oración, encuentran alimento, orientación y sostén los creyentes en Cristo, que viven de diferentes modos la vida intensa de la universidad; es *maestra de las virtudes cristianas*, donde crece y se desarrolla la vida bautismal y se expresa con ardor apostólico; es *casa acogedora y abierta* para todos aquellos que, escuchando al Maestro interior, se convierten en buscadores de la verdad y sirven al hombre en la dedicación cotidiana a un saber que no se conforma con horizontes estrechos y pragmáticos. En el contexto de la modernidad declinante, ésta se convierte con marcado acento *centro vivo y propulsor de animación cristiana de la cultura*: en el diálogo respe-

tuoso y franco, en la propuesta clara y motivada (cfr. 1 Pe 3,15), en el testimonio que interpela y convence».⁵

e) *Propuestas operativas: los talleres culturales*

«Hoy la más atenta reflexión epistemológica reconoce la necesidad de que las ciencias del hombre y las de la naturaleza vuelvan a encontrarse, para que el saber recupere una inspiración profundamente unitaria. El progreso de las ciencias y de las tecnologías pone hoy en las manos del hombre posibilidades magníficas, pero también terribles. La conciencia de los límites de la ciencia, considerando las exigencias morales, no es oscurantismo, sino salvaguardia de una investigación digna del hombre y al servicio de la vida. Amadísimos hombres de la investigación científica, haced que las universidades se transformen en “*talleres culturales*” en los que dialoguen constructivamente la teología, la filosofía, las ciencias humanas y las ciencias de la naturaleza, considerando la norma moral como una exigencia intrínseca de la investigación y condición de su pleno valor en el acercamiento a la verdad».⁶

Los *talleres culturales* responden a esta expectativa. El testimonio de la fe asume, en modo particular dentro de la universidad, un típico valor cultural.

– A partir de una convicción profunda: «es tiempo de comprender más profundamente que *el núcleo generador de toda auténtica cultura está constituido por su acercamiento al misterio de Dios*, en el que sólo un orden social basado en la dignidad y responsabilidad personal encuentra su fundamento firme... Es a partir de aquí que se debe construir una nueva cultura. Esta es la principal contribución que nosotros, como cristianos, podemos dar... ».⁷

⁵ JUAN PABLO II, cfr. *Homilía a los Universitarios romanos*, 12 de diciembre de 1997.

⁶ JUAN PABLO II, *Discurso a los profesores universitarios*, 9 de septiembre de 2000; *Observatore Romano*, edición española, n. 37, p. 448.

⁷ JUAN PABLO II, cfr. *Discorso al Convegno ecclesiale di Palermo*, 2.

- Con un estilo de diálogo y parresia:
 - Reabrir los espacios de la búsqueda de la verdad, como ambiente típico de la universidad.
 - No mortificar la densidad del significado de la fe cristiana en su desarrollo cultural.
 - Apuntar a la perfección integral del ser humano y al bienestar de la sociedad.
 - Educar a una cultura integral, en diálogo abierto, franco, respetuoso, sereno.
- No debe haber ningún indicio de superioridad, y menos aún de una condición subalterna cultural. El pluralismo cultural es, desde luego, un modelo descriptivo de la situación actual; es rico en oportunidades, pero también en conflictos. Hay que huir tanto del romanticismo (teológico), que sólo ve en la cultura aspectos interesantes y positivos, como de la euforia del multiculturalismo, en el que el elogio de lo diverso suple subrepticamente el vacío de contenidos y de la identidad.

D. LAS ETAPAS DE LA PASTORAL UNIVERSITARIA EN ROMA Y EN EUROPA

- Abril 1998: I Congreso europeo de capellanes e inicio del Comité Europeo de capellanes universitarios.
- Septiembre 1999: Encuentro Mundial de Delegados nacionales de Pastoral universitaria (el Papa solicita que en cada continente haya una coordinación continental promovido por las Conferencias Episcopales).
- Septiembre 2000: Jubileo de las Universidades.
- Junio 2001: El Comité Europeo de Capellanes Universitarios se convierte en un organismo de la Sección de catequesis de la universidad del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (CCEE).
- Marzo 2003: I Jornada Europea de Universitarios: La caridad intelectual, alma de la nueva Europa.

- Julio 2003: Simposio europeo « Iglesia y Universidad ».
- Marzo 2004: II Jornada Europea de Universitarios: Cristo esperanza para Europa.

E. HACIA COLONIA 2005

- Propuesta temática: «¡La búsqueda intelectual, camino para encontrar a Cristo! » («¡Como los Reyes Magos, sed también vosotros peregrinos animados por el deseo de encontrar al Mesías y de adorarlo! »).⁸
- Implicación del Comité Europeo de Capellanes universitarios y de las estructuras de pastoral universitaria nacional y diocesana para la preparación y sensibilización de los universitarios para la JMJ 2005.
- Elaboración de un itinerario formativo adecuado para los universitarios a partir del Mensaje del Santo Padre y promover iniciativas en la universidad de anuncio, oración, reflexión y estudio.
- En particular:
 - Iniciar talleres culturales en la universidad sobre el tema de la JMJ, en particular sobre la relación entre fe y razón.
 - Lectura y ahondamiento de la Encíclica *Fides et Ratio*.
 - Presentación de las figuras de los santos Alberto Magno y Edith Stein.
 - Hermanamientos entre las universidades de Roma y las universidades de Colonia.
 - III Jornada Europea de Universitarios (5 marzo 2005): jornada de oración y de sensibilización de universitarios para la JMJ 2005.

⁸ JUAN PABLO II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud 2003*.

Movimientos, asociaciones y comunidades eclesiales

P. KONSTANTIN SPIEGELFELD

*Director del Departamento de Pastoral
Universitaria de Viena, Austria*

A continuación quisiera hacer una breve descripción de la pastoral universitaria en la diócesis de Viena, de la misión ciudadana en el año 2003 y del conjunto de los diferentes grupos involucrados.

1. DESCRIPCIÓN DE LA SITUACIÓN

En Viena estudian alrededor de 120.000 estudiantes. La pastoral universitaria está insertada en la diócesis de Viena. Se la denomina comunidad universitaria católica (Katholische Hochschulgemeinde) precisamente porque –en modo análogo a una comunidad parroquial que es fundamento sustentador de la pastoral– es una comunidad guiada por un sacerdote.

Las universidades en Austria por lo general son instituciones estatales. Desde hace pocos años existen también algunas universidades privadas, siendo las universidades pertenecientes a la Iglesia institutos superiores de Teología. La universidad principal de Viena, fundada en el año 1365, se encuentra justo en el corazón de la ciudad. La comunidad universitaria católica es una institución asociada a la universidad, no depende directamente de ella pero sí existe una buena colaboración entre ellas.

El concepto que está en la base es «Dios en la vida diaria». En total hay cuatro centros de encuentro, llamadas residencias, que comprenden más ambientes. La residencia situada cerca de la universidad acoge a 200 estudiantes. Cada centro tiene su capilla.

Nuestro centro, la Casa Edith Stein, tiene una capilla, un comedor una cafetería, una pequeña biblioteca y diferentes salas donde los estudiantes pueden estudiar y reunirse. Nuestra línea directriz para la pastoral es «encuentro, acompañamiento y formación» y en éste está orientada la estructura de nuestro programa. Los pilares principales de nuestra vida son la misa cotidiana, conferencias, debates en grupos, excursiones comunes, propuestas para el tiempo libre y la misa dominical en la catedral de San Esteban.

2. MISIÓN CIUDADANA Y COLABORACIÓN CON DIFERENTES GRUPOS

A continuación hablaré de nuestra pastoral universitaria que es una pastoral juvenil, concebida en primer lugar para los estudiantes y en segundo lugar para los profesores. Damos mucha importancia a lo *común*, es decir, a la unidad en la diversidad de los estudiantes, ¡porque los estudiantes son tan diferentes!

2.1. *Las residencias para unos 200 estudiantes*

Los estudiantes que viven en las residencias son elegidos según dos criterios: el compromiso dentro de la Iglesia, en el pasado o futuro, y la necesidad social. Una solicitud personal escrita y la presentación por parte de un sacerdote pueden dar una idea del estudiante. La elección se realiza a partir de un pequeño grupo según un sistema a puntos. Está previsto un diálogo personal con un sacerdote. En la residencia también hay estudiantes con un compromiso mayor: oración común una vez al día, pasar una tarde juntos y participación activa en la vida de la comunidad universitaria católica. La experiencia de la comunidad con diversos carismas forma a los jóvenes adultos haciendo posible una educación para la vida comunitaria.

2.2. Colaboración con otros grupos: los grupos comprometidos y su cooperación

En nuestros centros universitarios existen los lugares de encuentro. Quisiera contar primero lo que se organiza en forma regular, para exponer a continuación un ejemplo concreto.

En la pastoral cooperan regularmente diferentes grupos: la Comunidad de San Juan, el Círculo de oración de Loreto, Comunión y Liberación, la Legión de María, la Juventud universitaria católica, la Revista-YOU! (la revista y el grupo YOU) y la Comunidad del Cordero.

La Comunidad de San Juan se caracteriza por la formación filosófica y teológica, como también por una dirección espiritual personal muy cualificada. Hemos desarrollado con el grupo de oración de Loreto un programa de estudio llamado *Duc in altum*. En seis fines de semana al año y en un curso universitario estivo se tratan sobre todo los temas: la imagen humana, el ser persona y el amor. Con elementos filosóficos y en el ámbito teológico se discuten y se explican los temas de: la Iglesia, la Biblia, los sacramentos y la oración. Colaboran diferentes sacerdotes y profesores de teología de la universidad de Viena y del Instituto teológico de los Cistercienses de Heiligenkreuz, cerca de Viena.

Comunión y Liberación da una contribución valiosa a la pastoral universitaria con la escuela de comunidad, con seminarios y diálogos sobre libros de Luigi Giussani, pero sobre todo con debates y conferencias. Como actividad caritativa realizan con otros estudiantes visitas a personas ancianas en residencias.

El grupo de oración «Loreto» participa sobre todo con el curso «Alpha» consistente en una introducción en los principios fundamentales de la fe católica con una duración de diez semanas. Realiza además semanas de encuentro sobre la universidad y momentos de oración.

La Legión de María tiene un gran centro estudiantil y la revista YOU! que procura anunciar a los jóvenes la fe católica, haciendo uso de un lenguaje claro y moderno, con muchos testimonios personales e imágenes.

La Comunidad del Cordero invita a los estudiantes a participar en su apostolado en las plazas y en la oración.

La Juventud católica universitaria tiene un coro estudiantil, establece un diálogo personal con los estudiantes y organiza conferencias.

Algunas cosas son realizadas directamente por la *Comunidad universitaria católica*, en gran parte en colaboración con otros grupos y comunidades eclesiales. También hay proyectos comunes y proyectos pastorales.

2.3. La relación con la universidad

Nos invitan a todos los acontecimientos importantes. Como capellán universitario, junto con otro sacerdote y un profesor universitario, también tengo en la Facultad de Filosofía un seminario sobre la filosofía de la religión que tiene por título «La cuestión de Dios». En este seminario se leen, se presentan y se profundizan textos de autores famosos e importantes en la Iglesia.

2.4. En común

¿Cómo se puede crear lo común? ¿Cómo es posible encontrar la unidad en la diversidad? La «misión ciudadana» es un buen ejemplo.

Juntos invitamos a los estudiantes a la santa misa del domingo de las 19 horas, en la catedral de San Esteban y a las misas que se celebran en nuestras capillas durante la semana. Un acontecimiento importante de la vida común es la peregrinación de Viena a Mariazell que dura cuatro días y que se realiza todos los años.

Los sacerdotes y otros colaboradores que se dedican de lleno a la pastoral se reúnen de forma regular, algunos cada semana, otros cuatro veces al año, para intercambiar y compartir las experiencias y para hablar juntos sobre las iniciativas y actividades comunes.

2.5. La misión en la ciudad de Viena (23 de mayo - 1 de junio de 2003)

La misión ciudadana de mayo de 2003 nació por iniciativa de varios cardenales. El tema fue: «Abrid las puertas a Cristo». Hubo una gran colaboración y unidad entre la diócesis y la pastoral universitaria.

Nuestra comunidad universitaria católica participó en ella de diferentes maneras.

Hicimos que los mismos estudiantes fueran los protagonistas de las actividades propuestas y que fueran ellos los que invitaran y dieran testimonio de la fe cristiana y de Jesús. Se demostró que un fin y una tarea comunes fortalecen la unidad. Desde un inicio los estudiantes elaboraron y prepararon juntos el programa. Necesitamos su iniciativa, su vitalidad, su fantasía. Sino ¿cómo podemos no encontrar otros estudiantes? Desde este punto de vista la unidad no sólo es una necesidad y una ventaja práctica, sino sobre todo una realidad espiritual que permite percibir el obrar del Espíritu Santo. ¡Quién mejor que Él puede tocar y transformar los corazones y la mente de los jóvenes! Por ello fue tan fundamental la oración al inicio y durante toda la jornada, como también la adoración eucarística.

En particular colaboramos en el programa juvenil de la misión ciudadana instalando un stand informativo y de encuentro en cuatro centros universitarios. Siempre estaban presentes por lo menos cuatro estudiantes y un sacerdote. Había un panel informativo en el que estaban fijados un póster con el programa de la semana y diversas invitaciones para los eventos. Se proponía un cuestionario, elaborado precedentemente, que por un lado era útil para iniciar el diálogo con los demás estudiantes, y por otro lado proporcionaba elementos interesantes para hacer un análisis al finalizar la misión. También se ofrecía un piscolabis y bebidas. Esta actividad universitaria se organizó en colaboración con diversos grupos: por la mañana se comenzaba con una oración en común y con un momento de diálogo e intercambio; entre las 11 y las 14 horas se desarrollaba la actividad principal.

El lema de la semana era «A beautiful mind», título de una conocida película, que también se proyectó en una de las tardes. Escogimos una palabra clave: «He saw the world in a way no one could imagine».¹ Esa tarde invitamos a los espectadores a un debate: «Universidad y cristianismo», con la participación de dos profesores universitarios de teología (uno de Viena y otro de Milán), una experta en filosofía y religión, un diputado parlamentario y una asistente universitaria. El programa de las jornadas terminaba con encuentros de oración y un programa musical.

2.6. Nuestra valoración de la experiencia

Aspectos positivos: Dios regala diferentes dones y carismas, que son signo de la variedad de los caminos de la fe en la única Iglesia. La Iglesia se experimenta y reconoce como «Cuerpo de Cristo», el concepto individual de la Iglesia se puede ampliar. Las Jornadas Mundiales de la Juventud seguramente han contribuido a que pudiera crecer esta realidad.

Desafíos: anteponer de verdad el elemento comunitario al interés personal: «Queremos conducir a las personas no sólo hacia nuestro grupo, sino ante todo a Jesús».

Respeto por parte del grupo o del movimiento hacia la realidad concreta de la situación pastoral, «inculturación del carisma de la fundación y del fundador». (Los movimientos activos a nivel internacional deberían tener una persona responsable en la diócesis o al menos a nivel de la Conferencia episcopal).

El trabajar *conjunto* es posible, aunque no siempre fácil; pero el empeño da tantos frutos. ¡Estoy tan contento por todos estos frutos!

Y con esto quisiera invitaros a venir a Viena a nuestros centros pastorales.

⁹ Él veía el mundo como nadie se lo podía imaginar (N.d.T.).

El diálogo ecuménico

TANIOS CHAHWAN

*Secretario general de la Comisión
de jóvenes católicos del Medio Oriente, Líbano*

1. UNA HISTORIA SIGNIFICATIVA

Era el año 1983, mi primer año de estudiante en la facultad de Ciencias de la Universidad Libanesa. Tenía 18 años y formaba parte de la pastoral universitaria, fundada en 1979 por la Asamblea de los Patriarcas y Obispos Católicos del Líbano (A.P.E.C.L.). Habíamos sido convocados por el centro de animación pastoral de nuestra facultad, cuando nuestro asistente nos presentó una situación delicada: a nuestro colega, que habíamos elegido dos meses antes, le habían obligado a dejar el Líbano debido a la difícil situación de sus padres; teníamos que elegir, por lo tanto, a otro que tomara su lugar. Éramos un centenar, en su mayoría católicos. A pesar de ello nos pusimos de acuerdo para elegir a nuestro amigo Georges, un greco-ortodoxo de la región del norte del país. Pero al día de las elecciones, ¡sorpresa!, nuestro amigo Georges nos anuncia con amargura que, por fidelidad a su Iglesia, se encuentra en la obligación de presentar su dimisión y renunciar al resultado de la elección, considerado por su obispo como una forma de proselitismo. Intentamos reunirnos con el obispo para convencerle de nuestra decisión, pero de partida la causa estaba perdida: sus razones «teológicas y canónicas» le impedían aceptar. Nosotros elegimos la tercera vía, la así llamada «solución a la libanesa»: Georges presentó su dimisión, nosotros elegimos a un católico, pero era Georges el que dirigía extraoficialmente el equipo de animación de nuestra facultad. Una historia significativa que puede ilustrar la experiencia del ecumenismo en el Líbano en sus diversas formas y múltiples aspectos.

2. EL CONTEXTO LIBANÉS

El Líbano representa de hecho en el ámbito de la región árabe una realidad específica: como enseña la historia, el Líbano ha sido considerado desde la antigüedad una tierra de la convivencia amistosa y, desde inicios del siglo XX, feudo de la democracia y de la libre expresión en la región del Oriente Próximo. Del mismo modo, ha ocupado en la región un puesto privilegiado a nivel de la enseñanza básica y superior; una tradición heredada de la Iglesia maronita que, desde 1736, fecha del Concilio patriarcal conocido como «gran concilio libanés», ha optado por la enseñanza obligatoria para todos los niños, fundando las primeras escuelas del Oriente Próximo: escuelas que representaron el eje del renacimiento y del nacionalismo árabe al inicio del pasado siglo. A partir de su vocación de mediador entre Oriente y Occidente, el Líbano ha garantizado diversos roles y funciones en el contexto del mosaico árabe: por un lado albergó todas las minorías cristianas y musulmanas de la región, con un total de 18 comunidades; por otro lado, favoreció la caída de las barreras entre las diferentes Iglesias católicas del Oriente, sobre todo las Iglesias de Antioquía. Además fortificó el diálogo ecuménico entre católicos y ortodoxos, que desarrollaron juntos un papel cultural importante y determinante en el mundo árabe, desde el nacimiento del Islam hasta nuestros días: un papel que ha dado origen a diferentes formas de diálogo entre el Islam y el Cristianismo.

3. EL ECUMENISMO DE LO COTIDIANO O «ECUMENISMO POPULAR»

Dicho esto, el ecumenismo en el Líbano es un ecumenismo de lo cotidiano que encuentra su expresión en el día a día: en los barrios, las calles, empresas, en la vida social y política, en las escuelas, parroquias... y en particular en la universidad. Por ello el ecumenismo no es una iniciativa de élite, sino al contrario una tradición de vida que se impone inde-

pendientemente del diálogo teológico y canónico, y que se expresa en forma popular gracias a la voluntad de los cristianos de encontrarse y de encarnar juntos «un modelo de unidad».

En este lema espontáneo e informal entran el compromiso de los jóvenes cristianos libaneses, la expresión de su fe y testimonio cotidiano, sobre todo en la universidad. Los jóvenes católicos y ortodoxos se mezclan, sea en las estructuras universitarias privadas (6 universidades católicas, una ortodoxa y 3 americanas de tradición protestante), sea en las estatales (la Universidad del Líbano). La mayor parte de ellos opinan que la pertenencia a Cristo es más importante que la pertenencia a las diferentes confesiones y que éstas gestionen sus intereses; opinan que es necesaria la unidad y que la contraposición de los intereses confesionales la impide. Aquéllos comprometidos en movimientos o comunidades parroquiales y diocesanas, asimilan el fundamento de su pertenencia eclesial y creen que «la unidad es posible en la diversidad».

De esta situación emergen algunas ventajas y algunos inconvenientes: las ventajas son la renuncia al confesionalismo y el celo de los jóvenes de pertenecer a una sola Iglesia, que supere los límites de sus Iglesias particulares; los inconvenientes se manifiestan en el hecho de que los jóvenes tienen una percepción confesional de sus Iglesias, que se aleja del perfil sacramental y lo domina. Además en este contexto de mezcolanza emerge una forma ilusoria de «unidad cristiana», que se confunde con el cristianismo cultural, social y político: esto contribuirá en un futuro próximo a la pérdida del sentido de pertenencia a las Iglesias particulares.

4. EL ECUMENISMO OFICIAL O «ECUMENISMO INSTITUCIONAL»

Si el «ecumenismo popular» se manifiesta espontáneamente y con fuerza en la vida cotidiana del mundo universitario en el Líbano, sus formas oficiales van de la apertura a la reticencia. Por parte católica, la pastoral universitaria –que busca acompañar a los jóvenes en las universidades

tanto católicas como protestantes, y también en las universidades libanesas— se dirige sin vacilar a los jóvenes de todas las confesiones cristianas. En lo que se refiere al Movimiento de Jóvenes Ortodoxos, que concentra su acción pastoral en las parroquias y está presente en la universidad ortodoxa de Balamand y en alguna facultad de la Universidad Libanesa, se accontenta generalmente con la adhesión de los universitarios ortodoxos. A pesar de los esfuerzos considerables profusos en el ámbito del ecumenismo hasta los años 80, que dieron origen a la tradición del encuentro anual de los Patriarcas católicos y ortodoxos de Oriente y permitieron la publicación de un catecismo cristiano común, y a pesar de la implicación de todas las Iglesias orientales en las actividades del Consejo de las Iglesias del Oriente Medio, el ecumenismo oficial e institucional no tiene ninguna visibilidad en el contexto universitario.

En cambio el Consejo para el Apostolado de los Laicos instituido por el A.P.E.C.L., gracias a la iniciativa conjunta de su comisión ecuménica y de su comisión nacional para la pastoral juvenil, ha podido romper el hielo con el Movimiento de Jóvenes Ortodoxos a través de la Jornada Mundial de la Juventud. Efectivamente, a partir del 1997 la participación de los jóvenes libaneses en la JMJ ha alcanzado proporciones mayores: antes de aquella fecha la Iglesia católica del Líbano había participado en la JMJ sólo por medio de delegaciones simbólicas de una decena de personas; en 1997, en cambio, se inscribieron alrededor de tres mil jóvenes libaneses, casi todos universitarios, siendo el 15% ortodoxos. El Consejo para el Apostolado de Laicos del Líbano ha visto la cosa con buenos ojos: no había que dejar escapar la ocasión que se estaba presentando. En seguida se estableció un contacto con los responsables del Movimiento de Jóvenes Ortodoxos para informarles de esta situación inesperada y para evitar un posible malentendido de la cuestión. Contra toda previsión, el Movimiento de Jóvenes Ortodoxos manifestó una profunda comprensión de la situación y decidió participar en la JMJ de París con una delegación oficial de 20 jóvenes. Y desde entonces, el Movimiento de Jóvenes Ortodoxos participa en la diferentes actividades de nuestro Consejo.

5. ESPERANZAS

Las formas de ecumenismo en la universidad oscilan entre el celo de los jóvenes de pertenecer a una Iglesia Única, que supere los límites de sus Iglesias particulares y encarne en el contexto universitario un modelo de unidad y comunión, y «las razones teológicas y canónicas» de la jerarquía. Pero si hay que ver los aspectos del ecumenismo popular en la universidad «a la luz de la verdad y caridad», lo mismo vale para las actitudes y posturas de las autoridades eclesiásticas. Entre los jóvenes, que expresen inocentemente su rebelión contra el pecado de la desunión, y la Iglesia, que cuenta con la eternidad para cumplir su misión de salvación, quizás se debería instaurar un diálogo cordial, hecho que mitigaría la impaciencia y la rebelión de los jóvenes, haciendo que el testimonio y la misión de la Iglesia estuviera más conforme con su naturaleza y vocación ecuménica. Y si con el pasar del tiempo el testimonio y la misión de la Iglesia en el mundo universitario se hace cada vez más urgente, entonces crece también la urgencia del testimonio ecuménico: un testimonio que debe «partir de Cristo», que encarnó el ecumenismo divino y trinitario en el amor y la comunión y predicó la unidad del género humano, porque «o seremos cristianos juntos o no lo seremos en absoluto».¹

¹⁰ JUAN PABLO II, *Carta de los Patriarcas católicos de Oriente*, Pascua 1992, n. 39.

El diálogo interreligioso

TITY ANTONY

Jesus Youth Movement, India

De verdad es un gran privilegio y una suerte para mí poder participar en el VIII Fórum Internacional de Jóvenes como representante del Movimiento «Jesus Youth» de la India y presentar este testimonio sobre el tema de la pastoral universitaria desde el punto de vista del diálogo interreligioso, con una particular referencia al contexto asiático.

Permitidme comenzar con una descripción del contexto asiático. En primer lugar, Asia es un continente excepcionalmente poblado: sus tierras albergan unas dos terceras partes de la población mundial. Casi el 60% de la población tiene una edad de menos de 25 años. Por ello Asia es la tierra de los jóvenes y el futuro del mundo.

En segundo lugar, Asia se caracteriza marcadamente por la pobreza inhumana y degradante, por sus injusticias y desigualdades; está atormentada por revueltas, guerras y sufrimientos, y en estos últimos tiempos está afligida por una crisis económica que ha empeorado aún más la grave desocupación y las tensiones sociales. Por otro lado, muchos países asiáticos se encuentran al mismo tiempo en pleno proceso de desarrollo, de industrialización, modernización y formación de la nación, lo que conlleva una ola de fenómenos como la urbanización, emigración transnacional, la explotación de la mano de obra, la mala gestión financiera, la disgregación de la familia, la contaminación ambiental y una infinidad más de problemas. También la globalización ha tenido un impacto negativo en la población asiática, a menudo seducida por el materialismo y consumismo, tendiendo al individualismo y al secularismo.

En tercer lugar, Asia no es sólo la cuna del budismo, hinduismo, taoísmo, sintoísmo, sijismo, confucianismo y jainismo, sino que acoge

también las otras grandes religiones mundiales, como el judaísmo, el cristianismo, el islam y el zoroastrismo. También hay un número significativo de comunidades de las hoy llamadas religiones primitivas o tradicionales. Además los inmigrantes asiáticos han llevado consigo sus propias tradiciones allá donde se han establecido, haciendo que estas religiones se hicieran verdaderamente globales en cuanto a difusión y a la práctica. Durante milenios estas religiones de Asia han plasmado la vida y la cultura del pueblo asiático, que todavía hoy encuentra en ellas el sentido y la orientación de la propia existencia. Por otro lado estas religiones han servido de obstáculo para el cambio, llegando a veces a legitimar regímenes opresivos para mantener il *statu quo*. En Asia el renacimiento del fundamentalismo religioso y de los nuevos movimientos religiosos es un fenómeno muy concreto.

En cuarto lugar, a excepción de las Filipinas, la comunidad cristiana es sólo una minoría en todos los países asiáticos, que son en su mayoría musulmanes, budistas, hinduistas, sintoístas, confucianos o taoístas. La comunidad católica en Asia constituye el 2-3% de la población total. Excluyendo las Filipinas, los católicos no llegan ni al 1% de la población. Con otras palabras, en casi toda Asia la Iglesia está presente en una comunidad donde el 99% de la población sigue otras tradiciones religiosas. Por decirlo de otra manera, en una calle asiática por cada católico presente hay otras 99 personas que creen en otras religiones.

El Santo Padre examina las diferentes y complejas realidades de la situación asiática en el párrafo 1 de la Exhortación Apostólica *Ecclesia in Asia* y concluye que, a pesar de todo, hay muchos elementos positivos y motivos de esperanza que refuerzan nuestra fe en una «nueva primavera de vida cristiana».

Pasando al tema de los jóvenes en las universidades, vemos hoy más que nunca que los jóvenes son conscientes de tener que sobrevivir en un mundo que les acosa y que es competitivo. Pronto comienzan a prepararse para la carrera y utilizan cada pizca de energía para conseguir una posición rentable. Orientan todas las decisiones de la vida hacia esa

meta – meta que parece perfectamente compatible con este mundo que busca el éxito de una forma desmesurada. Sin embargo, el Santo Padre siempre ha hablado de la confianza en la generosidad y en el empeño de los jóvenes, subrayando en el párrafo 47 de la Exhortación *Ecclesia in Asia*: «La Iglesia les ofrece la verdad del Evangelio como un misterio gozoso y liberador, que es preciso conocer, vivir y compartir con los demás con convicción y valentía».

La sociedad contemporánea y especialmente la Iglesia concentran la atención en los jóvenes, porque ellos son el futuro de la Iglesia y la sociedad, pero también el presente. A menudo las familias, la sociedad y la Iglesia institucional tienen dificultad en establecer una relación con los jóvenes y en guiarlos eficazmente para que puedan enfrentar los múltiples y complejos problemas de un mundo en rápida transformación. Es aquí donde vemos la importancia de la pastoral universitaria, que es extremadamente eficaz en este segmento de la sociedad, tan sujeta a las modas y a los ritmos apremiantes. La facilidad de acceso a los jóvenes y la particular eficacia de la pastoral universitaria pueden atribuirse al hecho de que éste es un «apostolado de igual a igual» (Concilio Ecuménico Vaticano II, *Apostolicam actuositatem*, n. 13). Es evidente que el instrumento más válido de evangelización del mundo juvenil son los mismos jóvenes. Los jóvenes siempre están en búsqueda de modelos que comprometen. Cuando ven y escuchan a personas de su misma edad que viven y dan testimonio de la realidad de Jesús, lo encuentran muy convincente. Como he dicho antes, en Asia –y concretamente en la India, de donde vengo– hay una mezcla de religiones diferentes. En Asia la religión no significa una elección personal y privada como lo puede ser en el mundo occidental. En Asia la religión forma parte de tu específica identidad social, es decir, te ata a tu familia y comunidad, tal como lo demuestran las diferentes ceremonias y rituales. La religión forma parte de tu identidad como individuo inserto en una sociedad, y no hay modo de huir de esta realidad, ni siquiera en los colegios ni en las universidades. Mi colegio universitario es una institución cristiana con un buen porcen-

taje de estudiantes de diferentes religiones y culturas; por lo tanto no puedo evitar el relacionarme a diario con amigos y conocidos de otras religiones; esto forma parte de mi vida social en la facultad. Desde este punto de vista espero que podáis comprender la importancia de la comunicación y del diálogo interreligioso.

Y aquí hablo en base a mi experiencia de estudiante universitaria. El apostolado del Movimiento Jesus Youth en la universidad me ha estimulado a comprometerme más como cristiana. Después de la licenciatura hice un año de voluntariado con dedicación exclusiva; después de 40 días de formación me mandaron a una escuela universitaria para ocuparme de la pastoral universitaria. Este período de formación suscitó en mí el deseo irrefrenable de difundir la buena noticia a partir de mi experiencia del amor de Dios Padre. Incluso me di cuenta de que la salvación está abierta a todos, prescindiendo de las barreras religiosas y culturales. Esta experiencia personal de Dios ha sido el punto crucial y el fundamento de mis primeros pasos en el compromiso de comunicar el amor del Padre a las personas de mi entorno.

En los campus universitarios de hoy la comunicación y el diálogo interreligioso se realizan a diferentes niveles, tanto a través de la expresión verbal como de la acción silenciosa. Uno de los principales factores que conducen al actual proceso de diálogo es el testimonio de nuestros valores en la vida diaria. Son muchas las circunstancias que nos obligan a tomar una postura según los valores cristianos que predicamos y promovemos.

Os pongo un ejemplo: Dyva, una compañera de curso, tenía una fuerte tendencia a decir mentiras, también en cosas insignificantes, por miedo a no ser aceptada. Durante un examen pasaron en clase una hoja con las respuestas y todos pudieron copiarlas. Fui la única persona que no miró la hoja. Mi gesto atrajo la atención de Divya. En otras situaciones posteriores Dios me dio la fuerza de ser leal a pesar de tentaciones muy fuertes. A Divya le impresionaron mucho estos episodios. Poco a poco comenzó a esforzarse por decir la verdad en cada circunstancia.

Durante el semestre incluso comenzó a conocer a Jesús por medio del diálogo conmigo y el acompañamiento cristiano de un adulto. ¡Ahora dice que ama a Jesús!

Este tipo de testimonio lleva a la situación actual en la que podemos hablar libre y abiertamente de nuestros valores y también de relacionarnos con otras personas. Otra compañera de curso, Mamtha, una hindú brahmánica ortodoxa, era conocida por su carácter irascible, confuso e inconsecuente; además tenía un agudo complejo de inferioridad. Por eso no tenía muchos amigos. Decidí entablar amistad con ella. Su talante le causaba una infinidad de problemas, sobre todo con su marido. En mí encontró una persona que la escuchaba, hecho que le ayudó a abrirse más a mí. Recé en forma regular con ella y compartí mis experiencias espirituales con ella. Pude ver un cambio gradual en su actitud y en el modo de enfrentar las cosas. Incluso mejoró la relación con su marido. Soy feliz de poder decir que ella ha conocido a Jesús como el Dios vivo. No obstante haya mantenido su fe, la semilla de los valores cristianos está sembrada en ella.

Hay numerosos casos de estudiantes activos en la pastoral universitaria en diversas partes de la India, que son capaces de dialogar activamente con los compañeros de otras confesiones religiosas y que aportan cambios visibles en su vida.

Priya está muy comprometida a nivel del apostolado universitario y cristiano. Ngodeep, una budista que estudiaba con ella, dijo una vez que Priya era una de las pocas personas que había visto que irradiaran amor. Priya aprovechó la ocasión para hablar de su relación con Dios; Ngodeep se conmovió por sus palabras y empezó a tener una relación con Jesús. Empezó a amar a la Virgen a través del Rosario.

Sruthi, miembro del equipo de la pastoral universitaria en Bangalore, nos cuenta de Simran, que proviene de una familia hindú. Simran varias veces había intentado suicidarse con veneno y otros métodos después de acabar con su noviazgo. La intervención de Sruthi fue fundamental para ayudarla a experimentar el amor incondicional de Dios. Aunque Simran

no se haya dejado bautizar por oposición de su familia, ella es una auténtica cristiana.

Vijav es el animador principal del grupo de oración de su universidad. Umae, un compañero de clase musulmán, era alcohólico y toxicómano. Ahora Umae dice que gracias a Vijav rápidamente ha dejado sus malas costumbres y ha encontrado la perfecta alegría. Ahora es una persona diferente.

Es evidente que todas las iniciativas y actividades de evangelización y de diálogo interreligioso nacen del celo y la entrega de los jóvenes al Señor. Esto vale no sólo para los campus católicos, sino también en el ambiente laico de los campus estatales y profesionales, donde no hay apoyo por parte de la administración y de la facultad. Los campus en la India testimonian el hecho de que los jóvenes, con una auténtica experiencia personal de Jesús, pueden aceptar el desafío de ser diferentes. Sin dejarse llevar por las corrientes engañosas del mundo y asumiendo la responsabilidad del futuro de la sociedad y de la Iglesia, están dando testimonio de Cristo en todas las esferas de la vida. Es un gran signo de esperanza el hecho de que los jóvenes estén llevando adelante la tarea que el Santo Padre confiadamente les ha asignado durante la Jornada Mundial de la Juventud en Roma: «Os encomendé, queridos jóvenes, ... la tarea de ofrecerle al mundo este coherente testimonio evangélico» (*Mensaje de Juan Pablo II a los jóvenes del mundo con ocasión de la XVI Jornada Mundial de la Juventud*, n. 1).

El diálogo con los no creyentes

Prof. ALEXEY YODINE

*Docente de Historia de las Religiones,
Historia de la Iglesia Católica y del Diálogo Interconfesional
Russian State Humanitarian University de Moscú, Rusia*

Como epígrafe de mi intervención quisiera escoger algunas líneas de la encíclica del Papa Juan Pablo II *Ut unum sint*: «El diálogo es paso obligado del camino a recorrer hacia la autorrealización del hombre, tanto del individuo como también de cada comunidad humana».¹ No sé si a ustedes, pero a mí el argumento del que hablaremos ahora, o sea el diálogo con los no creyentes en el ambiente universitario, me plantea muchos interrogantes. Esto no significa que quiera poner en duda el valor de este argumento. Al contrario, estoy muy interesado en clarificar el contenido y, de este modo, ser conscientes de su actualidad. Les advierto que en mi intervención escucharán más preguntas que respuestas. Pero precisamente el hecho que se realicen estas preguntas hace que sea indispensable el diálogo con los no creyentes y el determinar su contenido en cierta medida. De por sí el diálogo debe servir como medio para encontrar una solución a estos interrogantes.

Primera pregunta: ¿Dónde inicia para el cristiano el diálogo con los no creyentes? A partir de una mirada realista y quizás imparcial en torno a uno, y desde la costumbre de hacerse preguntas rigurosas del tipo como ¿por qué en torno a mí hay tantas personas no creyentes o indiferentes a la fe? ¿Por qué hay personas hostiles o indiferentes a lo que me es de una importancia vital, a lo que para mí es la cosa más querida? En todo caso se trata de personas que a menudo son además mis seres queri-

¹ JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Ut unum sint*, n. 28.

dos, mis amigos y familiares, personas que la mayor de las veces son amables y simpáticas, lo opuesto de personas desalmadas. ¿Por qué son indiferentes a la Verdad, pero tienen las mismas cualidades humanas que yo o que son incluso mejores que yo? ¿Dónde está la causa de su diversidad? El diálogo y el intento de responder a estas difíciles preguntas ciertamente puede hacer que nos sintamos frustrados, que sintamos nuestra impotencia y nos desanimemos. Son cosas que a menudo suceden. Pero la búsqueda sincera de respuestas a estas «malditas» preguntas, a mi parecer, debe convertirse en una prueba de valor para el cristiano, debe darle la fuerza de «permanecer en la Verdad» y, en consecuencia, revelar le cuán real e indispensable es el diálogo sobre el hombre. Debe abrirle a otra realidad que es extraña y a veces hostil al cristianismo, pero que es humana. El intentar comprender esta realidad desde el propio punto de vista y desde el punto de vista del prójimo, ciertamente no significa aceptarla en modo pasivo. A este nivel el diálogo es un modelo de relaciones con el mundo externo, con personas concretas, que exige del cristiano tanto una coraje mayor como una «resistencia» espiritual.

Es superfluo recordar que para el cristiano el diálogo con los no creyentes está al orden del día. En concreto, cada cristiano combate cada día una dura batalla en el propio corazón y en la propia razón. Una vez escuché decir a un profesor católico la siguiente oración: «Señor, te doy las gracias por haberme ayudado también hoy a no perder la fe». Esta batalla interior contra la falta de fe *ad intra*, acompañada de la oración «Creo, Señor, ayuda a mi poca fe»,² es el inicio del diálogo con la ausencia de fe *ad extra*, o sea desde uno y a través de uno para llegar a los demás, a una experiencia de fe diferente y a la ausencia de fe. Podemos llegar bien dispuestos a este diálogo exterior sólo a través de una crisis interior, o sea a través de una verificación rigurosa de nuestros puntos de vista. He usado la palabra «crisis» en su significado, por así decir, «pre-cartesiano» y no con el significado corriente por el que asociamos a dudas obligato-

² Mc 9,24.

rias que tienen por finalidad impugnar alguna cosa, sino con la acepción que le da a la vida el significado original de este concepto, su raíz griega, κρίσις, o sea criba, decisión. La respuesta a la pregunta «¿estamos preparados para este encuentro?» depende de la respuesta a otra pregunta, o sea «¿hemos tenido una crisis auténtica?». Estas preguntas son, a mi entender, las condiciones indispensables para el diálogo con los no creyentes. El diálogo es inevitablemente κρίσις, o sea criba y paragón de mi propuesta con aquella adelantada por otro o por cualquier otra cosa. Un diálogo auténtico permite tomar conciencia de la propia fe con más fuerza, mientras una autoconciencia incierta transforma el diálogo crítico en un acuerdo «political correct». Pero precisamente este tipo de compromiso aparece como el modelo más aceptable y deseado de la actual cultura postmoderna que dogmatiza el relativismo y declara la «no ingerencia» en el campo de la Verdad (pero que sustancialmente ignora la existencia misma de la Verdad). Así el diálogo auténtico con el que no cree se convierte en un desafío para la cultura amorfa del relativismo pragmático de hoy.

El desafío lanzado por el cristiano a la actual cultura postmoderna, el desafío del diálogo, se convierte en lucha por los valores auténticos de la vida humana. Entiendo por desafío la iniciativa del diálogo. Esta iniciativa le incumbe inevitablemente al mismo cristiano, porque sería extraño esperar un desafío dirigido por parte de la cultura actual, relativista y afecta por el complejo de la *political correctness*, una cultura pseudodemocrática, que tiende a nivelar todo lo que existe, paralizando así los valores auténticos y transformándolos en una especie de «mercancía».

Es raro encontrarse en el mundo que nos rodea con una posición que se pueda definir de ateísmo absoluto. La mayoría de las veces encontramos un ateísmo práctico, una especie de inconsciente «vida sin Dios» o diferentes tipos de indiferencia religiosa. El ateísmo teórico, absoluto, se está convirtiendo en una grande rareza, incluso en el área postsoviética. En mi experiencia laboral en la universidad rusa actual aún no he encontrado ateos convencidos de la nueva formación postsoviética.

Aunque sé que en los últimos tiempos han surgido en Rusia diversas asociaciones de ateos de nueva generación con sus proyectos: han surgido los grupos *Nuevo ateísmo ruso* y *Movimiento ruso de los ateístas*, han surgido algunas publicaciones especializadas en ateísmo, como *El nuevo sin-diós*, *Buen sentido*, *El periódico ateo* y la revista *Escepticismo*. Pudiera parecer extraño, pero los representantes de esta corriente son los primeros partner potenciales para el diálogo: son precisamente ellos en lanzar el desafío y a no ocultar su adhesión a valores diferentes a los nuestros. Ciertamente, su ateísmo es intelectualmente superior a aquél un poco estúpido y autocomplaciente que se constataba antes en la prensa ideológica de la época soviética. Sin embargo, los ateos convencidos constituyen sólo un segmento insignificante de la sociedad intelectual rusa de hoy y rara vez se encuentran en el ambiente universitario. La mayoría de las veces la realidad que encontramos en la universidad rusa de hoy se diferencia bien poco de aquélla análoga presente en la Europa occidental.

Domina la cultura del pragmatismo tecnocrático y del relativismo liberal. Siempre se puede encontrar un cierto interés por los temas religiosos, pero la mayoría de las veces no va más allá de los fenómenos puramente «culturales». En conjunto, el nivel de la conciencia religiosa, incluida la cristiana, es muy bajo: poco menos de quince años de libertad después de la presión ideológica no bastan para formar una nueva generación de intelectuales cristianos. Aún se perciben las consecuencias de aquella catástrofe antropológica que en los setenta años del experimento comunista ha destruido casi en su totalidad los cimientos de la cultura religiosa de la sociedad. A menudo los datos estadísticos declarados (en su mayoría del episcopado ortodoxo), según los cuales el 60% de la población rusa es ortodoxa, son sólo de pura apariencia y no reflejan el cuadro real de la cristianización de la sociedad actual rusa. En este panorama más alarmante es el síndrome de la «ortodoxización», o sea la obligación de insertar el «factor ortodoxo» como componente inalienable de la identidad nacional rusa. Las declaraciones de lealtad étnico-confesional, si falta una verdadera evangelización, llevan a veces a resultados absur-

dos: a menudo se escucha de boca de diferentes personas afirmaciones originales del tipo: «no soy creyente, pero soy ortodoxo», o peor «soy un ateo ortodoxo».

La segunda pregunta tiene que ver con los sujetos del diálogo con los no creyentes en el ámbito universitario. Tal como nos lo recuerda el documento *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria*,³ «En la Universidad la acción pastoral de la Iglesia, en su rica complejidad, comporta en primer lugar un aspecto subjetivo: la evangelización de las personas. En esta perspectiva, la Iglesia entra en diálogo con las personas concretas –hombres y mujeres, profesores, estudiantes, empleados– y por medio de ellos, aunque no exclusivamente, con las corrientes culturales que caracterizan ese ambiente».⁴ Es el momento oportuno para recordar que el diálogo no existe de por sí, no es finalidad en sí mismo, sino un instrumento de la evangelización.

Sin duda la evangelización de la cultura universitaria contemporánea, como también la evangelización en general, pasa a través de relaciones interpersonales capilares. A este nivel la universidad contemporánea representa un campo nada fácil para el diálogo. De palabra la universidad de hoy continúa declarando ser un espacio abierto para el diálogo en la búsqueda de la Verdad; por el otro lado vemos que en el asedio de la ética positivista dominante se hace una dogmatización e instrumentalización del «conocimiento puro». Al entrar en una universidad laica, los estudiantes y profesores deben abandonar las propias «altas convicciones», en particular las religiosas, como si fuera una vestimenta para dejarla en el guardarropa. La mayoría de las veces no es posible predicar en público, además una evangelización directa a menudo obtiene un efecto opuesto, de repulsión. Lo que sí vale la pena como iniciativa para el diálogo

³ *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria*, editado por la Congregación para la Educación católica, el Consejo Pontificio para los Laicos y el Consejo Pontificio de la Cultura, Ciudad del Vaticano 1994.

⁴ *Ibid.* II, 1.

y, como consecuencia, como primer paso para la evangelización, es el testimonio tanto existencial como intelectual. El cristiano con su vida, con su mentalidad particular, está llamado a ser testigo de aquellos valores que precisamente han sido «puestos de lado» en la cultura universitaria laica.

Aquí tendrían mucha razón en preguntarme: «Todo está muy bien, pero ¿qué haces para dar testimonio?» Naturalmente estoy muy lejos de la santidad. No obstante, cuando hago el examen de conciencia siempre reflexiono sobre cómo cumplo mi papel de testigo del Evangelio en la profesión de docente. Además, tengo presente esta advertencia: «Ahora bien... la figura misma del intelectual católico casi parece haber desaparecido de algunos espacios universitarios; en este punto los estudiantes lamentan dolorosamente la falta de verdaderos maestros, cuya presencia asidua y disponibilidad personal hacia ellos podrían asegurar un acompañamiento de calidad».⁵

Sobre todo, como sujeto potencial del diálogo con los no creyentes, tengo que ser atrayente a nivel profesional, tanto para mis estudiantes de las más variadas procedencias, como para mis colegas docentes, o sea debo conocer bien mi materia.

Después, debo construir mis lecciones, mi relación personal con los estudiantes de tal modo que ante sus ojos se extienda el problema, que va más allá de los límites de una preparación puramente conceptual. En general, a nivel profesional debo ayudarles a tomar conciencia de la presencia de lo Inexplicable, del Misterio. La primeras chispas gracias a las cuales el hombre entiende que la presencia de esto Inexplicable lo acompaña constantemente, dan el impulso al diálogo tanto sobre cuestiones personales, de la vida, como de las profesionales.

El problema metodológico fundamental de la universidad contemporánea en el acercamiento al conocimiento lo ha formulado muy bien Enzo Arione en su artículo *Educación a la fe*: «Ante nuestros jóvenes de hoy se presenta la imagen de un mundo que ya no encierra en sí misterio alguno;

⁵ *Ibid.* III, 2.

no porque ya no existan, sino porque la razón ya no se define como la capacidad del hombre de buscar el sentido y la causa primera de lo que existe, de sondear la naturaleza profunda del ser, cuya contemplación infunde asombro y curiosidad. Por eso, cualquier propuesta ideal o moral acaba por caer en una atmósfera sofocante para el conocimiento y el espíritu indagador, y suscita como respuesta la más inflexible repetición de procedimientos ya conocidos...». En consecuencia, el estudiante hace algunos esfuerzos y tiene una primera experiencia del análisis de las informaciones obtenidas, que le han sido transmitidas por el docente. No obstante, en seguida se revela como incapaz de reflexionar sobre la experiencia sucesiva de la toma de conciencia de esta experiencia inicial. En el conjunto, no se preocupa por esto, porque el fin de la enseñanza es fundamentalmente el llevar a la perfección un conocimiento instrumental en un campo estrictamente especializado. Por ello, una de las tareas principales del diálogo con los no creyentes promovido por los cristianos en el ámbito universitario es, en mi opinión, el intento de restablecer un sistema de «conocimiento integral», un sistema que presupone la presencia de valores absolutos. La irrupción de la metodología en el campo del conocimiento es en la práctica la vía directa para construir aquella nueva «síntesis de cultura y fe», de la que hablan los documentos de la Iglesia.

Es el momento de volver al documento *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria*, citando la parte en la que se habla de las orientaciones de la actividad pastoral de la Iglesia en la universidad contemporánea: «No hay que olvidar... el aspecto objetivo, o sea, el diálogo entre la fe y las diversas disciplinas del saber».⁶ Precisamente este «aspecto objetivo» exige, a mi entender, que cada cristiano implicado en la vida universitaria profundice sus conocimientos sobre cuestiones interesantes, tal como la relación entre «fe y cultura», «religión y ciencia». Hoy existen numerosas investigaciones e incluso manuales sobre este tema escritos por creyentes.

⁶ *Ibid.* II, 1.

El perfeccionamiento del propio acercamiento religioso «profesional» hacia las diferentes ramas del conocimiento científico debe convertirse en un elemento obligatorio de la formación cristiana de un docente católico o de un estudiante católico. ¿Dónde se puede recibir este tipo de formación? Aquí precisamente se abre un amplio espectro de actividades que los católicos pueden desarrollar legalmente en las universidades, basándose en la rica experiencia de iniciativas pastorales en este campo. La única cosa verdaderamente indispensable es el deseo, que cada uno, haciendo el más elemental examen de conciencia, puede sentir en su vocación de cristiano.

Y así la respuesta a la pregunta fundamental ¿a qué sirve el diálogo con los no creyentes? por un lado la podemos encontrar en las palabras de la encíclica *Ut unum sint* que he escogido como epígrafe. Se trata de un medio eficaz para que un hombre de fe pueda autorrealizarse en toda la multiplicidad de relaciones con los demás. Por otro lado, el diálogo con los no creyentes es indispensable como instrumento de evangelización de la cultura, como modo para transmitir aquel mensaje que impulsa a los no creyentes a reflexionar y restablecer así los valores auténticos de la vida intelectual. Aquellos valores de la vida intelectual y espiritual vivida con Dios, que san Buenaventura recuerda al lector en su introducción al *Itinerarium mentis in Deum*: «no es suficiente la lectura sin el arrepentimiento, el conocimiento sin la devoción, la búsqueda sin el impulso de la sorpresa, la prudencia sin la capacidad de abandonarse a la alegría, la actividad disociada de la religiosidad, el saber separado de la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio no sostenido por la divina gracia, la reflexión sin la sabiduría inspirada por Dios».⁷

⁷ JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Fides et ratio*, n. 105.

Los desafíos en situaciones de conflicto

EGIDE IRAMBONA

*Estudiante en la Facultad de Derecho,
Universidad de Bujumbura, Burundi*

Buenos días a todos. Me alegro de ser el último en hablar, porque «los últimos serán los primeros»... no quiero decir con esto que el revelando¹ será el último, sino que quizás todos juntos seremos los primeros.

Como ha dicho el P. Kohn al presentarme, me llamo Egide Irambona, soy de Burundi y estoy matriculado en el segundo año de Derecho en la Universidad de Bujumbura.

Seguramente pocos de vosotros conoceréis Burundi, a no ser por las tristes noticias de los periódicos. Es un pequeño país de África central: al oeste tenemos la República Democrática del Congo, que seguramente sí conoceréis, porque es un país grande; al este Tanzania; al norte Ruanda. Burundi es conocido porque alberga el manantial más meridional del Nilo, también es conocido como «el país de las mil y una colinas»; generalmente es llamado la Suiza africana porque tiene un paisaje fabuloso.

Pero Burundi también es conocido por otro «detalle», por su especialidad en materia de matanzas, masacres y exterminios. Desde el año 1993 estamos viviendo una guerra civil, una guerra interétnica en la que millares de personas han sido ya exterminadas, donde hay auténticos genocidios. Hay un odio interétnico terrible, del que no se ha liberado ni la universidad que frecuento: en 1994 hubo también masacres en la Universidad de Bujumbura, con matanzas y exterminios sistemáticos, una cosa terrible. Una etnia ha tenido que huir.

Para vuestra información, la población burundesa tiene tres etnias:

¹ Referencia en broma a don Leuzzi, que obró la mesa redonda (N.d.R.).

los Hutus, los Tutsis y los Tuas. Los protagonistas de estos conflictos son principalmente los Hutus y los Tutsis, porque los Tuas son una minoría y no causan muchos problemas. En 1994 las masacres entre Hutus y Tutsis provocaron mejoró la fuga de muchas personas.

La situación mejoró un poco sólo después de tres años, pero aún se sienten las consecuencias de estas masacres. En el campus universitario es ahora muy raro, prácticamente imposible, encontrar que un Hutu y un Tutsi compartan la habitación; lo mismo vale en la clase donde es muy difícil que dos estudiantes de etnia diferente compartan el pupitre. Sin embargo en la coral universitaria están todos juntos. Es un misterio en Burundi. En la calle hay gente que charla aunque sean de una etnia diversa.

Después de las masacres de 1994, surgió un clima de sospecha y de desconfianza entre las etnias, hasta el punto que cuando se elegían los presidentes de las asociaciones estudiantiles, para sentirse más seguros, cada etnia quería que el presidente fuera uno de los suyos: los Tutsis querían que el presidente de la asociación fuera un Tutsi, y lo mismo exigían los Hutus para ellos.

Este era el clima en el año 2000 cuando me eligieron presidente de la Coordinación de los Estudiantes Católicos. Entonces nos preguntamos: «¿Qué podemos hacer los cristianos para normalizar la situación, para sofocar este clima de recelo?». Nos juntamos con nuestros hermanos protestantes del grupo bíblico universitario y nos dijimos: «El 80% de los estudiantes son católicos, por no hablar de cristianos (protestantes y católicos juntos); no podemos quedarnos con los brazos cruzados mientras la universidad se está derrumbando». Entonces nos preguntamos, cómo podíamos ejercer una influencia en los estudiantes de las asociaciones. Teníamos que buscar candidatos a los que se mirara no como Tutsis o Hutus, sino como cristianos, cosa que habría tranquilizado a todos. Así nos pusimos mano a la obra. Me puse en contacto con todos los responsables de los movimientos de la Acción Católica, explicándoles la necesidad de buscar candidatos que hicieran que todos se sintieran algo

más seguros. ¡Los encontraron, los apoyamos, hicimos un trabajo de sensibilización entre todos los estudiantes cristianos, y fueron elegidos! Desde entonces los estudiantes, que nosotros elegimos, son los que presiden las asociaciones estudiantiles. Ahora sí hay un clima de confianza entre nuestros representantes.

Después nos dijimos: «Nosotros, los católicos, tenemos que hacer algo que reúna a los estudiantes porque, más allá de esta división interétnica, de este odio y desconfianza, tenemos que dar testimonio de que somos cristianos, de que Cristo vive en el campus». Entonces creamos un grupo de oración. Comenzamos a rezar de ocho personas en mi habitación, ahora somos casi 500!

Este grupo de oración se reúne todos los martes de las 9 a las 10 de la noche. No sé cómo explicaros, hasta qué punto esto ha sido un instrumento de reconciliación y de perdón.

Al inicio del grupo de oración un amigo de mi etnia, viendo que yo llamaba a ciertos estudiantes para que vinieran al grupo, me dijo: «Hermano, ¿pero qué haces con esos Hutus? ¿Qué quieres hacer con gente de otra etnia?» Le respondí: «Son miembros del grupo de oración». Entonces comenzó a excluirme porque yo estaba en contacto con cualquiera. Pero ahora ese amigo mío, que quería excluirme, es uno de los más fieles de mi grupo de oración. Porque en realidad él tenía un problema. Un día me llamó y me dijo: «Sabes, hermano, yo en 1993 maté a tantos, a tantísimas personas, una cantidad enorme. Ya no sé qué hacer. Maté casi a golpes a una mujer anciana, la había abandonado medio muerta, pero no murió. Poco después, cuando se restableció, dijo a todos que había sido yo el que la había golpeado de ese modo. Ahora me persigue la justicia y no sé cómo salir de esto». Dijo: «Ya no sé cómo arreglarmelas con Dios. Tengo miedo de los sacerdotes, tengo miedo de entrar en la capilla. No sé...». Así nos pusimos a hablar. Le dije: «Hermano, no tengas miedo: la misericordia divina es inmensa como el océano», y lo preparé para que recibiera el sacramento de la reconciliación. Al final lo recibí y ahora es muy firme en nuestro grupo de oración.

A parte de esto quería deciros que, a pesar de este odio, a pesar de los contrastes que hemos oído en casi todas las conferencias, tenemos que tener un poco de valor.

Es a partir del testimonio de mi amigo, por ejemplo, que con el grupo de oración hemos organizado una jornada para el sacramento de la reconciliación. En vez de rezar los Laudes invitamos a muchos sacerdotes: no sé cómo deciros lo maravilloso que ha sido, porque prácticamente todo el campus se puso en la fila delante de los sacerdotes. Dimos explicaciones sobre el sacramento de la reconciliación y vimos que entre los estudiantes había una gran sed de reconciliarse con los hermanos.

Como nos ha dicho el conferenciante de hoy es Jesús el que nos dice hoy: «¡levántate y camina!», a pesar de los contrastes, a pesar del odio étnico, a pesar de la divisiones.

Gracias.

Discurso conclusivo

MONS. STANISŁAW RYŁKO

Arzobispo titular de Nóvica

Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos

1. El octavo Fórum Internacional de Jóvenes sobre el tema «Los jóvenes y la universidad: dar testimonio de Cristo en el ambiente universitario» está por finalizar y ha llegado el momento de hacer balance, el momento de sacar conclusiones de lo que no sólo ha sido un evento de notable trascendencia cultural, sino también un acontecimiento de gran alcance espiritual.

El octavo Fórum Internacional de Jóvenes ha representado para todos nosotros una extraordinaria aventura del espíritu, una profunda experiencia de fe y de comunión fraterna, una fortísima experiencia de Iglesia. Aquí, en estos días, hemos experimentado lo que significa la catolicidad, es decir la universalidad de la Iglesia. Muy diversos en cuanto a lengua, cultura y nacionalidad, durante este Fórum nos hemos sentido unidos como piezas de un único y variopinto mosaico y se ha aguzado nuestra conciencia de ser miembros vivos de aquel organismo único que es la Iglesia de Cristo, nuestra Iglesia; ¡casi hemos podido palpar el misterio y el milagro de su catolicidad!

El Fórum ha sido también una especie de epifanía del rostro joven de la Iglesia, un rostro que fascina, que irradia esperanza... Han sido jornadas estupendas, cuyo recuerdo –de eso estoy convencido– permanecerá impreso en nuestra memoria por mucho tiempo. Han sido días en los que hemos abierto el corazón al diálogo, al hecho de compartir nuestras expectativas e inquietudes, a los testimonios de fe, al intercambio de experiencias entre los universitarios que viven en ambientes muy diversos y, a veces, en contextos extremadamente difíciles para los bautizados. Han sido días de oración muy intensa, tanto personal como comunitaria. Pienso,

en particular, en la celebración penitencial del viernes por la noche que nos ha conmovido; ¡tan palpable fue la presencia de Cristo entre nosotros, tan palpables los signos de su amor misericordioso para con nosotros! En fin, han sido días marcados por la alegría de estar entre amigos y por el gozo de ver nacer tantas nuevas amistades.

Precisamente por todo lo que hemos podido vivir juntos, al clausurar juntos la octava edición del Fórum Internacional de Jóvenes, os invito a llevar con vosotros –al regresar a vuestros países– su mensaje, el desafío que os ha lanzado: dar testimonio de Cristo en el ambiente universitario. Os pido que prolonguéis el Fórum en vuestras universidades y en vuestras comunidades eclesiales. Es una tarea exigente, pero podéis conseguirlo. Ya no sois los mismos de antes. Después de este Fórum, regresáis a casa con la conciencia de no estar solos. Sabéis que en el mundo hay tantos jóvenes que piensan como vosotros, que comparten vuestros mismos ideales. Sabéis que sois muchos. Y sabéis que la Iglesia está con vosotros, que os acompaña como madre y como maestra, que cuenta con vosotros, los que pobláis los ateneos diseminados por todo el mundo –importantes “arcópagos” objeto de una especial solicitud pastoral y, hoy más que nunca, campo de una urgente obra de evangelización.

2. Este Fórum ha sido para todos nosotros un gran signo de esperanza. Al miraros, me vienen a la mente las proféticas palabras de Isaías, ahí donde Dios dice: «Pues he aquí que voy a hacer una obra nueva, que ya está germinando; ¿no la conocéis?...» (*Is* 43,19-21). ¡Esta «obra nueva» sois vosotros! Jóvenes nuevos que continúan aumentando las filas de aquélla que muchos llaman la «generación de Juan Pablo II». Una generación que en la persona del papa Wojtyła ha encontrado un guía seguro, un padre, un amigo en quien poder confiar plenamente y a quien pueden seguir a todas partes, por aquel itinerario fascinante que ya desde hace años está recorriendo a través de los continentes con las Jornadas Mundiales de la Juventud.

En Tor Vergata en el año 2000 Juan Pablo II os llamó los «centine-

las de la mañana». Sedlo ahora, también dentro de la universidad de hoy. Vosotros podéis ser los artífices de un futuro nuevo para esta antigua e importante institución, que en nuestros días necesita un renacimiento profundo. Masificada, anónima, despersonalizada, no pocas veces dominada por ideologías viejas y nuevas, cuánto se ha alejado hoy la universidad –que a menudo traiciona su alta vocación de servidora de la verdad, del pensar, de la sabiduría– del modelo ideal de *Alma Mater*, de «madre» que nutre y hace crecer a los propios hijos. En el curso de este Fórum, sobre la universidad y el mundo académico, hemos escuchado duras críticas. Pero nosotros los cristianos no queremos, ni podemos limitarnos a la denuncia, por justa que ésta sea. Al contrario, queremos, y podemos dar propuestas. La Iglesia tiene en este campo específico una larga tradición y una riquísima experiencia, cuyos valores corresponden a los anhelos más profundos del ánimo humano y de los cuales puede nacer un proyecto concreto de reforma. Estamos convencidos de que la universidad puede ser diferente, pero esto depende también de cada uno y cada una de vosotros –¡tenéis que creer en ello!

¿Qué significa, entonces, ser «centinelas de la mañana» dentro de la universidad de hoy? Intentemos esbozar un retrato.

a) Un «centinela de la mañana» tiene el coraje de ser él mismo y sabe defender la propia identidad de persona y de cristiano. Los jóvenes de nuestro tiempo a menudo son extremadamente frágiles, confusos, consumidores voraces de una vida fragmentada, superficiales, ignorantes. No saben qué hacer, y esta falta de proyectos y metas –esta laguna de sentido– para muchos se traduce en un vacío doloroso que da miedo y empuja a buscar refugio y alivio en las drogas, en el alcohol, en el sexo. ¡Y cuánta identidad diluida, débil, contradictoria y llena de dudas vemos entre los jóvenes cristianos! ¡Cuánta ignorancia en cuanto a los contenidos de nuestra fe! Lo más importante para los jóvenes cristianos de hoy es descubrir la fascinante belleza de la propia vocación de bautizados: una vocación de la que estar orgullosos; un dono por el que estar agra-

decidos; un tesoro que hay que apreciar y defender de las presiones homologantes de la cultura contemporánea. Por ello, tened el valor de ir contracorriente. ¡Rebelaos a la dictadura del pensar y de la praxis de lo “políticamente correcto”! ¡Atreveos a ser vosotros mismos!

b) Un «centinela de la mañana» tiene el valor de ser exigente, sobre todo consigo mismo. Cuántas veces habéis escuchado al Papa animándoos a volar a gran altura, a no tener miedo de ser santos. ¡Rebelaos, por lo tanto, contra la mediocridad, contra el minimalismo, la superficialidad! Un «centinela de la mañana» toma en serio el estudio, no huye ante las dificultades, no las sortea, sino que las enfrenta y hace todo lo posible para resolverlas. Cristo quiere que sus discípulos sean personas de vida plena, maduras, coherentes, fuertes, que se distinguen también en el estudio por su seriedad y su empeño y en el trabajo por su profesionalidad y competencia. Pero, en la universidad, un «centinela de la mañana» desea afinar y profundizar la propia fe. ¡Qué importancia tiene en este contexto el binomio fe-cultura, fe-razón, fe-vida del que tanto se ha hablado durante este Fórum! Por lo tanto, buscad espacios educativos que de verdad ayuden a crecer: las capellanías, las comunidades, los movimientos eclesiales. Aunque uno tenga todas las buenas intenciones, por el hecho de estar solos y de permanecer aislados se corre el riesgo de desorientarse, de perder el valor, de ser arrastrados por la vorágine de la masificación. ¡No os fiéis de los falsos profetas! ¡Buscad los verdaderos amigos y los verdaderos maestros! ¡Y cuando los encontréis, no os desalentéis si os ponen exigencias, sino aceptad el desafío, porque lo que está en juego es vuestra vida! «Yo soy amigo de los jóvenes, pero soy un amigo exigente», ha dicho una vez el Papa.

c) un «centinela de la mañana» en la universidad tiene el coraje de dar testimonio de la propia fe. Hace falta reaccionar frente a la costumbre de una religiosidad cómoda, hay que resistir a las presiones que quieren recluir la fe dentro del ámbito privado, hay que devolverle a la fe la

visibilidad. Cristo cuenta con el testimonio claro y persuasivo de cada uno y cada una de vosotros. «Queremos ver a Jesús»: esto es precisamente lo que buscan tantos de vuestros coetáneos en la búsqueda del sentido profundo y último de su vida. Toca a vosotros, que lleváis el nombre de cristianos, hacer ver a Cristo a cuantos lo buscan.

El testimonio siempre surge –o mejor, sólo puede surgir– a partir del encuentro personal con Cristo, un encuentro que cambia la vida. Y este Fórum ha sido una prueba evidente. Escribe el Papa: «No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡Yo estoy con vosotros!». ¹ El deseo que os quiero expresar a todos vosotros es el querer deciros con el profeta Jeremías: «Tú me sedujiste, ¡oh Yavé!, y yo me dejé seducir...» (*Jer 20,7*). Porque dejarse seducir por el Señor es la aventura más hermosa que uno se pueda imaginar, la aventura más bella que nos pueda suceder.

d) Finalmente, un «centinela de la mañana» en la universidad tiene el valor de trabajar con ahínco y tenacidad para transformar la realidad que lo circunda, cambiando ante todo y sobre todo uno mismo. Si después de este Fórum tú regresas a la universidad al menos un poco distinto, entonces algo podrá cambiar también en tu universidad. ¡Debéis creer en ello! Y debéis saber evitar las trampas tendidas por visiones ideológicas que engañan con la ilusión de los cambios fáciles e instantáneos, con la quimera de poder transformar el mundo como por magia de un infierno en un paraíso. ¡Sabemos cuántos genocidios, cuántas víctimas inocentes, cuánto sufrimiento han causado estas visiones en el siglo XX! Sin embargo, la era de las ideologías no ha terminado y éstas continúan cundiendo en el pensamiento y en la mentalidad de nuestros días. Nosotros cristianos, en cambio, estamos convencidos de que el mundo sólo se pue-

¹ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 29.

de cambiar en Cristo. Siendo por naturaleza portadores de la esperanza, sabemos que el cambio del mundo y de la humanidad pasa a través de la Cruz y que cuesta. Y también sabemos que las grandes transformaciones ahondan las raíces en el cambio de las personas. Cada persona, por lo tanto, cuenta. El cambio del mundo y de la humanidad pasa a través de cada uno y cada una de vosotros. Cada uno tiene un papel importante que desarrollar. La confirmación nos viene de Cristo mismo que siempre mira a la persona y se dirige siempre a la persona. Contrariamente a los reformadores de cada época, para el Señor nunca somos una masa informe que se puede manipular, sino que somos siempre un «tú».

3. «Recibiréis el poder del Espíritu Santo [...] y seréis mis testigos [...] hasta el extremo de la tierra» (*Act* 1,8). Al final de este octavo Fórum Internacional de Jóvenes, Cristo os envía como «centinelas de la mañana» a vuestros países y a vuestras universidades con las mismas palabras con las que envió a sus apóstoles. Y como entonces a ellos, también os dice a vosotros: «Vosotros sois la sal de la tierra [...]. Vosotros sois la luz del mundo [...]. Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos» (*Mt* 5,13.14.16). El mundo es como un inmenso campo arado que espera la semilla de la palabra de Verdad y de Vida. Porque, infinitamente más que otra cosa, el mundo necesita a Jesús. Porque, tal como ha dicho el Concilio, «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado».²

En nuestra sociedad secularizada y laicista, los bautizados se convierten cada vez más en una minoría, incluso en los países de larga tradición cristiana, y viven en condiciones de diáspora entre los no católicos, no cristianos y no creyentes. Pero, tal como afirmó un conocido periodista católico, nuestro problema más grave no es el de convertirnos en minoritarios. La sal es minoritaria, pero da sabor a la comida. Nuestro

² CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, n. 22.

problema más grave es el de convertirnos, en el mundo, marginales e insignificantes a causa de nuestra mediocridad, de nuestro miedo, de nuestra pereza.³ El ruso Alejandro Mien, conocido sacerdote ortodoxo disidente, en los años de la dura persecución religiosa por parte del régimen soviético, decía a sus fieles que el enemigo más grande no es, como pudiera parecer, el ateísmo o aquel que combate, sino más bien la mediocridad y la incredulidad que llevamos dentro de nosotros. Para los cristianos el peligro más grave es, entonces, el de convertirse en pseudo-cristianos: personas que figuran en el registro de bautizados, pero que no tienen nada que aportar en el mundo; son la sal que ha perdido su sabor, una levadura que ya no fermenta, un candil que se ha apagado. He aquí el gran desafío que nos espera al inicio de este milenio: volver a encontrar el valor de ser cristianos hasta el final, coherentes, veraces. ¡Por eso debemos mantener nuestro sabor, conservar nuestra fuerza de fermentación, defender la luz que está en nosotros –Cristo! Tenemos que volver a ser sal, levadura, luz del mundo. He aquí la tarea, la misión que, al final de este Fórum, Cristo os confía a cada uno y a cada una de vosotros. ¡Cristo os manda como sus apóstoles y confía en vosotros! Como veis esto compromete, pero también qué hermoso y apasionante es ser «centinelas de la mañana» en la universidad.

4. Durante nuestra celebración eucarística hemos dado gracias a Dios por este Fórum, un don precioso para los que hemos participado en él. El venir aquí no ha sido una casualidad. Ha sido más bien como si el Señor mismo nos hubiera convocado, llamándonos por nuestro nombre y reuniéndonos para amaestrarnos con su palabra de Vida. Al darle gracias a Cristo por esta «siembra», todos asumimos el compromiso de cuidar de cada semilla caída en el terreno de nuestras almas y de hacer que den mucho fruto en nuestra vida.

³ Cfr. V. MESSORI, «Testigos de la fe en nuestro tiempo», en: PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS (Editor), *Redescubrir la Confirmación*, Ciudad del Vaticano 2000, p. 22.

Concluyendo el octavo Fórum Internacional de Jóvenes, quisiéramos expresar nuestra profunda gratitud al Santo Padre que ha querido estar presente entre nosotros con su Mensaje autógrafo –una importante señal que os indica el camino y que debéis llevar con vosotros, meditar a menudo, hacer leer a vuestros amigos, publicar en vuestras revistas y en vuestros boletines. Agradecemos a Juan Pablo II también por el inolvidable encuentro del jueves por la tarde en la Plaza de San Pedro junto con los jóvenes romanos y, desde ahora, por la celebración de mañana, Domingo de Ramos, que coincide con la XIX Jornada Mundial de la Juventud y que constituirá el momento culminante del Fórum. Le damos gracias, por último, al Papa, por otra sorpresa que nos ha reservado: el regalo de un Rosario, para invitarnos a contemplar el rostro de Cristo junto con María y en su escuela.

Al final de nuestros trabajos, quisiera agradecer de todo corazón a todos los ponentes, a los participantes en las mesas redondas, a los moderadores; a los Obispos, sacerdotes, docentes que han acompañado a los jóvenes universitarios en estas intensas jornadas; al equipo de la Emmanuel School of Mission por todos sus servicios y en particular por la animación litúrgica; a los voluntarios, entre los que ha estado el grupo de jóvenes coordinado por Fabio Donegà, que han garantizado el transporte entre Rocca di Papa y el aeropuerto; a los traductores, gracias a los cuales hemos podido revivir el milagro de Pentecostés comunicando en tantas lenguas diversas; a los Padres Oblatos, por la hospitalidad en *Mondo migliore*, un nombre que esperamos se convierta en una profecía también en el mundo universitario de hoy. Un sincero gracias al equipo del Consejo Pontificio para los Laicos, en particular a la Sección Jóvenes: al Rvdo. P. Francis Kohn, a Giovanna Guerrieri, a Elizabeth Hawkins, para los que el trabajo no termina aquí, sino que continúa con la preparación de la publicación de las Actas del Fórum, por todos solicitada. Un sincero gracias a la Fundación Juventud Iglesia Esperanza y a su Presidente, Marcello Bedeschi, por el apoyo que de muchas maneras ha dado para la realización del Fórum.

En fin, un agradecimiento muy especial a vosotros, queridos jóvenes universitarios, que habéis sido los protagonistas de este evento extraordinario. El éxito del octavo Fórum Internacional de Jóvenes se debe ¡sobre todo a vosotros! Gracias por el compromiso, la seriedad, el entusiasmo que ha caracterizado vuestra participación. Después de esta intensa experiencia os encamináis de regreso a vuestros países y a vuestras universidades como «centinelas de la mañana». Ahora: *Duc in altum!* ¡Remad mar adentro! ¡Que el Señor os proteja y bendiga!

¡Feliz Pascua a todos!

Apéndice

VIII FÓRUM INTERNACIONAL DE JÓVENES

Países y territorios representados

Alemania	Costa de Marfil	Irán
Angola	Croacia	Irlanda
Argelia	Escocia	Italia
Argentina	Eslovaquia	Jordania
Australia	Eslovenia	Kazakistán
Austria	España	Kenia
Azerbaiyán	Estados Unidos (USA)	Lesotho
Bangladesh	Estonia	Letonia
Bélgica	Filipinas	Líbano
Benin	Finlandia	Luxemburgo
Bolivia	Francia	Macedonia
Botswana	Georgia	Madagascar
Brasil	Ghana	Malasia
Burundi	Grecia	Marruecos
Canadá	Guinea-Bissau	Mauricio
Chile	Hong Kong (China)	México
China	Hungría	Moldavia
Congo (R. Democrática)	India	Mozambique
Congo	Indonesia	Nicaragua
Costa Rica	Inglaterra y Gales	Níger

Países y territorios representados

Nigeria	Rumanía	Tanzania
Noruega	Rusia	Territorios Palestinos
Nueva Zelanda	Senegal	Túnez
Países Bajos	Siria	Turkmenistán
Perú	Sri Lanka	Ucrania
Polonia	Sud África	Uganda
Portugal	Sudán	Uzbekistán
Puerto Rico	Suecia	Vietnam
República Checa	Suiza	
República Dominicana	Tayikistán	
Ruanda	Taiwán	(Total: 90)

Movimientos, Asociaciones y Comunidades representados

Camino Neocatecumenal
Catholic Christian Outreach, Canadá
CICS/CICG – Confederación Internacional de los Scout católicos
Comunión y Liberación
Comunidad Chemin Neuf
Comunidad del Emmanuel
Comunidad de las Bienaventuranzas
Comunidad de San Egidio
Confederación Mundial de Ex Alumnas/os de las Hijas de María Auxiliadora
CVX – Comunidad de Vida Cristiana
FIAC – Fórum Internacional Acción Católica
FIMCAP – Federación Internacional Movimientos Juventud Parroquial
FIUC/IFCU – Federación Internacional Universidades Católicas
Juventud Franciscana
Juventud Nueva (Focolares)
ICCRS – Renovación Carismática Internacional
Institución Teresiana
JECI/IYCS – Juventud Estudiantil Católica Internacional
MIEC/IMCS Pax Romana – Movimiento Internacional Estudiantes Católicos
Movimiento de Vida Cristiana
Movimiento Eucarístico Juvenil
Movimiento Juvenil Salesiano
Movimiento Regnum Christi
OIEC – Oficina Internacional de la Enseñanza Católica
OMAAEEC Jóvenes – Organización Mundial Ex Alumnos/as Escuelas Católicas
Obra de Nazaret
Schönstatt
UIGSE – Unión Internacional Guías y Scout de Europa

(Total: 28)

